FRANCISCO DONOSO G.

VERBUM CHRISTI



...AS Y PREDICACIONES PARA LOS DOMINGOS Y FIESTAS

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A. - SANTIAGO DE CHILE

[illegible]

[illegible]

El nombre del autor es ya bien conocido en el mundo de las letras chilenas y será suficiente para interesar a los lectores en esta obra que une, a su extraordinario mérito literario, la utilidad práctica que prestará, no solamente a los sacerdotes, sino a todos los cristianos.

El Presbítero don Francisco Donoso ha publicado obras poéticas y ensayos biográficos, todos los cuales han alcanzado gran éxito en el público y lo han consagrado como un escritor que se caracteriza especialmente por la sobria elegancia de su estilo. Entre las que han tenido mayor difusión podemos indicar: "Espiral" (1934), "El agua" (1941), "Transparencia" (1950).

"Verbum Christi", cuya primera edición apareció en 1945, constituye un conjunto de homilías que serán para el clero chileno de una extraordinaria utilidad por la sencillez con que se encuentra expuesta en ellas la doctrina del Evangelio adaptada en forma inteligente a las exigencias y modalidades de nuestro país.

En la lectura de esta homilías podrá apreciarse como se juntan en ellas la sólida y profunda exposición doctrinaria con la esmerada y elegante expresión.

Además de interesar a los sacerdotes, este libro será para los seglares un valioso texto de meditación y lectura espiritual.

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
Alameda 57 — Casilla 3195
Santiago de Chile



FRANCISCO DONOSO G.

VERBUM CHRISTI

CON LICENCIA ECLESIASTICA

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
IMPRESORES
129

FRANCISCO DONOSO G.

VERBUM CHRISTI

Homilías para Domingos y Fiestas



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

SANTIAGO DE CHILE

Hace diez años publicamos un volumen de homilías dominicales y de alocuciones sobre la vida religiosa, con el título que ostentan estas páginas. Lo hicimos para utilidad de los pastores y provecho de sus rebaños en el campo espiritual, porque bien sabíamos que los párrocos de las ciudades carecen de tiempo para la preparación inmediata, por sus múltiples ocupaciones, y los del campo carecen de libros apropiados para sus predicaciones.

Esta idea sugerida por muchos hermanos de ministerio quedó realizada, al parecer con éxito, porque a los dos años de publicada la primera edición de Verbum Christi, *quedó agotada en las librerías.*

Aquella edición, además de las homilías dominicales, tenía en la segunda parte alocuciones apropiadas para la vida religiosa. En esta segunda edición hemos suprimido estos temas, porque las ceremonias de la vida religiosa se realizan generalmente en las ciudades en que hay noviciados. En cambio ahora presentamos no uno, sino dos temas homiléticos para los Domingos y festividades principales del año litúrgico. Ofreceremos así mayor variedad para los distintos ambientes de las diversas parroquias de Chile.

Tanto la preceptiva de la oratoria sagrada, como las directivas y mandatos de la jerarquía eclesiástica exigen que la exposición y el comentario de los Evangelios, durante la Misa, sean breves, sencillos y doctrinales: queden las galas del lenguaje para los sermones y panegíricos. Hemos procurado ajus-

tarnos a estas normas por acatamiento a ellas y por convicción personal. No concebimos que la homilía —instrucción destinada al pueblo— se presente con aquellos adornos literarios que harían contraste visible con la lectura del texto evangélico que es la historia y la enseñanza de las cosas más sencillas y más sublimes a la vez. Entre la divina palabra de Cristo y el auditorio, no deben interponerse los afanes humanos de quien la comenta: la vanidad es opaca y peligrosa, la sencillez es siempre diáfana.

Creemos haber realizado este deseo por los testimonios recibidos de prelados y de sacerdotes competentes que han utilizado las páginas de la primera edición de este homiliario. Bástenos citar estas palabras de nuestro buen amigo y condiscípulo el Excmo. y Rvdmo. Arzobispo de Concepción, Dr. Dn. Alfredo Silva Santiago, hoy también Rector de la Universidad Católica de Chile: "Hace algún tiempo —nos escribía entonces—, tuve el gusto de recibir el precioso obsequio de una de tus últimas obras, "Verbum Christi". *Te digo "precioso" porque, en verdad, no es tarea fácil prepararse siempre convenientemente para la sagrada predicación al pueblo cristiano en las homilías dominicales que, para ser escuchadas con atención y provecho, exigen no pocas condiciones. Pues bien, creo que tú, con* "Verbum Christi" *nos ofreces una preciosa ayuda para dar provechosa y santamente la palabra evangélica a los fieles.*

"Quiera Dios que tus homilías y alocuciones sean conocidas por el mayor número de sacerdotes de nuestro Clero sirviéndoles de eficaz ayuda en el santo ministerio de la predicación; en todo tiempo utilísimo e insustituíble, particularmente en nuestros días de tanta ignorancia religiosa y, como natural consecuencia, de tanto paganismo en las costumbres."

Con el respaldo de estas generosas palabras y con las debidas licencias de la autoridad eclesiástica de Santiago, hemos entregado a la "Editorial Del Pacífico" esta segunda edición
amor: fundamentos de su doctrina.

Nuestro profundo deseo es que estas páginas homiléticas sirvan de ayuda a los señores sacerdotes y de provecho espiritual a los fieles.

F. D. G.

I

HOMILIAS DOMINICALES

DOMINGO I DE ADVIENTO

Evangelio según San Lucas, cap. XXI, 25-23.

"En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Habrá señales en el sol, y en la luna y en las estrellas, y en la tierra consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar y de sus olas; quedando los hombres yertos por el temor y recelo de las cosas que sobrevendrán a todo el universo: porque las virtudes de los cielos se bambolearán, y entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube con gran poder y majestad. Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas: porque cerca está vuestra redención. Y les dijo este símil: ved la higuera y todos los árboles: cuando ya producen de sí el fruto, sabéis que ya está cerca el verano; así también, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios. En verdad os digo que no pasará esta generación, hasta que se cumplan estas cosas. Cielos y tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán".

Tema A:

PROFECIA DEL JUICIO FINAL

1.— *¿Por qué se nos propone hoy este Evangelio?* Hoy comenzamos el tiempo de Adviento, o sea de preparación para el "advenimiento" de Jesucristo como niño inerme en una

gruta de Belén. Los cuatro Domingos de este tiempo de ansiedad y de esperanza representan los cuatro mil años del Antiguo Testamento, en que los hombres aguardaban la venida del Mesías o Salvador. Y siendo así ¿por qué la Iglesia, antes de llevarnos al pesebre de Belén, nos lleva al tribunal del Juicio universal del último día del mundo? Es que ella quiere darnos una sacudida a nuestra conciencia para despertarnos del letargo del pecado o de la peligrosa somnolencia de la tibieza espiritual. Porque si no estamos limpios para presentarnos ante el Cristo Juez, tampoco lo estaremos para ir al encuentro del Cristo Salvador, que es el mismo Dios-Hombre. Por eso en la Epístola de hoy, nos dice San Pablo: "Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz", esto es, desembaracémonos del pecado y armémonos de la gracia.

2.— *Señales del fin del mundo.* Como puede verse en el Evangelio de San Mateo, del último Domingo de Pentecostés, entre las señales del fin del mundo hay algunas que son también comunes a la ruina de Jerusalén; tales son, por ejemplo, las guerras, los trastornos de la tierra, las persecuciones y la aparición de los falsos profetas. La Iglesia ha escogido para hoy en el Evangelio de San Lucas, las señales especiales y próximas del fin del mundo y de la venida en poder y majestad de Jesús como Juez. No las repetiremos aquí; pero fijémonos en esta declaración de Jesús, que leemos en San Lucas como en San Mateo: "En verdad os digo, que no pasará esta generación hasta que se cumplan estas cosas". En su sentido directo y literal se cumplió en la ruina de Jerusalén; en su sentido indirecto y general, habrá de cumplirse también para la segunda venida de Cristo, porque si la palabra griega *generación*, significa además estirpe o raza, quiere decir que la raza judía, a la cual hablaba el Señor, sobrevivirá hasta que se cumplan todas las cosas que El anunció. Y esto lo vemos cumplirse, porque pasaron los asirios, los griegos y los romanos; las huellas de sus razas se han perdido o se han mezclado con otras, mientras que la raza judía, que fué presa de estas naciones, continúa hoy, aunque dis-

persa, sobre el mundo. He ahí una señal a nuestra vista y que se verá hasta el fin de los siglos.

3.—*Seguridad e incertidumbre.* Todas las señales que anunció Cristo habrán de cumplirse, porque El nos da esta seguridad al terminar su profecía: "Cielos y tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán". Como pasa con el día de nuestra muerte, Jesucristo no quiso dar a los hombres una fecha precisa del juicio final, para dejarnos en saludable incertidumbre; pero se ve en sus palabras de aquí y de todo el Evangelio que entre la ruina de Jerusalén y la del mundo ha de mediar largo tiempo. Y en efecto la vida de la Iglesia y la predicación del Evangelio, según El, se desarrollarán lentamente como en las parábolas del grano de mostaza, de la levadura, de la cizaña que crece con el trigo, etc. Además este largo tiempo lo anuncia en otras partes del Evangelio. Así dijo Jesús: "Se predicará este Evangelio del reino, en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin" (S. Mat. XXV, 14); "Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de las naciones acaben de cumplirse": (S. Luc. XXI, 24); y cuando increpaba a los escribas y fariseos por hipócritas y porque daban muerte a los profetas, les anunció: "He aquí que vuestra casa (la patria judía) va a quedar desierta. Y así os digo: no me veréis más hasta que digáis: "Bendito sea el que viene en nombre del Señor" (S. Mat., XXIII, 38-39). Por esta última frase se ve que el pueblo judío habrá de convertirse antes de la segunda venida del Cristo. Nosotros debemos vigilar y orar para estar siempre preparados: si morimos en gracia, estaremos ya seguros y para siempre en el reino de Dios.

Tema B:

NUESTRO ORIGEN DIVINO

Nuestro ser humano está constituído por un cuerpo orgánico y un alma racional y libre. Mientras el cuerpo animado cuenta su vida por años solares, el alma espiritual y cristiana cuenta sus etapas por el año litúrgico: un año civil y un año eclesiástico.

El primero de Enero comienza el año solar y civil que destinamos al trabajo y demás actividades naturales; el primer Domingo de Adviento se inicia el año litúrgico establecido por la Iglesia para nuestra labor espiritual de conocer, amar y servir a Dios para asegurar nuestra vida eterna.

Hoy, pues, que iniciamos el curso de nuestras meditaciones espirituales, la liturgia nos presenta un Evangelio apropiado para que pensemos en nuestro último fin, considerando el fin del mundo.

Los ríos brotan de su fuente y marchan o corren hacia el mar. Nuestra vida que es espiritual en su parte más noble ¿qué origen tiene? ¿de dónde procede? Cada cual respóndase a sí mismo en su conciencia.

La verdad, después de todo, es que Dios nos ha creado. Nuestros padres no fueron sino un medio, puesto por Dios, para recibir la vida, así como el grifo es el instrumento que usa el hombre para dar el agua, pero no es el manantial que la genera. Por eso sería absurdo creer que nuestros padres fueron el verdadero origen de nuestro ser: por ellos nos llegó la vida, pero el verdadero manantial que la produjo es sólo Dios.

Por eso con plena razón la madre de los Macabeos les decía: "Yo no sé de qué modo os formasteis en mi seno: porque no fuí yo la que os dió espíritu, ni alma, ni vida; ni tampoco fuí yo la que coordinó los miembros de cada uno de vosotros, sino el Creador del mundo". (Libro II, VII, 22–23). ¿Qué madre podría asegurar lo contrario?

Si hubiera padres que se obstinaran en asegurar que sólo ellos han dado la vida a sus hijos, muy fácil sería demostrarles su error. Bastaría con interrogarles ante la enfermedad o la muerte de sus hijos.

Mirad este ejemplo. El relojero que ha fabricado un reloj, si éste se descompone, sabe arreglarlo, porque si pudo hacer todo el reloj, con mayor razón puede arreglar sus piezas. Pero si el padre ha dado el ser a su hijo, ¿por qué no le devuelve la vida cuando éste muere? Si él le dió la vista, ¿por qué no se la devuelve cuando queda ciego? ¿No dice que le dió todo el ser a su hijo? ¡Craso error! ¡No! tú no le diste la

vida! Tú solamente entregaste la vida a tu hijo; pero tú, y tus padres y tus abuelos la recibísteis del Autor de la vida, del que creó al primer hombre sobre la tierra.

Luego entonces si hemos sido creados por Dios, todos debemos ser servidores de Dios: estamos en este mundo para eso. Ese es nuestro fin primordial: ni nosotros podemos dejar a este Señor y Dueño, ni El puede renunciar a nuestros servicios. Nuestra sujeción a El no nace de un contrato, sino que brota de la misma naturaleza, ya que Dios no puede tampoco desentenderse de nosotros, porque su dominio y señorío sobre sus creaturas es intransferible e irrenunciable.

Lleguemos a la última consecuencia: Dios es padre de todos los hombres; pero no por eso deja de ser también su juez; no por ser misericordioso, deja de ser justo. La ley divina tiene también su sanción de premio o de castigo. De ahí la segunda venida de Jesucristo, del que pagó con su sangre nuestro rescate para merecer la vida eterna a que fuimos destinados. De ahí el Juicio Final que nos recuerda hoy el Evangelio. La sentencia que recibiremos entonces será la misma que tengamos en la hora de nuestra muerte, pero para mayor premio o mayor castigo a la vista del mundo. Trabajar para que tales sentencias sean favorables, ha de ser el gran programa de nuestra vida presente. Con tal decisión iniciemos este año cristiano.

DOMINGO II DE ADVIENTO

Evangelio según San Mateo, cap. XI, 2—10.

"En aquel tiempo: Habiendo oído Juan, estando en la cárcel, las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: ¿Eres Tú el que ha de venir o esperamos a otro? Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres les es anunciado el Evangelio: y bienaventurado

quien no fuere escandalizado en mí. Y luego que ellos se fueron, comenzó Jesús a hablar de Juan a las gentes: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña movida del viento? Mas ¿qué salistes a ver? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? Cierto, los que visten finos vestidos en casas de reyes están. ¿Qué salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta? Os aseguro que lo es, y aun más que Profeta. Porque éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi Angel delante de ti, el cual te precederá abriendo paso".

Tema A:

JESUS Y EL PRECURSOR

1.—*Respuesta de Jesús a los discípulos de Juan.* En este segundo Domingo de Adviento, la Iglesia nos presenta a Jesucristo y a San Juan Bautista definiendo sus misiones y orientando a sus discípulos. Y en efecto: como los discípulos del Bautista veneraban a su maestro por su austeridad y virtud hasta sospechar que él mismo fuera el Mesías que se esperaba, San Juan envió a algunos de ellos a entrevistarse con Jesús para que se convencieran por sí mismos de que El era el verdadero Mesías prometido. Estos discípulos le hacen al Señor esta pregunta: "¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?. La respuesta clara de Jesús se refiere a dos cosas a la vez: a la profecía de Isaías sobre el Esperado, cuyas palabras repite el Señor, y a los milagros mismos que El acaba de realizar: la resurrección de la hija de Jairo, la curación de la mujer que le tocó su vestidura, la curación de los ciegos que le gritaban diciendo: "Hijo de David, ten compasión de nosotros", la liberación del endemoniado mudo y de otros prodigios en diversas ciudades y aldeas... Esto era como decir a estos emisarios: "Los anuncios del Profeta se cumplen en Mí; vosotros sois testigos de mis palabras y de mis hechos"; "id y contad a Juan lo que habéis visto y oído". Y con esta respuesta concisa y sabia el Señor les manifiesta a ellos, y a todos cuantos en lo futuro conozcan estas palabras, que El era el verdadero Cristo o Mesías.

2.—*Elogio que hace Jesús de su Precursor.* Y cuando los emisarios se fueron, el Señor habló a las gentes. Después de María, a quien Jesús llamaba su "Madre"; jamás persona alguna ha sido más honrada que el Bautista, de quien el mismo Salvador hace el más grande elogio. Según las palabras de Jesús, ese hombre penitente no es una caña movediza al soplo de los vientos, es decir, no es un político; no es tampoco un príncipe ni un hombre acaudalado; es mucho más, un profeta, es decir un hombre que participa de los secretos de Dios, que sufre por El, por cumplir su misión: la de preceder al Mesías preparando sus caminos como ángel precursor. Las Santas Escrituras nos muestran en muchas ocasiones cómo Dios ha enviado a algunos de sus ángeles para comunicar algo a los hombres indicándoles algún designio de la voluntad divina; la misma palabra "ángel" no significa otra cosa que "emisario", "embajador". El embajador del Mesías que nace pobre y en un establo de animales, es un penitente que vive y predica en el desierto, que se viste apenas con una piel de camello y que por cumplir su alto deber, morirá degollado en la cárcel de Maqueronte. Aprendamos nosotros a servir así a Cristo nuestro Rey, a cumplir con esa entereza y con ese celo nuestros deberes religiosos frente a todas las dificultades y a todas las persecuciones, ahogando todo respeto humano. En el capítulo anterior a este evangelio, Jesús ha instruído a sus discípulos y les ha dicho: "No temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma: temed más bien al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno".

3.—*Preparación para el advenimiento de Jesús.* La Iglesia con la liturgia de hoy quiere como alzarnos sobre las disipaciones del mundo para que divisemos al que avanza hacia nosotros con dulce majestad. Por eso en el *Introito* de esta Misa, nos repite como un eco estas palabras de Isaías: "Pueblo de Sión: he aquí que el Señor vendrá a salvar a las naciones; y hará el Señor resonar la gloria de su voz para alegría de vuestro corazón". Purifiquémonos por la gracia; acompañemos desde hoy a José y María que van camino de Jerusalén escoltados por los ángeles que cantarán en Belén: "¡Gloria a

Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!".

Tema B:

LA MISION DE CRISTO

El Domingo pasado el Evangelio nos presentaba a Jesucristo como Juez en el día postrero del mundo; hoy nos lo presenta como Salvador de los hombres.

Cumpliéndose los remotos vaticinios de los profetas del Señor, el Salvador venía a la tierra para enseñarnos el camino seguro que nos llevara al Reino de los Cielos. Sus compatriotas judíos habían olvidado esta misión específica, y, preocupados por el yugo extranjero que los oprimía, llegaron a pensar que el Mesías iba a ser un salvador nacionalista; un rey o jefe que los libertaría de los romanos; otros pensaban que vendría a darles la prosperidad material. No se daban bien cuenta de cuál iba a ser su misión salvadora.

San Juan Bautista había predicado austeramente con su palabra y con su ejemplo procurando arrancar de los corazones todas esas falsas esperanzas. Un día, estando él preso en Maqueronte, quiso que dos de sus discípulos fueran a preguntarle al mismo Mesías o Cristo "si era El el que había de venir o debían esperar a otro Mesías...".

Bien comprendió Jesús el objeto de esta embajada que le enviaba el Precursor, pero no quiso hablarles a esos discípulos en nombre propio, como lo haría más tarde, sino que primero obró ante ellos —como advierte San Lucas— numerosos prodigios, y después, recordándoles un vaticinio de Isaías, les dijo: "Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados". Era como decirles claramente que si en El se cumplían todos estos vaticinios del Profeta, El era entonces el Mesías anunciado, y que su reino no iba a ser el que soñaban sus fantasías, sino como las auténticas promesas del Señor.

Tal era la misión que traía Jesús a la tierra: salvar a los hombres; y para ello, hacía ver su poder divino sanando en-

fermos y resucitando muertos, para que por esas señales vieran que mayores milagros obraría en las almas. Sanaba a los ciegos para que le reconocieran a El y a su Padre Celestial; sanaba a los cojos para que fueran en busca de la verdad que El les revelaba; limpiaba la lepra del cuerpo y del alma para que un día pudieran presentarse puros ante Dios; hacía oír a los sordos para que aprendieran sus mandatos y supieran orar al Padre que está en los cielos.

Pero como El no iba a permanecer en la tierra visiblemente hasta el fin del mundo, escogió apóstoles y con ellos fundó su Iglesia dejándole sacramentos para medicina espiritual y para fuente de gracias adonde hallaran salud las almas todas. Por eso al fin de su misión terrena, antes de elevarse a los cielos, daría a sus apóstoles esta orden: "Id y bautizad a todas las gentes, enseñándoles a observar todo lo que yo os he mandado"; esos apóstoles iban a ser sus representantes y por eso les dirá: "El que a vosotros oye, a Mí me oye; el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia".

En realidad, si El subió a la diestra del Padre, se quedó también entre los hombres en su Iglesia y se quedó también en la Sagrada Eucaristía como Amigo y hasta alimento de las almas.

De esta manera quiso perpetuar Jesucristo su presencia salvadora en la tierra. Por lo tanto podemos, pues, ponernos en contacto con El en los sacramentos; podemos seguir escuchando sus mandatos y su doctrina en la voz de la Iglesia, en los Evangelios que escribieron sus discípulos y en las enseñanzas de sus Vicarios, los Romanos Pontífices. De esta suerte se realizan sus divinas palabras: "He aquí que Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

DOMINGO III DE ADVIENTO

Evangelio según San Juan, cap. I, 19–28.

"En aquel tiempo: Enviaron los Judíos, sacerdotes y levitas de Jerusalén, a preguntar a Juan: ¿Tú, quién eres? Y confesó y no negó; y confesó: Que no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Pues quién eres? ¿Eres tú Elías? Y dijo: No soy.

¿Eres tú el Profeta? Y respondió: No. Y le dijeron: Pues ¿quién eres, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? El dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron y le dijeron: Pues, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni Profeta? Juan les respondió y dijo: Yo bautizo en agua: mas en medio de vosotros está Aquél a quien vosotros no conocéis. Este es el que ha de venir en pos de mí: el cual es antes que yo; y al cual yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia. Esto aconteció en Betania de la otra parte del Jordán, en donde estaba Juan bautizando".

Tema A:

LA CEGUERA DEL ORGULLO

1.—*"El Señor está cerca"*. Este es el anuncio gozoso que hoy nos hace la Iglesia en el *Introito* y en la Epístola de la Misa: por eso en medio de la penitencia de este tiempo de preparación para recibirlo, da expansión a su alegría haciendo resonar el órgano y cubriendo de flores el altar del Sacrificio. El Señor está cerca; más aún, el Evangelio nos dice: "En medio de vosotros está Aquél a quien vosotros no conocéis", para que abramos los ojos adormilados, veamos la luz del mundo y preparemos en nuestra alma el camino del Señor para que El descienda sobre nosotros bendiciéndonos y dándonos la paz de Dios. Pero ¿cómo prepararemos este camino? ¿cómo haremos para El una morada digna en nuestra alma? Limpiándola de toda mancha con la penitencia en el sacramento del Perdón y haciendo aún sacrificios corporales; por eso la Iglesia nos exige ayuno el próximo viernes. En seguida debemos poner orden y moderación en nuestra vida apartándonos de los excesos y frivolidades mundanas de estos días, porque es un gozo espiritual y familiar el que esperamos. Los placeres mundanos nos disipan y nos ponen a menudo en tentaciones impidiendo así el advenimiento de Jesu-

cristo en nosotros. El Precursor, San Juan, predicaba a su pueblo la penitencia y luego daba el bautismo de penitencia.

2.—*El gran obstáculo de estos tiempos.* Para recibir a Cristo, y con El sus gracias, hay que remover el gran obstáculo de la ignorancia religiosa. Hoy, como en tiempos del Bautista, es desgraciadamente cierta la amarga frase suya: "En medio de vosotros está Aquél a quien no conocéis". El Evangelio hace notar que los sacerdotes y levitas de Jerusalén enviados por los judíos a Juan, "eran de los fariseos" y a ellos les dirige esa frase quemante. ¡Lo mismo podría decir hoy la Iglesia a muchos cristianos! Muchos ignoran que el Salvador vive en medio de nosotros: en la Iglesia, por su autoridad y enseñanza; en la Eucaristía, por su presencia real; en los sacramentos, por su virtud santificadora y hasta en los fieles mismos, por ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo, que es nuestra Cabeza. Si por esta ignorancia Jesucristo está lejos de su inteligencia, ¿cómo va a estar presente en su corazón? A nadie se le puede amar si antes no se le conoce: no puede haber vida cristiana si se ignora a Cristo. En su sermón de la última Cena, El, como Jefe supremo de la Iglesia que nace, dice al Padre Celestial estas palabras: "La vida eterna consiste en conocerte a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste" (S. Juan, XVII, 3). Si queremos tener vida eterna, conozcamos y amemos a Jesús.

3.—*Despojémonos de todo orgullo.* Dicen los Libros Santos que "Dios resiste a los soberbios, y a los humildes les da su gracia". A la luz de esta verdad ¡qué clara lección presenta a los orgullosos el Evangelio de hoy! Los judíos tienen una alta idea de Juan Bautista: le envían como emisarios no a cualesquiera, sino a sacerdotes y levitas, para preguntarle si es el Cristo, o Elías o el profeta anunciado por Moisés y encargado de bautizar, de purificar al pueblo. El Santo Precursor rechaza todos estos títulos honrosos y no tiene otro afán que hacer resaltar su flaqueza y su nada: "Yo soy la voz del que clama en el desierto". ¿Hay algo más deleznable y frágil que el sonido de la voz? Para apreciar su claridad, su timbre y su belleza es necesario recurrir a los medios de la

acústica en los templos y en los teatros; pero la voz de Juan "clama en el desierto". Si él vivía en el desierto de la Transjordania, si esos emisarios no eran sino ráfagas arenosas de ese otro desierto del orgullo farisaico, vamos nosotros al templo para oír lo que nos dice esa voz. Ahí nos dirá que Ese que no conocemos, por culpable ignorancia, "es el que ha de venir en pos de mí; el cual es antes que yo; y al cual no soy digno de desatar la correa de su sandalia". Si el Santo elogiado por el mismo Cristo ante los emisarios que le enviara un día, tiene este concepto humildísimo de su persona, ¿podremos esperar que el Señor venga a nuestra alma llena de orgullo y de amor propio? Allanemos las colinas riscosas de nuestra soberbia, seamos llanos y humildes para que el Cristo llegue a nosotros y nos dé su gracia, plena de paz.

Tema B:

EL OFICIO DE LA IGLESIA

Cuando los enviados del Sanedrín, sacerdotes y levitas, le preguntaron a San Juan por qué bautizaba, si no era el Cristo, ni Elías ni el Profeta, él les respondía: "Yo soy la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor". Quería decirles que él no era el personaje que los siglos esperaban, el Mesías anunciado, sino su precursor, su pregonero que va por el camino que ha de seguir el Enviado de Dios.

El Bautista ejercía entonces el mismo oficio que hoy ejerce la Iglesia cuando bautiza, predica y da a conocer ahora quién es el Cristo Salvador: en una palabra, así como Juan fué el personero de Jesucristo, así también la Iglesia es su representante en la tierra.

Hay quienes dicen: ¿Por qué para comunicarme con Dios y con su Cristo tengo que entenderme con la Iglesia? A estos enviados del "Sanedrín laico" de hoy, les diremos que la institución de la Iglesia como embajadora de Cristo entre los hombres, es algo muy conveniente y necesario.

Si Jesús creyó necesario un precursor que preparara a los judíos para escuchar su doctrina con provecho, ¿no sería

más conveniente e indispensable que después que El habló adoctrinando, hubiera en todo lugar del mundo alguien que recordara sus palabras y explicara a los hombres su doctrina? Pues, eso es la Iglesia y para eso la instituyó Jesucristo.

El Divino Maestro no escribió sus enseñanzas; pero fundó una sociedad confiándole el tesoro de su doctrina y con el encargo expreso de divulgarla por todo el mundo. *"Euntes, ergo, docete omnes gentes"*, dijo a esta sociedad antes de subir a los cielos: "Id, pues, y enseñad a toda criatura" (Marc. XVI, 15). Esta fué la orden que dió a sus apóstoles, primeros prelados de la Iglesia. Y tanto el mandato y su cumplimiento son un hecho que comprueba la historia.

Pero aún cuando Jesús hubiese escrito su doctrina, siempre habría sido conveniente y necesaria la Iglesia. ¿Por qué? Sencillamente, porque aunque todos han de tratar salvarse, no todos saben leer entre los hombres, porque hay analfabetos y ciegos o enfermos: toda esa gente necesitaría de la Iglesia. Suponiendo aun que no hubiese ciegos ni analfabetos, ¿es que siempre se entiende igualmente por todos los temperamentos y criterios lo que se lee? Si esto fuera verdad, no habría ese sinnúmero de sectas protestantes que, leyendo el Evangelio, lo interpretan de maneras distintas y hasta en sentidos contrarios. Luego, para explicar las profundas enseñanzas de Jesucristo y hacerlas entender por todos de la misma manera que el Maestro quiso que se entendieran, era necesaria la Iglesia como maestra y como intérprete fiel de la palabra divina.

Ahora bien, para que todas las gentes tuviesen la seguridad de que el sentido de esas páginas sagradas era el auténtico enseñado por Jesucristo, era indispensable que ese magisterio externo y vivo de la Iglesia permaneciera inmune de todo error, es decir, que fuese infalible en este aspecto. Sería un absurdo que el Hombre-Dios que fundó la Iglesia, la hubiese dejado vulnerable a las equivocaciones y errores con daño para su auténtica doctrina y con irreparables perjuicios para la salvación de las almas. La personera de Cristo, pues, tenía que ser una maestra infalible de su doctrina para guiar a las almas hacia la salvación eterna.

DOMINGO IV DE ADVIENTO

Evangelio según San Lucas, cap. III, 1-6

"En el año décimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconítide; y Lisanias tetrarca de Abilina; siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y vino éste por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia, para remisión de pecados, como está escrito en el libro de los oráculos de Isaías profeta: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor: enderezad sus senderos: todo valle será colmado y todo monte o collado será rebajado, y lo torcido enderezado, y los caminos fragosos allanados y verá toda carne al Salvador enviado de Dios".

Tema A:

CRISTIANISMO Y PENITENCIA

1.—*El Cristianismo es una revelación de fe y un hecho histórico.* Con estas palabras iniciales del Evangelio de hoy, San Lucas señala la fecha precisa de los acontecimientos que él refiere y que habían sido anunciados muchos siglos antes. Los hechos evangélicos no se basan en tradiciones populares sin origen determinado, ni en leyendas que se fundan en épocas desconocidas y fabulosas ni tampoco en especulaciones subjetivas teosóficas; sino en hechos claros y precisos. Aquí se designan por sus nombres los soberanos que regían en ese tiempo la Palestina; se designan los lugares y las fechas exactas: todo lo cual está de acuerdo con los libros proféticos. Desde los comienzos de la predicación evangélica, las profecías comienzan a cumplirse, como lo hacen notar los mismos evangelistas. Como hecho histórico, el Cristianismo se presenta al mundo con todas las garantías necesarias para la crítica

histórica más concienzuda: los modernos sectarios obran, pues, de mala fe cuando hablan de "leyendas del Evangelio" o de "especulaciones moralistas".

2.—*El bautismo de penitencia.* El Precursor aparece por la región del Jordán, como lo había escrito Isaías, y es la voz del que clama en el desierto: "Preparad el camino del Señor; enderezad sus senderos; he aquí que Yo envío mi ángel ante vuestros ojos, quien caminando delante de vos, os preparará el camino". Este ángel señalado desde tan lejos, es Juan Bautista. A la orilla del Jordán, cumple fielmente la misión que le habían señalado los profetas. Y el primer objeto de su predicación es la penitencia para la remisión de los pecados, como asimismo fué lo primero que Jesús predicó al pueblo, como lo dice San Mateo: "Empezó Jesús a predicar y decir: "Haced penitencia, porque está cerca el reino de los cielos" (IV, 17); y como de igual manera los apóstoles inician también su misión: "Haced penitencia, decía San Pedro en su primer sermón, y cada uno de vosotros sea bautizado en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados". La penitencia es la puerta del cielo. Para ir a Dios es necesario ante todo dejar el camino que nos aleja de El, y ese mal camino, engañoso y fatal, es el del vicio y sus delitos. Arrepintámonos entonces de nuestros pecados y busquemos la senda que nos lleve puros a la gruta de Belén para adorar al Niño con los pastores.

3.—*Frutos de penitencia.* El Bautista, junto con predicarnos la penitencia, quiere que hagamos frutos dignos de ella. Y ¿en qué consisten ellos? En estas cuatro cosas que nos exige: que "todo valle sea colmado", es decir que los hoyos y zanjas del camino sean rellenados; hay que cumplir bien los deberes que hemos omitido: ¡cuántos vacíos han dejado esos pecados de indiferencia en nuestras almas! En segundo lugar, "todo collado ha de ser rebajado"; menester es entonces que humillemos estas alturas de soberbia, porque Dios resiste a los orgullosos y a los humildes les da su gracia. "Los senderos tortuosos han de ser enderezados", debemos rectificar nuestras intenciones torcidas porque sólo la intención recta y pura puede conducirnos a Dios. Y, finalmente, "los ca-

minos fragosos han de ser allanados", nos dice el Precursor de Cristo; debemos entonces corregir esas alteraciones de nuestro carácter, esas desigualdades de nuestra conducta y hasta de nuestra piedad; allanar las asperezas de nuestras palabras, de nuestro trato y hasta de nuestro celo. Si hacemos este trabajo, se cumplirá lo que nos dice San Juan: "Toda carne verá la salud de Dios".

Tema B:

EL FUNDADOR DEL CRISTIANISMO

San Lucas, cronista de los Hechos Apostólicos, nos da en su Evangelio tales detalles cronológicos y de lugares, personas y pontífices, que disipan toda duda acerca del tiempo y circunstancias en que Dios manifiesta su voluntad a Juan para que prepare a la gente a recibir al "Enviado de Dios", el Cristo o Mesías.

Señal sería de ignorancia o de absoluta mala fe, el negar la existencia real, personal e histórica de ese Salvador que fué Jesucristo. Sin embargo hay ciegos que no quieren ver estos hechos y sordos que no quieren oír la palabra histórica de este Evangelio, para llegar a decir que "Jesucristo jamás ha existido". ¡Parece increíble tanta audacia, sobre todo en boca de judíos, siendo ese Redentor la gloria más alta de su pueblo! (1).

Negar el nacimiento de Jesús es negar veinte siglos de historia y la transformación del mundo pagano en mundo cristiano; es negar precisamente los siglos de mayor civilización, progreso y cultura de la humanidad. La mala fe, el odio o ambas cosas llegan a tal insensatez. Borrad de la historia las páginas que nos narran con sublime sencillez el nacimiento en Belén, de un niño llamado Jesús, y toda la era cristiana quedaría sumida en el misterio más impenetrable; ¡los que

———

(*) Noé Wagner, judío polaco, residente en Santiago de Chile, ha editado un folleto blasfemo destinado a probar el "mito" de Jesucristo. No se vende en librerías; sólo se distribuye clandestinamente.

declaman contra el "oscurantismo" nos dejarían sumidos en una oscuridad impenetrable!...

La grandeza del cristianismo es su perpetua juventud, porque es la Verdad que jamás envejece. Por eso esa fecha del 25 de Diciembre es imperecedera, como que es histórica, precisa y de tal manera gloriosa, que abre una nueva era para el mundo.

Esa fecha evoca en la humanidad una cita a la que concurren la creación entera y su Creador mismo. En las alturas de aquella noche los ángeles saludan a los hombres con un cántico de paz y aparece una nueva estrella que señala a Belén de Judá, en cuyas vecindades nace un niño pobre que tiene por cuna un pesebre, que recibe el aliento de unos animales que lo defienden del frío de la nieve; que tiene por madre a una Virgen, por padre legal a un artesano y por admiradores a unos pastorcillos que le llevan ofrendas.

Cuatro milenios habían esperado a ese Niño, porque lo deseaban los patriarcas, lo anunciaban los profetas y aun los reyes. De El había dicho David: "Cuando él venga traerá la justicia y la paz"; Isaías había exclamado: "Dios mismo vendrá y nos salvará", y hasta los poetas romanos intuitivamente habían cantado: "Aparecerá un rey poderoso que viniendo del Oriente conquistará el Imperio Romano". Era que la humanidad, a través de generaciones y de trastornos, conservaba el recuerdo de la promesa de una redención formulada en el Paraíso. Y era este Niño el que traería la paz, la justicia y el amor; el que en la plenitud de su vida purificaría al hombre con su sangre; lo haría agradable a los ojos del Creador, ofendido por la primera desobediencia humana.

Todo esto explica la alegría del mundo en esta fecha. Por eso la liturgia de la Iglesia nos urge a prepararnos para recibir a ese Niño que en sus manos nos trae la paz que pregonan los ángeles; en sus palabras, la justicia, y en su corazón el amor, fundamentos de su doctrina.

Tratándose, pues, de una festividad tan santa, bella y pura, debemos prepararnos para ella con fe en la inteligen-

cia, con esperanza en el alma y con amor cristiano en el corazón.

Así demostraremos nuestra buena voluntad al Divino Infante y a los ángeles pregoneros de la Noche Buena.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

Evangelio según San Lucas, cap. II, 33–40.

"En aquel tiempo: José y María, madre de Jesús, estaban maravillados de aquellas cosas que de El se decían. Y los bendijo Simeón y dijo a María su madre: He aquí que Este ha sido puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y como una señal de contradicción: una espada traspasará tu alma, para que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos. Había allí una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, la cual era ya muy anciana, y había vivido siete años con su marido desde su virginidad. Y esta viuda, que tenía ochenta y cuatro años, no se apartaba del templo, sirviendo día y noche con ayunos y oraciones. Y como llegase ella en la misma hora, alababa al Señor y hablaba de El a todos los que esperaban la redención de Israel. Y cuando hubieron cumplido todas las cosas conforme a la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el Niño crecía fortaleciéndose, lleno de sabiduría: y la gracia de Dios era con El".

Tema A:

EJEMPLOS DE PIEDAD

1.–*La profecía de Simeón.* Cuando María y José fueron a presentar al Niño Jesús al templo de Jerusalén, los recibió un santo anciano, llamado Simeón, quien esperaba el consuelo de Israel porque el Espíritu Santo le había revelado que no moriría sin ver antes al Cristo del Señor. Al tenerlo ya ante sus ojos, entona inspirado una ardiente acción de gracias a Dios por haber visto a su Salvador. José y María escuchaban con admiración las cosas que de El se decían. Si-

meón los bendice, pero dirigiéndose a María exclama gravemente: "Mira, Este está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción; y a ti una espada traspasará tu alma...". Palabras proféticas son éstas que han tenido su plena confirmación en la historia. Verificóse la ruina del pueblo de Israel como castigo de su incredulidad en el verdadero Mesías, que crucificaron pidiendo con blasfemias que su sangre cayera sobre ellos y sus hijos. Provocaron así la ira de Dios sobre Israel que se dispersó por el mundo y que el mundo tantas veces lo ha hecho víctima de sus odios. En cambio Jesús fué la resurrección de muchos israelitas, de todos los que creyeron en El y formaron el fundamento del Reino de Cristo en la tierra, soportando hasta el martirio, pero haciendo crecer sin cesar este reino de paz y amor. Que Jesús ha sido también el blanco de las contradicciones de los hombres, es otro hecho confirmado por la historia del mundo. El mismo dió la clave de estas contradicciones al decir que nadie puede servir a dos señores, a Dios y a las riquezas, y al afirmar que quien no está con El, está contra El: ¿no lo hemos estado viendo en estos años convulsionados por las armas y las ideologías? Este signo de contradicción seguirá siéndolo hasta el fin, porque entre los hombres hay quienes reciben con gusto los beneficios divinos, esa luz y esas gracias espirituales que Dios nos comunica por medio de su Hijo, y hay otros que prefieren las tinieblas y a Barrabás antes que la luz de Cristo.

2.—*El dolor de María.* Con este anuncio de Simeón comienza ya María a sentir en su alma la congoja que culminará con la crucifixión de su Hijo; esta espada de dolor la hará corredentora del linaje humano, ya que ella simboliza toda la pasión de Cristo, los pecados de todos los hombres, que fueron su causa, y el deicidio cometido por su pueblo. Ella, concebida sin mancha de pecado, unió sus dolores a los de su Hijo por la salvación de los hombres. Sepamos así nosotros unir nuestros sacrificios y trabajos a los de Cristo, por nuestra propia salvación.

3.—*Ejemplos de piedad.* Todos los personajes que figuran en el Evangelio de hoy son modelos de piedad para to-

das las edades de la vida. Jesús es el modelo de los niños que, como El, deben crecer en gracia y sabiduría a medida que van creciendo en edad: los padres y los maestros no debieran olvidar este ejemplo y menos impedir esa gracia y ese conocimiento de la verdad de Dios revelada al hombre. María, que entonces estaba en la flor de la edad, debiera ser el modelo de las jóvenes guardando como tesoro la pureza de alma y cuerpo. José es el modelo de los hombres llegados a la madurez de la vida, quienes debieran, como él, obedecer fielmente los preceptos de Dios y cumplir bien sus propios deberes de estado. Finalmente Simeón y Ana ejemplos son para los ancianos, que deben ocuparse mucho más en los negocios de la eternidad que en los de esta tierra que pronto los encerrará en su seno. En la senectud, la viuda Ana y el santo Simeón no pensaban, sino en el Salvador y ocupaban en la oración gran parte del tiempo. Sigamos estos altos ejemplos de virtud en la edad que nos corresponda.

Tema B:

L A P A Z

¿Por qué el anciano Simeón hace este vaticinio: "Este niño será el blanco de la contradicción entre los hombres?" Porque Jesús venía al mundo a predicar y enseñar el bien, el deber y la virtud; y quienes siguieran su doctrina alcanzarían la paz, y quienes la despreciaran tendrían la ruina y la muerte eterna.

"La paz es la tranquilidad del orden", según Santo Tomás. Y debe haber un orden entre nuestras relaciones con Dios y con los hombres, nuestros hermanos. Este orden perfecto era el que iba a enseñar Jesús para que tuviéramos esa paz con Dios y nuestros semejantes. Isaías había anunciado al Salvador como "Príncipe de la Paz"; los ángeles, al nacer este Salvador en Belén, lo anunciaron a los pastores cantando: "Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad"; y el mismo Jesús, ya vencedor de la muerte, saludaba a sus discípulos con estas palabras; "Pax vobis", la paz

sea con vosotros; la paz os dejo, amaos los unos a los otros como yo os he amado.

Un día Dante Alighieri, desengañado de las luchas humanas de su tierra, llega a las puertas de un convento y llama.

—¿Qué quieres?, le preguntan. Y el poeta responde:

—La paz...

La humanidad de este siglo también ha golpeado a todas las puertas en busca de paz; y no la ha hallado ni en las cancillerías, ni en los tratados, ni en las armas ni en sus propias patrias, porque donde no está Dios amado y obedecido, no puede haber orden, no puede haber paz. Con razón el Aguila de Hipona, San Agustín, exclamaba: "Mi corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti, Señor".

La paz de Cristo es una paz "que nace del espíritu y no de los sentidos", nos enseña San Pablo, recordando el legado de Jesús que dejaba a sus discípulos: "Mi paz os dejo, mi paz os doy; no la que da el mundo". La del mundo es siempre interesada y egoísta; mientras que la de Cristo es fruto del espíritu, paz de caridad, de alegría, de serenidad.

Busquemos, pues, nosotros esa paz cimentada en el bien, en la virtud y en el deber; esa que alegraba y perfumaba la vida San Francisco de Asís y que adoptó como saludo espiritual entre sus discípulos: "Pax et Bonum".

Que se realicen en nosotros aquellas palabras del Salmista: Justitia et pax osculatae sunt" (Ps. LXXXIV, 11), que en la práctica del deber y de la caridad, se den un ósculo la justicia y la paz. Mas, es necesario no olvidar que la justicia y la caridad son dos virtudes que solamente auxiliados por Dios, con su gracia, podremos adquirirlas. Los que de Dios se apartan no la obtendrán jamás, nos advierten los Libros Santos: "Non est pax impiis", "no hay paz para los impíos". (Isaías, XLVIII, 22).

Que el celestial saludo de los ángeles de la Noche Buena: "Paz a los hombres de buena voluntad", se realice en nosotros practicando ese deber supremo de la caridad, de amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos. En eso se resumen toda la Ley y Los Profetas.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA CIRCUNCISION

Evangelio según San Lucas, cap. II, 21.

"Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño, le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el Angel antes que fuese concebido".

Tema A:

EL SANTISIMO NOMBRE DE JESUS

En este sólo versículo de San Lucas hay todo un himno de gloria al Niño recién nacido en un establo de Belén. Su nombre fué traído del cielo por un arcángel, es decir, fué impuesto por el mismo Dios para significar con él que es el Mesías esperado, porque Jesús significa Salvador. Es, pues, un nombre "sin el cual no es posible conseguir la felicidad eterna de los cielos", como nos lo dice San Pedro: *"Non est in alio aliquo salus"*.

Y puesto que Jesús significa Salvador, mientras mejor conozcamos al que así se llama, más respetaremos ese santo nombre.

Jesús es quien ilumina la historia del mundo. Cuatro milenios lo esperaban desde la prevaricación del Paraíso; dos milenios lo adoran esperanzados en su doctrina que santifica, consuela y salva. Con Jesús termina oficialmente el mundo pagano y comienza el mundo cristiano. Suprímasele de la historia del mundo, y se verá cómo la vida de la humanidad se convierte en un misterio insondable. Por eso el historiador Mallet ha escrito: "Para explicar conscientemente ciertos grandes acontecimientos de la humanidad, es tan necesaria la presencia de Jesucristo, que, si no hubiera existido, sería absolutamente necesario inventarlo".

Aristóteles, Alejandro, César, Napoleón son cometas fugaces; Jesucristo es en cambio un sol en el firmamento de la historia. Aquel Jesús nacido en el pesebre de un establo, perseguido desde su tierna infancia y enclavado en una cruz in-

famante —que desde entonces es un signo sagrado—, sobrevive a todos los acontecimientos y su presencia invisible, pero real, pesa y actúa desde entonces en los individuos y en los pueblos. ¿Por qué? El mismo lo dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida". Por eso, después de veinte siglos, aun oyen su voz más de mil millones de almas.

La voz de Jesús se ha hecho escuchar a pesar de la severidad de su doctrina, porque perfecciona al hombre; se ha hecho respetar por su autoridad a pesar de apagarse en su garganta por el suplicio; se ha hecho amar a pesar de todas las calumnias de ayer y de hoy, por su bondad. Por eso Pascal ha dicho: "Nosotros los católicos creemos en Dios, porque tenemos miedo de perderlo; los impíos no creen en Dios, porque tienen miedo de encontrarlo".

Y no sabemos por qué David Strauss, el modernista que consideraba la historia evangélica como un mito, llegó a decir: "La moral de Cristo es el fundamento de la sociedad humana...". Pero si toda la civilización cristiana se basa en el Evangelio, en un "mito", según él, ¿no estamos entonces envueltos en un misterio? ¡Y el doctor Strauss afirma no creer en los misterios!...

La explicación es sencilla. Esa moral y esa doctrina de Jesús que recogieron los Evangelios, porque son divinas siguen siendo el objeto de las sociedades y de los pueblos; y quienes se niegan por maldad y por soberbia a seguirlas, ya lo veis cómo están sin paz, ni libertad ni amor fraterno. Se confirma el anuncio del mismo Jesucristo: "La tierra y los cielos podrán pasar, pero mis palabras no pasarán".

Sólo siguiendo a Cristo hallaremos paz, fraternidad, felicidad y amor. Sus obras son las de un Dios: su nacimiento, su vida, su doctrina, su muerte, su resurrección y la perpetuidad viviente de su moral en los que le siguen, creyéndole y amándole hasta el martirio del Circo Romano o hasta los campos de concentración del Imperio Soviético, son las pruebas más elocuentes.

Que en el año que iniciamos Cristo viva, reine e impere en todos los hogares que le honran y le sirven; que en la Igle-

sia del Silencio El siga siendo la fuerza y la esperanza. Ahora y siempre bendito sea su santo nombre.

Tema B:

MOISES IMAGEN PROFETICA DE JESUS

En este Domingo del ciclo de la Navidad, la liturgia pone a nuestra consideración el nombre que se le impuso al Niño nacido en Belén y que ya el Arcángel Gabriel había señalado a María: el nombre de *Jesús* que significa Salvador.

Hubo en el pueblo de Israel un hombre que se llamó *Moisés,* nombre que significa "salvado de las aguas", porque lo fué en el Nilo. Su vida fué así librada de la muerte en los comienzos de sus días. ¿Para qué? Para ser con el tiempo el salvador de su pueblo esclavizado en Egipto: era el designio de Dios.

Aquel pueblo escogido de Joeváh, que descendía de Abrahán, de Isaac y de Jacob, llegó a caer un día bajo la esclavitud más tiránica que es posible imaginar. Habían pasado ya varios años de la muerte de José, el gran ministro de los egipcios cuyos faraones se habían olvidado de los grandes beneficios de ese hijo de Jacob y de su pueblo, hechos a Egipto. Israel, subyugado y prolífico, despertó en sus amos faraónicos un furor rabioso; temían su crecimiento, aunque abusaban de su trabajo.

Dios entonces suscitó a Moisés y le mandó que se presentara al Faraón pidiéndole la libertad para su pueblo. Como el Faraón se obstinara en negársela, a pesar de las plagas con que el Señor castigaba su soberbia, el Dios de Israel encargó a Moisés que ordenara a los hebreos que cada familia tomara un cordero, lo sacrificaran y lo comieran de prisa, como quien está de viaje; y que con la sangre de ese cordero rociaran las puertas de sus casas para distinguirlas de las de los egipcios.

Hecho esto, el Señor envió un ángel exterminador, que, entrando en todas las casas que no estaban señaladas así, dió muerte a los primogénitos de los egipcios y puso en libertad al pueblo israelita.

Todo esto no es más que una sombra, una figura simbólica donde se destaca de modo profético lo que con nosotros ha hecho Jesús, como Salvador nuestro.

Como los hebreos, también estábamos nosotros bajo la férula de ese otro Faraón despótico que era el demonio; él oprimía y aplastaba en lo espiritual a todos los hombres de todos los siglos. Por el pecado éramos sus esclavos y así nacíamos por la culpa original. Pero vino Jesús al mundo y nos sacó de esa esclavitud, sellando con su sangre nuestra libertad. Por eso el Bautista, señalándolo a sus discípulos, les decía: "He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo". Y cuando los apóstoles fueron a predicar su doctrina, San Pedro decía a sus discípulos: "No habéis sido rescatados con oro ni con plata, sino con la preciosa sangre del Cordero inmaculado, Cristo Jesús". (I Pet., cap. I, 18).

Pudo Jesús habernos redimido con una sola oración suya dirigida a su Padre, por la reverencia que le merecía su Hijo; pudo habernos redimido predicando solamente; pero no le pareció bastante y quiso redimirnos con su sangre y en una cruz. Así quiso ser nuestro Salvador.

Pues bien, si fué nuestro Redentor muriendo por nosotros, ¿qué cosa más natural que celebremos su nombre que nos recuerda nuestra salvación?

En el *introito* de la Misa nos dice San Pablo: "Que al oír este nombre, toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el infierno". Pronunciémoslo entonces siempre con fe, con amor y esperanza, sobre todo en los peligros del alma y en nuestra postrera agonía. ¡Jesús, sed la salvación nuestra, ahora y en la hora de nuestra muerte! Así sea.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA EPIFANIA

(Fiesta de la Sagrada Familia)

Evangelio según San Lucas, cap. II, 42–45.

"Cuando tuvo Jesús doce años, subieron sus padres a Jerusalén, según la costumbre del día de la fiesta, y acabados aquellos días, cuando se volvían, se quedó el niño Jesús en

Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Y creyendo que él estaba con los de la comitiva, hicieron una jornada de camino y le buscaban entre los parientes y conocidos. Y como no le hallaban, se volvieron a Jerusalén en busca suya, hasta que, al cabo de tres días, le hallaron en el templo, sentado en medio de los Doctores, escuchándolos y preguntándoles. Todos cuantos le oían se pasmaban de su sabiduría y de sus respuestas. Y cuando le vieron se admiraron. Díjole entonces su madre: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo angustiados te buscábamos. Y les respondió: ¿Para qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas de mi Padre? Mas ellos no entendieron la palabra que les habló. Y descendió con ellos y vino a Nazaret; y les estaba sumiso. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia, delante de Dios y de los hombres".

Tema A:

EL MODELO DE NUESTRAS FAMILIAS

1.—*El modelo de las familias cristianas.* La Iglesia, que dedica fiestas especiales al Niño Jesús, a María y a San José, quiere hoy que honremos a los tres juntos, como la familia ejemplar y modelo de lo que debe ser la familia cristiana. En este concepto, hoy veneramos al Hijo de Dios como hijo de familia, a María como madre y a José como esposo y jefe de este hogar. Cada uno de ellos ejerce armoniosamente sus oficios y cumple con sus deberes peculiares: María atendiendo a Jesús como niño y reverenciándolo y adorándolo como a Dios; José, de noble estirpe, pero humilde, se dedica a su trabajo con amor, con abnegación y paciencia para subvenir a las necesidades del hogar; Jesús que, a medida que va creciendo, va descubriendo nuevos resplandores de virtud y de sabiduría, ayuda a José en sus labores de artesano y es el encanto de los dos esposos que viven por El y para El. Desde su infancia y en esa vida oculta, Cristo nos muestra la felicidad del matrimonio que más tarde El elevará a la dignidad de sacramento y que bendecirá con su presencia y su

primer milagro en las bodas de Caná. Pero, volviendo al Evangelio de hoy, reflexionemos bien cómo cumplen los tres con los preceptos religiosos; porque el evangelista nos hace notar antes que José y María todos los años "iban a Jerusalén por la fiesta solemne de Pascua", y ya hemos visto cómo cumplían con las leyes religiosas, al presentar al Niño al Templo y al someterlo a la circuncisión establecida para los hijos varones y pagando el rescate exigido a los pobres. Ahora que el Niño ha llegado a los doce años, cumpliendo la ley, los dos esposos llevan a Jesús consigo a Jerusalén por la solemnidad de Pascua. Mediten bien las familias cristianas en esto; vean si cumplen con ese celo sus obligaciones religiosas y su deberes propios de padres, o de hijos o de esposos. Tomen lección de esa conducta ejemplar de la Santa Familia.

2.–*La angustia de José y María.* Cuando los judíos acudían a celebrar la Pascua en Jerusalén, iban separados los hombres de las mujeres; los niños podían ir con cualquiera de los grupos. De aquí provino la equivocación de José y María cuando, al terminar la Pascua, Jesús se quedó en el templo: cada cual creía que el Niño iba en la otra comitiva. Mas, al darse ellos cuenta de que Jesús no iba con ninguno de los dos, un dolor tristísimo les atormentaba el corazón y durante tres días anduvieron buscando al Niño entre los parientes y amigos, hasta hallarlo en una de las dependencias del templo. Entonces toda la angustia sufrida exhalóse súbita del corazón de María: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo te buscábamos acongojados". Era el desahogo natural de su amor de madre. ¡Cuánta enseñanza hay en este episodio para los padres de familia! Jesús se ha separado de ellos para dar comienzo al cumplimiento de su misión; sus padres no lo han perdido en fiestas profanas, sino en una solemnidad religiosa y sin culpa de ellos ni de su hijo. En cambio, ¡qué poca preocupación de muchos padres de hoy respecto a las fiestas a que van sus hijos, solos o con una niñera mundana! ¡cuántas veces no son los hijos, sino los padres los que se pierden del hogar, convirtiendo éste en un hotel, si son ricos, o en un simple albergue,

si son pobres. Si quieren el respeto de sus hijos, cumplan sus deberes y den buen ejemplo.

3.—*Respuesta y ejemplo de Jesús.* Las palabras con que el Niño responde a su Madre indican ya su voluntad de iniciar su misión salvadora: "¿No sabíais que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?" El niño que siente en su alma el llamado de Dios para servirlo en el sacerdocio puede replicar de este modo a sus padres si se lo impiden, porque eso no es indisciplina, sino acatamiento a la voluntad de Dios que es superior a la de todo hombre: no se crean los padres dueños únicos de sus hijos. Jesús, sin embargo, quiso vivir treinta años junto a sus padres ayudándolos y dando ejemplo de humildad, de sumisión y de trabajo: recordemos que los hijos que sirven y aman a sus padres reciben las bendiciones divinas. El Niño Jesús, por ser Dios, poseía toda la sabiduría y toda gracia, pero con la edad iba manifestándolas poco a poco para no hacer alarde de superioridad sobre los demás. Como María, guardemos estas enseñanzas de Jesús en nuestro corazón.

Tema B:

DEBERES INELUDIBLES DE LOS PADRES

En este episodio que nos relata San Lucas, la primera enseñanza que se nos presenta es el cuidado de la Santa Familia de Nazaret de cumplir con sus deberes religiosos. Podría pensarse que éste sería el único hogar en el mundo en que no regirían estos deberes, porque estando allí el mismo Dios humanado, ese hogar era a la vez un templo más sagrado que el de Jerusalén. Pero esa familia nazarena estaba todavía bajo la Ley de Moisés y lo estaría hasta que Jesús no fundara su Iglesia. En esos días regía aún el Antiguo Testamento. Y María, José y el Niño, humildemente siguen los preceptos de esa Ley del Pueblo de Israel.

Por eso aquellos padres privilegiados, venciendo las dificultades de un largo viaje, no dejaban de asistir al Templo de Jerusalén aun con el Niño pequeñito; porque bien advier-

te el Evangelista que tenían "costumbre" de hacerlo en las solemnidades religiosas. Y si aquí se señala a Jesús en sus doce años, es sólo para indicar la ocasión en que se quedó entre los Doctores de la Ley.

Aprendan aquí los padres cristianos a cumplir bien con sus deberes religiosos, dando así ejemplo a sus hijos, haciéndolos crecer en el conocimiento de sus deberes y en la práctica de las virtudes. No en vano advierte el Evangelio que "Jesús crecía en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres."

Dios ha dado a la mujer la santa misión de ser madre; misión que en estos tiempos de ideas paganizadas ha perdido, sobre todo en las clases altas, su significado profundo de cumplir con el plan de la Providencia conforme a aquel mandato: "Creced y multiplicaos". En cuántos hogares cristianos se está considerando como una carga molesta para su fortuna el tener más de dos o tres hijos... En esto dan mejor ejemplo las familias modestas y pobres: ellas tienen más confianza en la Providencia divina que alimenta a las aves y viste a los lirios.

La fiebre de diversiones retrae pecaminosamente a muchos esposos del sano y noble deber de la procreación, privando así a Dios de servidores y a la patria, de ciudadanos. ¿Qué cuenta darán a Dios de estos delitos ocultos?

La mente del niño es una página en blanco, su fantasía es impresionable. Fíjense bien los padres que en ella van a grabar sus conversaciones y las de sus amistades; sus actitudes y sus ejemplos ahí van a quedar grabados: ¡no se manchen esas mentes infantiles con visiones de rencor, de envidia o de imprudencia! Padres cristianos no os hagáis responsables de vituperables ejemplos.

Una madre preguntaba a Mons. Dupanloup, cómo debería educar a su hijo; el sabio prelado le preguntó:

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Recién ahora comenzaré a educarle, Monseñor; sólo tiene cuatro años, le dijo.

—Señora, ya ha perdido cuatro años, le respondió el Obispo.

Madres, si queréis formar bien a vuestros hijos, comen-

zad desde su más tierna edad: ¡qué bellas imágenes podríais grabarles en su delicadísima mente! ¡qué sentimientos nobles iríais formando en su tierno corazón!

Si las madres no se cuidan de eso, sino que en el hogar se oyen reyertas, pelambres, mentiras, o se ven figuras y actitudes sin recato, ¿qué raro será que ya desde los cuatro años los niños barrunten la malicia, sean mezquinos, mal hablados, envidiosos y pendencieros?

Padres cristianos, meditad bien en estas cosas. Que este Evangelio sea una lección para recordar vuestros deberes en la recta y delicada educación de vuestros hijos, de tal manera que de ellos pueda también decirse, como del Niño Jesús, que "crecía en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres." Así sea.

DOMINGO II DESPUES DE EPIFANIA

Evangelio según San Lucas, cap. II, 1—11

"En aquel tiempo, celebrábanse unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Fué también convidado Jesús con sus discípulos a las bodas. Y llegando a faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: No tienen vino. Respondióle Jesús: Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? aun no ha llegado mi hora. Dijo su madre a los que servían: Haced cuanto él os dijere. Había allí seis tinajas de piedra destinadas a las purificaciones judaicas, y cabían en cada una dos o tres cántaros. Y Jesús les dijo: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al maestresala. Y lo hicieron así. Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, como no sabía de dónde era (aunque los sirvientes lo sabían, porque habían sacado el agua), llamó al esposo y le dijo: Todos sirven al principio buen vino: y después que los convidados han bebido bien, entonces sacan el más flojo: mas tú reservaste el buen vino para lo último. Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos".

Tema A:

ENSEÑANZAS DE LAS BODAS DE CANÁ

1.—*Dignidad del Matrimonio.* El Domingo pasado la Iglesia nos proponía a la Sagrada Familia de Nazaret cómo ejemplo y modelo de las familias cristianas; hoy nos hace ver en el Evangelio la dignidad y santidad del Matrimonio, recordándoles a los esposos el día de sus bodas y haciéndoles pensar en sus deberes y en su dignidad. Esta queda ya de manifiesto con la sola presencia de Jesús y de María en esas bodas de Caná. ¿Por qué el Hijo de Dios y María Santísima accedieron a la invitación de estos esposos si no era para santificar esas bodas? Queriendo el Señor fundar su Iglesia, empieza por formar sobre bases sólidas y santas la familia, célula necesaria de la sociedad. El Matrimonio es la institución divina que continúa la obra creadora de Dios, haciendo del hombre y de la mujer sus cooperadores en la multiplicación de aquellos seres que son imágenes vivas suyas. Pero esta institución es elevada por Jesucristo a la dignidad de Sacramento, es decir, la hace fuente de gracia y de santificación para los mismos esposos y para sus hijos, poniéndole como modelo su propia unión mística con la Santa Iglesia; unión destinada a cooperar también en la obra del Redentor. Y para sellar esta sublimación del Matrimonio a la categoría de Sacramento, Jesucristo obra en esas bodas el primero de sus milagros. Piensen los novios y los esposos en la santidad de su unión; invoquen su gracia para cumplir bien y cristianamente sus deberes y procuren que siempre Jesús y María presidan todos sus gozos y fiestas como en esas bodas de Caná de Galilea.

2.—*La mediación poderosa de María.* Si Jesús obró en Caná su primer milagro, fué por la insinuación compasiva de su Madre. A primera vista la respuesta de Jesús a María nos parece que fuera un rechazo; pero no debemos atenernos a las palabras, sino al espíritu que ellas encierran. El tratamiento de "Mujer" que le da aquí Jesús a su Madre, como se lo dará también en el instante supremo de la Cruz cuando la constituya Madre de San Juan y de los hombres, equivalía

entre los orientales a "Señora", en sentido íntimo de cariño respetuoso. Por su parte, María comprende bien el sentimiento de Jesucristo: sabe que esas palabras de su Hijo no significan una negativa, puesto que dice confiada a sus servidores: "Haced cuanto El os diga". Estas palabras explican bien lo que la Virgen entendió a su Hijo. Esta mediación de María en las bodas de Caná, ejerciendo su influencia, por una fina caridad para con los jóvenes esposos, tenía ya antes otro precedente: el de su visita a Santa Isabel próxima ya a ser madre del Precursor. Entonces, haciendo también una obra de caridad con su prima, fué la Mediadora de Dios para santificar al hijo de Isabel antes de su nacimiento con la sola presencia del Salvador que ella llevaba también en sus entrañas virginales: cumplía así lo que había anunciado el ángel a Zacarías, esposo de Isabel. Pues si Cristo en estas dos ocasiones usa la intervención de su Madre para bendecir y para obrar su primer milagro, es que quiere enseñarnos que ella es la mediadora omnipotente para que acudamos a ella a fin de hacer más eficaces nuestras súplicas.

3.—*El milagro de Caná y la fe de los discípulos.* La instantánea conversión del agua en vino obrada por Jesús con sola su voluntad y ante la vista de todos, quienes confirmaban la exquisitez de ese vino, nos prueba la intervención divina y omnipotente de Aquel que se dice Hijo y Enviado de Dios; hay que creerle a sus palabras autorizadas por milagros: y así se robusteció la fe de sus discípulos. En ese festín de bodas convierte el agua en vino; en el último festín de su vida terrena, Jesús convertirá el vino en su sangre y el pan en su cuerpo; y así lo creyeron también sus discípulos y, con ellos, todos los fieles de su Iglesia durante veinte siglos. Con el mismo testimonio de los comensales de Caná, con el mismo testimonio de los discípulos de Cristo que durante tres años vieron a menudo los milagros estupendos de Jesús, nosotros debemos robustecer nuestra propia fe y adorar a ese mismo Hijo de Dios humanado que permanece en la Santa Eucaristía para ser nuestro alimento en la vida y en la última hora de nuestra existencia.

Tema B:

ESTAMOS MUY LEJOS DE LA FAMILIA DE CANA

Fijemos nuestra atención en el comienzo de este Evangelio que dice: "Celebrábanse unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la Madre de Jesús. Fué también invitado Jesús con sus discípulos a las bodas." Fijaos bien que Jesús inicia su vida pública en una ceremonia social, en una fiesta de familia, en donde con su presencia santifica el matrimonio y con su bondad realiza su primer milagro. Superfluo parece advertir la delicadeza, el santo regocijo que reinaría en aquella fiesta en que estaban presentes Jesús, María y los discípulos del Señor.

¡Qué contraste presenta esta fiesta de Caná con las que en su tiempo se realizaban en Babilonia, en Corinto y en Roma! En la idílica ciudad de Galilea el regocijo era santo y noble, en presencia de Jesús que bendecía esas bodas; en esas otras ciudades tales ceremonias sociales degeneraban en bacanales repugnantes, realizándose aquellas palabras del Génesis: "Toda carne ha corrompido su camino".

Pero fijémonos en nuestro siglo de costumbres modernas y "civilizadas"; ¿acaso estamos muy distantes de las costumbres sociales de Babilonia y de Roma paganas?

Las fiestas llamadas sociales se han multiplicado sin medida. Abramos los ojos y veremos cómo aun en las ciudades medianas, el cine, los teatros, los "cabarets", los balnearios y los "concursos" mundanos de todo género y tantos otros sitios de diversiones van arrancando de la familia el pudor moral, la nobleza de sentimientos y la sana sencillez familiar que reinaba en nuestros hogares cristianos.

Un ambiente pagano nos invade disolviendo las sanas costumbres en que vivían antes nuestras familias. Las modas y bailes provocativos, los paseos públicos infestados de parejas sin recato alguno, ni siquiera ante los niños, y las niñeras sin escrúpulos; las revistas que comercian con grabados y cuentos pornográficos; las playas convertidas en ferias de carne humana; las canciones impregnadas de lujuria: todo eso va envenenando a la juventud y a la niñez, sin que los pa-

dres ni los maestros pongan dique alguno a esta inundación de vicios y pasiones.

De ahí provienen los divorcios y tragedias familiares con escándalos para la sociedad y con abandono o perversión de los hijos. Los esposos, incitados por el egoísmo, no quieren dar vida a la vida privando del nacimiento a los seres que debían ser la prolongación de su descendencia, su alegría y su consuelo en la viudez o en la ancianidad. ¿Hay mayor crimen que frustrar los fines del matrimonio y contrariar los designios de la Providencia?

Contra tantos males que en otros tiempos hicieron llover fuego sobre las ciudades nefandas, ¿qué remedios podríamos poner los verdaderos cristianos? Ante todo, el retorno a la fe que nos trajo aquel Niño que nació en Belén, porque esa fe dará "paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Así como Jesús estuvo presente en la fiesta familiar de Caná, es menester que se halle también espiritualmente presente en los hogares que se dicen cristianos. Si le decimos a Dios en nuestra oración: "Venga a nos el tu reino", procuremos realmente este reino de Cristo en nuestros hogares, alejando de ellos la concupiscencia de la carne, la ambición desorbitada de las riquezas y la soberbia de la vida, y en cambio cultivemos la paz entre los esposos, la inocencia y la sana alegría en los pequeños, la caridad entre los patrones y domésticos, y elevemos en sitio de honor la imagen de aquel Corazón divino que bendiga esos hogares imponiendo el respeto a su ley divina.

Una familia realmente cristiana vigilará con solicitud a los niños, cuidará de su educación y los corregirán con amor y firmeza: así se preservará al hogar de tantos peligros y daños irreparables. Sólo así reinará en los hogares aquella paz anunciada por los ángeles a las almas de buena voluntad y recibirán las bendiciones divinas y los celestiales consuelos.

DOMINGO III DESPUES DE EPIFANIA

Evangelio según San Mateo, cap. VIII, 1–13.

"En aquel tiempo: Habiendo bajado Jesús del monte, le siguió mucho gentío, y vino un leproso y le adoraba dicien-

do: Señor, si quieres puedes limpiarme. Y extendiendo Jesús la mano, le tocó, diciendo: Quiero: queda limpio. Y al instante quedó limpio de su lepra. Y le dijo Jesús: Guárdate de decírselo a nadie; mas vete, preséntate al sacerdote, y ofrece la ofrenda que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio. Y habiendo entrado en Cafarnaúm se llegó a El un centurión y le rogó diciendo: Señor, tengo un criado postrado en casa, paralítico, y sufre mucho. A lo que respondió Jesús: Yo iré y le curaré. Señor, replicó el centurión, yo no soy digno de que entres bajo mi techo; pero dí una sola palabra y quedará curado mi criado. Pues yo soy un hombre que, aunque bajo la potestad de otro, luego que digo a uno de los soldados que mando: ve, va: y otros: ven, y viene: y lo mismo cuando mando a un siervo mío: haz esto, lo hace. Oyéndolo, pues, Jesús quedó admirado, y dijo a los que le seguían: En verdad, en verdad os digo, que no he encontrado tanta fe en Israel. Y también os digo: muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos destinados a este reino serán arrojados a las tinieblas infernales, donde habrá llanto y crujir de dientes. Entonces dijo al centurión: Anda, que te sucederá como has creído: y sanó el criado en aquella hora".

Tema A:

DOS MILAGROS QUE INSTRUYEN

1.—*Jesucristo maestro y médico divino.* Desde este Domingo la liturgia de la Iglesia deja el orden cronológico de la vida del Salvador, para mostrarnos en El al profeta, al maestro y al médico de los cuerpos y de las almas, que va sembrado por ciudades y por campos el bien y la verdad. Las muchedumbres le siguen ávidas de luz y de paz y hay voces del pueblo que, al oírlo, exclaman: "Nunca nadie ha hablado como este hombre, nadie puede hacer los milagros que El hace", o bien lo elogian bendiciendo a su Madre: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron". Estos son los sentimientos que debieran brotar de nuestro co-

razón al leer o escuchar los episodios evangélicos, aplicándolos a nuestras almas: ¡cuántos beneficios nos ha otorgado Jesucristo redimiéndonos, dejándonos abierto el cielo, haciéndonos coherederos de su Reino, cobijándonos en su Iglesia, y reconciliándonos y santificándonos con sus sacramentos! Por otra parte, de cuántos peligros nos ha librado en el orden natural como en lo espiritual: rindámosle nuestra gratitud y paguémosle amor con amor.

2.—*La curación de un leproso.* El primer milagro que nos narra el Evangelio de hoy es la curación de esa horrible enfermedad de la lepra, que le concede el Señor a aquel pobre que le adoraba diciéndole: "Señor, si quieres puedes sanarme". En esta breve oración del enfermo aprendamos cómo debemos orar a Dios: primeramente sometiéndonos a la voluntad divina, "si Tú quieres", porque Dios desea ante todo nuestro bien espiritual y si lo que pedimos no nos perjudica en esto, lo concederá; en seguida nuestra súplica ha de ser confiada y humilde como la de este leproso que ante toda la gente adoraba a Jesús sin respeto humano. El Señor lo toca y lo sana, pero le encarga que se presente al sacerdote y cumpla con la ofrenda ordenada por Moisés para dar testimonio de su curación absoluta. La lepra es imagen del pecado: es trasmisible por herencia como el pecado original y también por contagio como el pecado actual; ella quema, seca e hincha al hombre como la envidia, la avaricia y la soberbia; ella horroriza a los hombres, como el pecado horroriza a Dios. Para curarnos de esta lepra espiritual, Jesucristo nos dejó el sacramento de la Penitencia y, aunque con la contrición perfecta podemos quedar sanos, es necesario presentarnos al sacerdote y confesar sincera y humildemente las culpas y cumplir con la satisfacción o penitencia que en el sacramento le impone el juez del perdón.

3.—*Jesús sana al criado del Centurión.* El segundo milagro que nos refiere este Evangelio, se verifica al entrar el Señor en Cafarnaúm. Ahora se trata de un hombre culto, de un oficial que tiene cien soldados a sus órdenes y que, siendo gentil y no hebreo, suplica a Jesús conceda la salud no a él, sino a un criado suyo postrado por una parálisis que le hace

sufrir mucho. Desde luego, el Señor ve en esa súplica un acto de caridad con el prójimo; en seguida ve en sus palabras una fe perfecta en el poder divino que puede sanar las enfermedades aún sin ver ni tocar al enfermo; además lo subyuga esa humildad con que el Centurión se declara indigno de que El éntre en su pobre morada y le encanta esa sencillez de niño con que el oficial le explica cómo El puede mandar a los hombres y las cosas porque es más que hombre y todo está sometido a su voluntad divina. Ante tan hermosos sentimientos que brotan del alma de un gentil, el Señor se sorprende y elogia la fe de ese militar: accede a su súplica e inicia entonces la conversión de los gentiles anunciando que muchos del Oriente y del Occidente se pondrán a la mesa con los Patriarcas de Israel en el reino de los cielos. Si muchos del pueblo judío se han quedado fuera de la Iglesia, innumerables son los que han entrado a ella en todos los pueblos de la tierra; entre éstos estamos nosotros que somos del Occidente. Agradezcámosle a Cristo su llamamiento a este reino de Dios que El vino a fundar en la tierra para salvación de los hombres y trabajemos por extenderlo entre tantos de nuestros hermanos que lo ignoran o que lo calumnian y persiguen sin conocer su objeto ni sus beneficios para el tiempo y la eternidad.

Tema B:

LA DIVINIDAD DE JESUS Y LA LEPRA DEL PECADO

La Iglesia con la liturgia de este tiempo que sigue a la Epifanía nos manifiesta la divinidad de Jesucristo. Por eso este Evangelio nos lo presenta obrando dos milagros: uno en favor de un judío leproso y otro en favor de un centurión romano, porque El quería mostrar tanto a los judíos como a los gentiles que era verdadero Hijo de Dios.

El leproso pertenecía al pueblo hebreo y debe, por eso, someterse a la ley de Moisés. De ahí el mandato de Jesús que le ordena presentarse al sacerdote para que confirme su curación y sirva ésta de testimonio oficial de la divinidad del

que le ha sanado. En cambio al centurión, que es gentil, por confesar con palabras humildes y confiadas que Jesús es Dios, con sola su palabra omnipotente le concede la salud para su criado.

Renovemos nuestra fe en la divinidad de Cristo para tener entrada en el reino de los cielos; guardemos la caridad con los hombres, de cualquiera nacionalidad que sean, porque ante El todos somos hermanos, hijos de un mismo Creador y redimidos por un mismo Redentor.

Todos sabemos cuán terrible es la lepra que corroe al cuerpo y por lo cual viene a ser la imagen del pecado. Todos sabemos también que el hombre no salió de las manos de Dios enfermo, sino pleno de salud: fué creado a su imagen y semejanza, por lo cual dice el Eclesiastés que "Dios hizo al hombre recto". (Ecl. cap. VII). Su cuerpo fué formado de barro y su alma fué creada por un soplo de Dios. Por eso el cuerpo vuelve a la tierra y el alma es inmortal; por eso mismo el cuerpo ha de someterse al alma, como lo inferior a lo superior.

Mientras Adán mantuvo esta armonía natural y lógica, vivió en completa felicidad; pero cuando rompió esta armonía desobedeciendo a Dios, perdió esta felicidad para él y su descendencia: ése fué el castigo, las enfermedades, los trabajos y la muerte.

El pecado viene a ser la lepra de la humanidad. Y ¿qué es pecado? Nos responde San Agustín: "Pecado es todo pensamiento, toda palabra, toda acción contra la ley de Dios". Pues bien, tres son los efectos de la lepra en el cuerpo: lo desfigura, inficiona sus miembros, lo aparta del consorcio humano. Tres son también los efectos del pecado en el alma: la desfigura dejando de ser ya la imagen de Dios que es la santidad misma; le quita la gracia y los méritos que le darían derecho al cielo; y la aparta del trato con Dios y con los ángeles. El alma en pecado pierde su hermosura moral y se cubre de vergonzosa fealdad e ignominia. Por eso en los Trenos de Jeremías leemos estas palabras que reflejan la indignación de Dios ante la Jerusalén ingrata y el alma culpable: "La despreció porque la vió cubierta de ignominia".

¡Ah! cuánta lepra espiritual invade al mundo de hoy! Indecorosas diversiones, prensa escandalosa, cines profanadores de la pureza de costumbres y que marchitan la pureza de los niños; abierta propaganda del ateísmo materialista con miras al predominio despótico sobre el mundo: no debemos sorprendernos de los terribles castigos que caen sobre el mundo.

¡Cuánto debemos cuidarnos del contagio de esta lepra que hace estragos en las almas desfigurándolas y arrebatándoles la vida de la gracia que santifica! Amemos la hermosura, la limpieza del alma, para que conserve la imagen y semejanza de Dios; para que siempre sea pura, noble y digna de la amistad de Dios y de la perfección humana.

DOMINGO IV DESPUES DE EPIFANIA

Evangelio según San Mateo, cap. VIII, 23-27

"En aquel tiempo: Habiendo subido Jesús a una barca siguiéronle sus discípulos; cuando de pronto se levantó en el mar recia borrasca, hasta el punto de que la nave se veía cubierta por las olas; más Jesús dormía. Acercáronse a El sus discípulos y le despertaron diciendo: "¡Señor, sálvanos, que perecemos!" Dijo Jesús: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe?" Levantándose entonces, mandó a los vientos y al mar, y siguióse una gran bonanza. Entonces los discípulos maravillados decían: "¿Quién es éste, para que los vientos y el mar le obedezcan?"

Tema A:

EN LAS TENTACIONES HAY QUE ACUDIR A DIOS

1.—*La barca.* El Salvador tenía tres clases de refugios: una barca, una montaña y un desierto, y siempre que se veía rodeado de alguna gran muchedumbre, encaminábase a alguno de estos refugios para enseñar su doctrina. Desde la embarcación en que nos lo presenta hoy el Evangelio, El había

predicado su doctrina celestial a la turba que se había agrupado en la ribera del lago. Cuando ya se hizo tarde y se despidió a la muchedumbre, Jesús dió orden de atravesar el Tiberíades. Fijémonos bien en que esta barca en que preside y habla N. S. Jesucristo es la imagen clara del alma en medio de la vida y de la Iglesia en medio del mundo.

2.—*La tempestad.* Durante la travesía se levanta una tempestad violenta que sobrecoge el ánimo de los discípulos y los llena de temores. Jesús, que siendo Dios, era también hombre, para descansar se había entregado al sueño cerca del timón de la nave. Los discípulos que la tripulaban, despavoridos lo despiertan y le dicen: "¡Sálvanos, Señor, que perecemos!" Grave timidez la de estos discípulos, semejante a la de tantos que carecen de valor y de confianza cuando se hallan en medio de las tormentas del mundo: como esos tripulantes, tienen al Salvador en medio de ellos y se intimidan ante el peligro; tienen la Vida junto a ellos y se empeñan en ver el fantasma de la muerte! Se ve que aquellos rudos pescadores no tenían una fe bastante firme; parece que creyeran que Jesús fuera menos poderoso durante el sueño que cuando está en vigilia... Por eso el divino Maestro les hace este reproche: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe?"

Si somos fieles a Dios, si guardamos su gracia y su amistad, en nuestro corazón, nada temamos ante los peligros que nos presenten las más terribles tentaciones; si vemos a la nave de la Iglesia que parece zozobrar en medio de las persecuciones y de las apostasías, pensemos que aunque el Señor parezca dormir junto al timón mismo de la barca de Pedro, estará siempre velando por los suyos, será siempre nuestro Padre bondadoso y omnipotente. Pero esto no quiere decir que permanezcamos mudos y como indiferentes o inactivos; debemos cumplir con nuestro deber, escuchando la voz de nuestra conciencia y poniendo oídos sordos a las tentaciones y a los apetitos rebeldes, o a las amenazas de los enemigos de nuestra fe, recordando que debemos obedecer a Dios antes que a los hombres. Y si nos sentimos débiles y frágiles, hagámosle la misma súplica de los discípulos en la tempestad: "¡Sálvanos, Señor, que perecemos!"

3.—*La calma.* Después del reproche que Jesús hace a sus discípulos por su fe vacilante, se alza con majestad sobrehumana y manda apaciguarse al viento y al mar; y he aquí que los elementos le obedecen y se serenan al instante mismo. En este episodio N. S. Jesucristo ha manifestado la verdad de su doble naturaleza, humana y divina: como hombre se ha rendido al sueño; como Dios ha sometido a los vientos y al mar, dominando sus furores. Por eso los discípulos, llenos de admiración, exclaman ante tal milagro: "¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen?"

Imagen es esta bonanza, de la serenidad que termina por reinar en el alma cuando suplica y vence las tentaciones, y también de esa paz que disfruta la Iglesia después de las persecuciones que la azotan, pero para caer luego vencidas a sus pies. No olvidemos el poder de la oración hecha con fe, humildad y perseverancia.

Tema B:

LA IGLESIA VENCEDORA DE TEMPESTADES

De aquella zozobra de la nave de Pedro y de esa bonanza que mandó Jesús, ¡qué fácilmente fluye la enseñanza de este Evangelio! ¿No veis en esa barca, como en el arca de Noé en el diluvio, una imagen profética de la Iglesia de Cristo? Esas naves protegidas por Dios pudieran con razón ostentar en su proa las palabras de la antigua leyenda: "Zozobro, pero no me hundo".

La Iglesia podrá fluctuar en las tormentas humanas, pero jamás hundirse, porque su Capitán dejó dicho a los que en ella navegan hacia el cielo: "En verdad os digo, Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Recordemos, si nó, las graves y numerosas tempestades que ha afrontado esta nave de Cristo. Las persecuciones de los tres primeros siglos de nuestra era martirizaron a diez millones de cristianos; fueron tan terribles, que el cruel Emperador Diocleciano hizo acuñar monedas con esta inscripción: "Ha sido borrado el nombre de los cristianos". Pero él murió

y sus monedas no son más que una curiosidad de museo. Antes de los 25 años de su muerte, la Iglesia durante el Imperio de Constantino, dejaba las catacumbas para cantar su victoria a la luz del sol. Cierto es que al final del siglo IV Juliano el Apóstata, aludiendo a Cristo, preguntaba: "¿Qué hace el hijo del carpintero?" A lo que respondían los cristianos: "Está fabricando ataúdes para enterrar a sus enemigos". Y el apóstata hubo de confesarlo cuando, al morir en una batalla contra los persas, exclamaba "¡Venciste, Galileo!"

Aparecieron más tarde los heresiarcas soberbios: Mahoma con su violencia y sus falaces promesas voluptuosas; los bárbaros del Norte; Focio con el cisma de Oriente; luego el cisma de Occidente y las crueles guerras de religión, épocas sombrías, pero en que brillan los santos como estrellas ejemplares. Más tarde, después del Medioevo de fervoroso y triunfante cristianismo, se alzan Lutero, Zuinglio y Calvino segregando fieles con la llamada Reforma, interpretando a su antojo los Libros Sagrados. Siguen después los regalistas y jansenistas; los burlones e insolentes corifeos de la Enciclopedia, con cuya ideología se fermenta la Revolución Francesa, hasta que surge Napoleón Bonaparte despótico y absorbente, llegando hasta aprisionar al Papa Pío VII.

En Francia y en Italia surgen en las sombras las sociedades secretas de carbonarios y francmasones y en Alemania el Kulturcamph. Luego se difunde el socialismo materialista y su secuela el anarquismo destructor, mientras el liberalismo racionalista y el modernismo negador de la inspiración divina van abriendo paso a Marx con su materialismo histórico que ha desencadenado con Lenín la revolución comunista organizada y expandida en pueblos y continentes...

Así, de tormentas en tormentas, la Iglesia de Cristo ha seguido avanzando a pesar de los sufrimientos; creciendo a pesar de los martirios: ha pasado por crueles zozobras, pero sin naufragios; y aun hoy, si se le niega en el Oriente todo derecho a predicar su doctrina y a gobernar a sus hijos imponiéndole esclavitud y silencio, tiene todavía en el timón de su nave al sucesor de Pedro que clama: "¡Sálvanos, Señor, que perecemos!" Y millones de fieles sobre la haz de la tierra se

unen a sus plegarias y sigue siendo su fe una, santa, católica y apostólica. Somos hoy 500 millones de hijos de la Iglesia los que en capillas y catedrales seguimos alimentándonos con el mismo Pan que los primeros mártires comían en las catacumbas, alentados con la misma esperanza y purificados con los mismos sacramentos.

Ante todos los peligros y furores que se alcen contra nuestra Iglesia, tengamos siempre en la memoria y el corazón estas consoladoras palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "No temáis; Yo he vencido al mundo. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

DOMINGO V DE EPIFANIA

Evangelio según San Mateo, cap. XIII, 24–30.

"En aquel tiempo: Dijo Jesús a las turbas esta parábola: Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Y mientras dormían los hombres, vino el enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo verde y apuntando la espiga, apareció también entonces la cizaña. Y llegando los criados del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? pues ¿cómo tiene cizaña? Contestóles: Algún enemigo mío ha hecho esto. Y le dijeron los criados: ¿Quieres que vayamos a sacarla? No, les respondió; no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer una y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo metedlo en mi granero".

Tema A:

JESUS EXPLICA SU PARABOLA

1.—*Realidad y símbolo de la cizaña.* Casi todo el capítulo XIII de San Mateo es una predicación de Jesús sobre el reino de Dios, desarrollada en parábolas. Hablaba a la multitud en

esta forma para que los humildes y de buena voluntad entendieran sus misterios, y los perversos y de duro corazón, oyendo, no entendieran. La parábola escogida por la Iglesia para este Evangelio, es la de la cizaña. Esta maleza es semejante al trigo y la cebada, antes de espigar; pero la harina de sus espigas produce vértigos y si se mezclara con la del pan en cantidad considerable, daría resultados fatales. ¡Con qué justeza viene a simbolizar entonces esas doctrinas venenosas que el mundo, el demonio y la carne esparcen por la tierra para corromper y destruír el reino de Dios! Cizaña son esas divisas equívocas con que se quiere engañar a los católicos: se habla de *progreso* y se nos lleva a la barbarie o al paganismo; se habla de cultura y se niega la espiritualidad; de *beneficencia* y se impiden los auxilios religiosos; se habla en defensa de la *civilización cristiana* y se persigue a la Iglesia de Cristo... Esta es la cizaña moderna que se siembra con el libro, desde la cátedra, con la prensa, con el teatro, con los cines y en innumerables congresos: semillas que el maligno arroja con disimulo y se oculta.

2.—*Explicación y profecía.* No vamos a interpretar nosotros esta parábola; va a hacerlo el mismo Señor que la propuso a la muchedumbre junto al mar. Cuando El despidió a esa gente y volvió a casa, los discípulos, rodeándole, le dijeron: "Explícanos la parábola de la cizaña sembrada en el campo". Entonces dijo: "El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre. El campo es el mundo. La buena simiente son los hijos del reino; la cizaña, los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a cuantos obran la maldad; y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre". El origen y la permanencia del mal en el mundo son, pues, efecto de la envidia del demonio que en cada justo ve un ser superior a él y destinado al cielo, que él perdió para siempre. Si Dios permite

que los malos convivan con los buenos, es porque no quiere herir a éstos junto con ellos, sino más bien que maduren en medio de las tribulaciones, dejando para el día del Juicio la eterna separación de buenos y malos. Sepamos, pues, sufrir y acumular méritos en esta vida fugaz para la patria del cielo, de donde nadie podrá desterrarnos.

3.—*Mientras tanto seamos cautos.* El mundo, el demonio y la carne son los enemigos del alma; las simientes que ellos desparraman en nuestro campo son los errores, los vicios, las calumnias, los escándalos. Pero nunca presentan el mal como mal, sino disfrazado de bien y hacen su siembra cuando dormimos en la molicie, en la ignorancia o en la disipación; ¡la cizaña se parece al trigo y el lobo se viste con piel de oveja! En el día final dirá el Señor a sus segadores "Recoged la cizaña y atadla en manojos para quemarla", lo cual indica que cada hombre será castigado según su perversidad: los impuros con los impuros, los apóstatas con los apóstatas, los herejes con los herejes; arrojados al fuego, nunca verán a Dios. En cambio los justos que conservaron intacta su fe, que cumplieron los mandatos de Dios, brillarán gloriosos como soles junto al trono de su Señor sin que ya nadie pueda arrebatarles su dicha ni ensombrecer su alegría. Seamos, pues, cautos en medio de las acechanzas de nuestros enemigos.

Tema B:

EL SEMBRADOR DE LA CIZAÑA

Como en el campo sembrado de trigo —de que nos habla esta parábola de Cristo— también en el campo de la Iglesia en que se ha sembrado la doctrina cristiana, el enemigo invisible ha sembrado y sigue sembrando su cizaña: los cismas, las herejías, las persecuciones.

Los peores enemigos de la Iglesia no son los visibles, sino los invisibles, los que vienen en las sombras a hacer su siembra maligna. "Nuestra lucha, decía San Pablo, no es una lucha contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes de las tinieblas y el espíritu del mal" (Eph., VI, 2). El que

tentó a nuestros primeros padres, es el que sigue haciendo caer a los hombres en el engaño.

Cristo sembró la fe a plena luz en el mundo; el demonio siembra la incredulidad en la sombra, cuando los hombres duermen despreocupados. "¿Para qué vais a la Iglesia? ¿qué sacáis con su doctrina? ¿Vais a vivir con eso?" Tal es la cizaña que siembra en medio de la despreocupación de las almas.

Y he aquí los efectos. Entre el vulgo, tan simple y que no razona, al fin llega a decir: "¡Catecismo, Religión! Bah, lo que yo necesito para mis hijos es un oficio, una profesión con que puedan ganarse la vida!" Piensan que en la religión se enseñan cosas inútiles; que entregándolos a una enseñanza laica, sin fe ni moral, van a tener en su vejez hijos respetuosos, sabios y serviciales, y al fin resulta que los tales hijos les desobedecen, los avergüenzan con sus fechorías y hasta se ruborizan de ellos... Si hubieran aprendido el cuarto mandamiento aquellos hijos, amarían y respetarían a sus padres; si hubieran aprendidos los otros, habrían salido honrados, generosos, morales, lo suficiente siquiera para ser buenos hijos. Así siembra la irreligión el enemigo invisible: ocultando el problema religioso.

En los sectores más cultos, el demonio al ver que no les puede ocultar el problema religioso y su importancia, lo desfigura. Hace lo que hicieron con Cristo los sayones en la noche de la Pasión: le vendaron los ojos, le llenaron de salivazos, le coronaron de espinas y le dieron un cetro de caña y un manto rojo, mostrándolo como un rey de burlas. Así desfigura la fe católica, la hace despreciable, la pinta como no es para que todos se retraigan de ella.

Para conseguir su intento, el demonio astuto cuenta con esos aliados suyos que son las pasiones humanas. Sabe que, por el pecado de origen, el hombre está inclinado al mal desde que nace; que le es más fácil seguir al mal que le halaga, que no al bien que le reprende. Así aprovecha esta natural inclinación humana y así impide el triunfo de la fe y de la Iglesia. A esto se debe que prospere la cizaña. ¿Podrá la cizaña triunfar del trigo? Llegará el día de la cosecha, vendrá

el soplo de Dios y los impíos serán aventados para ir a reunirse con los jefes y cómplices de su maldad en el infierno.

Acaso podrá decirse: ¿por qué no lo hace ahora? Porque Dios no tiene contados los días como nosotros; porque es eterno. ¿Por qué ha de darse prisa cuando le ha de sobrar tiempo para todo? Ya llegará el día de la siega y El obrará con cada uno según sus obras: la cizaña irá al fuego y el buen trigo a sus graneros.

Lo que nos interesa, pues, es que seamos buen trigo a la hora de nuestra muerte; tratemos de conseguirlo y vivamos confiados; tenemos un enemigo poderoso, pero nada puede contra nosotros si no le damos oído, ni nada contra la Iglesia: la sangre de sus mártires fué semilla de cristianos. Si Dios no la dejó sucumbir ante los enemigos externos, tampoco permitirá su ruina ante los enemigos ocultos e invisibles.

JESUS PREDICA PARA TODA LA HUMANIDAD

Tema C:

El Evangelio es la lección para todos los tiempos y personas. Sócrates hablaba para sus amigos; Cicerón para el foro; Moisés legislaba para su pueblo... Pero Jesucristo predicaba para la humanidad. Por eso su doctrina evangélica tiene una permanencia secular hasta el fin del mundo y más allá del tiempo.

Lo que hoy nos dice en las páginas de San Mateo, acerca de la cizaña mezclada con el trigo por mano enemiga, es la imagen del estado de los pueblos y naciones de hoy.

Hace veinte siglos que el cristianismo enseña en el mundo su doctrina de paz, de fraternidad, de orden para alcanzar la felicidad en ésta y en la otra vida. Pues todo eso es la semilla del buen trigo sembrado por sus pastores, sus universidades, colegios y escuelas; por sus apóstoles y misioneros, desde la cátedra y desde el púlpito, desde la prensa y desde la radio.

Pero, a semejanza de la parábola de hoy, en estas penumbras y tinieblas del mundo actual, manos enemigas han sem-

brado también en este campo la cizaña de las doctrinas funestas, de las enseñanzas perversas produciendo confusión y desorden en la vida y en las ideas y todo eso ha debilitado los corazones, ha desorientado las inteligencias llevando a muchos pueblos a la esclavitud y al desastre bajo las engañosas divisas de la libertad y del progreso.

El noble principio de la libertad individual, de los derechos humanos se ha convertido así en muchas partes en principio de intolerancia estatal que acaba con la personalidad humana; y el augusto principio de la fuerza del derecho se ha transformado en el derecho de la fuerza, arrasando con el divino derecho a la libertad de la vida no sólo del cuerpo, sino aún de la conciencia y del espíritu.

El sagrado principio de la autoridad que, según San Pablo, proviene de Dios: *non est potestas nisi a Deo,* en muchos casos ha sido ahogado por la cizaña del capricho de los hombres absorbidos por la envidia y la ambición que llevan al despotismo.

He ahí cómo las manos enemigas del divino Sembrador han mezclado la cizaña en los trigales de la libertad, del derecho, de la justicia y de la autoridad, produciendo la confusión y la duda en las conciencias que, por ignorancia o por cobardía, se van dejando arrastrar hacia la desolación y el caos.

Por eso es menester acercarse con más ahinco e interés a la cátedra del Evangelio y escuchar con mayor atención la voz de los Pontífices para seguir por los caminos de la luz, de la paz y del amor que nos ha dejado Jesucristo que sintetiza el verdadero rumbo de las almas cuando decía a los que se afanaban por las cosas terrenales: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura." No seamos como los obreros desprevenidos de la parábola de hoy, que se durmieron, porque el enemigo aprovechará de nuestro sueño para sembrar la cizaña en nuestro campo. Cuidemos con amor y perseverancia la buena semilla de la fe y de la caridad que Cristo arrojó en el campo de nuestras almas en el día del bautismo y de la primera comunión. Cultivemos nuestro campo espiritual para que la buena simiente produzca en nosotros sanos frutos de saber

y de virtud y ese trigo evangélico fortifique nuestras almas para el sacrificio, la lucha y la victoria.

DOMINGO VI DE EPIFANIA

Evangelio según San Mateo, cap. XIII, 31–35.

"En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas esta parábola: Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo sembró en su campo: ésta, en verdad, es la menor de todas las semillas; pero, después que crece, es mayor que todas las hortalizas, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas. Y les dijo otra parábola: Semejante es el reino de los cielos a la levadura que toma una mujer, y la mezcla en tres celemines de harina hasta que todo queda fermentado. Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo por parábolas: para que se cumpliese lo que había dicho el Profeta: Abriré mi boca para hablar con parábolas: publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo".

Tema A:

LA MOSTAZA Y LA LEVADURA EN EL REINO DE DIOS

1.—*Significado directo de estas parábolas.* El Señor compara aquí el reino de los cielos al grano de mostaza y a la levadura; pero como este reino es espiritual, estas dos figuras simbolizan la Iglesia y el alma humana. La Iglesia en su comienzo fué humilde, pequeña, ni siquiera mereció contar como institución humana; asemejábase así al pequeño grano de mostaza sembrado en la tierra y a la levadura arrojada en la masa. Pero, como la mostaza, poseía en sí un vigor grande y unas propiedades admirables, por eso germina, se desarrolla, crece y se extiende sobre el mundo; el frondoso ramaje de su doctrina atrae a quienes no quieren arrastrarse sino subir a lo más noble y espiritual, haciéndose sabios y santos, figu-

rados aquí por las aves del cielo. Y de igual manera que la levadura, la Iglesia tenía un gran poder de transformación: en manos de la Providencia, figurada por la mujer de la parábola: ella informada por el "Espíritu de Cristo", ha ejercido su saludable influjo en esos "tres celemines de harina", que no son sino esos tres continentes que se conocían entonces: Europa, Asia y Africa, para seguir después a todos los confines de la tierra.

Así de modestos y maravillosos son también los desarrollos de la gracia en el alma cristiana: el reino de Dios en cada uno tiene principios pequeños, como la fe recibida en el bautismo, una predicación, una lectura, hasta una simple enfermedad que nos hace mirar al cielo. Pero de estos granitos de mostaza, de esta levadura, surgen las vidas admirables de los santos. Bendigamos estos milagros que obra Dios en nosotros.

2.—*Aplicaciones prácticas generales*. El terreno virgen de la niñez tiene dos clases de sembradores; los padres y los maestros. Mediten, pues, ellos la importancia de dirigir bien los primeros pasos de sus hijos y de sus alumnos; piensen en la responsabilidad que les cabe al sembrar en sus almas inocentes la semilla de su enseñanza para que dé buenos frutos; al echar en sus blandos corazones la levadura de la virtud, de la nobleza, del espíritu cristiano que ha de dar sabor a toda su vida y que ha de fermentar aún en la sociedad misma en que se desarrollará su existencia. Es necesario estimar en su valor los pequeños actos de virtud. Un buen pensamiento, una buena acción tienen un alto precio, porque eso atrae la gracia, ya que Dios tiende a recompensar hasta los menores actos dirigidos al bien, y estas recompensas hacen al alma más fuerte y más santa. Los grandes santos no comenzaron a serlo con grandes y heroicos actos de virtud, sino con pequeños actos humildes, casi invisibles, que pasaron tal vez inadvertidos de los hombres. Toda virtud se forma con la repetición de actos que aumentan sus méritos por ir recompensados cada vez con mayores gracias divinas.

3.—*Aplicaciones piadosas*. Jesucristo mismo, tan humilde y tan grande a la vez, es el grano que no comunicaría su pro-

pia virtud, sino después de haber sido triturado por nuestras iniquidades que tomó sobre Sí, según la expresión de Isaías. Su cuerpo mismo, su sangre, su alma, y su divinidad presentes en el Pan eucarístico ¿no ha sido acaso la levadura divina que ha comunicado su sabor fermentando en la Iglesia, que es su "cuerpo místico"? Por esta levadura tuvieron vigor los mártires, los confesores y las vírgenes, porque todos los que gusten de este Pan sagrado tendrán nueva vida. Sepamos apreciar la gracia santificante, vigor de Cristo que sobrenaturaliza nuestros menores actos con la pureza de intención. Como discípulos de Jesucristo, como hijos adoptivos de Dios, seamos nosotros mismos la levadura cristiana en medio de este mundo que se paganiza, poniendo en nuestros actos y en nuestro ejemplo el sabor de Cristo: tal es el objeto y el apostolado de la Acción Católica.

Tema B:

EXTENSION Y PENETRACION DE LA DOCTRINA DE CRISTO

Estas dos parábolas que presentó Jesucristo a las turbas son símbolos y profecías perfectos sobre la Iglesia que El dejaría fundada en el mundo; porque ella ha sido exactamente esa mostaza y esa levadura.

Ante todo, conviene saber que la mostaza del Oriente, de las orillas del Tiberíades y del Jordán, no es como entre nosotros un simple arbusto, sino que se desarrolla hasta ser un árbol que llega hasta cuatro metros de altura; por lo cual muy bien podía el Señor decir que se convertía ese grano en árbol frondoso en que se anidan las aves del cielo.

La Iglesia de Cristo ha sido, pues, como esa semilla menuda: así nació en Judea. El fundador de ella fué perseguido desde su tierna infancia por Herodes y murió en el suplicio infamante de la cruz; sus doce primeros discípulos eran unos rústicos pescadores: ninguna institución humana ha tenido principios tan mezquinos y débiles para una obra tan estupenda como la conversión y reforma del mundo.

Y sin embargo ¿cuál fué su desarrollo y su conquista? A los veinte años de la muerte de Jesús, San Pablo ya podía decir a los romanos convertidos: "Vuestra fe es celebrada por todo el mundo". Diez años más tarde el historiador Tácito escribe que en Roma Nerón hizo perecer "una multitud enorme de cristianos". A los 67 años de la crucifixión de Cristo, el gobernador Plinio escribe al emperador Trajano: "Esta secta nos inunda y ha invadido ciudades y aldeas. Nuestros templos están vacíos"; y el mismo emperador Maximino el año 235 en un decreto imperial declaraba que, "casi todos los hombres abandonan el culto de los dioses y se hacen cristianos".

Pero triunfo tan estupendo no se refiere sólo al número, sino también a la calidad, porque la Iglesia no sólo ganaba al pueblo, a la masa, sino también a los mismos filósofos como Justino, Dionisio, Atenágoras, Orígenes, Clemente de Alejandría y tantos otros; y así como las aves del cielo buscaban las ramas de la mostaza hecha árbol, en la Iglesia se cobijaban sabios, poetas y artistas como Tomás de Aquino, Agustín de Tagaste, Dante, Shakespeare, Calderón, Rafael, Miguel Angel y aquellas otras lumbreras de la ciencia de siglos posteriores, como Gaus el matemático; Leverrier el astrónomo, y Jansen y Schiaparelli; Volta, Ampere y Marconi, físicos; y en la medicina Recamier, Bernard y Pasteur, para nombrar sólo a algunos..

Cabe, pues, decir a los laicos de hoy, estas palabras de San Agustín: "El mundo se convirtió con milagros o sin milagros. Si fué con milagros, entonces el milagro existe; si sin milagros, ¿qué milagro mayor que el haberse convertido sin milagros?"

La Iglesia no sólo se ha extendido por todo el mundo, sino que lo ha penetrado con su doctrina y su moral transformándolo, como la levadura que transforma la masa dándole sabor. Ya en el siglo II San Justino declaraba: "Los que antes vivíamos en la impureza, hoy somos castos; los que antes pasábamos en la magia, hoy no creemos más que en Dios; los que antes sólo soñábamos con los bienes del cuerpo, hemos abierto los ojos, para ver, admirar y buscar, sobre todo, los

bienes de alma". Ha elevado y mejorado, pues, al hombre como jamás lo hizo el mundo antiguo. Esto ha hecho la Iglesia. ¿Y cómo? He ahí el milagro.

Tres cosas llevan al triunfo en lo humano: no tener enemigos; si se tienen, contar con armas para aniquilarlos; y por fin el dinero para prosperar en todos los climas. Ya sabéis cuántos y qué poderosos enemigos ha tenido la Iglesia, desde la primera matanza de los inocentes de Belén hasta las que se ejecutan hoy en las cárceles y campos de trabajos forzados en climas inhóspitos. Los cristianos, por el hecho de serlo, han sido despojados no sólo de sus bienes, sino aún de sus derechos de pensar y de expresarse con libertad. En cuanto a armas, sólo han tenido la palabra para confesar su fe hasta morir por su Maestro, suplicándole el perdón para sus enemigos, desde el protomártir Esteban hasta el anónimo mártir que muere hoy en la Siberia.

En estas condiciones, con enemigos externos e internos, visibles e invisibles, la Iglesia ha conquistado el mundo. De aquí fluye entonces la verdad de que ella es obra divina. El cumplimiento exacto de estas dos parábolas proféticas de Jesucristo nos está proclamando la divinidad de su doctrina. Nadie puede entonces decir: yo creo en Dios pero no tengo por qué respetar ni obedecer a la Iglesia. Porque si ella es obra de Dios, debo oírla y obedecerla como al mismo Dios que la estableció en el mundo para salvarnos.

DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

Evangelio según San Mateo, cap. XX, 1–16.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Semejante es el reino de los cielos a un hombre, padre de familias, que salió muy de mañana a ajustar trabajadores para su viña. Y habiendo convenido con los trabajadores en un denario por día, los envió a su viña. Y saliendo, a eso de la hora tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré el salario justo. Y ellos fueron. Volvió a salir a eso de la hora de sexta y

de nona, e hizo lo mismo. Salió por fin a eso de la hora de vísperas, y vió otros que se estaban allí y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? Y ellos le respondieron: Porque ninguno nos ha contratado. Díceles: Id también vosotros a mi viña. Y al llegar la noche, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los trabajadores, y págales su jornal, comenzando desde los últimos hasta los primeros. Cuando vinieron los que habían ido a eso de la hora de vísperas, recibieron cada cual su denario. Y cuando llegaron los primeros, creyeron que recibirían más; pero no recibió sino un denario cada uno. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos sólo han trabajado una hora, y los has igualado con nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor. Mas él respondió a uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago ningún agravio: ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete: pues yo quiero dar a este último tanto como a ti. ¿O es que no puedo yo hacer de lo mío lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo, porque yo soy bueno? Así que los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos".

Tema A:

SERVIR A DIOS

1.—*Dios nos llama a servirle.* En este Evangelio se nos presenta la parábola de los jornaleros, la cual tiene por objeto directo mostrar la preferencia divina dada a los gentiles sobre el pueblo judío que fué el primero en ser llamado a la fe, pero que quedó preterido o postergado por causa de su incredulidad en el Salvador. De aquí la verdad del anuncio de Jesús, de que "los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos".

Pero encierra también esta parábola otro sentido: el llamamiento que hace Dios a los hombres, a toda hora y en toda edad de la vida, para trabajar en la viña de la propia santificación, porque está dispuesto a darnos un salario de

misericordia. Pero pocos son los que aprovechan esta invitación del Señor: "Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos". No desechemos nosotros estos llamamientos que hace Dios a nuestra conciencia por medio de su Iglesia, para que tengamos la dicha de ser del número de los escogidos.

2.—*¿En qué consiste este servicio o trabajo?* Servir a Dios es rendirle el homenaje de nuestra inteligencia creyendo todas las verdades que nos ha revelado, porque "sin la fe es imposible agradar a Dios", dice San Pablo. Servir a Dios es ofrecerle nuestro corazón, cumpliendo todo lo que nos manda observar; cumpliendo los deberes del culto interior, exterior y público que nos exige como Creador, Redentor y Santificador; es someterse a las prescripciones de la Iglesia de Cristo que dijo: "Quien a vosotros oye a Mí me oye; quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia". (San Luc., X, 16). Servir a Dios es combatir a los enemigos de nuestra salvación: los interiores que son las pasiones, y los exteriores que son las malas doctrinas y los malos ejemplos. Trabajar en la viña del Señor es trabajar en la Acción Católica para la santificación propia y la del prójimo, como para la defensa de la doctrina cristiana y conversión de los que no practican la religión o la combaten por error o perversidad.

3.—*Obligación de este servicio.* Este servicio es un deber impuesto por el Señor en el paraíso, por El mismo en el Sinaí y por Jesucristo en la predicación de su doctrina salvadora. La misma razón nos dice que si venimos de Dios y pertenecemos a El, debemos vivir para El tratando de conocerlo, amarlo y servirlo. Este trabajo aun nos interesa para tener paz en el corazón, porque servir a Dios es reinar sobre nosotros mismos sofrenando las malas inclinaciones y concupicencias; para tener paz en la familia, orden en la sociedad y la mejor garantía para nuestra salvación eterna.

4.—*La recompensa de este servicio.* En la parábola, el pago de los jornaleros que salieron a distintas horas a trabajar, es el mismo: un denario. Esta igualdad de recompensa puede entenderse de la igualdad de duración de la bienaventuranza, que para todos es eterna; o bien de la visión feliz, que es la

misma esencia de Dios para todos, aunque no en la misma intensidad. Todo buen cristiano recibe, pues, el mismo salario, que es el Cielo; pero el mayor o menor grado de gloria depende de nuestros méritos personales y de la misericordia divina. El mérito no está en el vivir mucho, sino en el vivir bien la vida cristiana; en amar mucho a Dios. Un acto de perfecto amor a Dios, que puede ser obra de un segundo, puede alcanzar a cualquiera la felicidad eterna. Recordemos que el Señor es bueno para todos, y da sus gracias como quiere y siempre más de lo que merecemos. Por otra parte es libre para dar mayor o menor valor al denario que ofrece a sus obreros, guardando siempre la justicia.

Tema B:

DOS CONCEPTOS DEL TRABAJO

"Un dueño de casa salió al romper el día a contratar trabajadores para su viña" dice el Señor en esta parábola, y toda ella gira en torno del trabajo, cosa tan discutida y comentada en nuestros tiempos.

Y bien, ¿qué es el trabajo? El sociólogo Turmann contesta: "El trabajo es un acto humano, por el cual el hombre obedeciendo a la ley de Dios, gana su pan con el sudor de su frente". Definición exacta que concuerda con el pensamiento de León XIII cuando decía en su encíclica inmortal: "El trabajo corporal, lejos de ser un motivo de vergüenza, honra al hombre, porque le proporciona un medio decoroso para conservar su vida".

Bien sabemos los cristianos que no se puede separar la idea del trabajo del dogma del pecado original: son cosas sustancialmente unidas porque el trabajo se deduce del pecado de origen: basta leer el Génesis. No son, pues, las instituciones humanas las causantes del trabajo, ni nace del abuso de la sociedad como enseñaba Rousseau. Fué el primer hombre el que oyó esta sentencia: "Comerás el pan con el sudor de tu frente todos los días de tu vida". Y entonces la sociedad no existía.

Cometida esa primera culpa por Adán que tenía en sus manos los destinos de la humanidad, siguióse la pena, que es justicia. Pero esa pena aceptada con resignación, sufrida en el dolor, expía, rehabilita y acrisola cuando el hombre la cumple con paciencia y dignidad; se ennoblece el hombre y atrae la divina clemencia que es misericordia: es decir, se convierte en virtud. Esta es la explicación católica, bien distinta de la que dan las doctrinas socialistas, comunistas y liberales.

Estas doctrinas proceden desconociendo el orden sobrenatural; y si fuera así, tendrían razón en considerar al hombre solamente como una especie de la fauna que nace, vive y es devorado al fin por la nada.

Si el trabajo no es expiación para regenerar al hombre, el trabajo viene a ser entonces una humillación, una esclavitud y tendría lógica la doctrina social-comunista en llamarlo máquina de producción o mercancía... Y con esta tesis falsa quedan planteados los conflictos sociales: el que vende esta mercancía, el obrero, le pone un precio; el comprador, el patrón o la empresa, le pone otro precio.

¿Quién decidirá su valor? No la ley, porque ésta cambia, se modifica, o se viola. Tampoco la fuerza, porque ésta será acatada mientras no sobrevenga otra fuerza que la supere. Y por eso, porque se ha enseñado que el trabajo es sólo para enriquecerse y ser feliz, ya estamos viendo los resultados: entre millones de hombres al Dios del Génesis se le ha sustituído por el Dios-Estado que gobierna y dirige todo por la fuerza. En vez de ser el Estado servidor de los ciudadanos, éstos han venido a ser servidores del Estado, vale decir de un partido, de los privilegiados de ese partido, sin dignidad, en perpetua servidumbre...

Nosotros decimos que el trabajo es una prolongación de la persona humana: el producto de mi trabajo es hijo de mi inteligencia; mi obra es la presencia de mi voluntad: el trabajo soy yo, y yo no soy una máquina ni una mercadería: ¡soy un ser humano, creado a imagen de Dios!

El trabajo por eso es noble y grande. El mismo Hijo de Dios en Nazaret fué obrero y desde aquel día en que El tomó

las herramientas del taller, el trabajo se convirtió en honor, en dignidad y en virtud.

Si patrones y obreros tuvieran este concepto cristiano del trabajo, qué distinto sería el estado social del mundo. La Iglesia que siempre ha condenado el tráfico de los esclavos, busca la libertad, la grandeza de la personalidad humana; no quiere que el hombre pierda su independencia personal, conforme a la orden de San Pablo: "Habéis sido libertados por Cristo. No seáis esclavos de nadie en este mundo, sino de Dios".

DOMINGO DE SEXAGESIMA

Evangelio según San Lucas, cap. VIII, 4-15.

"En aquel tiempo: Habiéndose reunido una gran muchedumbre de gente que corría tras de Jesús de todas las ciudades, les dijo esta parábola: Un hombre salió a sembrar su simiente: y al sembrarla, una parte cayó junto al camino, y fué pisoteada, y la comieron las aves del cielo. Y otra cayó sobre un pedregal, y tan pronto como nació se secó, por falta de humedad. Otra cayó entre espinas, y las espinas que con ella nacieron la sofocaron. Otra, finalmente, cayó en buena tierra y produjo el ciento por uno. Dicho esto, comenzó a hablar alto: Quien tenga oídos para oir, atienda. Sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. El les dijo: A vosotros es dado conocer el misterio del reino de Dios, mas a los demás sólo en parábolas; para que, viendo no vean, y oyendo no entiendan. He aquí, pues, la explicación de la parábola: La semilla es la palabra de Dios; y los granos sembrados junto al camino, son aquellos que la oyen, mas luego viene el diablo y les quita la palabra del corazón, no sea que creyendo se salven. Las que cayeron sobre el pedregal, son los que reciben con gozo la palabra, cuando la oyen; pero no echan raíces, ya que por una temporada creen, y en el tiempo de la tentación vuelven atrás. La semilla que cayó entre espinas, representa a los que la oyeron, pero, andando luego en afanes, y entre las riquezas y placeres de la vida, ahógase y no llega a dar fruto. Mas la que cayó en buena tierra repre-

senta a los que, oyendo la palabra con corazón bueno y perfecto, la retienen y, perseverando, dan fruto."

Tema A:

¿POR QUE LA PALABRA DIVINA SANTIFICA A UNOS Y A OTROS NO?

1.—*Obstáculos que malogran la palabra de Dios.* En esta parábola, N. S. Jesucristo quiso simbolizar o comparar la palabra de Dios con la simiente que arroja el sembrador. Como la simiente, la palabra divina encierra un poder maravilloso para fructificar en las almas. Sin embargo, a pesar de esta virtud que tiene en sí misma, se esteriliza a menudo en la mayor parte de los que la escuchan.

Malogran primeramente esta palabra divina la falta absoluta de atención del que la oye: esa alma viene a ser entonces semejante al camino seco y polvoriento por las huellas de los que pasan. Los pensamientos vanos y peligrosos, la disipación constante que impide fijarse y meditar en cosas serias hacen que la semilla de la palabra de Dios quede en la superficie de los sentidos y no penetre en el corazón. De ahí que se hace estéril.

Un segundo obstáculo para la palabra divina es la falta de generosidad. Puede hasta oírse con atención la palabra divina, pero si el corazón no está bien dispuesto para poner en práctica esa palabra, de nada sirve el recibirla por un oído para dejarla salir por el otro. Es cierto que en este caso la simiente no queda en la superficie árida del camino, porque puede llegar hasta el alma, iluminarla y conmoverla, y hasta puede parecer que pueda germinar; pero no llega a producir la perseverancia en la práctica del bien. La dejación y la tibieza en el servicio del Señor vienen a ser entonces los guijarros, los pedregales que impiden el crecimiento de esta semilla de Dios, la que así termina por secarse muy pronto. Estas almas querrían amar y servir a Dios, pero sin que les costase ninguna privación, ningún sacrificio: les falta la generosidad y el coraje del verdadero cristiano, olvidan que Jesu-

cristo ha dicho: "Mi yugo es suave y mi carga ligera". Miden sus propias fuerzas y se olvidan de implorar las gracias de Dios para llevar al cabo sus buenos propósitos.

Por último el obstáculo general que suele oponerse a la semilla de Dios, es la afición a las riquezas y a los placeres, simbolizados en esta parábola por esas espinas que van creciendo junto con las virtudes que la palabra santa ha hecho nacer en las almas. Hay quienes creen conciliar sus aficiones peligrosas o torcidas con el acrecentamiento de las virtudes morales y piadosas... ¡Vana esperanza! Estas pasiones, como las malezas y espinas, concluyen por sofocar el débil tallo que había nacido de la simiente sagrada que no se ha sabido cultivar.

2.—*Disposiciones que se requieren para sacar provecho de la palabra de Dios.*

Después de considerar estos obstáculos, es fácil deducir cuáles sean las disposiciones requeridas en los oyentes de la palabra divina para que ella produzca en sus almas los frutos de salud espiritual.

Es necesario, pues, oír esta palabra con la atención que merece. "Escúchame y atiende a mis palabras", dice el Señor, en el libro de los Proverbios. Si se os propusiera un gran negocio, cómo os fijaríais en las condiciones y requisitos, de los cuales dependería vuestra fortuna... ¡Y Dios os propone el negocio de vuestra felicidad eterna!

Pero, no basta solamente escuchar con atención lo que Dios nos enseña para nuestro bien; es necesario abrirle el corazón sin mezquindades ante sus divinas inspiraciones. El santo Rey David, nos dice: "Si ahora escucháis su voz, no queráis endurecer vuestros corazones". Hay que ser generosos en acoger y practicar sus preceptos y enseñanzas.

Por último hay que meditar lo que Dios nos dice por medio de sus ministros o en los libros sagrados; recordar a menudo nuestros propósitos formados al caer en nosotros esa buena simiente, para que con cultivo de nuestra buena voluntad y de nuestro sacrificio, crezca y dé en nosotros frutos de vida eterna.

Tema B:

LA PALABRA DE DIOS HA DE RECIBIRSE CON RECTITUD Y PERSEVERANCIA

En esta parábola Jesucristo se nos presenta como sembrador de la divina simiente y divide a los hombres, según su voluntad, para recibir esta semilla, en cuatro categorías: los que son disipados como los caminos; los que son inconstantes y movedizos como los pedregales; los que tienen ambiciones de riquezas y de placeres que no dan más que espinas, y los que son generosos para recibir esa semilla, como la tierra fecunda.

Estas cuatro clases de hombres suelen escuchar con interés la palabra humana, porque es la expresión de un pensamiento, una idea hecha carne. Si un astrónomo anuncia un eclipse de sol, le creen todos porque sus estudios y observaciones de sabio lo acreditan; si un médico le dicta para su mal una receta o una operación, se somete a su dictamen con la esperanza de sanar de su dolencia. De este modo nos conducimos con los hombres, que son falibles, que pueden equivocarse.

Pero tratándose de Jesucristo, que no es solamente un hombre sabio y bueno, sino que es el Hombre-Dios, su palabra ya no es sólo la expresión de un pensamiento humano, es nada menos que el reflejo del pensamiento de Dios. Y sin embargo, a El le oyen con interés y voluntad, solamente la cuarta parte de los hombres según la clasificación de esta parábola.

¿Hemos meditado alguna vez en la trascendencia que tiene esto? Cristo, que tiene personalidad divina, nos habla lo que piensa Dios. Luego, conociendo su doctrina acerca de Dios, del hombre y del mundo, conoceremos la mejor y más autorizada de todas las filosofías. Esto en cuanto a lo puramente especulativo. Pero el hecho es que El no vino a enseñarnos verdades simplemente teóricas; vino principalmente a enseñarlos verdades del orden moral y religioso, a reglamen-

tar nuestra conducta en orden a nuestra propia salvación eterna.

El mismo ha comparado aquí su palabra no a una planta, sino a una semilla para indicarnos bellamente que esa simiente no producirá nada si se la guarda en el granero. Sus enseñanzas hay que practicarlas, hay que vivirlas; en una palabra, hay que sembrarlas en nuestra alma para que den todo su rendimiento de méritos y de gracias.

Por eso no basta tener buena simiente; es preciso que el terreno en que la sembremos, además de estar labrado, esté también limpio de obstáculos —pisadas de transeúntes, piedras y malezas— para que no se impida su germinación promisora. El Maestro ha explicado muy claramente esos obstáculos, lo que en lenguaje actual quiere decir que lo que impide esa germinación de la simiente en las almas son: la despreocupación religiosa, la falta de sólida instrucción cristiana, el excesivo apego a las cosas de la tierra: todo eso la hace estéril. Guardemos las palabras de Cristo en nuestro corazón como lo hacía la Virgen María, reguémosla con nuestra buena voluntad, "con corazón recto y perseverante" como lo dice en esta parábola Jesucristo, y nos dará el ciento por uno ahora y después la vida eterna.

DOMINGO DE QUINCUAGESIMA

Evangelio según San Lucas, cap. XVIII, 31—43.

"En aquel tiempo: Tomó Jesús aparte a los doce apóstoles y les dijo: Mirad que vamos a Jerusalén, y se cumplirá todo cuanto escribieron los profetas acerca del Hijo del hombre. Porque será entregado a los gentiles, y escarnecido, y azotado y escupido; y después de azotarlo, le matarán, y resucitará al tercer día. Mas ellos nada de esto entendieron, pues este lenguaje les era desconocido, y no comprendían lo que se les decía. Y aconteció que, acercándose a Jericó, había un ciego sentado a la orilla del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús Nazareno. Y gritó, diciendo:

¡Jesús hijo de David, compadécete de mí! Los que iban delante le reñían para que callase. Mas él gritaba con más fuerza: ¡Hijo de David, compadécete de mí! Jesús, parándose mandó que se lo trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Respondióle: Señor, que vea. Y después le dijo: Vé; tu fe te ha salvado. Y al instante vió, y le seguía glorificando a Dios. Y al ver esto todo el pueblo, alabó a Dios."

Tema A:

PROFECIA, MILAGRO Y GRATITUD

1.—*Jesús profetiza sobre su muerte.* Iba Jesucristo con sus apóstoles caminando hacia Jerusalén el tercer año de su vida pública para estar allí en esa Pascua de Nisán que sería la última que celebrara en la tierra. Pensando tal vez en esto, en el camino a Jericó, tomó aparte a los doce hombres que El había escogido y adoctrinado con especial empeño para el apostolado y les dijo la profecía que acabamos de leer, en la que resume sus futuros padecimientos, su muerte y su propia resurrección al tercer día. Les señala a Jerusalén como teatro de su pasión; les advierte que será entregado a los gentiles, es decir a los romanos, porque los judíos no podían aplicar la pena de muerte bajo la dominación de Roma. Pero esos apóstoles, ni menos el pueblo judío, podían comprender que Jesús, el Mesías, en quien veían un futuro y poderoso monarca, pudiera sufrir los escarnios ni los suplicios que El anunciaba. Por eso seguramente olvidaron estos anuncios; porque lo que no se entiende, fácilmente se olvida. Si ellos hubiesen recordado estas palabras en la muerte de su Maestro, habrían estado atentos y anhelosos de su resurrección y no tímidos y desesperanzados en las horas oscuras de la prueba. Solamente después del triunfo de Cristo resucitado vinieron a entender el sentido de estas profecías y el carácter de su reinado espiritual. También para nosotros en las Sagradas Escrituras hay cosas difíciles de entender, por eso Jesucristo nos dejó su intérprete en la Iglesia docente, oficio que dió a sus

apóstoles y sucesores: "Id y enseñad.... El que a vosotros escucha, a mí me escucha..."

2.—*La curación del ciego.* Al salir de Jericó, la comitiva de Jesús se había acrecentado. Un mendigo ciego que estaba a la orilla del camino, al averiguar el motivo de aquel bullicio y alborozo, "gritó —dice el Evangelio—: ¡Jesús, hijo de David, compadécete de mí!" En estos días próximos a la Cuaresma, clamemos también nosotros, pecadores que deseamos volver a Dios; nosotros ciegos que queremos ver la luz, porque Cristo es el que va pasando. El viene en las misiones, en las penitencias cuaresmales; o bien en las penas que nos afligen, en los requerimientos de su gracia, en la lectura de este mismo Evangelio... Llamésmole, porque puede ser ésta la última ocasión que se nos presente para la salud de nuestra alma. Reconozcámosle como Señor nuestro: "Hijo de Dios, tened piedad de mí"; digámosle esta sola súplica pero con fervor y confianza, como el ciego, porque El conoce bien nuestro estado y nadie está más interesado que El en sanar nuestra ceguera espiritual, en darnos la luz y la paz del alma, Aunque el tumulto y el bullicio del mundo sean un estorbo para recogernos y meditar, seamos constantes en la súplica y, con redoblado fervor, gritémosle desde el fondo del alma nuestra fe, nuestro arrepentimiento y nuestro propósito de servirlo como a nuestro Soberano: "¡Jesús, hijo de David, compadécete de mí!"

3.—*El milagro y el reconocimiento.* No puede dudarse de que esta curación fué milagrosa: el mendigo era conocido como ciego por la gente; San Marcos da su nombre, Bartimeo, hijo de Timeo; recobró súbitamente la vista a la sola palabra de Jesús: "Vé", palabra imperativa. El prodigio está claro y el reconocimiento del favorecido lo expresan los mismos evangelistas: "Y le seguía glorificando a Dios" —dice San Lucas—; "y le iba siguiendo por el camino" —dice San Marcos—. Tal ha de ser también la conducta del pecador arrepentido: no quedarse mendigando por los caminos del mundo, sino seguir de cerca a Cristo, agradeciendo su misericordia y, con redoblada fe, servirle cumpliendo sus mandatos y glorificándolo entre los hombres.

Tema B:

CRISTO QUISO MORIR EN CRUZ

En este Domingo de Quincuagésima, acercándonos ya a la Cuaresma, la Liturgia nos propone el texto de San Lucas en que se ve a Jesucristo anunciando su pasión y muerte a los apóstoles y luego obrando un milagro en la persona de un ciego.

Como ya sabemos que el Señor obraba prodigios divinos para aumentar la fe necesaria para salvarse en los favorecidos y en los testigos, limitémosnos ahora a considerar la primera parte: el vaticinio de su muerte redentora.

Tomó aparte a los doce apóstoles y les dijo: *Ecce acendimus Jerosolyman,* he aquí que subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas del Hijo del Hombre por los profetas; y da los detalles de sus padecimientos y muerte. Pero los apóstoles no entendían lo que les decía, declara el Evangelio. Después de cumplidas estas palabras del Señor, nosotros no tenemos ya excusas para no entenderlas. Veamos pues, su significado.

Cristo no vino a este mundo sólo para visitarnos, sino para salvarnos con su doctrina y sus ejemplos. Su muerte de cruz fué el ideal de toda su vida humana, porque con ella pagaría nuestro rescate ante el Padre Eterno.

¿Qué sucedería a cualquiera de vosotros, si estuviera condenado a muerte por el juez y otro se ofreciera a morir por él, y el juez aceptara ese cambio? El favorecido con ese acto de generosidad ¿olvidaría alguna vez al que hubiera muerto en su lugar? ¡Imposible!

Pues mucho más que eso hizo Jesucristo con todos los hombres: ofreció su vida por nosotros, para librarnos del infierno. He aquí el primer pensamiento que debe brotar en nuestra alma: "Me amó y se entregó a sí mismo por mi" decía San Pablo a los Gálatas.

Ahora bien, ¿por qué quiso Cristo morir así y no se contentó con menos? Porque quería ganar nuestra inteligencia

para que le creyéramos; nuestra voluntad para que le amáramos, y toda nuestra vida para que le imitáramos.

Primeramente quería ganar nuestra inteligencia para la fe. ¿Cómo lograrlo mejor? Muriendo como lo habían anunciado los profetas inspirados por Dios, para que reconocieran en El al verdadero Mesías y la continuidad de las revelaciones de Dios en los Libros Santos. Para que creyéramos sin vacilaciones en El, quiso darnos el testimonio de su propia muerte: nadie afirma una verdad con un testimonio más poderoso que la misma muerte.

En segundo lugar, con su muerte ignominiosa quería ganar nuestra voluntad. Si Cristo hubiese venido al mundo para redimir al hombre, y se hubiera limitado a predicar su doctrina y a obrar milagros solamente, los hombres le hubieran creído; pero difícilmente le hubieran amado. El pobre recibe la limosna que le da el rico, pero no lo ama, lo olvida. Cristo lo sabía y por eso, para ganar el corazón humano, volcó sobre los hombres todos sus tesoros, hasta su vida. ¿De dónde creéis que les vino a los mártires su fortaleza, sino de la muerte de ese Crucificado? ¿Cómo pensar en morir por Cristo si no hubiera muerto El primero por nosotros?

Finalmente, Cristo eligió la muerte en cruz para enseñarnos a vivir, porque, ¿a qué nos obliga su Pasión? Lo dicen los mismos apóstoles: "Así como Cristo murió por nosotros —dice San Pablo—, también nosotros hemos de morir para el pecado" (Rom. VII, 6) ; "los que son de Jesucristo tienen crucificada su propia carne con sus vicios y sus concupiscencias" (Gál. V, 24) .

Hoy el Evangelio mostrándonos la Cruz y en ella a Cristo, nos dice "Ecce Homo"; ahí tenéis vuestro modelo, vuestra cabeza, resolved cómo debéis conduciros vosotros que sois sus miembros.

DOMINGO I DE CUARESMA

Evangelio según San Mateo, cap. IV, 1—11.

"En aquel tiempo: Fué llevado Jesús al desierto por el Espíritu Santo, para ser allí tentado del diablo. Y habiendo

ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegándose a él el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en panes. Y respondiéndole Jesús, le dijo: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le transportó el diablo a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: que mandó a sus ángeles cerca de ti, y te tomarán en sus manos para que no tropiece tu pie contra alguna piedra. Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. De nuevo le subió el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos y le dijo: Todo esto te daré, si prosternándote me adorares. Entonces le dijo Jesús: ¡Véte de aquí, Satanás! porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a El solo servirás. Entonces le dejó libre el diablo: y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían".

Tema A:

EN LAS TENTACIONES SE PRUEBA NUESTRA FIDELIDAD A DIOS

1.—*Las tentaciones en Jesús. Militia est vita hominis super terram,* ha dicho Job, el varón de la paciencia que supo vencer las más tremendas tentaciones del demonio: lucha perpetua es la vida del hombre sobre la tierra. Jesucristo que, siendo Dios, era también hombre, quiso enseñarnos a resistir estos combates con su propio ejemplo. Pero las tentaciones en El sólo podían ser aparentes, es decir exteriores y nunca interiores porque su humanidad santísima no podía vacilar ante el mal. El quiere, sin embargo, sufrirlas para enseñarnos a ser valerosos frente a ellas y a humillar la arrogancia del espíritu del mal. Agradezcámosle, como soldados suyos, este ejemplo y este aliento.

2.—*Las tentaciones en los hombres.* La tentación en nosotros es una prueba por la cual Dios permite que pasemos para asegurarse de nuestra fidelidad. No es entonces un pecado en sí misma, sino una prueba solamente para nuestra

voluntad. Y siendo así, el mismo Dios puede y con pleno derecho imponernos esta prueba: lo hizo con Adán y Eva imponiéndoles la prohibición de comer del fruto de un árbol, para probar su obediencia filial: lo hizo con el patriarca Abrahán pidiéndole el sacrificio de su hijo Isaac, para probar su fidelidad. Estas tentaciones que nos vienen de Dios se conocen en que nunca pueden llevarnos o inducirnos directamente al pecado, porque El jamás puede desear el mal, sino el bien. En el libro de la Sabiduría, (III, 5-6) al hablarse de las tribulaciones de los justos, leemos: "Dios hizo prueba de ellos y hallólos dignos de sí. Probólos como al oro en el crisol".

Cuando la tentación nos incita a cometer el pecado, no puede entonces provenir de Dios; tiene que venir de otras causas. Estas causas pueden estar en nosotros mismos o fuera de nosotros, es decir, pueden ser internas o externas. Las primeras son la corrupción y la malicia de nuestra naturaleza viciada por el pecado; aquellas que San Juan resumía en estas palabras: "Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida" (S. Juan, ep. Iª., II, 16). Las causas externas de las tentaciones son los demonios, porque, como dice San Pablo, "nuestra lucha no es sólo contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos". Jesucristo en el desierto, Job en su estercolero y los más grandes santos fueron tentados directamente por el demonio. Pero los demonios, astutamente, se valen de otros medios para incitarnos indirectamente al mal: multiplican los escándalos a nuestra vista, en las costumbres, en los malos ejemplos, en el cine, en el teatro, en los bailes sensuales, en la prensa, en los grabados, etc. Hay que estar ciegos para no ver su intervención maligna en el materialismo y paganismo de hoy. No nos dejemos seducir por tantos "progresos" que nos llevan a la barbarie.

3.—*¿Cómo resistir estas tentaciones?* Dos maneras tenemos para evitar sus daños: precavernos de ellas huyendo de las ocasiones, y resistiéndolas con prontitud y entereza. La primera consiste en apartarse de lo que nos inclina al mal: la ociosidad, las malas compañías, las lecturas dañinas, los es-

pectáculos demasiado libres, la molicie, etc. El que ama el peligro perecerá en él; el que se asoma al abismo será víctima del vértigo. Si a pesar de nuestra vigilancia, nos encontramos ante el peligro de la tentación, entonces debemos resistirla prontamente y desde el principio: es imprudente el que piensa: esto no me hace daño, no me provoca. Una chispa puede convertirse pronto en un incendio. Si Eva hubiera resistido prontamente a la tentación, no nos hubiera perdido a todos con ella; si Judas hubiera sofocado los primeros gérmenes de su codicia, no habría sido el apóstol de la traición. Hoy Jesús nos enseña a rechazar con entereza las primeras avanzadas del enemigo. Imitémosle.

Tema B:

LA ESTRATEGIA DEL MAL Y LA DEL BIEN

Nos habla aquí el evangelista San Mateo de las tentaciones con que el demonio quería probar a Jesucristo en el desierto. Este espía, fingiendo amistad, hace una y otra proposición al Señor para explorar sus planes y qué era lo que pensaba de sí mismo, para ver si podía desarmarle y cautivarlo en sus filas.

Estas asechanzas o tentaciones de ninguna manera podían arrastrar a Jesús hacia el mal; no lograron penetrar en el recinto de su voluntad siquiera. Como quien oye llover sin inmutarse, así oyó Jesús esas ofertas diabólicas sin que le turbasen. Vió venir esta tempestad como el pararrayos, impasible y aún más, tan poderoso, que coge el rayo y lo desarma.

La tentación es una ley de nuestra vida: en lo material y lo espiritual, vivir es luchar. *Militia est vita hominis super terram*. Nosotros que, a diferencia de las demás creaturas, fuimos creados con libre albedrío, debemos perfilar nuestra propia vida; según sean nuestras obras, seremos buenos o malos. "Ante los ojos del hombre están el bien y el mal, la vida y la muerte, y lo que el hombre elija, eso se le dará", dicen las Santas Escrituras (Eccli., XV, 18).

Claro está que nadie razonablemente querrá la muerte y el mal; pero la tentación adorna el mal con las galas del

bien y barniza la mentira con las apariencias de la verdad. Si comiereis de esa fruta, que decís prohibida, seréis como dioses, le dijo el tentador a Eva; te daré todo el mundo, si postrado, me adoras, le dice a Cristo; y diariamente nos dice a nosotros: en esto que crees pecado, está la dicha y si lo haces, serás feliz, serás rico, o serás poderoso. Tal es la estrategia del demonio, que por algo es llamado padre de la mentira.

Ya conocéis los planes del enemigo; pero no basta esto; es menester saber luchar. ¿Cuál ha de ser nuestra estrategia? La resume el mismo Jesucristo en dos palabras: "Vigilar y orar". Vigilar quiere decir que no nos durmamos como los apóstoles en el Getsamaní, que no olvidemos lo que es la tentación para no ser sorprendidos. A veces la tentación juega con nosotros diciéndonos: eso te sucedió en aquella ocasión, pero no siempre te ha de ocurrir así. Falsas sugestiones, porque siempre el pecado nos produce un hastío profundo y la prueba es qué en el mismo momento en que lo cometemos quisiéramos no haberlo cometido.

La segunda arma ha de ser la oración. Cuando un jefe militar, después de larga lucha, ve que se trata de un enemigo mayor y que recibe refuerzos, ¿qué hace? Toma el teléfono y llama en su ayuda a otros jefes vecinos: así no sólo se defiende, sino que pone en fuga al enemigo. Así, en nuestros momentos difíciles de lucha contra el mal, conectémonos con la oración para llamar a Dios en nuestro auxilio y saldremos vencedores. Recordemos que el mismo Jesucristo nos dejó la "clave" para llamarlo en los peligros: está en el Padre Nuestro: "No nos dejes caer en la tentación, más líbranos de todo mal".

La tentación es una necesidad en nuestra vida del espíritu. Por eso decía San Agustín: "Nadie puede ser coronado si no ha vencido; ni vencer si no ha luchado; ni luchar si no ha encontrado enemigos". La tentación, además, es útil como el viento que, si destruye la caña frágil, en cambio arraiga más profundamente a la encina. La tentación hace mejores a los buenos que, habiendo aprendido a luchar contra sus vendavales, se afianzan más en las virtudes. Felices nosotros si somos como éstos.

No seamos como las frágiles cañas que son juguetes de los vientos: seamos como las encinas robustas, vencedoras de las tormentas: la corona del triunfo es para los que saben luchar y salir victoriosos.

DOMINGO II DE CUARESMA

Evangelio según San Mateo, cap. XVII, 1–9.

"En aquel tiempo: Tomó Jesús consigo a Pedro y a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto: y allí se transfiguró en su presencia. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras tornáronse blancas como la nieve. Y en esto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con El. Tomando entonces Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bueno sería estarnos aquí!: si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías. Estaba todavía hablando, cuando una nube resplandeciente los cubrió. Y de pronto se oyó una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle. Y al oírlo los discípulos, cayeron postrados, y se llenaron de espanto. Mas Jesús se les acercó y los tocó, y díjoles: Levantaos, y no temáis. Y alzando sus ojos, no vieron a nadie sino sólo a Jesús. Y al bajar ellos del monte, les dió esta orden, diciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos."

Tema A:

CRISTO COMO MEDIADOR Y MAESTRO

1.—*Tribulaciones y consuelos.* La Iglesia, después de presentarnos a Jesucristo el Domingo anterior en el desierto y tentado por el demonio, nos lo presenta hoy en la cima del Tabor fulgurante de gloria como queriendo mostrarnos en El los dos estados a que el alma humana está llamada en esta tierra si es fiel a su Señor. Primero el estado de purificación con sus penas, tribulaciones y combates; después la glo-

ria y las consolaciones de lo alto. Ahí están sintetizadas las etapas de la vida espiritual: vía purificativa y luego las vías iluminativa y unitiva. Para llegar a los consuelos divinos y después a la unión de amor, es necesario primero pasar por los vencimientos de sí mismos, libertarnos del desordenado apego de las criaturas y hacer penitencia por nuestras culpas, porque el "reino de Dios padece violencia y solamente los que se la hacen, podrán alcanzarlo". Los tres apóstoles que tomó consigo el Señor para mostrarles los resplandores de su divinidad, son figuras de las almas adictas a Dios por la fe y el amor: Pedro era el hombre generoso y adicto a Jesús hasta creerse más ligado a El que todos los demás; Santiago y Juan, los hermanos ligados a Jesús por el parentesco, son los más celosos de su gloria y de su doctrina hasta pedirle un día al Señor fuego del cielo para castigar a los que no lo recibían: Cristo los llamó por eso "Hijos del Trueno". Pues bien, si estas almas predilectas de Cristo padecieron tribulaciones y pasaron por los tormentos del martirio, no debemos admirarnos nosotros pecadores de que el Señor permita que suframos, que seamos tentados, porque El sabe lo que necesitamos para nuestro bien espiritual; El nos tendrá reservados días de consuelo y de gloria aun en la tierra, como les reservó a esos apóstoles amigos este día de la Transfiguración que los inundó de gozo y les templó el espiritu para soportar más tarde las persecuciones de los hombres.

2.—*Jesucristo, el Mediador Omnipotente.* El Hijo de Dios tomó naturaleza humana para salvarnos; tomó sobre Sí todos los pecados de los hombres para pagar por nosotros la enorme deuda contraída con el Padre; su angustiosa pasión y su muerte en cruz fueron el precio de nuestro rescate. Fué oficio de mediación. Después, triunfante y glorioso a la diestra del Padre, continúa ejerciendo el mismo oficio. Durante el desarrollo de su misión en la tierra, El mismo se declaraba nuestro mediador cuando decía: "En verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá" (S. Juan, XVI, 23). Pero sobre el Tabor, es el mismo Padre el que nos revela el poder de la mediación de Jesús, al decirnos: "Este es mi Hijo muy amado en quien tengo todas

mis complacencias". Nos declara así no sólo el valor de esta mediación ante El, sino que Jesús es el único por quien deben ser presentadas nuestras súplicas para obtener eficacia infalible. Por eso la Iglesia en su liturgia no dirige ninguna oración a Dios sin apoyarla en la autoridad de este divino Mediador: *Per Dominum nostrum Jesum Christum...*

3.—*Jesucristo, Maestro Divino.* Si Jesús es el Mediador por ser Dios y hombre, El es también nuestro único Maestro. Lo dijo al pueblo y a sus discípulos: "El Cristo es vuestro único Maestro" (S. Mat., XXIII, 10). Las enseñanzas de Jesucristo son, pues, las enseñanzas del mismo Dios, como lo declara a los judíos: "Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado" (S. Juan, VII, 16). Pero el testimonio más evidente que el Dios-Padre ha dado sobre la divinidad de las enseñanzas de Jesús, es el que da en la cima del Tabor cuando al proclamarlo su Hijo amado, agrega: "Escuchadlo a El". Entonces debemos escucharlo cuando nos revela los dogmas que debemos creer; cuando nos enseña las verdades morales y prácticas que debemos seguir; cuando nos indica el modelo que debemos imitar: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón". Debemos escucharlo de igual modo cuando nos habla por la voz de su Iglesia que dejó establecida para que continuara sus enseñanzas en el mundo: "El que a vosotros oye, a Mí me oye", les dijo a los apóstoles, legítimos sucesores en su magisterio. Finalmente, no cerremos nuestros oídos al Hijo amado de Dios cuando nos hable desde la Cruz o desde la Hostia en secretas inspiraciones.

Tema B:

CRISTO TRANSFIGURADO NOS INVITA A TRANSFIGURARNOS

Los textos evangélicos de los dos primeros Domingos de Cuaresma que nos presenta la Liturgia, se completan en tal forma, que vienen a darnos una lección de teología acerca de la persona de Jesucristo.

Y en efecto, la teología católica nos enseña que en Jesucristo hay dos naturalezas: la humana y la divina, pero una

sola persona divina. El texto evangélico del Domingo pasado nos presentaba a Jesús pálido y macilento por el ayuno de cuarenta días en el desierto; en el texto de hoy, lo vemos resplandeciente y de tal manera, que hasta sus vestiduras se veían blancas como la luz. Diríase que en el desierto, tentado por el demonio y fatigado por el ayuno, nos mostrara su naturaleza humana, sujeta a las debilidades de los hombres, pero libre siempre del pecado; mientras que en el Tabor, rompe el velo que cubre a su divinidad, para mostrarles a sus discípulos predilectos el retrato vivo de su naturaleza de Dios y de su persona divina.

Cierto es que cuando El obraba milagros estupendos manifestaba también su personalidad divina, pero velada por su naturaleza humana. Aquí, en cambio, verifica un milagro en que se muestra sin esos velos y entre Elías y Moisés, entre esos dos varones santos venerados por los judíos: el profeta y el legislador.

¿Por qué designio querría Jesucristo manifestarse así a sus apóstoles más dilectos? Seguramente para que las humillaciones de su Pasión cercana no proyectaran sombras sobre su fe. Por eso tal vez, quiso que oyeran el testimonio que de El daba el mismo Padre Eterno: "Este es mi hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, escuchadle"; por eso se reviste con aquella luz resplandeciente que es como el anticipo de aquélla de la resurrección y de la ascensión a los cielos, como triunfador divino de la muerte y del pecado.

Esta es la primera lección de este Evangelio: la divinidad de su persona.

Una segunda lección sería la de nuestra propia transfiguración por la gracia santificante. Así como en Cristo había dos naturalezas unidas en una persona divina, así también en el cristiano hay dos vidas: una inferior y otra superior, una vida natural y otra vida sobrenatural sustentadas en una sola alma. En virtud de la vida humana y natural, el hombre queda elevado sobre los animales y las plantas, es el primero de los vasallos terrenos de Dios. En virtud de la vida sobrenatural de la gracia, de vasallo de Dios, se convierte en hijo de Dios.

El hombre, pues, puede vivir estas dos vidas; pero puede también, por desgracia, vivir una sola: la vida natural de la carne. Si vive solamente esta vida de la carne, esta vida material, el hombre se envilece, se desfigura, y, como dice el Apocalipsis (III, 1) "tiene nombre de vivo, pero en realidad está muerto". El leño ennegrecido por la llama y el diamante arrancado de la mina son dos carbones; pero el uno se vuelve ceniza y el otro pulido es como una gota de sol por la irradiación de su luz. El hombre carnal y materialista, es un leño que se oscurece y se torna ceniza; el hombre espiritual que vive en gracia, irradia virtud, se transfigura en hijo de Dios. No nos desfiguremos por el pecado; tranfigurémonos por la gracia.

Nuestros ojos no ven, ciertamente, lo que obra en el alma la gracia santificante; pero hubo un alma que vió esta transfiguración humana, fué Santa Catalina de Siena. Dios le mostró un día la belleza de un alma que había recobrado la gracia, y le pareció tan sobrenatural y divina, que ella misma confiesa que tuvo que violentarse para no adorarla...

Cierto es que esta transfiguración en nosotros es costosa y difícil de conservarla; pero no hemos de ser cobardes, debemos ser animosos y constantes en esta conquista, ya que ella es la única simiente de nuestra futura transfiguración por la gloria. Sea ésta la única y enérgica decisión que tomemos todos al meditar esta escena del Evangelio. No demos oído a nuestros enemigos el mundo, el demonio y la carne; escuchemos en cambio al Eterno que, señalándonos a su Hijo en el Tabor, nos dice: "Escuchadle a El".

DOMINGO III DE CUARESMA

Evangelio según San Lucas, cap. XI, 14—28.

"En aquel tiempo: Estaba Jesús lanzando un demonio, el cual era mudo. Y así que hubo echado al demonio, habló el mudo, y se maravillaron las gentes. Mas algunos dijeron: En virtud de Belzebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros, para tentarle le pedían algún prodigio del

cielo. Jesús cuando vió sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en bandos, quedará destruido y caerán casas sobre casas. Pues si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? pues decís que yo lanzo los demonios con el poder de Belzebub. Y si, por virtud de Belzebub, lanzo yo los demonios, vuestros hijos ¿por virtud de quién los lanzan? Por esto serán ellos los que os han de juzgar. Mas, si con el dedo de Dios lanzo los demonios, es señal de que el reino de Dios ha llegado ya a vosotros. Cuando un valiente armado guarda la puerta de su casa, está seguro todo cuanto posee. Mas, si asaltándole otro más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, y repartirá sus despojos. El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama. Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos buscando reposo y, no hallándolo, se dice: Me volveré a mi casa, de donde salí. Y regresando a ella, la encuentra barrida y bien adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en ella, se establecen allí; y el nuevo estado de aquel hombre, es así peor que el primero. Y aconteció que, mientras decía él esto, una mujer del público levantó la voz, y exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te amamantaron. Y él dijo: Bienaventurados, más bien, los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica".

Tema A:

FALACIA DE LOS JUDIOS Y RECAIDAS DE LOS CRISTIANOS

1.—*Respuesta de Jesús al despecho de sus enemigos.* El despecho de los enemigos de Jesucristo llegaba a tal punto, que hasta sus milagros que eran el testimonio de su divinidad, los atribuían a connivencias con el demonio, y con el peor de todos, el más despreciable, con Belzebub que era para los judíos "el dios de la inmundicia". Es la acusación que le hacen después que Jesús libra a un pobre hombre del de-

monio que lo tenía mudo. Jesús ante tal afrenta, no fulmina a los que así lo injurian, porque "es manso y humilde de corazón"; prefiere enseñar y por eso argumenta para convencer a los demás de la calumnia que se le hace. Pues si El ha venido precisamente para librar a los hombres del imperio del demonio, mal puede estar en alianza con ese enemigo de Dios y de los hombres. Luego les retuerce el argumento diciéndoles: "Si por virtud de Belzebub, lanzo yo los demonios, vuestros hijos ¿por virtud de quién los lanzan?" Era como decirles: "Si yo hago milagros para bien de los hombres y para confirmar mi doctrina, que no es mía, sino del que me envió, vosotros supersticiosos y vuestros amigos adivinos y profesionales de la superchería, ¿en virtud de quién hacen esas cosas raras e inútiles? ¿son éllos acaso santos o profetas? Sus propias obras os están juzgando, porque son prácticas demoníacas". He ahí la vieja y estúpida táctica que han seguido usando siempre los enemigos de Cristo y de su Iglesia: ¡acusar al cristianismo de los mismos pecados que cometen ellos! Con razón dejó entonces establecida Jesucristo esta sentencia: "El que no está conmigo, está contra mí", porque en ella hace una afirmación de su suprema autoridad, proclama que sólo hay un Bien y una Verdad, que no es posible una alianza del Bien con el mal ni de la Verdad con el error. El mundo acusa a Jesús de establecer en ella la máxima de la intransigencia; pero lo cierto es que nunca la virtud puede aceptar el vicio, ni la verdad puede incluír errores: sólo el vicio gusta aparentar algún bien y el error aparentar verdad.

2.—*¡Ay de los que reinciden en sus culpas!* Bien claro manifiesta el Señor aquí el grave peligro de quienes viven reincidiendo en sus mismos delitos, porque entonces ya no tiene un solo enemigo, sino que ése entra en su alma con otros siete peores que él. Consideremos que Dios al perdonar nuestros pecados, nos da su amistad y su gracia y además nos devuelve los méritos que habíamos perdido. Y en vez de agradecerle y permanecer fieles a El ¿qué hace el recalcitrante? vuelve a los mismos delitos despreciando sus beneficios y ultrajando su misericordia. ¿No es esto abusar de la paciencia de Dios? ¿No es esto aprovecharse de su misma bondad para volver a ofen-

derlo? La recaída en los mismos agravios que hemos hecho a Dios, después de perdonarnos, es una horrible perfidia que clama castigo. ¡Cuán funestas son las consecuencias de esta conducta! Las recaídas nos van apartando cada vez más de Dios, van endureciendo el corazón; al alejarnos de Dios, se debilita más y más nuestra voluntad para el bien y viene a ser una esclava del vicio que se convierte ya en una segunda naturaleza. A tales pecadores puede decirles el Señor lo que decía a su pueblo por boca de Jeremías: "Incurable es tu fractura; es muy maligna tu llaga; no hay remedios que te aprovechen".

3.—*Medios para evitar las recaídas.* Primeramente la *oración,* porque "es necesario orar siempre", dice el Señor. La gracia del perdón no nos hace impecables; debilita nuestras pasiones, pero no las destruye; tenemos, pues una continua necesidad de esa oración que nos alcance fuerzas para superarnos. *Huír de las ocasiones,* pues si ya conocemos lo que nos seduce, lo que nos incita, debemos evitar el peligro que nos arrastra en su vértigo al abismo. *Frecuentar los sacramentos,* porque la Penitencia nos devuelve el fervor y la Eucaristía lo conserva y acrecienta: "El que me come, vivirá por mí", nos dice Jesucristo.

Tema B:

NUESTRA SALVACION ESTA EN COOPERAR CON EL REDENTOR

En el Evangelio del primer Domingo de Cuaresma, vimos al demonio que quiso tender sus asechanzas contra Jesús tentándolo con tres proposiciones para ver modo de descubrir sus planes. Le había hecho tres promesas halagadoras en el desierto, creyéndole débil por el ayuno; y cada una de estas promesas las hacía preceder de esta frase: "Si eres Hijo de Dios...", haz esto, o lo otro. Hasta que vió su derrota cuando Jesús le dijo: "Retírate, Satanás...".

El espía se vió descubierto en sus intenciones y se alejó.

Pero, como astuto que es, al ver que era imposible ata-

car una posición de frente, en el curso de la predicación de Cristo, continuó atacándole por la espalda: arma a sus secuaces con la calumnia y con la intriga. Una larga experiencia, desde Adán hasta Moisés, y desde Moisés hasta Jesucristo, le había hecho dominador de los hombres, aliándose con sus propias pasiones. ¿Quién sería capaz de arrebatarle las llaves de ese castillo interior del alma humana? Sólo el Redentor, el Hijo de Dios humanado, el hijo de David anunciado por los profetas.

Como Goliat —dice acertadamente un escritor—, como el gigante filisteo se burló por cuarenta días del pueblo de Israel hasta que llegó por fin David y le mató clavándole en la frente uno de aquellos cinco guijarros que llevaba consigo; así el demonio, por cuarenta siglos, seguía burlándose de la humanidad caída, hasta que vino el Dios-Hombre y le derribó en tierra con aquellas piedras relucientes de sus cinco llagas.

Jesucristo fué el que libró a la humanidad de las manos del demonio, como a aquel poseso sordo y mudo de que nos habla hoy el Evangelio. Y no parece sino que fuera la humanidad entera, así liberada, la que exclamara por boca de aquella mujer: "Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron". Porque Cristo fué —ha dicho el actual Pontífice Pío XII— el que elevó al hombre a aquella grandeza de la que cayó por su culpa; el que le colocó de nuevo en el trono de la libertad, de justicia y de honor del que le habían derribado los siglos de los dioses falsos. (Mensaje de Navidad de 1941).

Pero, si Cristo nos ha resuelto el problema de la Redención, ¿nos vamos a quedar ya tranquilos sin preocuparnos más de nuestra alma? De ninguna manera. Porque no basta que nuestra Cabeza haya expiado con su pasión y muerte el pecado, sino que es preciso que ese pecado lo expíen también los miembros. Por eso es falsa la consecuencia que de la Redención sacan algunos protestantes cuando enseñan que basta la fe, para ser salvos; que la sangre de Cristo borró todos nuestros pecados. ¿De modo entonces que no importa cometer nuevos pecados porque ya están borrados? ¿No sería esto una burla

de la Redención? San Agustín habría contestado a esto con su célebre frase: "El que te creó sin ti, no te salvará sin ti". Pero para que veamos que no basta solamente la fe para salvarnos, recordemos las palabras con que responde Jesús en el mismo Evangelio de hoy, a la mujer que le tributó su alabanza: "Más bien, dichosos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen".

Que el Señor nos infunda siempre este santo deseo de cooperar a la redención, cumpliendo sus enseñanzas y mandatos; y cuando esta cooperación sea difícil y costosa por las asechanzas o intrigas de nuestros adversarios aguijoneados por el demonio, recordemos que desde el trono de su cruz, Jesucristo nos anima diciéndonos: "Tened confianza, yo he vencido al mundo" (Joan. XVI, 33), pronto estoy para ayudar a los que me sigan.

DOMINGO IV DE CUARESMA

Evangelio según San Juan, cap. VI, 1–15.

"En aquel tiempo: Pasó Jesús a la otra parte del mar de Galilea, que es el lago Tiberiades, y le seguía una grande multitud de gente, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. Subió, pues, Jesús a un monte; y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la Pascua, día de gran fiesta de los Judíos. Habiendo, pues, alzado Jesús los ojos, y viendo que venía hacia sí tan gran multitud, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos panes para que coma esta gente? Esto lo decía para probarle: pues El sabía bien lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no les alcanzan para que cada uno tome un bocado. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: más ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesús dijo: Haced sentar a esas gentes. En aquel lugar había mucha hierba. Sentáronse, pues, como unos cinco mil hombres. Tomó entonces Jesús los panes, y habiendo dado gracias a su Padre, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces, a discreción. Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípu-

los: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se desperdicien. Y así los recogieron; y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido. Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, decían: Este es verdaderamente el Profeta, que ha de venir al mundo. Y Jesús cuando entendió que habían de venir para llevárselo y hacerle rey, huyó otra vez al monte él solo".

Tema A:

BONDAD Y PODER DE JESUS

1.—*Una muchedumbre que nos enseña.* Jesús iba con sus apóstoles de una a otra orilla del mar de Galilea. Cuando en en esta ribera occidental vieron las gentes que en aquella barca venía el Maestro "que pasaba haciendo el bien", impulsadas por su amor y gratitud, fueron congregándose en las inmediaciones del desembarcadero para verlo y escucharle sus enseñanzas. Seguido, pues, el Señor de estas gentes de corazón sencillo y curando a algunos enfermos que se le acercaban pidiéndole la salud, subióse a un montículo y sentóse allí con sus discípulos para que aquella multitud lo escuchase mejor. Aprendamos nosotros de esas gentes agradecidas a los favores de Jesucristo, que le siguen por donde El va, buscando la luz de su doctrina y pidiendo con fe la salud que les falta, sin preocuparse de sus menesteres materiales. ¿No había aconsejado El en el sermón de la montaña: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura"? Hagamos así nosotros; vamos a escuchar su voz, siquiera los Domingos, cuando nos habla desde las páginas del Evangelio. ¿Hay convites de paseos o algún otro menester de la casa? Pues, primero busquemos el cumplimiento de la Ley de Dios asistiendo a la Misa en hora oportuna, porque allí estaremos cerca de Cristo y oiremos sus enseñanzas; interesémonos por la salud de nuestra alma y por las cosas que son de justicia, porque ya habrá tiempo para lo demás. Seamos generosos con El y estemos seguros de que El lo será también con nosotros.

2.—*Jesús les manifiesta su bondad y su poder.* La muchedumbre se ha olvidado de sus necesidades materiales para atesorar en el corazón los bienes espirituales que va esparciendo el Señor. Pero este Señor, cuya bondad providente y cuyo poder son infinitos, es el primero en advertir las necesidades de esas gentes: el sol ya va declinando, el paraje es desierto y al regresar a sus casas esas gentes van a sentir fatiga. Piensa entonces en premiarlas con un milagro de su generosidad omnipotente; pero antes quiere que todos, discípulos y muchedumbre, vean la imposibilidad de alimentar a tanta gente sin medios naturales. Y "¿dónde compraremos panes para que coma esta gente?", le pregunta a Felipe. Este comprueba que es imposible lo que el Maestro indica: "Doscientos denarios de pan no les alcanzan para que cada uno tome un bocado". Andrés le muestra al Señor un muchachito que en su canasto tiene cinco panes y dos peces; "pero, dice él mismo, ¿qué es esto para tanta gente?" Era precisamente lo que Jesús quería que vieran: la natural impotencia para saciar allí, en el desierto, a esos miles de personas: quería hacer brillar su bondad y su poder, para premiar la adhesión de esa multitud que confiaba en El. Hace sentar en grupos a esas gentes; bendice esos pocos panes y peces y ordena distribuírlos entre la muchedumbre que queda saciada y estupefacta ante el prodigio. Y aquel muchachito que había entregado todo lo que tenía en su canasto, vió regocijado que le daban doce canastos con las sobras de esos panes de cebada. Así premió Jesús a esa muchedumbre y así al pequeño, instrumento de su providencia paternal.

3.—*La profecía de este milagro.* ¿Quién no ve en esta milagrosa multiplicación de los panes y de los peces una imagen profética de la multiplicación del pan eucarístico? Ved las circunstancias: la gente no se daba cuenta, se olvidaba de su alimento; fué el Señor el que vió la necesidad de procurárselo. Pero El no sólo veía ese gentío del momento, sino también a toda la humanidad fatigada y hambrienta de un pan de vida eterna: tiene compasión de ella y, con este milagro, la prepara para el pan eucarístico que va a dejarle en vísperas de su muerte. Por eso al día siguiente dirá a esas gentes que

El es el "Pan bajado del cielo" y que quien comiere su cuerpo y bebiere su sangre, tendrá vida eterna. Y esos peces que también multiplicara con los panes tienen su símbolo profético, porque es bien sabido que la palabra "pez" en griego tiene las mismas letras del nombre de Cristo. Jesús prepara así a ese pueblo. El día en que multiplica esos panes era cercano a la Pascua; el momento en que instituirá la Santa Eucaristía será en la víspera de su última Pascua en la tierra. Al admirar el prodigio de la multiplicación de estos panes y peces, agradezcámosle el milagro que nos dejó a nosotros: su Cuerpo y su sangre en la adorable Eucaristía.

Tema B:

EL PERPETUO MILAGRO EUCARISTICO

En esta narración evangélica podemos considerar dos puntos principales: el milagro eucarístico y la fe con que debemos seguir a Cristo.

En esos pocos panes milagrosamente multiplicados, debemos columbrar ese otro pan que el Maestro dejará a sus discípulos en el mundo.

Faltaba sólo un año para que el Señor realizara ese otro milagro permanente que dejaría a los hombres que le siguieran con su fe. En este relato San Juan nos advierte que esa multiplicación de los panes se realizó cuando "estaba cerca ya la Pascua"; y esta Pascua era la penúltima que celebraría el Señor. Un año más tarde, en la Pascua postrera, El tomará también en la cena familiar con sus apóstoles un pan y, bendiciéndolo, dirá: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo"; y tomando el cáliz con el vino, dirá en seguida: "Tomad y bebed, ésta es mi sangre que será derramada por el mundo".

Y desde entonces el prodigio estupendo va a ser permanente. El divino Taumaturgo dará poderes a esos apóstoles y a sus sucesores los sacerdotes para que realicen el prodigio hasta la consumación de los siglos. Su mandato será éste: "Haced esto en memoria mía". Y para significarnos la trascendencia que tendrá este divino alimento, enseñará a cuantos le sigan, como en la segunda multiplicación de los panes,

que este pan es necesario para tener vida en el alma. Porque entonces, dijo: "Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Yo soy el pan bajado del Cielo".

Cuando las muchedumbres que le seguían quedaron saciadas con ese pan de cebada que el Maestro les había dado de manera milagrosa, dice el Evangelista que, creyéndolo ya el verdadero Mesías que había de venir, quisieron hacerlo rey.

La Liturgia de la Iglesia ha escogido este relato evangélico para este Domingo IV de Cuaresma, cercano ya al cumplimiento pascual. Cuando lleguen los fulgores de la Pascua de Resurrección, no vayamos a recibir el Pan eucarístico como forzados por el precepto de la Iglesia, sino impulsados por la fe, el amor y la esperanza de aquella muchedumbre; y al recibirlo así, proclamémoslo rey de nuestro corazón y de nuestro hogar para siempre.

Sí, porque ese poder divino que, si brilla en la multiplicación de los panes, fulgura inmensamente más en el milagro eucarístico, ha de ser motivo de confianza; esa bondad tan tierna y paternal de Jesús que quiere comunicarnos su vida, ha de sernos motivo de amor; por fin, esa providencia plena de sabiduría que Jesús despliega, ha de servirnos de motivo de docilidad y de obediencia.

¡Qué bondad la de este Pastor! La muchedumbre olvida sus necesidades por seguir a Jesucristo; pero Jesucristo no olvidará a los que se olvidan de sí mismos por El. El tuvo compasión —dice el Evangelio—, porque ese pueblo era como rebaño sin pastor. Por eso los instruía a todos y sanaba a los enfermos; los provee de alimento corporal multiplicando unos pocos panes y peces, y, cuando hubo llegado la noche, la pasó toda entera en oración por sus almas para proveer a sus necesidades espirituales. Y eso mismo es lo que continúa haciendo por nosotros en la Eucaristía, lo que hace día y noche, lo que quiere hacer hasta la consumación de los siglos.

Reconozcamos su providencia omnipotente y amorosa y acerquémosnos a recibir su cuerpo y sangre con fe, amor y esperanza.

DOMINGO DE PASION

Evangelio según San Juan, cap. VIII. 46-59.

"En aquel tiempo: Decía Jesús a las turbas de los Judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Los Judíos respondieron: ¿No decimos nosotros bien, que eres un Samaritano, y que estás endemoniado? Jesús respondió: Yo no estoy poseído del demonio: sino que honro a mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado a mí. Yo no busco mi gloria: hay quien me la busque y me vindique. En verdad, en verdad, os digo: si alguien guardare mi palabra, no morirá para siempre. Y los Judíos le dijeron: Ahora conocemos que estás poseído del demonio. Abrahán murió, y los Profetas: y tú dices:Si alguien guardare mi palabra, no morirá eternamente. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abrahán, el cual murió, y que los profetas, que también murieron? ¿Por quién te tienes tú? Jesús les respondió: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís, que es vuestro Dios, y no lo habéis conocido; y si dijere que no le conozco, sería tan mentiroso como vosotros; mas le conozco y observo sus palabras. Abrahán, vuestro padre, deseó con ansia ver mi día: lo vió y gozó mucho. Y los Judíos le digeron: Aun no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abrahán existiese, existo yo. Tomaron entonces piedras para lanzárselas; mas Jesús se escondió y salió del templo".

Tema A:

JESUS SE ENFRENTA CONTRA LA CONDUCTA FARISAICA

1.—*Jesucristo declara su divinidad.* En este Evangelio vemos ante todo cómo Jesús declara su divinidad ante las turbas de los judíos recalcitrantes en su incredulidad. Lo hace primeramente lanzándoles este desafío: "¿Quién de vosotros

me convencerá de pecado?" Ningún hombre puede declararse limpio de todo pecado, sino el Hombre-Dios; si lo que enseña o lo que revela es mentira e impostura, sería un pecador; pero ninguno pudo recoger este desafío para probarle que pecaba. Aceptada entonces tácitamente la santidad de su conducta, Jesús con plena justicia y razón continúa diciéndoles: "Si os digo la verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios". En estas frases Jesús está mostrando al par que su divinidad, la maldad de los que resisten a sus enseñanzas que son divinas, porque ellos no son justos, no son amigos de Dios. Una segunda prueba es la contestación que les da el Señor cuando le preguntan quién es El: "A mí me glorifica mi Padre, el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no lo habéis conocido". Aquí afirma ser Hijo de Dios Padre y que El es quien da testimonio de sus obras y de sus palabras; quien confirma su doctrina con el sello de Dios, que es el milagro, es digno de ser creído. Finalmente afirma ser mayor que Abrahán y que los profetas con estas palabras solemnes: "En verdad os digo que antes que Abrahán existiese, existo yo". Está claro que no podía referirse a su existencia humana, puesto que todos lo miraban como "el hijo del carpintero José", sino a su existencia de Hijo de Dios, que es eterna. A tales afirmaciones y argumentaciones ¿cómo responden sus enemigos? Con la eterna respuesta de los impotentes, que obran de mala fe: primero con insultos e injurias y luego con la violencia cogiendo piedras para matarlo. Es la táctica perpetua de los que calumnian a la Iglesia: los discípulos no pueden ser mayores que el Maestro.

2.—*Hay que oír y guardar las palabras de Cristo*. "El que es de Dios oye las palabras de Dios", decía Jesús a los Judíos; pero éstos la rechazaban. La palabra de Dios es delicia para los justos y estorbo y reproche para los pecadores que buscan toda la libertad para sus pasiones; por eso los adversarios de Jesús no las soportaban. A cuántos cristianos de hoy, que les parecen insípidas y molestas las explicaciones del Evangelio, el Señor podría hacerles el mismo reproche que a los judíos: "Vosotros no me oís, porque no sois de Dios". ¿Cómo podrán

acrecentar su fe y tener vida espiritual si no quieren escuchar y guardar la palabra divina? *"Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi"* —dice San Pablo a los romanos—: la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo. Y el mismo Señor Jesús promete en el Evangelio de hoy la vida eterna al que escucha y cumple su palabra: "En verdad, en verdad os digo: si alguien guardare mi palabra, no morirá para siempre".

3.—*Jesús se escondió...* Cuando sus enemigos no hallaron razones para contestar a Jesús, tomaron piedras para lanzárselas. Jesús, entonces se ocultó y salió del templo, porque todavía no había llegado la hora de entregarse al furor de sus enemigos y porque no quiso salvarse de ese atentado por medio de un milagro, pues no era necesario ni lo merecían quienes repudian sus enseñanzas divinas. ¡Ay de quienes persiguen y atacan a Cristo y a su Iglesia, sin querer escuchar su doctrina de verdad y de salvación! Jesucristo se ocultará para ellos y saldrá del profanado templo de sus almas; no escucharán ya sus palabras en la vida, en el tiempo oportuno para convertirse y salvarse; pero la escucharán como sentencia terrible en el juicio que se les espera tras los umbrales de la muerte. Cristo no será entonces Maestro, sino Juez. No seamos nosotros sordos a las enseñanzas de Jesucristo, cuyas palabras, según El mismo, "son espíritu y vida".

Tema B:

DIALOGO ENTRE EL ESPIRITU Y LA MATERIA

Este discurso de Jesucristo, pronunciado poco antes de su Pasión, que fué varias veces interrumpido por los fariseos, viene a establecer como un diálogo entre el espíritu y la materia. Las palabras de Jesús se refieren a los intereses del alma, a los intereses del espíritu, mientras que sus contradictores arguyen partiendo de la materia, de lo temporal y caduco.

Jesús habla del Padre que lo glorifica, habla de la verdad, afirma que Abrahán ardió en deseos de ver su día y que lo vió como profeta y se llenó de gozo: hablaba, pues, desde el

plano de su divinidad y de los intereses espirituales de las almas. En cambio, los fariseos, judíos obcecados en su idea de un Mesías temporal, hablan el lenguaje del materialismo: "Tú eres un samaritano, le dicen, estás endemoniado; no tienes cincuenta años y dices que has visto, a Abrahán". Estos positivistas materializados no podían o no querían entender el lenguaje espiritual del Señor que les reiteraba su divinidad al decirles abiertamente: "En verdad os digo, que antes que Abrahán fuera criado, yo existo". Por eso sus contradictores, enfurecidos, tomaron piedras, tan duras como sus corazones, para tirárselas; pero Cristo milagrosamente se oculta a sus ojos y no sufre daño alguno.

Bien sabemos que el hombre está formado por Dios de alma y cuerpo; que por el pecado original, quedó fermentando en él esta lucha secular entre su espíritu y su materia y que, si bien el hombre debe atender a la salud de su cuerpo, primeramente debe cuidar de la salud de su alma: porque el cuerpo es polvo y vuelve al polvo, mientras que el alma es espíritu y, como tal permanece sin fin, eternamente. Su cuerpo en la vida terrena no es más que una tienda de campaña que tendrá que abandonar un día para recibir el laurel de su triunfo o la cárcel de su castigo.

¿Qué deberemos hacer para obtener una gloriosa vida inmortal? Lo ha dicho el Divino Maestro en este Evangelio: "Quien observe mi doctrina, no morirá para siempre."

Así nos enseña que la vida humana no es solamente esta que pasamos en la tierra, sino que hay otra a la cual solamente se puede llegar siguiendo su doctrina de caridad, de justicia, de pureza, de perfección. De aquí se deduce que no debemos entregarnos al grosero materialismo que nos impide llegar a la felicidad eterna; sino que debemos subordinar los intereses del cuerpo, a los altos intereses de nuestra alma.

Nuestros tiempos están materializándose casi en todo orden de cosas: ya casi no se habla sino de deportes, de piscinas, de teatros, de cines, de concursos de bellezas, de carreras de caballos, de loterías y no queremos mencionar los antros de placeres en que se comercia con la carne y con los escándalos. No parece sino que estamos volviendo a los tiempos paganos

de Roma en que se entretenía al pueblo con pan y circo. Pero aun en aquellos tiempos no faltó un Juvenal que enseñara una máxima verdadera: *"Mens sana y corpore sano"* enseñaba ese poeta; pero fijaos bien que el vate latino pone como base de la salud del cuerpo, la salud del espíritu. Ahora se menciona mucho esta máxima, pero atendiendo sólo a la segundo parte, *"corpore sano"*.

Si el hombre tiene pies para caminar sobre la tierra, tiene también un alma que quiere volar al cielo. Busquemos entonces honestamente la vida del cuerpo; pero también amemos y busquemos primordialmente la vida del alma.

El Papa Pío XI, hablando a unos jóvenes deportistas que lo visitaron, les dijo: "No se debe hacer el deporte sólo por el deporte, ni se debe cuidar el cuerpo sólo por el cuerpo; sino que al cuerpo debe cuidarse por el alma, y lo material por lo espiritual."

Sea ésta la norma práctica en nuestros días. Guardemos la categoría de las cosas: el cuerpo sólo es el vaso del alma, y ésta pertenece a Dios.

Tema C:

MISTERIO DE LA PASION DE CRISTO

La liturgia, al cubrir desde hoy con velos morados las imágenes, nos está diciendo: no penséis ya en otra cosa, ni siquiera en los santos, para que recordéis únicamente la Pasión y Muerte de Cristo.

El Evangelio de hoy es como un preludio de esa Pasión, porque nos presenta la absoluta inocencia de Jesucristo, como lo declaraba el pueblo al exclamar: "Todo lo ha hecho bien", en contraste con sus enemigos que le asechan y pretenden apedrearle.

Hoy le vemos cómo burla sus intentos haciéndose invisible a las piedras e inasible a las manos crispadas de odio. Y cabe preguntarse: ¿por qué no lo hará así en el huerto de los olivos, o en los tribunales o en su camino al Calvario?

Hé aquí la razón: Porque si bien es inocente en su persona, *jurídicamente* se ha hecho culpable el cargar sobre sí los pecados de todos los hombres; porque ante su Padre Eterno se ha hecho fiador de la humanidad, por eso va a pagar sus deudas con su sangre satisfaciendo así la justicia que exigía un Dios ofendido.

Al primer hombre en el Paraíso, le dijo el tentador: "Si comiéreis de este fruto que decís prohibido, seréis como dioses". Y por esta falaz promesa el hombre, de hecho, quiso destronar a Dios o emanciparse de El. Y aunque no logró su intento, hízose siempre reo de esa culpa, de ese atentado que la justicia divina exigía que se reparase.

Pero, como ese crimen contra la Divinidad encerraba una malicia infinita, ni la humanidad entera podía establecer el fiel de la balanza en que de un lado estaba el Creador y del otro la creatura. ¿Qué hacer entonces? Aquí está cifrado el misterio de la muerte de Jesucristo. El Verbo, Dios hijo de Dios, juntando en una sola persona las dos naturalezas, humana y divina, y haciéndose fiador nuestro, padece y muere en la crùz para reparar con su mérito infinito el crimen que intentó cometer el hombre cuando quiso ser como Dios.

Al morir ese Crucificado, como es de nuestra misma naturaleza, está con El el hombre —el hombre reo, el hombre deudor—; y como además de hombre, Jesucristo es Dios, es por tanto infinito, tiene los méritos y el caudal superabundante para pagar al mismo Dios Padre. Por eso la muerte real del Dios humanado compensa rigurosamente la ofensa de rivalidad que al Creador le quiso inferir Adán: la justicia queda así totalmente satisfecha.

Tal es el drama real de la muerte de Jesús Salvador nuestro, que vamos a conmemorar y a meditar en estos santos días guiados por la liturgia de la Iglesia.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio según San Mateo, cap. XXI, 1-9.

"En aquel tiempo: Acercándose Jesús a Jerusalén, y al llegar a Betfage, al pie del monte de los Olivos, envió a dos de

sus discípulos, diciéndoles: Id a esa aldea que se ve en frente, y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella. Desatadla y traédmelos: y si alguien os dijere algo, respondedle que el Señor los ha menester; y luego os lo dejará llevar. Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Profeta: Decid a la hija de Sión: Mira que viene tu Rey, lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. Habiendo ido los discípulos, hicieron lo que Jesús les mandó. Y trajeron el asna con su pollino, y aparejaron sobre ellos sus vestidos y le hicieron sentar a El encima. Y una gran muchedumbre tendió sus vestiduras por el camino: otros cortaban ramos de los árboles y los ponían por el camino, y tanto las gentes que iban delante como las que venían detrás, clamaban diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor!"

Advertencia. En este Domingo, generalmente no hay lugar para la explicación del Evangelio ni en las misas en que se bendicen las palmas y se hace la procesión litúrgica, ni en las misas privadas o rezadas, porque aún en éstas la lectura de la Pasión según el relato de San Mateo, ocupa mucho tiempo. Sin embargo, como el párroco o el rector de iglesia suelen celebrar dos misas (con la facultad de la binación) y pueden obtener el permiso en tal caso, para suprimir la lectura de la Pasión en la segunda misa, presentamos aquí una breve homilía que puede servir para esta circunstancia.

Tema A:

QUE EL TRIUNFO DE CRISTO EN JERUSALEN SEA PERFECTO EN EL ALMA

1.—*Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.* El Señor manifestó la gloria de su divinidad en el Tabor solamente a sus discípulos predilectos Pedro, Santiago y Juan; pero les ordenó guardar secreto hasta tanto no resucitara de entre los muertos. Varias veces la multitudes entusiasmadas por sus milagros, quisieron proclamarlo Rey, pero El lo impidió alejándose a la soledad. Solamente ahora, cuando se acerca el drama de sus

padecimientos y de su muerte, permite que la muchedumbre de peregrinos y de pueblo que llegaban a Jerusalén para la festividad de la Pascua, lo reciban en triunfo. Lo hace para manifestar su divina realeza de paz y de justicia. Y porque tal carácter tiene su realeza, no entra como los triunfadores humanos al son de trompetas, ni con escoltas de soldados ni con el aparato de las cortes; sino llevado y seguido del pueblo, de los humildes; con aclamaciones que van proclamando su realeza espiritual, su descendencia de David: en vez de clarines, se oyen hosannas, en vez de lucientes espadas y corazas, se ven ramos de simbólicas palmas y olivos y túnicas que alfombran el camino para que pase su mansa cabalgadura. Es el Rey manso y humilde de corazón el que triunfa de los orgullos y vanidades.

2.—*Su entrada en las almas.* Tiempo es éste de dar cumplimiento al precepto de la Iglesia, de comulgar por Pascua de Resurrección. Este Señor, cuyo reino no es de este mundo, quiere reinar en las almas; por eso el cristiano ha de considerar el Sacramento eucarístico como la manera sensible en que puede recibirlo también en triunfo, proclamándolo como su Rey, al cual debe someter todos sus pensamientos, sus afectos y sus acciones. Aquella multitud que lo seguía a Jerusalén se sentía feliz con Jesús: se apretujaba junto a El, lo escoltaba y daba gritos de júbilo y alzaba cantos de victoria. Lo mismo debiera hacer el alma que comulga: aclamarlo como a su Dios y Salvador, cumplir sus órdenes y deseos, seguirlo en sus inspiraciones, elevar a El sus acciones de gracias y sus plegarias íntimas.

Como aquella muchedumbre que se despojaba de sus vestiduras para arrojarlas al paso del Señor, despojémonos nosotros de nuestros malos hábitos y afectos terrenales y pongámolos a los pies de nuestro Rey, mortificándonos para triunfar con El. Reconozcámoslo así como a nuestro libertador y digamos como ese pueblo: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" Con este júbilo, con esta devoción debemos recibir al que se ha hecho nuestro alimento para reinar en

nuestra vida; en el silencio interior del alma, digámosle entonces: "Alma de Cristo, santifícame; Cuerpo de Cristo, sálvame; Sangre de Cristo, embriágame...".

Tema B:

MEDIOS PARA PERSEVERAR EN LA GRACIA DE DIOS

La Liturgia nos sorprende hoy, entre la procesión de los ramos y la Misa, con un gran contraste. Aún resuena jubiloso el Hosanna, cuando en la Misa ya se oye el grito opuesto: *"Crucifigatur";* apenas se extingue aquel saludo: "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" y ya se oye el "¡Crucifícale!" ¡Qué imagen más exacta de la inconstancia humana! Hoy nos vestimos con el albo atuendo de la gracia de Dios, y ya mañana caminamos con harapos, cuando no con la mortaja negra del pecado; hoy aclamamos a Jesús como a rey y mañana preferimos a Barrabás y a El lo entregamos a sus verdugos. Por eso ha dicho alguien: "Todos llevamos en nuestros labios el beso de Judas, y, con el beso, la posibilidad de dárselo a Jesús". ¡Qué posibilidad más peligrosa ésta, de poder extraviarnos, perdernos y arruinarnos ofendiendo a Dios!

Y como todos podemos tener esta debilidad, a todos nos afecta este problema del espíritu requerido por el bien y el mal; a todos nos interesa solucionarlo. Es un problema personal y nadie puede esperar encontrárselo resuelto sin tomar personalmente sus medidas y precauciones.

Enunciamos este problema. Los sacramentos recibidos con las disposiciones necesarias nos dan la gracia santificante y, con ella, la vida eterna; pero los sacramentos no nos aseguran para siempre esta gracia; podemos perderla por la culpa grave y entonces de nada nos servirá el haberla tenido. ¿De qué nos valdrá haber vivido una semana en gracia de Dios, si luego después nos sorprende la muerte en pecado?

Se necesita, pues, la perseverancia: aquí está el problema crucial de la vida del hombre en la tierra.

Para resolverlo, es decir, para conservar esta gracia y

aumentarla con el tiempo, necesitamos tres cosas: 1º *vivir alerta*, 2º *comulgar a menudo*, y 3º *orar siempre*.

Primeramente hemos de vivir alerta, porque no estamos solos: hay miles de enemigos que pretenden despojarnos de esa gracia, y no sólo están en acecho fuera de nosotros, sino también dentro de nosotros mismos están los malos instintos, las concupiscencias y las pasiones desordenadas. Por lo tanto debemos estar siempre en guardia, en todos los instantes de nuestra vida.

Además de esta vigilancia continua, debemos aumentar nuestro vigor para las luchas que se nos presenten y esto se consigue comulgando con frecuencia, no basta que lo hagamos una, tres, o cinco veces al año. Si nos contentáramos con eso ¿qué nos ocurrirá? Que después de cada una de esas comuniones tan espaciadas, las pasiones podrán ser dominadas por algún tiempo mientras dura el fervor; pero no quedarán todavía domadas como las fieras que están viendo siempre al domador con su látigo. Al cabo de algún tiempo se alzarán con nuevo furor y nos podrán hallar desprevenidos. Debemos unirnos más continuamente con Jesucristo con la comunión frecuente, porque El nos dice en el Evangelio: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo, y yo con él, dará mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer". (S. Juan, XV, 5). Luego, para obtener siempre el triunfo, debemos tener la savia de Cristo.

Por fin, la oración ha de contribuír poderosamente para mantener en nosotros esa gracia de Dios: *"oportet semper orare"*, conviene orar siempre, nos enseña el Señor; por algo en la oración que nos enseñó para dirigirnos al Padre de los Cielos, nos hace decir: "No nos dejes caer en tentación, mas líbranos de todo mal".

En este Domingo de Ramos, día de triunfo visible, pidámosle a nuestro Rey que no se nos caigan de las manos ni las palmas de la victoria contra el pecado, ni la oliva de paz de nuestras almas, hasta alcanzarla eterna y feliz en su reino celestial. Así sea.

DOMINGO DE RESURRECCION

Evangelio según San Marcos, cap. XVI, 1–7.

"En aquel tiempo: María Magdalena y María madre de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y saliendo muy de mañana, el primer día de la semana, llegaron al sepulcro cuando había salido ya el sol. Y decíanse unas a otras: ¿Quién nos apartará la piedra de la entrada del sepulcro? Y fijándose bien, vieron apartada la piedra que era muy grande. Y entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la diestra, vestido de blanco, y se asustaron. Mas él les dijo: ¡No temáis! Ya sé que buscáis a Jesús Nazareno, crucificado: pues bien, resucitó; no está aquí: ved el lugar en donde le pusieron. Mas id, y decid a sus discípulos y a Pedro, que irá delante de vosotros a Galilea: allí le veréis como os lo anunció".

Tema A:

LAS SANTAS MUJERES Y REALIDAD DE LA RESURRECCION DE CRISTO

1.—*Actitud de las piadosas mujeres.* El primer día de la semana, es decir el Domingo nuestro, tres mujeres se encaminaron al sepulcro de Jesús cercano al Calvario, en el predio de José de Arimatea. Iban cargadas con los perfumes que habían reunido para completar el embalsamamiento del divino Maestro, ya que en la noche del Viernes se había hecho con tanto apresuramiento y sigilo. Estas piadosas mujeres eran: María Magdalena, figura de las almas penitentes; María madre de Santiago, figura de las almas que avanzan en virtud, y María Salomé, figura de las almas perfectas. Ellas, fieles a su Maestro, van a rendirle un homenaje de piedad; no se imaginan la recompensa que El les va a dar con la misma ausencia de su cuerpo amortajado: ahora van a saber que quien sigue a Jesús en el sacrificio, como ellas en el camino al Calvario, recibirá siempre el premio generoso de su amor divi-

no. Si queremos gozar junto a Jesucristo en la gloria, sepamos seguirlo con fidelidad y abnegación en este valle de lágrimas: no nos desalienten ni la injusticia de los hombres, ni la ferocidad de los verdugos ni el sarcasmo de los fariseos. Antes de disfrutar del consuelo y del triunfo, debemos caminar sufriendo por Jesucristo a lo largo de nuestra Calle de Amargura hasta el sacrificio pleno.

2.—*Iban resueltas, pero cavilando.* El amor a su Maestro aligeraba sus pasos hacia el sepulcro, mientras los discípulos, temerosos y aturdidos, permanecían ocultos desde la prisión en el Huerto de los Olivos. A ellas, fuertes en su misma debilidad, el amor les da alas y les hace olvidar los peligros. En circunstancias parecidas, alentémonos con las palabras del Apóstol: "Si con nosotros está Dios. ¿Quién podrá contra nosotros?" Sólo un obstáculo perturba el pensamiento de esas santas mujeres: decíanse unas a otras: ""¿Quién nos apartará la piedra de la entrada del sepulcro?" Pero al llegar a él vieron que, a pesar de ser tan grande, estaba apartada y el sepulcro abierto. ¡Cuántos hay que por faltarle un verdadero amor a Dios, al primer obstáculo que se les presenta para llegar a El, echan pie atrás con insensata cobardía! Para unos esa piedra pesada que hay que remover en su corazón es la impenitencia; para otros, la vida fácil y licenciosa; para muchos son los intereses creados. No piensan en la ayuda que les prestará el mismo Dios con su gracia para que, removido ese obstáculo, pueda El morar en ese corazón arrepentido y purificado. Ellas en el sepulcro vieron a un ángel del Señor que las confortaba anunciándoles la resurrección de Jesús Nazareno, el que había muerto crucificado y que pronto se mostraría a sus discípulos.

3.—*El hecho histórico.* Jesucristo con su propia resurrección, rubrica solemnemente la divinidad de su Persona y de su Doctrina. No cabe duda de su muerte real: de ello dan testimonio los discípulos que se ocultan por miedo; estas mismas mujeres que van a embalsamarlo; los fariseos que sellan la tumba y ponen guardias para que no se roben el cadáver: todo confirma su muerte. Pero he aquí que al tercer día, como El lo había predicho, se alza vivo y glorioso y durante

cuarenta días se muestra a los judíos, a los apóstoles, a las santas mujeres, a sus discípulos, no como un fantasma, sino con su cuerpo mismo glorificado que ven y palpan, con sus llagas abiertas como trofeos de victoria; con El conversan sus apóstoles y discípulos; con ellos comparte el pan y a ellos les da mandatos y ante su vista sube a los cielos. Quien niegue este hecho histórico, con igual criterio debiera negar las victorias de Alejandro, el reinado de Carlomagno, la proeza de Colón. De los testigos de Jesús resucitado, muchos murieron por afirmar este hecho: ¡y hay que creer en el testimonio de quienes se hicieron degollar por afirmarlo! La resurrección de Jesús es el fundamento inconmovible de nuestra esperanza, y la prenda y modelo de nuestra resurrección que está ligada a la suya, puesto que El es nuestra Cabeza y nosotros somos sus miembros.

Que esta Pascua de Resurrección sea en verdad para todos una primavera espiritual en la que florezcan con nueva vida la fe, la esperanza y la caridad.

Tema B:

LA RESURRECCION DE CRISTO ES PRENDA DE LA NUESTRA

Después de haber tomado parte en la Liturgia de la Semana Mayor, oyendo los relatos de la Pasión del Señor, escritos por los cuatro Evangelistas; después de haber acompañado a Cristo en los tribunales humanos, en la calle de la Amargura y en el Calvario; después de haberlo seguido hasta su entierro en el sepulcro de piedra, si hemos lavado nuestras culpas con lágrimas de penitencia y hemos ungido sus pies con los aromas de la contrición, busquemos hoy al Salvador con las santas mujeres y, como ellas, llenémonos de gozo ante el ángel radiante que nos dice: "No temáis; buscáis a Jesús Nazareno crucificado; ya resucitó, no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron". Y veremos florecer en las mismas abras de las piedras funerarias las rosas del Aleluya.

Si el Señor había anunciado sus padecimientos, nos había anunciado también su resurrección al tercer día; los velos

morados y las ceremonias severas que conmemoraban su Pasión y Muerte ya han pasado con sus sombras y tinieblas; hoy vuelven a lucir las flores, y el cirio pascual que brillará en las misas dominicales nos estará indicando la resurrección y la gloria del Redentor hasta que suba a los cielos para tomar posesión de su trono a la diestra del Dios Padre.

¿No recordáis la hazaña profética de Sansón? Encerrado por los filisteos en la ciudad de Gaza, se levantó a medianoche, y salió de la ciudad llevándose sobre sus hombros las puertas que lo aprisionaban para dejarlas a diez leguas de distancia en un monte; también Jesús, a pesar de los sellos y de los guardias que custodiaban su tumba, salió glorioso de su sarcófago de piedra triunfando de sus enemigos y de la muerte.

Ahora bien, junto a este hecho histórico, brota un nuevo hecho, una realidad futura: la de nuestra propia resurrección final. Hoy parece decirnos este triunfador de la muerte, lo que pocos días antes había dicho a Marta, la hermana de Lázaro, a quien El hizo salir de su tumba después de cuatro días: "Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí aunque hubiere muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre".

Y también como a Marta, El nos dice hoy: "¿Creéis esto?" Y ¿cómo no creer en sus palabras, si en vida mostró sus poderes de Dios dominando los elementos, resucitando muertos y obrando mil prodigios en bien de las muchedumbres y de los enfermos? No podemos dudar de las palabras de este Hijo de Dios que anunciaba a sus apóstoles todas las escenas de su pasión y muerte y anunciaba también su propia resurrección al tercer día.

Pues bien, si con Adán todos formábamos un solo cuerpo jurídico, así formamos también con Cristo un solo cuerpo místico; y si la cabeza de este cuerpo resucita, también habremos de resucitar nosotros que somos sus miembros. Por eso hoy celebramos dos resurrecciones: la del divino Redentor y la nuestra, sus redimidos; la una ya histórica, la otra venidera, cuando El venga otra vez a ajustar en la tierra definitivamente sus cuentas con los hombres.

Levantemos, pues, nuestros ojos hacia las cosas espirituales, que en definitiva son las que han de valer para siempre. No olvidemos este consejo de San Pablo a los colosenses que leíamos en la Epístola de la Misa de ayer: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba; poned vuestros ojos allí donde está vuestra cabeza; gustad y saboread en adelante las cosas celestiales y no las de la tierra". Este ha de ser vuestro programa de vida.

DOMINGO DE CUASIMODO

(PRIMERO DESPUES DE PASCUA)

Evangelio según San Juan, cap. XX, 19—31.

"En aquel tiempo: Aquel mismo día, primero de la semana, siendo ya tarde y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo a los Judíos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos, y les dijo: ¡La paz sea con vosotros! Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos y el costado. Y se gozaron los discípulos al ver al Señor. Y otra vez les dijo: ¡La paz sea con vosotros! Como el Padre me envió, así también yo os envío. Dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonareis los pecados, perdonados les serán: y a quienes se los retuviereis, retenidos les serán. Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él les dijo: Si no viere en sus manos la hendidura de sus clavos y metiere el dedo en el agujero de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré. Y al cabo de ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos: vino Jesús, cerradas las puertas, y presentándose en medio de ellos, les dijo: ¡La paz sea con vosotros! Y después dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos; y trae tu mano, métela en mi costado; y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás, y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! Díjole Jesús: Porque

me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Otros muchos milagros hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Más éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios: y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre".

Tema A:

RESURRECCION HISTORICA DE CRISTO Y RESURRECCION MORAL DEL CRISTIANO

1.—*Enseñanza histórica y dogmática.* Se refieren aquí dos apariciones de Jesús resucitado: la primera se realiza el mismo día primero de la semana, o sea el Domingo de la Resurrección, por la tarde. En esta ocasión estaban reunidos los discípulos, menos Tomás, en el cenáculo y a puertas cerradas por miedo a los enemigos del Maestro.

Jesucristo resucitado entra, pues, en la habitación a través de los muros, porque su cuerpo ya en estado glorioso goza de la "sutileza," por la cual puede vencer todo obtáculo material. Pero aún glorioso conserva las llagas, como una prueba de la identidad de su persona y como trofeo de su triunfo. Habla con esa misma voz que le reconocen sus discípulos y luego de saludarlos dándoles la paz, instituye el sacramento de la Penitencia con estas palabras: "Recibid el Epíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se les retuviereis: les serán retenidos".

De estas palabras de Nuestro Señor se desprende la necesidad de confesar los pecados al ministro de Dios, puesto que sin conocer esos pecados, ni su gravedad ni las disposiciones del penitente, el sacerdote no podría juzgar sobre cuál debe ser perdonado y a cuál se le ha de negar ese perdón o absolución. El precepto de confesarse viene, pues, de Dios y no de los hombres, como afirman algunas sectas y los impíos; el sacerdote es el juez delegado por Jesucristo, el acusador y el reo es el mismo penitente, que de este modo ha de humillarse si está bien dispuesto para recibir el perdón.

La segunda aparición que refiere este Evangelio se realiza a los ocho días, en la misma forma que la primera; pero ahora está Tomás con sus compañeros, a quienes él se había mostrado incrédulo respecto al relato que le habían hecho de la primera aparición. Esta vez el Señor confunde al discípulo escéptico haciéndole examinar y tocar sus llagas y su cuerpo, para probarle la realidad de su resurrección y darnos a todos un testimonio irrecusable de esta verdad. Al dejar Jesús en su sepulcro las ligaduras, el sudario y sábanas que envolvían su cuerpo difunto, nos había dado ya una prueba de que no cabía hipótesis alguna de robo de su cuerpo, sino que El había dejado allí los despojos de la muerte y se había levantado vivo. Si hubiera habido robo, no se explica cómo los hurtadores hubieran dejado allí esos lazos y lienzos; y los guardias y las autoridades y todo el pueblo ¿no habrían buscado el cadáver del ajusticiado? Las apariciones que se relatan hoy, confirman plenamente la Resurrección de Cristo.

2.—*Enseñanza moral.* La resurrección de Jesucristo ha de ser el modelo de nuestra resurrección espiritual; si El resucitó "verdaderamente", nuestra resurrección ha de ser también real y verdadera. Probemos, pues, que hemos dejado la tumba de nuestros vicios y pecados, por el sacramento de la Penitencia; abandonemos las ligaduras de las pasiones, esas envolturas de orgullo, de luguria o de odio que nos amortajaban, dejando toda ocasión próxima de pecado. Jesús resucitado apareció como hortelano a María Magdalena, como viajero a los discípulos de Emmaús, como pescador a los apóstoles: seamos también nosotros hortelanos cultivando la virtud en nuestra alma; seamos viajeros incansables para buscar el camino más seguro que nos conduzca al cielo; seamos pescadores de verdaderos méritos en estas aguas turbulentas del mundo, y pescadores de hombres, como quiso el Señor que fueran sus apóstoles; nosotros también podremos serlo trabajando en la Acción Católica y dando buen ejemplo a los demás llevando una verdadera vida cristiana.

Hagamos lo que hizo Jesucristo resucitado: El terminó la organización interior y exterior de su Iglesia, confiriendo

el poder de perdonar los pecados, concentrando la autoridad en Simón Pedro etc. Organicemos nosotros nuestra vida según la voluntad de Dios; mas, como nada podemos sin la ayuda del Señor, dirijámosle la ardiente súplica de los discípulos de Emmaús: "Quédate con nosotros, Señor, porque atardece". Y El será nuestra luz verdadera.

Tema B:

UNION MISTICA DE CRISTO Y LOS CRISTIANOS

Si el tiempo de Cuaresma y de Pasión nos invitaba a la penitencia y a la purificación del alma, este tiempo de Pascua nos invita a la alegría santa, a la unión íntima con Cristo. Para movernos a esta alegría la liturgia de la semana pasada nos hablaba de las apariciones del Señor resucitado a las santas mujeres, a los discípulos; hoy nos relata la aparición en el cenáculo y nos recuerda el caso de Tomás que desconfiaba del testimonio de sus compañeros.

En algún sentido también nosotros, como Tomás, debiéramos desear sentir, experimentar las cosas de la fe. No es que pretendamos ver las cosas del espíritu con nuestros ojos de carne; no, los sentidos corporales no pueden ser árbitros exclusivos de las realidades espirituales; por sí solos carecen aquí de competencia. Eso lo pretenden los incrédulos, los que dicen que no creen en Dios ni en el alma porque no los han visto con sus ojos...

Para nosotros, resulta menos admisible un Dios visible que un Dios invisible. Porque un Dios material, por inmenso que fuera, sería siempre infinitamente pequeño ante los seres espirituales; sería un ser inferior, imperfecto, limitado por su propia materia. Sería más absurdo que un Dios invisible. Lo sobrenatural escapa a los dominios de lo simplemente material.

Jamás, como esos "espíritus fuertes", exigimos para creer el testimonio del tacto o de la visión; porque tales exigencias son absurdas. Ni el bisturí, ni los ácidos o sales de laboratorios pueden en esto tener competencia alguna. Ridículo sería

que el Creador estuviera haciendo el papel de conejo en los experimentos de sus creaturas: ¡qué blasfemia!

Y como eso sería una necedad blasfema, así sería una herejía hacer consistir nuestras relaciones con Dios en un simple sentimentalismo.

El sentir y palpar nuestra fe, cómo ahora nos inculca la liturgia, se ha de entender como "sentir las cosas internamente"; gustar nuestra vida de unión con Cristo. El fundamento de este disfrutar interior de la presencia de Cristo, está en que por el bautismo, la fe y la gracia somos miembros vivos de esa cabeza que es Cristo. Por eso San Agustín ha dicho: "Los cristianos hemos sido hechos Cristo; pues, siendo El la cabeza y nosotros los miembros, el Cristo total seremos El y nosotros". Y si dudáramos de sus palabras, tendríamos el testimonio de San Pablo que escribía a los Romanos: "Todos formamos un solo cuerpo en Cristo". Si aun esto no nos satisficiere, oigamos al mismo Divino Maestro que nos dice a todos: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos".

Esa unión íntima que hay entre los sarmientos y la vid es la que existe entre la cabeza y los miembros, siempre que estos miembros no se separen de la vid tronchándose por el pecado grave.

¡Ser miembro de Cristo! ¡Qué freno más eficaz para el mal y qué fuente de energía para el bien sería esta verdad si la meditáramos profundamente y a menudo! Verdad alentadora de una mística hermosa, exquisita y sublime, no debiéramos olvidarla nunca. Si la meditáramos bien cómo aprovecharíamos en nosotros la savia de esta vid y, como sarmientos robustos ¡cuánto fruto daríamos en la viña del Señor!

DOMINGO II DESPUES DE PASCUA (EL BUEN PASTOR)

Evangelio según San Juan, Cap. X, 11-16.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es verdadero pastor, porque no

son suyas las ovejas, ve venir al lobo, y abandona las ovejas, y huye; y el lobo las arrebata y dispersa el rebaño; el mercenario huye porque es asalariado y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen a mí. Así como el Padre me conoce a mí, así conozco yo al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, y a las cuales debo yo recoger; y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo Pastor".

Tema A:

COMO ES EL BUEN PASTOR Y COMO HAN DE SER SUS OVEJAS

1.—*Cualidades del buen Pastor, Jesucrito.* He aquí que Jesús se presenta a sí mismo como el Buen Pastor de sus ovejas, que son las almas, y manifiesta cuáles son las cualidades de tal Pastor, que es dueño de estas ovejas por el hecho de la creación y por el derecho de la redención.

Jesús conoce a sus ovejas, a todas y a cada una; las conoce como son, con sus defectos y cualidades: "conozco mis ovejas", dice. Nosotros nos conocemos poco, y sólo por las apariencias, mientras que El nos conoce a fondo, aun en nuestras intenciones más secretas: ¡con cuánta razón debemos de vestirnos de humildad en su presencia, si tenemos tantas miserias!

Este Pastor nos alimenta como ninguno. En este aprisco de la Iglesia que El mismo nos ha dado, nos entrega su cuerpo y su sangre para nutrirnos de su misma vida en el Sacramento Eucarístico: nos dejó además sus enseñanzas en el Evangelio, palabras que son "espíritu y vida", y en la voz autorizada de los pastores visibles, que son el Papa y los Obispos. Nos dió además su vida muriendo en una cruz, para que tengamos más allá de esta vida el otro aprisco del gozo eterno, en el Reino de su Padre.

Este Buen Pastor nos defiende contra los ataques de nuestros enemigos; no es como el pastor asalariado que, como las ovejas no son suyas, cuando viene el lobo, las abandona

y huye, mientras la fiera las arrebata y dispersa. ¿No hemos visto acaso que en el mundo muchos son los que se constituyen en "abnegados" pastores o jefes "para proteger nuestros derechos" y en la hora del peligro nos abandonan y huyen más allá de las fronteras? Son mercenarios, es decir, cuidan más de su paga, de sus intereses, que del rebaño. En cambio, Jesucristo da la vida por sus ovejas.

2.—*Deberes de la grey de Cristo.* Si reconocemos a Jesús por nuestro verdadero Pastor, debemos amarlo y mostrarle este amor en nuestras obras de bien; debemos escuchar su voz y sus enseñanzas y no desoír aquel silbo de alerta que nos da ante el peligro y que tan bien resuena en nuestra conciencia: debemos seguir sus huellas, es decir sus ejemplos, para no descarriarnos y perdernos; obedecerle, tener nuestra confianza en El y llamarlo en nuestras necesidades; debemos recibir de sus manos el alimento espiritual y beber las aguas de la salvación en las fuentes que nos ha dejado, los santos sacramentos.

3.—*Reclama sus derechos sobre las ovejas descarriadas.* Dice Jesucristo: "Tengo otras ovejas que no son de este aprisco y a las cuales debo recoger". Estas que, siendo suyas, también las redimió con su muerte, no pertenecen a su verdadero aprisco por vivir todavía en la infidelidad de las naciones paganas, o por vivir descarriadas en naciones cismáticas y herejes, lejos del redil de Cristo. Hay también otras: son esos malos católicos que, aunque pertenezcan al cuerpo de la Iglesia, por ser bautizados, no pertenecen a su alma por permanecer en pecado y no recibir los sacramentos. A éstos la Iglesia los urge para el cumplimiento pascual; y a todos los hombres quiere Cristo reunirlos en un solo rebaño bajo su cayado de único Pastor verdadero. Trabajemos y oremos para que se cumplan sus divinos deseos.

Tema B:

EL BUEN PASTOR EN LAS PROFECIAS, EN LAS CATACUMBAS Y EN NUESTROS DIAS

En el Antiguo Testamento se hablaba con frecuencia de Dios, mostrando su majestad, su poder, su soberanía y su ri-

gor: por eso se le llamaba el Señor Dios de los Ejércitos, el terrible Jehováh, el Señor de las batallas... Pero al referirse al Mesías futuro, al Cristo Jesús, se hablaba principalmente de su misericordia y bondad, asemejándolo a un pastor. En su libro "El Eclesiástico", Jesús, hijo de Sirac, refiriéndose a la misericordia divina dice: "El tiene misericordia, y enseña a los hombres, y los guía cual pastor a su grey"; el Profeta Isaías, refiriéndose al Cristo, anunciaba: "Como un pastor apacentará a su rebaño, recogerá con su brazo los corderitos; los tomará en su seno y llevará él mismo las ovejas"; por fin, Ezequiel hablando en nombre de Dios, anuncia: "Estableceré sobre mis ovejas un solo pastor que las apaciente".

Y he aquí que en el Evangelio de hoy se precisa el cumplimiento de aquellas palabras proféticas, porque en él dice Jesús a los fariseos: "Yo soy el Buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas... conozco mis ovejas y las ovejas me conocen a mí". ¿No indica con esto su bondad, su solicitud, hasta su ternura con ese rebaño que son los que en El creen, los que le siguen en su doctrina? ¡Qué consolador es este título para cuantos hemos creído en su divinidad, obedecemos a su voz y practicamos sus enseñanzas! Por eso en los primitivos tiempos del cristianismo, cuando los fieles eran perseguidos en Roma, en las catacumbas se simbolizaba a Jesucristo con la figura del Buen Pastor cargando en sus hombros un cordero. Necesitaban gran valor para su martirio, por eso querían ver figurada su bondad y su misericordia en ese joven pastor que trazaba el arte en aquellas galerías subterráneas. Esa imagen les hablaba a ellos cómo debían estar dispuestos a hacer lo mismo que el Pastor había hecho por sus ovejas: dar la vida por El. Eran tiempos de fe viva que se traducía en obras.

Hoy, en estos míseros tiempos de rebeldía, de avaricia, de placeres, cada vez más paganos, en que los hombres ya no piensan en morir por Dios, sino en sacrificarse unos a otros por codicias y por envidias, este Evangelio viene a ser como un silbido amoroso con que desde el cielo el Divino Pastor nos reprocha nuestra actitud mundana y nos recuerda que

sólo El es el Buen Pastor a quien debemos seguir si no queremos extraviarnos para siempre.

Jesús conoce bien a sus ovejas; pero nosotros ¿le conocemos? ¿tenemos siquiera interés en conocerle? Esto es lo primordial para seguirle, porque nadie ama lo que no conoce. Se conocen muchas cosas que significan bienestar y riqueza, y se va tras ello; se ejercita el cuerpo en muchos deportes y bailes y se les busca; se procura divertirse y pervertirse con espectáculos inmorales que encienden las pasiones y "se hace cola" para lograr un asiento... Pero ¿hay interés por conocer las cosas del espíritu? ¿Cuántos son los que se afanan por conocer lo que es el alma y quién es Jesucristo? La ignorancia tiene a oscuras sus mentes; esto no les interesa.

Y sin embargo si se desea la paz y la felicidad verdaderas, es menester conocer a Jesús, porque es el camino, la verdad y la vida. Lo dijo El mismo en su plegaria al Padre Eterno: "En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan a Tí, solo Dios verdadero y a Jesucristo a quien has enviado"; y conociéndolos, oiremos su voz, le someteremos nuestra voluntad ejecutando sus preceptos, para ir tras El imitando su vida de paz, de caridad, de justicia y de misericordia. Nunca se ha visto que un pastor, por amor a sus ovejas, se haya vestido de oveja para salir al encuentro del lobo y evitar con su muerte la muerte del rebaño. Pues eso hizo Cristo: hízose hombre y murió por todos nosotros para salvarnos. Si vivimos aun en la tierra con la esperanza de poder salvarnos, sólo a El se lo debemos, al sacrificio que hizo por nosotros.

DOMINGO III DESPUES DE PASCUA

Evangelio según S. Juan, cap. XVI, 16–22.

"En aquel tiempo: dijo Jesús a sus discípulos: Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre. Entonces algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me veréis, y otro poco, y me veréis, porque voy al Padre? Y decían: ¿Qué es esto que

nos dice: ¿Un poco? No sabemos lo que quiere decir. Entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: Disputáis entre vosotros de esto que dije: Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis. En verdad, en verdad os digo: que vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, en los dolores del parto, está triste, porque le llegó su hora; mas cuando ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de aquel trance, por el gozo de que ha nacido un hombre al mundo. Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón; y ninguno os quitará vuestro gozo".

Tema A:

PALABRAS QUE ACLARA EL TIEMPO

1.—*Las palabras enigmáticas.* El texto de este Evangelio tiene un sentido de doble alcance: directa y literalmente, las palabras de Nuestro Señor se refieren a sus discípulos con quienes habla; mas se refieren también indirectamente a nosotros los que pertenecemos a la Iglesia militante.

La frase que intriga a los discípulos es ésa en que el Señor les anuncia verdaderamente su próxima muerte y luego su resurrección. Díceles: "Un poco, y no me veréis; mas poco después me veréis, porque voy al Padre": sin duda que los discípulos no se imaginaban que su Maestro les hablaba de una ausencia causada por la muerte que iba a padecer, la que les privaría de verlo, y que muy pronto volverían a verlo resucitado; por eso no le entendieron entonces. Pero después ellos —como ahora todos nosotros— entendieron con claridad lo que en ese instante parecía un enigma. Esos mismos discípulos fueron testigos más tarde de la nueva visión de Jesús resucitado, y entonces entendieron todo.

2.—*Palabras perennes y claras para nosotros.* En cambio, para nosotros esas palabras de Jesucristo no ofrecen duda en

su sentido directo y son perennes en su alcance intencionado. Porque en realidad ¿qué dura nuestra vida, sino "un poco" de tiempo en que no vemos a Nuestro Señor, sino por la fe? Pero cumplido este breve plazo de peregrinación por la tierra, lo veremos cada uno al pasar el umbral de la muerte. Este viaje entre sombras, vicisitudes, persecuciones y trabajos resulta a las veces pesado y triste; pero es fugaz, porque muy luego brillará a los ojos del buen cristiano la luz perpetua y el gozo verdadero y eterno que recompensarán inconmensurablemente todos los sacrificios. De aquí se desprende que debemos sobrellevar esta saludable tristeza de la vida presente con la vista fija en lo alto y perdurable; las alegrías de los mundanos son aparentes y fugaces, son alucinaciones de su locura o de su ceguera: en la hora postrera todo ese gozo se tornará en pesadumbre y desconsuelo; mientras que nuestra tristeza se convertirá en gozo como nos lo anuncia aquí Jesucristo, poniéndonos el ejemplo gráfico de la mujer que sufre dolores de parto. Los sinsabores que nos da el cumplimiento austero del deber no son más que el preludio de la felicidad eterna.

3.—*El consejo de San Pedro*. En medio de las persecuciones y de los sufrimientos, no olvidemos el consejo que nos da S. Pedro en su Epístola y que se lee hoy en la Santa Misa: "Carísimos —dice—, ruégoos, como a extranjeros y peregrinos que os abstengáis de los deseos carnales, que combaten contra el alma, dando buen ejemplo a los gentiles". "Honrad a todos —dice más adelante—; temed a Dios". Tales palabras dirigía el apóstol a los fieles frente a la persecución de Nerón, que ya había estallado; los exhortaba a la paciencia y a la vida ejemplar para desarmar al enemigo y honrar a la Religión. Destinados al cielo, conduzcámonos como viajeros sabios y prudentes; no nos dejemos seducir por los encantos fútiles de las cosas de esta tierra que vamos a dejar pronto; no carguemos fardos inútiles, sino esos tesoros de virtudes y de sacrificios que ni la polilla, ni el ladrón ni la misma muerte podrán arrebatarnos: solamente por estos tesoros de valor sobrenatural, llegaremos a la patria verdadera para disfrutar del gozo eterno.

Tema B:

DOS FORMAS DE VIVIR: LA DEL INCREDULO Y LA DEL CREYENTE

Estas palabras les decía el Señor a sus apóstoles, cuando después de su última cena se encaminaba al Getsemaní en donde comenzaría su Pasión. Les habla entonces de dos modos de vivir: el de los incrédulos mundanos y el de los creyentes cristianos.

Hay dos formas de vivir en este mundo sometido al tiempo, la forma pagana que busca los placeres y la alegría, y la forma cristiana que aquí se sobrepone a los dolores con la firme esperanza de purificarse en ellos para alcanzar el gozo perdurable. Están cifradas en estas palabras del Evangelio de hoy: "En verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo".

Es indudable que el hombre lleva en sí una tendencia innata a la felicidad. Para alcanzarla, afronta toda clase de trabajos: estudia, viaja, se agita noche y día; nada omite para disfrutar algún día de esa felicidad que sueña; pero pasa el tiempo y la felicidad no llega, porque es un espejismo seductor, un sueño que nos va llevando hasta la ceniza y el silencio de la tumba. Para los que creen que el hombre es solamente un animal que piensa y habla; para los que afirman que el hombre es sólo una inteligencia servida por órganos; para los que sostienen que el final de todo nuestro ser es la tumba..., el dolor, el sufrimiento es un misterio desesperante, porque el castigo de los que viven sin Dios, es el de sufrir sin consuelo.

Pero según el Cristianismo, el hombre en la tierra vive sólo de paso, porque la vida definitiva comienza precisamente en el instante de morir el cuerpo; entonces es cuando el espíritu, con sus méritos o sus culpas, pasará a vivir según sus obras eternamente feliz o eternamente desgraciado.

La aspiración del pagano es la de gozar apresuradamente de todos los placeres. "Comamos y bebamos, coronémonos de

rosas, que mañana moriremos", dice el impío según la Sagrada Escritura; y se equivoca redondamente, porque precisamente mañana será cuando se cosechen los méritos o los castigos para siempre. Entonces será cuando la tristeza y el sufrimiento del cristiano, sobrellevados como penitencia de sus culpas, se convertirán en gozo. Para él esta vida no era sino el viaje hacia la eternidad, hacia la verdadera patria para la cual fuimos creados por Dios.

Los que creemos y sabemos que Dios hizo al hombre para que gozara de una inextinguible felicidad, como lo dice la Biblia, comprendemos que el dolor es un castigo temporal y regeneración personal meritoria; por eso decía San Agustín: "Dios hizo al hombre bueno; el hombre malo hizo el pecado, el dolor y la muerte". Cuando vemos que el Hijo de Dios humanado fué maldecido, azotado, coronado de espinas y crucificado como un malhechor, ¡ah! entonces nos explicamos el por qué del dolor y comprendemos su grandeza redentora... Comprendemos por qué Jesús en su sermón de la montaña dijo: "Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados"; por qué San Pablo exclamaba: "Llevo en mi cuerpo las llagas de Cristo, y mi corazón se desborda de alegría". Finalmente, porque el dolor es una penitencia que redime cuando lo aceptamos como castigo de nuestras culpas, Cristo nos dice en el Evangelio de hoy "Vuestro dolor se convertirá en gozo que nadie os podrá quitar". Aceptémoslo así, como un crisol en el que nuestra alma se purifica de toda escoria, se engrandece, y el hombre se hace hermano de Cristo en el dolor y también en el triunfo glorioso que habrá de perdurar eternamente.

DOMINGO IV DESPUES DE PASCUA

Evangelio según San Juan, cap. XVI, 5–14.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Yo me voy a Aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Mas porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad:

Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; mas si me fuere, yo os lo enviaré. Y cuando venga, argüirá al mundo de pecado, de justicia, y de juicio. De pecado, porque no han creído en mí; de justicia, porque yo me voy al Padre, y ya no me veréis; y de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aun tengo otras muchas cosas que deciros; mas por ahora no podéis soportarlas. Cuando, empero, venga aquel Espíritu de verdad, El os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de por sí, sino que dirá las cosas que haya oído, y os anunciará las venideras. El me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará".

Tema A:

ANUNCIO DE LA ASCENSION Y DEL ESPIRITU CONSOLADOR

1.—*El anuncio de Jesús.* En este Evangelio Nuestro Señor Jesucristo anuncia a sus apóstoles su próxima y definitiva partida de este mundo para volver a su Padre.

Estos futuros apóstoles se llenan de tristeza no solamente por la partida de su Maestro, sino también por las persecuciones que poco antes les había anunciado. En efecto, acababa de advertirles que "no es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros. Os echarán de las sinagogas; y aun va a venir tiempo en que quien os matare, se persuada de hacer un obsequio a Dios. Y os tratarán de esta suerte, porque no conocen al Padre ni a mí". Humanamente tales perspectivas no eran muy halagüeñas para esos pobres e ignorantes discípulos y era natural que los invadiera la tristeza.

Pero Jesús, que es todo bondad, los consuela de inmediato haciéndoles ver que les conviene su partida para que su bien sea completo, porque El ha de ser glorificado en el cielo y ellos recibirán al Espíritu Santo, el Divino Consolador que los hará sabios e intrépidos.

2.—*Misión divina del Espíritu Santo.* Esta Tercera Persona de la Trinidad Augusta, que procede del Padre y del Hijo, será enviado con la misión que el mismo Jesús indica a sus discípulos. El esbozo presentado por El tiene varios sentidos: "Cuando El venga —dice—, convencerá al mundo en orden al pecado, a la justicia y al juicio". Esto significa: a) que el Espíritu Santo convencerá al mundo del pecado que ha cometido crucificando a Jesús y persiguiendo a sus discípulos; en orden a la justicia, porque verá la inocencia del Hijo de Dios a quien dió muerte; y en orden al juicio, porque conocerá la sentencia que reduce a la impotencia el poder del demonio. b) Convencerá al mundo, es decir éste será iluminado y se convencerá de tres verdades. 1ª de que él (el mundo) es esclavo del pecado, del original y del actual, de cuyo yugo sólo puede ser librado por los méritos de Jesucristo; 2ª de que Jesucristo es justo y es Dios, por haber demostrado su santidad y divinidad resucitando y volviendo a su Padre, de donde salió; y 3ª de que el demonio ha sido derrotado por la muerte de Jesucristo. De todo esto se desprende la gratitud que debemos profesar a este Consolador que es igual al Padre y al Hijo, a quien recibimos en el bautismo, en la confirmación y que siempre conservamos en nosotros cuando permanecemos en gracia. No olvidemos que somos templos vivos del Espíritu Santo, según la afirmación de San Pablo.

3.—*Nuestra responsabilidad.* Si el mundo no quiere oír ni seguir la doctrina de Cristo, si aun rechaza el testimonio que de El da el Espiritu Santo y el testimonio de los apóstoles que sellaron con su martirio las verdades recibidas del Hijo de Dios y del Consolador, no tiene ya excusa de su pecado, "¡Ay del mundo"dijo Jesús, porque por su culpa, no conoce al Dios Padre, odia al Dios Hijo y rechaza al Dios Espíritu Santo. Temblemos si nos sentimos con ese espíritu del mundo, porque Cristo que oró por todos, aun por sus propios verdugos, no quiso orar por el mundo: *non pro mundo rogo.* Preparémonos con humildad y gratitud a recibir los dones del Espíritu Consolador que nos iluminará con la verdad.

Tema B:

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Cuando se despedía Jesús de sus apóstoles, en la última Cena, se entristecieron mucho al oírle que se iba al Padre; pero El les aseguró que les convenía que así fuese para que viniera el Espíritu Santo y completara su obra redentora.

Era natural aquella tristeza de los apóstoles, porque cuando nosotros tenemos que separarnos de un padre, hermano o amigo querido, también sentimos nublársenos los ojos por la emoción triste que nos produce la ausencia. Lo que encierra algún misterio son estas palabras del Divino Maestro: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me fuere, yo os lo enviaré".

No significa esto que entre la obra de Jesucristo y la del Espíritu Santo haya oposición, de ninguna manera; ni tampoco quiere decir que para que el Consolador pueda realizar su obra en el mundo, sea necesario que Jesús se ausente: nada de eso.

Hay que saber que, aunque todas las acciones de la Divinidad *ad extra,* es decir, sobre las creaturas, son comunes a las tres Personas; sin embargo, respecto al hombre, cada una de ellas se ha reservado una acción especial: el Padre lo creó, el Hijo vino a redimirlo de su culpa y el Espíritu Santo se encargó de santificarlo. La creación del hombre y su redención ya estaban realizadas; era entonces lógico que su santificación la realizara aquella Persona que procede del Padre y del Hijo: el Espíritu Santo.

Por eso Cristo consuela a sus apóstoles anunciándoles su venida; por eso también la Iglesia en su liturgia durante nueve días canta alegre esa secuencia en que le pide al Espíritu Santo que nos envíe sus dones que santifican al alma.

Esos siete dones están bien explicados por Santo Tomás

de Aquino. El nos enseña que hay en el hombre dos grandes potencias: la inteligencia y la voluntad.

Para iluminar nuestra inteligencia el Espíritu Santo nos suscita el don de entendimiento con su triple manifestación de sabiduría, ciencia y consejo; y para fortalecer nuestra voluntad, nos infunde los dones de fortaleza, de piedad y de temor de Dios.

El entendimiento, guiado por el don de sabiduría, nos enseña a estimar debidamente las cosas del más allá desde este mundo en que vivimos. Por el don de ciencia, apreciamos razonablemente las cosas terrenas; y por el de consejo, logramos enjuiciar rectamente los acontecimientos buenos o malos, prósperos o adversos. Todo esto se realiza en nuestro entendimiento.

Por parte de la voluntad, el hombre tiene dos relaciones: unas consigo mismo y otras con los que le rodean. Los que nos rodean con derecho sobre nosotros, son Dios y el prójimo; en estas relaciones, el don de piedad es como la brújula que debe seguir nuestra voluntad. Y para las relaciones del hombre consigo mismo, el Espíritu Santo nos da la fortaleza y el temor de Dios: la primera para que no nos apartemos del bien por miedo a las dificultades u obstáculos; el segundo, el temor de Dios, para que no nos dejemos llevar por el mal que nos brinda sus halagos y fascinaciones.

He ahí en esbozo la obra del Espíritu Santificador; tal es la importancia y tal el significado de cada uno de estos siete dones con que El quiere guiarnos a la perfección y santidad cristianas. Nuestra obra personal consiste en la cooperación que debemos prestarle siguiendo los impulsos de la gracia, porque nos dice San Agustín: "El que te creó sin ti no te salvará sin ti". El cielo es el galardón y la recompensa para los que trabajan y no para los holgazanes; por eso Dios exige esta cooperación para que tengamos el mérito de haber hecho algo por nosotros mismos para santificarnos. Si queremos gozar de la bienaventuranza eterna, cooperemos a esta santificación que desea obrar en nosotros el Espíritu Santo.

DOMINGO V DESPUES DE PASCUA

Evangelio según San Juan, cap. XVI, 23-30

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: Que si algo pidiereis al Padre, en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora, nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. Estas cosas os he dicho usando de comparaciones. Va llegando el tiempo en que ya no os hablaré con parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas de mi Padre. Entonces le pediréis en mi nombre; y no os digo que rogaré al Padre por vosotros, porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Sus discípulos le dicen: ahora sí que hablas claro, y no usas de proverbios. Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte. En esto creemos que has salido de Dios".

Tema A:

NECESIDAD DE PEDIR EN NOMBRE DE CRISTO

1.—*Nuestra necesidad de pedir*. Antes de volver definitivamente al Cielo, Jesús da a sus discípulos, y a nosotros por ellos, algunas normas sobre las relaciones filiales que hemos de tener con el Padre celestial, entre otras, en lo tocante a la oración, o sea a las peticiones. Ya en otras ocasiones Jesucristo no sólo aconseja, sino que ordena hacer oración. Ha dicho, por ejemplo: "Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, golpead y se os abrirá". (Luc., cap. —XI) ; "Orad para que no entréis en tentación" (Mat., cap. XXVI) ; "Conviene que oréis siempre" (Luc., cap. XVIII) . Y, como siempre, nos enseña no sólo de palabra, sino también con el ejemplo orando toda su vida: oraba en el día y por la noche, como lo indican los

evangelistas en diversas circunstancias, y expiró en la cruz con la oración en sus labios. Nacidos con una naturaleza débil por el pecado original, expuestos a cada instante a sucumbir bajo la incitación de nuestras concupiscencias, necesitamos orar, pedir auxilio a Dios. Para salvarnos, no basta el deseo de la salvación; necesitamos de gracias especiales para combatir contra el mal y trabajar en el bien, y estas gracias no se obtienen, sino con la oración humilde, confiada y perseverante.

2.—*Eficacia de la oración.* Jesús ha comprometido su palabra acerca de la eficacia de nuestras peticiones, al decir en este Evangelio: "En verdad, en verdad os digo, que si algo pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará": no puede, pues, faltar a esta promesa. Por otra parte esta eficacia de la súplica está manifiesta en numerosas partes de las Santas Escrituras: Moisés y Judit y el adolescente David alcanzan brillantes victorias solamente armados de la oración. Y ante la misericordia de Jesús ¿qué no alcanzaron los enfermos y afligidos? ¿qué no obtuvieron la Magdalena, la Cananea y el ladrón suplicante del Calvario? Si somos pecadores, nuestra oración desarma la cólera de Dios; si buscamos la perfección y la perseverancia en el bien, nuestra oración será una fuente de vigor y de constancia en el sacrifico.

3.—*¿Qué significa pedir en nombre de Cristo?* Pedir algo a Dios "en nombre" de su Hijo, significa primeramente ponerlo a El como mediador omnipotente; sustentar nuestra oración en sus méritos infinitos y en los derechos de hijos de Dios que El nos conquistó al redimirnos, porque en Cristo y por Cristo somos lo que somos: aspirantes a la gloria del Cielo, como hijos adoptivos de Dios y coherederos de Jesucristo. Pedir "en nombre de Jesús" significa, además, pedir lo que nos conviene para nuestra salvación: pedir con fe y sometiéndonos a la voluntad de Dios que sabe mejor que nosotros lo que necesitamos para alcanzar la felicidad eterna. Todo esto nos lo indican estas palabras: "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo"; si pedimos algo que nos perjudicará para la salvación o que nos pondrá en peligros, nuestro gozo será ilusorio y nunca completo. Recordemos que Jesús dijo

en una ocasión: "No todo aquel que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que escucha mis palabras y las pone en práctica". Si le pedimos como hijos de Dios, conduzcámonos como buenos hijos y oirá siempre nuestras filiales súplicas.

Tema B:

LA ORACION Y CONDICIONES PARA SU EFICACIA

El tema de este Evangelio es preciso: la oración. Acabáis de oir estas palabras del Señor: "Lo que pidiéreis al Padre en mi nombre os será concedido". Y luego nos urge diciendo: "Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo".

¿Y qué es orar? Es elevar la mente a Dios, responde la teología. Orar no es otra cosa que unirse a Dios con el pensamiento o con la palabra, aunque los fines sean diversos, como pedir, saludar, agradecer o sólo comunicarse amablemente.

Nunca el mundo ha orado más que hoy. No os sorprenda este aserto, porque es una verdad aunque parezca exagerada. Veamos: ¿qué hace una persona que solicita un empleo, sino rogar, pedirlo a quien puede dárselo o conseguírselo? El enfermo que le dice al médico: "Doctor, me pongo en sus manos" está orando, porque esa fórmula no significa sino esto: "Doctor, le ruego que me sane". Pues bien, esto que es humano, elevémoslo al orden sobrenatural y tendremos la oración. Porque si nuestro cuerpo o nuestra vida natural tienen sus necesidades y miserias y, para remediarlas, recurrimos a los que pueden hacerlo, también el alma de naturaleza superior al cuerpo, para sus miserias y necesidades tiene que dirigirse a un ser superior, al que le dió el ser. Nada más lógico y natural entonces que le ruegue a Dios diciéndole: "Padre nuestro que estás en los cielos...", como nos enseñó a pedir Jesucristo. De ahí la grandeza y hermosura de la oración, cosa que le hizo decir a un escritor: "Nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas".

Convencidos, entonces, de que nuestras necesidades y an-

gustias morales o materiales no pueden ser remediadas, sino por Dios, debemos naturalmente acudir a El o valernos de la intercesión de los que están cerca de El, como la Virgen su Madre o los Santos. Si El es nuestro Padre, y Cristo quiere que así le llamemos, lógicamente tendrá cuidado de sus hijos que lo invocan con fe, humildad y constancia.

No son de necesidad absoluta las palabras, para suplicar algo; muchas veces basta un gesto sincero, una mirada de ruego. ¿No recordáis a aquella mujer que padecía una enfermedad vergonzosa y que fué curada por Jesús? La señala el Evangelio: confundida entre la multitud que rodeaba al Maestro, pretendía tocar la orla de su vestidura; porque se decía a sí misma: "Con que sólo toque la orilla de su manto, quedaré sana..." Lo hizo y halló la salud: ¡milagro de la fe!

Cierto es que muchos de los que piden algún favor a Dios no lo alcanzan; pero esto se debe a dos motivos: a que lo que se pide no conviene para el bien del alma o porque en el que ora no se reúnen las condiciones necesarias que son la atención, la fe, la humildad y la perseverancia.

Tenemos que aprender la lección que nos dió en el Evangelio la Cananea. Esa mujer extranjera una vez que el Señor entraba a una casa cerca de Tiro y Sidón, al ver a Jesús comenzó a gritarle ante la gente: "¡Señor, hijo de David, ten lástima de mí; mi hija está cruelmente atormentada por el demonio!" El Maestro no le respondía palabra; sus discípulos entonces intercedían diciéndole: Concédele lo que pide para que se vaya, porque viene gritando hace rato detrás de nosotros. Pero El respondió: No soy enviado, sino a las ovejas perdidas de Israel. Como la mujer seguía suplicándole, Jesús le dijo: No es justo tomar el pan de los hijos y tirarlo a los perros. Es verdad, Señor, le contestó ella humildemente; pero los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos... Entonces el Señor conmovido le responde: "¡Oh mujer! grande es tu fe; hágase como tú deseas". Y en esa misma hora su hija quedó curada.

¡Qué tierna y emocionante escena! A esa pobre mujer no le faltaba ninguna condición para ser oída: ¡qué confianza la suya en la bondad de Jesús! ¡con qué humildad acepta ser

comparada con los perros! qué perseverancia en la súplica hasta alcanzar lo que imploraba! Por eso llegó al corazón mismo del Señor.

Así debemos pedir si queremos obtener lo que necesitamos, aunque seamos miserables pecadores. El Corazón divino conoce nuestras miserias y es infinito en misericordias.

DOMINGO INFRA-OCTAVA DE LA ASCENSION

Evangelio según S. Juan, cap. XV, 26-27 y XVI, 1-4.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, puesto que estáis conmigo desde el principio. Os he dicho esto, para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas; y hasta viene el tiempo en que cualquiera que os mate, pensará que hace un servicio a Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre, ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que, cuando llegaren a suceder, os acordéis de que ya os lo dije".

Tema A:

ANUNCIOS SOBRE EL CONSOLADOR Y LAS PERSECUCIONES

1.—*Promesa del Espíritu Santo.* El día de Pentecostés, cuya fiesta celebrará la Iglesia el próximo Domingo, señala el cumplimiento de las palabras de Jesús a sus apóstoles, cuando les prometía en el sermón de la Cena la venida del Paráclito o Consolador, que les daría valor y les enseñaría toda verdad, dándoles testimonio de El. Cincuenta días después de la Resurrección se realizan este anuncio promesa, estando los discípulos y María Santísima reunidos en una gran sala, recordando estas palabras y esperando su cumplimiento. Y desde ese día feliz en que puede decirse que nace oficialmente la Iglesia de Cristo, los apóstoles, con los dones

del Espíritu Santo, se hacen sabios, intrépidos y fervorosos predicadores de la doctrina de su Maestro, dando así también ellos testimonio de su divinidad, de su santidad y de su verdad indefectible; porque habían estado con El desde el principio, conocían sus enseñanzas y eran testigos todos de su resurrección gloriosa. Por defender esta verdad y predicarla en todas partes, no vacilaron en sellarla con su martirio.

2.–*Nosotros también hemos recibido el Espíritu Santo.* Jesús fundó su Iglesia para conservar estas verdades y santificar a los hombres hasta el fin del mundo. Por consiguiente el Espíritu Consolador que enseñaría toda verdad no iba a venir solamente una vez y para solos los apóstoles primeros, sino también para todos sus sucesores en el magisterio y gobierno de la Iglesia y para todos los fieles que lo recibieran especialmente en el Sacramento del Bautismo, que nos hace "cristianos" y en el de la Confirmación, que nos hace "soldados de Cristo". Para eso Jesús instituyó estos sacramentos que imprimen carácter. De ahí que también nosotros, los católicos, debemos dar testimonio de Cristo profesando su doctrina y observando una vida conforme a ella en todo, como lo hicieron los discípulos. Esta es una obligación ineludible, porque Jesucristo nos dice: "Todo aquel que me confesare a mí delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; mas al que me negare delante de los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos". Y por eso nos pone este dilema: "El que no está conmigo, está contra mí". Seamos, pues, fieles a Cristo y cooperemos a las gracias que nos da el Espíritu Santo.

3.–*Odio y persecución.* Por dar testimonio de Cristo y predicar las verdades reveladas, los discípulos fueron odiados y perseguidos. Pero no se atemorizaron por esto ni los pastores ni los fieles de la primitiva Iglesia, porque todo eso ya lo había anunciado el Salvador para que no se escandalizaran: "Os echarán de las sinagogas, y aun cualquiera que os mate, pensará que hace un servicio a Dios". No nos hagamos tampoco ilusiones en la profesión de nuestra fe: por ella no vamos en busca de honores, de poderes ni de tesoros; más bien vamos en busca del desprecio; y aún del destierro y de la

muerte. ¿No lo vemos hoy como en todos los tiempos? El despojo, el destierro, la persecución abierta o disimulada son las armas con que se nos pretende arrancar la fe en Cristo por las sectas que no lo conocen o que lo odian. ¿Y quién sostiene a estos fieles perseguidos? El Espíritu Consolador que da fortaleza y sabiduría. Hagámosnos dignos de estos dones celestiales para confesar siempre a Cristo con nuestras palabras y nuestra conducta a fin de que se cumpla en nosotros la promesa que El ha hecho: "A todo aquel que me confesare delante de los hombres, yo lo confesaré también delante de mi Padre que está en los cielos".

Tema B:

TESTIMONIO DEL ESPIRITU SANTO Y DE LOS APOSTOLES

Cuarenta días antes de su Ascensión a los cielos, Jesús les había hecho a sus apóstoles este anuncio: "Cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí. Y vosotros también daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo".

El Espíritu Santo atestiguará, pues, la divinidad de Jesucristo, como lo había hecho ya en su bautismo del Jordán. ¿Cómo va a dar este testimonio? Primeramente descendiendo sobre los apóstoles en el día de Pentecostés; luego con el don de milagros que han de recibir de El ese mismo día. Más tarde con la fortaleza que infundirá en los mártires, con la ciencia que dará a los confesores y pastores que les sucederán en el tiempo. Por fin, con la asistencia que mantendrá sobre la Iglesia que deberá sostener hasta el fin del mundo las mismas verdades enseñadas por Jesucristo y mantenidas por Pedro y sus sucesores en el Pontificado, o sea, con el privilegio de un magisterio infalible. Tal iba a ser el testimonio del Espíritu Santo que confirmarían los siglos.

Pero los apóstoles atestiguarán también la divinidad de su Maestro con su vida llena de ese espíritu de verdad; con

la predicación de su doctrina muchas veces confirmada con milagros; con su propio martirio en defensa de la verdad del Evangelio: este morir en el martirio iba a ser el mejor testimonio, porque "mártir" significa "testigo".

Su Divino Maestro, para prevenirlos de todo escándalo, les anuncia las persecuciones que habrían de sufrir por atestiguar su verdad. Les dice: "os arrojarán de las sinagogas, y vendrá día en que os matarán y hasta pensarán prestar con ello un servicio a Dios". ¿No les había dicho antes "Yo os envío como ovejas entre lobos? Y cabalmente esto les sucedió a cada uno de ellos y a muchos que les sucedieron en el apostolado. Desde el día de Pentecostés salieron a dar testimonio de Jesús, enseñando su doctrina por el mundo conocido entonces, sufriendo persecuciones, destierros, cárceles y muerte.

Con admirable unción San Juan escribía en su primera Epístola a los hebreos cristianos estas palabras: "Os anunciamos lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida... Vida que se hizo patente, y la vimos, y damos de ella testimonio; os anunciamos esta vida eterna que estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros".

Así hablaban y aconsejaban los apóstoles, invitando a los hombres a lograr esta vida, a conseguir este tesoro de verdad.

Pero muchos hombres carnales, preocupados de estos otros bienes efímeros de la tierra, no hicieron caso de los bienes eternos. Recordad lo que pasó entre aquel romano Félix y San Pablo, que se refiere en los Hechos Apostólicos. Al oír hablar al Apóstol con palabras de fuego sobre la justicia y la castidad y el juicio futuro, lleno de terror le dijo: "Basta, no hables más; véte, ya te llamaré otro día a mi tribunal". Así recibían entonces la doctrina que predicaban los apóstoles algunos cristianos frívolos y los paganos idólatras; preferían la comodidad, los placeres y el dinero, a la salvación del alma.

Vosotros escucháis cada Domingo el Evangelio del Señor con buena voluntad. Sois cristianos, lo que quiere decir hombres de Cristo; y ¿a qué os obliga esto? Primeramente a dar testimonio del Señor, a vivir su vida porque los verdaderos cristianos somos miembros de Cristo, de su cuerpo místico. En

seguida a dar a los demás pruebas de que lo sois y trabajar, según vuestros medios, para que todos los vuestros lleven una vida cristiana. Recordad que todo miembro de la Iglesia de Jesucristo debe ser sal de la tierra y luz del mundo; debe ser la levadura de la parábola que penetre y sazone la masa, o sea, comunicar la fe, la esperanza y la caridad a todos nuestros hermanos.

Nuestra súplica de hoy debe ser: Señor, haz que sea verdadero miembro de tu cuerpo místico, que dé siempre y en todas partes testimonio de la doctrina tuya que profeso y quiero profesar hasta la muerte.

DOMINGO DE PENTECOSTES

Evangelio según San Juan, cap. XIV, 23–31.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cualquiera que me ame, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada dentro de él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído, no sólo es mía, sino del Padre que me envió. Estas cosas os he dicho estando con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo que os enviará el Padre en mi nombre, El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. Ya habéis oído que os he dicho: Me voy, y vuelvo a vosotros. Si me amaseis, ciertamente os alegraríais de que me vaya al Padre; porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo digo antes que suceda; para que lo creáis, cuando sucediere. Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo; aunque nada tiene él que ver conmigo. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado."

Tema A:

EL ESPIRITU SANTO Y LA PAZ DE CRISTO

1.– *Significación de esta fiesta* Esta solemnidad que la Iglesia Católica llama Pentecostés, era ya celebrada por el pue-

blo israelita en memoria de la promulgación de la Ley de Moisés en el Sinaí, cincuenta días después de su salida de Egipto. El pueblo cristiano ha continuado celebrándola en memoria de la promulgación de la Ley Evangélica, realizada en el Cenáculo de Jerusalén con la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, la que ocurrió cincuenta días después de la Resurrección del Salvador (Pentecostés significa día quincuagésimo). En la Epístola de la misa de hoy, tomada de los Hechos Apostólicos, se relata esta venida del Consolador que Jesús había anunciado a sus discípulos.

2.—*Comunicación misteriosa del Espíritu Santo.* La comunicación sustancial del Divino Espíritu tiene el carácter de misteriosa. Así como el Verbo Divino descendió hasta los hombres, el Espíritu Santo ha venido sustancialmente a este mundo, pero sin encarnarse como el Verbo, para producir efectos admirables en los apóstoles y en toda la Iglesia. Desde ese día de Pentecostés viene a comunicar la vida al cuerpo de la Iglesia ya constituída por Jesucristo, que es su Cabeza invisible. Es el "Espíritu de Cristo", que procede del Padre y del Hijo, como se lee en el cap. XIV de San Juan, poco antes de las palabras con que se inicia el Evangelio de hoy. Ahí dice Jesús a sus discípulos: "No os dejaré huérfanos: yo volveré a vosotros. Aun resta un poco de tiempo, después del cual el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veréis; porque yo vivo y vosotros viviréis. Entonces conoceréis vosotros que yo estoy en mi Padre, y que vosotros (estáis) en mí, y yo en vosotros". Es lo que nos enseña la doctrina del Cuerpo Místico de Jesucristo, que nos ha explicado en su encíclica S.S. Pío XII.

Recibamos con la gracia de Dios este Espíritu con sus dones celestiales; este Espíritu es enteramente contrario al espíritu del mundo que es soberbia, ambición y sensualidad; no dejemos que éste penetre en nuestras almas porque nos lleva a la ruina y a la perdición.

3.—*La paz que nos da Jesucristo.* El Redentor, después de anunciar al Consolador que enseñará todas las cosas y recordará lo que El ha dicho, dice: "La paz os dejo, mi paz os doy"; es una paz distinta de la del mundo, tan efímera y deleznable; es una paz que no turba ni acobarda al corazón; es

un don especial del Espíritu Santo, premio de quien ama a Dios y observa sus mandamientos; esta verdadera paz de conciencia es el fruto precioso de la vida de íntima unión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, huéspedes del alma en estado de gracia. Busquemos y guardemos esta paz sobre todas las cosas para que Dios Trino y Uno tenga su templo en nosotros: "Cualquiera que me ame, guardará mi palabra, mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada dentro de él ". ¿Qué podrá entonces turbarnos o acobardarnos frente a los peligros? Teniendo a Dios, todo lo tenemos.

Tema B:

LA PAZ SE BASA EN EL AMOR Y LA JUSTICIA

Celebramos hoy la Pascua de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos con María en el Cenáculo de Jerusalén; jubilosa venida que había anunciado Jesucristo.

Difícil era la misión que el Maestro había encargado a sus apóstoles: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda creatura"; pero El, para eso les había dejado su paz. "No se turbe vuestro corazón —les decía—, no se acobarde, porque os dejo mi paz".

La paz de Cristo no es la del mundo, sino la paz de la caridad y de la justicia que el mundo no puede dar, como lo comprobamos en el presente siglo. A la pagana fórmula del mundo "si quieres la paz, prepara la guerra", San Agustín había propuesto esta otra fórmula cristiana: "si quieres la paz, prepara la paz".

El Espíritu Santo en Pentecostés trajo la paz sublime de la doctrina de Cristo en su belleza y en su verdad. Porque la paz cristiana es hija de la verdad; la verdad nace de la justicia y la justicia viene del amor, de ese "amaos los unos a los otros, como Yo os he amado", que decía Jesús.

Sin Dios, no hay amor verdadero, porque donde está ausente este amor a Dios, la justicia es desplazada por el egoísmo. Esta falsa paz, hija no de Dios, sino de la soberbia y

del orgullo, es la que está llevando al mundo al caos de los dominios absolutos, no sólo sobre los territorios, sino también sobre las conciencias. Usando todos los medios, hasta los más criminales, se quiere ahogar al cristianismo para ser amos, no sólo de las riquezas, sino aun de las almas, aboliendo hasta la libertad de pensamiento y arrasando con la personalidad humana.

La verdadera paz no puede venir, sino practicando el amor y la justicia predicados por Cristo. Si queréis ver la contraposición de la paz del mundo y la paz cristiana, recordad aquella soberbia humana que se empinaba desafiante en la Torre de Babel y la humildad del Verbo de Dios que se encarna para nacer en un establo de Belén.

Durante dos milenios, hasta poco después del Diluvio, no se hablaba en la tierra más que en un solo idioma; pero los hombres no escarmentados por aquel castigo, con necia soberbia y como un desafío a la Divinidad, intentaron escapar a la justicia de Dios construyendo una torre que se alzara más que todos los montes para quedar en ella a salvo de las iras divinas. Pero el Señor —dice la Santa Escritura— miró las intenciones de los hombres y las tres Personas de la Divinidad, como en consejo, se dijeron: "Confundamos las lenguas de los hombres". Y con esa confusión quedó trunca y abandonada la torre de la soberbia. En cambio, el Hijo de Dios hecho hombre que se humilló hasta la muerte de cruz, cimentó la paz que anunciaron los ángeles a los hombres de buena voluntad, no en el odio, sino en el amor; no en la soberbia, sino en la humildad. Y para extender su doctrina de paz envió al Espíritu Santo que, además de los siete dones que trajo a los apóstoles, les dió el don de lenguas con que se hicieron entender de todos los que escuchaban sus palabras: el don contrario al castigo de Babel.

Había en Jerusalén —dice San Lucas en los Hechos Apostólicos— judíos piadosos de todas las provincias que hay debajo del cielo; quienes al oír las predicaciones de los apóstoles, se decían unos a otros: "¿No son galileos todos esos que hablan? Pues cómo les oímos cada uno de nosotros hablar

en nuestra lengua nativa? He ahí el reverso de la confusión de Babel.

La salvación de la sociedad y del mundo no está en sacudir el yugo suave de la ley de Dios, sino en servirlo y amarlo. Esta divina paz de caridad y de justicia que trajo el Espíritu Santo en Pentecostés podemos recibirla también nosotros. Lo dijo Jesús: "Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y en él pondremos nuestra morada."

Pax vobis! la paz sea con vosotros ahora y siempre.

DOMINGO I DESPUES DE PENTECOSTES

(FIESTA DE LA SSTMA. TRINIDAD)

Evangelio según San Mateo, cap. XXVIII, 18-20.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándoles a observar todas las cosas que os he anunciado. Y estad seguros, que yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos."

Tema A:

MISION Y POTESTAD CONFERIDA A LOS APÒSTOLES

1.—*Misión de los Apóstoles.* Jesucristo en su última instrucción a los Apóstoles, antes de subir a los cielos, invoca solemnemente su poderío para dar su orden perpetua a quienes fueron testigos de su vida, de su doctrina, de sus milagros y de su triunfo: "Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra". Con esta autoridad de Dios Creador y Redentor de toda la humanidad, imparte a sus Apóstoles un mandato que jamás poder alguno de la tierra podrá abolir ni desconocer sin colocarse en abierta rebeldía contra la Divinidad.

La misión de los Apóstoles está cifrada en palabras absolutas y universales: "Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado". Esta misión la confiere con su derecho de Redentor, es decir de reconciliador del cielo con la tierra, al precio de su sangre: como jefe del humano mundo de los espíritus y de los cuerpos, porque estas criaturas le pertenecen por título de conquista y de rescate.

2.—*Trascendencia de su poder y de su mandato.* El poder que Jesús tiene, como Redentor, sobre todos los hombres, lo confiere a sus Apóstoles y a su Iglesia, como continuadores de su obra de salvación. Decimos que también a su Iglesia, porque la fundó para eso; porque los solos apóstoles primeros no podrían evangelizar a todo el mundo y hasta el fin del mundo, si no se extendiera ese poder y ese mandato a todos los sucesores de esos apóstoles: no se trata de la salvación de sólo sus contemporáneos, sino de los hombres de todos los tiempos.

"Enseñad a todas las naciones": es un mandato, imperativo, una orden formal y absoluta; no está limitada por condición alguna. Además es universal en su objeto, porque comprende la autoridad sacramental: "bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo", palabras que indican las fuentes de la vida sobrenatural, la Trinidad augusta en cuyo nombre se confieren la mayor parte de los sacramentos. Comprende, por fin, la autoridad de gobierno: "enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado"; estas palabras implican el poder de dar leyes, de imponer penas y de usar de todos los medios propios para obtener la observancia de los mandamientos divinos.

3.—*Asistencia de Jesucristo a su Iglesia.* La verdad enseñada por Jesucristo y trasmitida a los hombres por sus apóstoles, está garantizada por la promesa de su asistencia hasta el fin: "He aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos". Esta asistencia hace infalible la enseñanza de la Iglesia y hace eficaces los sacramentos que han

de producir la gracia: es una asistencia universal; constante y perpetua, hasta la consumación de los siglos.

4.—*El misterio de la Trinidad.* El nombre de las tres Personas Divinas que indica Jesucristo, nos está indicando la necesidad de creer en este gran misterio. Debemos saber, por necesidad de medio, que hay un solo Dios verdadero, Padre, Hijo y Espíritu Santo: tres personas distintas por su procedencia, pero que son una sola esencia o naturaleza del todo simple. El Padre de nadie procede; el Hijo sólo procede del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo: tres Personas igualmente consustanciales, eternas y omnipotentes, pero que son un solo Dios. Agradezcamos, pues a Jesucristo el que nos haya trasmitido toda su doctrina de salvación por medio de sus Apóstoles y de su Iglesia, maestra de la verdad y dispensadora de sus sacramentos, asistida por El hasta el fin del mundo. Confiemos en sus enseñanzas infalibles dadas por sus Pontífices y Concilios.

Reconozcamos con humildad y adoración el misterio de la Trinidad Santísima, que nos ha revelado el Verbo de Dios humanado y unámonos a los coros de los ángeles que eternamente cantan: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos".

Tema B:

EL MISTERIO DE LA SANTISIMA TRINIDAD

Hoy nos presenta la liturgia el misterio más augusto, el de la esencia misma de Dios en su Trinidad de Personas, punto de convergencia de todos los otros misterios. Ante arcano tan alto dos sentimientos experimentamos al hablar de él: uno de pequeñez, porque ¿quiénes somos para pretender hablar de una tema tan inefable? Pero el otro es de responsabilidad, porque ¿cómo pasar en silencio esta verdad que es de necesidad de medio para salvarse?

No pretendamos comprenderlo totalmente, porque nues-

tra razón es muy pequeña para abarcarlo. En una concha marina no cabe todo el mar; tratemos de divisar siquiera su grandeza para adorarlo.

La razón nos convence de la existencia del Ser soberano que ha creado todo el universo de mundos. Pero ¿qué es este Ser? ¿Cuál es su vida? Esto sólo podemos saberlo por la revelación del mismo Dios; en otras palabras, por la fe. Ella nos propone la verdad revelada por Jesucristo acerca de la Trinidad; mas nuestra razón la ve como "por espejo y en enigma" según la frase de San Pablo.

Si Dios es el Ser más augusto y poderoso, hemos de pensar que este Ser perfectísimo no es solitario, sin más compañía que la infinitamente inferior de sus creaturas; sino que es único en esencia, pero trino en Personas.

Por las revelaciones de Cristo y aun por las conjeturas de nuestra razón, sabemos que hay en Dios, como en nosotros creados a su semejanza, una triple serie de perfecciones: la de ser, entender y amar. Pues bien, Dios entendiéndose a sí mismo, es el Padre; Dios entendido por sí mismo, es el Hijo; Dios amándose a sí mismo es el Espíritu Santo: un solo Dios en esencia y trino en Personas distintas. Es Uno porque en El, el ser, el entender y el amar son sustancialmente una misma cosa o esencia. Ahora bien ¿qué es persona? es todo ser subsistente en una naturaleza intelectual. En Dios entonces hay tres Personas distintas por razón de la procedencia, puesto que el que procede se opone con oposición de relación mutua y por lo tanto se distingue de aquel de quien procede, aunque se identifique con él en una misma substancia absoluta.

La primera Persona, el Padre, es el principio del Hijo al cual engendra desde toda eternidad. El Hijo es a la vez eternamente engendrado del Padre, del cual es imagen perfecta y viviente. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; pero no es engendrado del Padre y del Hijo, sino que es el fruto del amor eterno y necesario que existe entre el Padre y el Hijo.

Este es el dogma de la Santísima Trinidad. No hay contradicción al afirmar que en Dios hay tres Personas distintas y sin embargo no son tres dioses, sino uno solo; porque la

teología nos enseña que hay en Dios una sola naturaleza y en esa naturaleza hay tres Personas; y como las palabras *una* y *tres* no se refieren a una misma cosa, sino a dos cosas distintas: *una* a la naturaleza, y *tres* a las personas, no hay contradicción. La habría si ambas palabras se refirieran a una misma cosa, como si dijéramos: hay un Dios y tres dioses, porque la unidad se refiere a la *naturaleza* y la trinidad se refiere a las *procedencias* en un mismo ser.

¡Cuánto debemos a Dios por el don de la fe, porque nos hace ver lo que la razón no alcanza a ver, y además es una semilla de la vida eterna! Un escritor cristiano hizo grabar en su tumba: "Credidi et ecce video", creí y ahora veo. En esto consiste la vida eterna, en ver y gozar de lo que aquí creemos y éste es el mayor beneficio que nos da la fe: el derecho a la vida eterna. Allá seremos semejantes a Dios porque le veremos como es en Sí mismo, nos dice el Evangelista. ¡Gloria sea dada al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo! Ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

DOMINGO II DESPUES DE PENTECOSTES (INFRAOCTAVA DE CORPUS)

Evangelio según San Lucas, cap. XIV, 16-24.

"En aquel tiempo: Propuso Jesús a los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. A la hora de cenar envió un criado a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba ya dispuesto. Y todos a uno comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito ir a verla: ruégote me des por excusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir a probarlas: te ruego me excuses. Y dijo otro: Acabo de casarme, y por eso no puedo ir. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto a su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo a su criado: Sal luego a las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, lisiados, ciegos y cojos hallares. Y dijo el criado: Señor, hecho está como lo mandaste y aun hay lugar. Respondióle el amo al criado:

Sal a los caminos y cercados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Pero os aseguro que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados probará mi cena".

Tema A:

EL GRAN CONVITE A LOS HOMBRES

1.—*Sentido histórico de la parábola.* Esta parábola propuesta por Jesús a los fariseos, considerada con criterio histórico, se refiere directamente a ellos, los judíos, invitados al gran festín del cielo y su bienaventuranza por sus profetas y, en esa época, por el mismo Mesías que desde el sermón de la montaña les ha dicho: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, que todas las demás cosas se os darán por añadidura". Estos invitados del pueblo escogido, trastrocando el orden de este mandato, buscaban primero la satisfacción de su orgullo, de su ambición y de su carne, y por eso rehusaron el convite de Dios presentando las excusas de su utiliramismo material. Esta conducta irritó al padre de familias y, mandando entonces invitar a todas las gentes, a todos los demás pueblos, ("Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas..."), les dice severamente: "Pero os aseguro que ninguno de aquellos que fueron convidados probará mi cena". Desde entonces la historia del pueblo judío y la del pueblo cristiano, han venido confirmando estas palabras del Salvador: terribles para aquél y consoladoras para éste.

2.—*Pero en su sentido religioso,* esta parábola, que indica la generosidad de Dios, nos invita al gran banquete del Cielo y, mientras no llegue esa hora, al festín de la Eucaristía en el que se nos da su prenda segura: "El que come mi carne y bebe mi sangre vivirá eternamente". A este festín el Señor lo llama "cena" o sea comida de la tarde, porque la felicidad del Cielo vendrá después de las fatigas de la vida presente, después de la jornada de buenas obras que debemos realizar en esta vida terrena. Todos los hombres son invitados, porque el Señor quiere la salvación de todos; y son invitados con amor, con instancia, ya que todo lo tiene preparado con su

enseñanza, con su redención y con sus sacramentos que los revestirán de gracia santificante para entrar y participar en ese celestial banquete.

3.—*Las excusas que irritan a Dios.* Pero muchos de los invitados prefieren unas piltrafas de bienes y goces pasajeros, desoyen esta invitación y menosprecian esta cena de la bienaventuranza eterna. Notemos que en estas tres excusas alegadas, están comprendidas todas las que los hombres dan para no comulgar a menudo y ni siquiera para cumplir por Pascua. Recordemos, de paso, que este primer período del cumplimiento pascual termina el día de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. El ansia desmedida de los bienes materiales y de los placeres absorbe a muchos católicos de espíritu mundano y les impide llegar a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Piensen tales hombres en la frivolidad de sus excusas: porque los negocios temporales deben dejar el paso libre al negocio primordial de la salvación del alma; porque el trabajo material e intelectual debe dar tiempo para este otro trabajo de la purificación y perfección espiritual, y porque el deber de católicos debe primar sobre el placer, por legítimo que éste sea.

4.—*El desaire de la ingratitud.* ¡Con cuánta razón Jesucristo se ha quejado de esta ingratitud de los hombres que lo olvidan y menosprecian! A Santa Margarita María, su humilde sierva de la Visitación, apareciéndosele un día en el altar y mostrándole abierto su pecho, le decía: "He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de quienes es tan mal correspondido!" No seamos ingratos, no le hagamos el desaire de rehusar el banquete eucarístico que nos ofrece en sus altares; vayamos con amor a él para que tengamos parte en el festín de la gloria eterna.

Tema B:

LA EUCARISTIA

A la Iglesia no le basta consagrar un solo día a la festividad del *Corpus Christi;* a este augusto misterio le dedica una semana de culto. Por eso en el Evangelio de hoy nos

presenta la parábola del Señor que se refiere a la gran Cena preparada para mucha gente; pero a cuya invitación muchos se excusan de asistir sin pensar en la ofensa que hacen al que se da en alimento de nuestra alma.

Para los que siguen este mal ejemplo de indiferencia o de ignorancia, vamos a hablar sobre esta Cena eucarística.

¿Qué es la Eucaristía? Es un sacrificio y un sacramento. Como sacrificio es la renovación mística e incruenta de la Pasión y Muerte de Cristo por la redención moral del hombre. Como sacramento, es la presencia real y permanente del Redentor en las especies sacramentales. Después de las palabras consagratorias que pronuncia el sacerdote en la Misa, esa hostia de harina deja de ser pan para convertirse en el cuerpo real y auténtico de Jesucristo, y ese poco de vino del cáliz deja de serlo para convertirse en su sangre.

Los que ignoran esto y los que no tienen fe en esas santas palabras de Cristo, que por orden suya repiten los sacerdotes en la Misa, podrán hacer una mueca de indiferencia o de duda. "Eso no puede ser, porque no lo entiendo..." dirán tales personas. Pero el no entender una cosa no quiere decir que esa cosa no exista...

Hay una anécdota del Padre Lacordaire. En cierta oportunidad estaba él almorzando en un hotel, y en una mesa vecina dos señores poco educados disparataban a su gusto sobre religión, hasta que se decidieron a consultar al Padre.

—A ver, Reverendo, si Ud. nos aclara esta cuestión, le dijeron; nosotros no creemos en los milagros, porque no entendemos cómo puede ser eso...

—¡Oh!, respondió Lacordaire; hay muchas cosas que sin ser milagros ustedes no entienden. Por ejemplo esto: ¿cómo me explican ustedes que el fuego que destruye y rompe las materias más resistentes y hasta los diamantes, en cambio endurece y petrifica el barro? ¿Cómo ese fuego que endurece esos huevos que ustedes se sirven, derrite en cambio la cera?... Los dos señores, dando disculpas, se retiraron avergonzados.

Para creer en la Eucaristía se necesita la fe, porque los ojos ven la forma y la blancura de la hostia y, sin embargo,

después de consagrada, ya no hay ahí hostia, sino la presencia real y cierta de Cristo. Por eso decía San Anselmo: "Yo no busco el comprender para creer, sino que creo para poder comprender."

Sí; esta presencia real de Jesucristo en la hostia consagrada ha purificado y engrandecido a la humanidad y ha dado la fortaleza heroica a los mártires de todos los tiempos. "Nadie es capaz de decir el bien que ha hecho y hace al mundo ese pequeño disco blanco", decía François Copée.

¿No recordáis acaso el día feliz de vuestra primera comunión? ¡Qué dichosos fuisteis en esos momentos! Pues bien, esa felicidad quiere la Iglesia que renovéis uniéndoos nuevamente a vuestro Dios con fe, gratitud y amor. Por eso os hace meditar en esta parábola de la gran Cena que propone Jesucristo en el Evangelio de hoy. No renovéis las excusas de aquellos invitados que rechazaron el convite. Acordaos de las postreras palabras del Señor en esta parábola: "Os aseguro que ninguno de los que antes fueron invitados, ha de probar mi cena;" y aquí se refería entonces a la otra Cena, la de la vida eterna.

No olvidéis que en la Eucaristía os espera el Dios de vuestra primera comunión, el sincero y eterno amigo en los sufrimientos y en la alegría de vuestra vida.

DOMINGO III DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. XV, 1-10.

"En aquel tiempo: Se acercaban a Jesús los publicanos y pecadores para oírle; mientras los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Este recibe a los pecadores, y come con ellos. Y El les propuso esta parábola: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en la dehesa, y va a buscar la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola, se la pone sobre sus hombros muy gozoso: y al llegar a su casa, llama a

sus amigos y vecinos, diciéndoles: Congratulaos conmigo, porque he hallado mi oveja, que se había perdido. Os digo, que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos, que no han menester penitencia. O ¿qué mujer, que tenga diez dracmas, si pierde una, no enciende la lámpara y barre la casa, y lo registra todo hasta hallarla? Y después que la ha hallado, convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Congratulaos conmigo, porque he hallado la dracma, que había perdido. Así os digo yo, que habrá gozo delante de los Angeles de Dios por un pecador que haga penitencia".

Tema A:

MISERICORDIA DE DIOS CON EL PECADOR

1.—*El Corazón misericordioso de Cristo.* Todo el capítulo XV. del Evangelio de San Lucas no parece sino que ha sido escrito para aliento de los pecadores arrepentidos y para confusión de los fariseos presuntuosos de todos los tiempos. Ante las murmuraciones y las críticas malignas de los fariseos y escribas, que en su orgullo pretendían aparecer como justos, Jesucristo les explica su conducta de misericordia para con los pecadores, proponiéndoles tres parábolas familiares cuyo significado real aparece claro como la luz del día; estas parábolas son la de la oveja descarriada, la de la dracma (perdida) y la del hijo pródigo. La liturgia ha escogido solamente las dos primeras parábolas para el Evangelio de esta misa.

Si Jesús fué señalado por el Bautista como el "Cordero de Dios que borra los pecados del mundo"; si El mismo declara que ha venido a llamar a penitencia no a los justos, sino a los pecadores; si su mismo nombre *Jesús* significa Salvador, ¿qué de extraño tiene entonces que converse con los pecadores, y los visite, y los haga el objeto de su misericordia? No son los sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos: por eso purifica y rehabilita con su perdón a la adúltera, a la Magdalena, a Zaqueo, a Dimas y hasta ruega por

sus verdugos mientras agoniza en la cruz. Todo esto servirá de aliento para los culpables que se arrepienten.

2.–*Las dos parábolas.* El pecador es comparado a una oveja descarriada. Toda la humanidad era esta oveja que había perdido el camino de su salvación; por eso el Verbo de Dios, movido de compasión por ella, dejó en las dehesas del cielo a las noventa y nueve ovejas, a sus ángeles, para venir a la tierra en busca de esta humanidad descarriada y perdida y, una vez hallada, la cargó sobre sus hombros y, desde la cruz de su redención y de su rescate, la conduce al redil del Paraíso cuyas puertas le abre. Por eso también en cada caso particular en que la gracia de Dios recoge a un pecador perdido en sus extravíos, hay más gozo en el cielo por él, que por los justos que no necesitan de penitencia.

En la segunda parábola, la solicitud de la misericordia divina con respecto al pecador, es comparada a la de la mujer que ha perdido una moneda y que, al echarla de menos, enciende luz, barre la casa y lo registra todo hasta dar con ella; y una vez recuperada, hace fiesta por el feliz hallazgo. ¡Con qué gráfica pintura nos representa así el Señor el cuidado amoroso que tiene para conservar a los buenos y buscar con afán divino, con angustia y con perseverancia a los que se le aparten de su reino y se hallan en peligro! ¿Quién podrá entonces desconfiar de la misericordia de Dios?

3.–*Explicación de una frase.* Jesús dice esta frase en el Evangelio de hoy: "Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no han menester penitencia". Esto quiere decir que en la conversión de un pecador hay una razón especial de gozo y una exteriorización mayor de triunfo, como cuando sana un enfermo grave en la familia. El padre goza de una manera especial por la salud recobrada de su hijo enfermo, y la celebra; mientras nada especial hace para celebrar a los demás que están sanos. Por eso el padre del hijo pródigo responde al hermano que se queja por el banquete con que se celebra el regreso del descarriado: "Es muy justo regocijarnos, porque éste tu hermano había muerto y ha resucitado; estaba perdido y se ha hallado". Correspondamos agra-

decidos, a la bondad infinita de Dios y nunca desconfiemos de su misericordia.

Tema B:

EL ABUSO DE LA MISERICORDIA DE DIOS ES UN GRAVE PELIGRO

Con esta sencilla lección de la oveja y de la dracma perdidas, la Iglesia nos recuerda las bondades y solicitudes de Cristo para con los pecadores. Estas dos parábolas están significándonos las almas que, abandonando el recto camino de la gracia y de la virtud, se han extraviado o se han perdido. El pastor que deja las 99 ovejas en la dehesa y va en busca de la que se ha perdido; y la mujer que, por buscar una moneda, registra todo hasta hallarla, no simbolizan otra cosa que la misericordia de Dios para con el pecador extraviado.

¡Qué agradecidos debiéramos estar ante estas solicitudes de Dios! Pero sucede que estas mismas bondades del Señor muchos las utilizan como narcóticos que los sumen en la inconciencia del mal. Y así se adormecen en sus pecados, en sus vicios y en sus afectos prohibidos recordando la misericordia divina, pero olvidando las amenazas, las reprensiones y los castigos con que también Dios avisa a los conculcadores de su Ley. Temerariamente imitan al hijo pródigo en sus placeres y extravíos, pero no lo imitan en su arrepentimiento. En su mente se forjan un Jesús todo bondad y mansedumbre, siempre dejándose escupir, azotar y crucificar; pero no recuerdan los azotes con que El mismo arrojó a los mercaderes del Templo ni las duras palabras con que enrostraba a los hipócritas fariseos...

Esta conducta necia, por ser falsa, es muy peligrosa para su destino eterno, es demasiado audaz, porque el mismo Cristo dijo claramente: "No todo aquel que dice: Señor, Señor, entrará por eso en la vida eterna; sino el que escucha mi palabra y la pone en práctica."

La obra de nuestra salvación no queda completa con la muerte de Jesús crucificado, sino que debemos completarla nosotros con nuestra propia colaboración a su gracia. El nos

dejó abierta la puerta para el cielo, pero nosotros somos los que debemos entrar a él con nuestro esfuerzo por merecerlo con el vencimiento de nuestros malos instintos y con el trabajo para mantenernos en la gracia y amistad de Dios cumpliendo sus preceptos. Por eso dice San Agustín: "Así como Dios te ha creado a ti sin ti, no quiere salvarte a ti sin ti"; le exige, pues, al hombre su propio esfuerzo para remover los obstáculos que le impiden su perfeccionamiento moral: al que pone todo lo que esta de su parte para eso, Dios nunca le niega su gracia.

Es absolutamente necesario entonces que así como en la parábola el pastor busca afanoso a la oveja perdida y, al hallarla, se regocija, así también el hombre debe buscarse a sí mismo entre el tumulto del mundo y de sus afanes hasta hallar en si al cristiano verdadero que vive su fe y practica el Decálogo. Entonces sí que se realizará lo que Jesucristo anuncia en el Evangelio de hoy: "Harán fiesta los ángeles en el cielo por un pecador que se arrepiente".

Estas parábolas que nos presenta hoy la Iglesia han de ser, pues, un llamado a la sensatez de la conciencia humana. El hombre no sólo vive de negocios y de preocupaciones terrenas; vive también de ideales espirituales, de complacencias divinas, de esperanzas regeneradoras. Porque si tiene un cuerpo para los menesteres de la vida terrena, breve e incierta sobre su término, también tiene un alma que ha de presentarse ante su Creador con méritos ganados en su lucha contra las tentaciones del enemigo; un alma que fué rescatada por el Redentor al precio de su sangre y a quien ha de entregarse limpia y enriquecida con sus buenas obras; un alma que supo amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí misma. Entonces disfrutará del verdadero descanso, de la paz venturosa y de la gloria de los cielos, por toda la eternidad.

DOMINGO IV DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. V, 1–11.

"En aquel tiempo: Hallándose Jesús junto al lago de Genezaret, las gentes se agolpaban en torno suyo, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto, vió dos barcas a la orilla del

lago, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, a una de ellas, que era de Simón, pidióle la desviase un poco de la orilla. Y sentándose dentro, predicaba desde la barca a las turbas. Cuando cesó de hablar, dijo a Simón: Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simón: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido; no obstante, fiado en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tan gran cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo cual hicieron señas a sus compañeros de la otra barca, de que viniesen a ayudarles. Vinieron, en efecto, y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían. Viendo esto Simón, Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: ¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador! Y era que el asombro se había apoderado de él y de todos los que con él estaban, ante la pesca que acababan de hacer. Y lo mismo sucedíales a Santiago y a Juan, hijos del Zebedeo y compañeros de Simón. Entonces dijo Jesús a Simón: No tienes que temer: de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejáronlo todo, y le siguieron".

Tema A:

DEBEMOS CONFIAR EN DIOS

1.—*¿Quiénes seguían a Jesús?* Tres clases de personas: los discípulos llamados por El que, dejándolo todo, lo acompañaban por todas partes practicando sus enseñanzas; los enfermos y afligidos que seguían al Médico de los cuerpos y de las almas; finalmente los sedientos de verdad que iban en pos del Maestro Divino, porque "nunca nadie había hablado como El".

En este Evangelio de San Lucas, vemos al Señor rodeado de sus discípulos y de la turba que escuchaba sus enseñanzas a la orilla del lago de Genezaret; y debió de crecer tanto la concurrencia, que el mismo Señor hubo de subir a la barca de Simón y sentarse en su proa para continuar predicando desde allí a todas las almas sencillas que tenían sed de verdad

y de consuelo. ¿Tenemos nosotros ese mismo interés de aquella muchedumbre de Galilea para escuchar la palabra de Dios, con respeto y con sumisión de espíritu? Ese mismo Maestro continúa hablándonos y enseñándonos, hoy como entonces, desde la barca simbólica de Simón Pedro, desde la Sede del Romano Pontífice, puesto que El le prometió su asistencia, en su misión de enseñar, hasta el fin de los siglos. La voz del Papa, es la voz de Cristo, puesto que es su Vicario en la tierra: para eso estableció su primado, para eso le dijo un día a Pedro: "Todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos, y lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos". Con humildad y confianza escuchemos entonces sus enseñanzas y las de nuestros Pastores.

2.—*Confianza en Dios.* Terminada su plática, Jesús ordenó a Simón: "Guía mar adentro, y echad las redes para pescar". Objetóle el patrón de la barca, creyendo inútil ese trabajo puesto que nada habían pescado en toda la noche; no obstante, confiando en el mandato de su Señor, en su nombre lanzó las redes. Jesucristo le premió esta confianza con el milagro de una pesca abundantísima que llenó de confusión y de gratitud al vehemente pescador de Galilea que se postró a sus pies con humildad y reconocimiento.

¡Cuántas enseñanzas hay en este episodio! Cuando Dios nos manda algo, aunque nos parezca difícil y sobrehumano; cuando el deber nos exige cosas arduas y penosas, debemos lanzarnos "en el nombre del Señor" a tal empresa, porque de El depende el éxito si le place. En tales ocasiones, armémonos de la confianza en Dios; si lo tenemos a El, todo lo podremos. Por otra parte, si alcanzamos éxitos en nuestras empresas, no nos engriamos ni pensemos que tal éxito se debe a nuestro propio valer, porque hay Alguien que tiene en sus manos nuestros designios. Como Simón, postrémonos agradecidos y humildes ante Dios, reconociendo y bendiciendo su favor y su auxilio.

3.—*La embarcación simbólica.* Esa barca de Simón era la misma que zozobró en la tempestad y que se colmó de pesca milagrosa. La Iglesia de Cristo, la recién fundada, ¡cuántas zozobras hubo de soportar para seguir la ruta señalada por

su Fundador! Pero, desde el día de Pentecostés, comienza en el nombre del Señor, su pesca milagrosa, y los pescadores de hombres, los apóstoles de todo tiempo verán en el transcurso de los siglos las mismas alternativas en su tarea. Pero siempre estarán felices cumpliendo su deber, porque saben que las tempestades y las bonanzas, las persecuciones y los triunfos: todo está bajo el imperio de la voluntad divina de su Maestro. La plena confianza en Dios es un acto de adoración y de acatamiento a sus designios.

Tema B:

EL APOSTOLADO

El Evangelio de hoy nos relata la pesca milagrosa que dejó maravillados a Simón y a los hermanos Santiago y Juan.

Estos pescadores habían oído hablar ya a Jesucristo; le conocían además por lo que de El había dicho el Penitente que bautizaba en el Jordán. Hoy los vemos remendando sus redes junto al Tiberíades, cuando llega hasta ellos Jesús que, dirigiéndose a Simón, le pide un lugar en su barca para predicar a las gentes. El pescador, sintiéndose honrado, se la presta gustoso y junto con sus compañeros escuchan también sus palabras.

Terminado su discurso, Jesús le dice a Simón: "Boga mar adentro y echad las redes para la pesca". El sabía ya que toda la noche esos pescadores habían estado bregando inútilmente, como se lo dice ahora Simón; pero para premiarle sus fatigas y para conquistarle el corazón, le dice: ¡no importa, echa las redes!

—Bien, dijo el dueño de la barca; sólo porque tú lo dices echaré las redes. Y luego, entre asombro y gozo, ven que se colman tanto de peces, que es necesario llamar a los compañeros para que ayuden en la faena. Y una vez en la orilla, Simón arrójase a los pies del Maestro y conmovido por el milagro, le dice: "¡Señor!, retírate de mí porque soy un pobre pecador!" Veo que no eres solamente hombre... Así Jesús ganaba el corazón de esos hombres humildes, a quienes quiere

ennoblecerles su oficio prometiéndoles que en adelante serán pescadores de hombres...

Y Simón, a quien más tarde Jesucristo lo llamará Pedro; y todos sus compañeros, siguieron siendo pescadores; pero no ya sólo en el mar de Tiberíades, sino en el océano inmenso del mundo. Sus redes ya no fueron de esparto y cáñamo, sino redes de fuego que abrasaban los corazones; y su barca fué la nave inmensa de la Iglesia. Y ya veis que, después de tantos siglos, la empresa de estos pescadores es la única que no ha fracasado. Ellos iniciaron esa dinastía cuyos sucesores han sido los Papas y los Obispos, puestos, no por los hombres, sino por el Espíritu Santo mismo para regir y gobernar la Iglesia de Dios, según las palabras de la Santa Escritura (Act., XX, 28).

Partícipes de esta divina misión de salvar a los hombres, que por oficio Cristo confió a la jerarquía de su Iglesia, podéis ser también vosotros todos entre vuestras relaciones, vuestras compañías y vuestras fábricas, porque según la palabra de Jesús "la mies es mucha y los operarios de oficio son pocos". En este sentido pueden dirigirse también a vosotros estas palabras de Jesús a Simón: "venid en pos de mí, que quiero haceros pescadores de hombres". Porque el representante de Cristo en la tierra, el Papa, quiere servirse también de vosotros en la obra del apostolado; quiere que la levadura cristiana se expanda por toda la masa y quiere que seáis también la luz del mundo, observando el Evangelio y dándolo a conocer a los que lo ignoran.

¿Quién no querrá ser apóstol de Cristo? ¿Quién rehusará el honor de esta tarea de salvar a las almas? Santa Catalina de Sena, por favor de Dios, vió un alma que se había salvado por las penitencias que en su favor ella había hecho; y al contárselo a su confesor el Beato Raimundo de Capua, le dijo: "Padre, si pudiérais ver la belleza de un alma en estado de gracia, daríais cien veces vuestra vida, si fuera necesario, por asegurar su salvación".

No vaciléis, pues, en trabajar por el bien de las almas, practicando el apostolado seglar a la medida de vuestras fuerzas. Si no podéis ser antorchas ardientes en la montaña, sed

por lo menos lámparas que alumbren la calle oscura o el propio hogar.

DOMINGO V DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. V, 20—24.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Si vuestra justicia no es mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Oísteis que fué dicho a los antiguos: No matarás, y quien matare será condenado en juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare "raca", merecerá que le condene la asamblea. Mas quien le llamare "fatuo", será reo del fuego del infierno. Por tanto, si vas a presentar tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vé primeramente a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda".

Tema A:

CARIDAD EN OBRAS Y EN PALABRAS

1.—*Jesús explica la verdadera caridad.* El texto del Evangelio de hoy, comprendido en cinco versículos, es una parte breve del Sermón de la Montaña, el gran discurso en que el Señor expuso en resumen toda su doctrina. Poco antes de las palabras que se han leído, El había dicho a la multitud que le escuchaba: "No penséis que yo he venido a destruír la Ley ni los Profetas: no he venido a destruirla, sino a darle su cumplimiento". Jesucristo no vino, pues, a abolir el Antiguo Testamento, sino a perfeccionarlo y completarlo; por eso los preceptos que eran solamente transitorios, como algunas prácticas ceremoniales, han desaparecido en el cristianismo; pero lo más íntimo y real se ha conservado, ennoblecido y transfi-

gurado por Cristo, conforme a su axioma: "La letra mata, el espíritu vivifica".

Uno de los preceptos de la Ley que interpretaban mal los judíos era el de la caridad. Por eso el Señor les explica que para observarla no basta no matar al prójimo, sino que es necesario también no causarle daño alguno, ni ofenderlo ni deshonrarlo. Si la Ley dice que el que matare será condenado a muerte en juicio, El agrega que aun el que le tenga mala voluntad a su prójimo merecerá que el juez le condene; y el que le llamare "raca", es decir estúpido, merecerá que le condene el concilio, esto es el Sanhedrín, tribunal compuesto de los príncipes de los sacerdotes, de los doctores de la Ley y de los ancianos; y el que le llamare "fatuo", es decir impío, insensato, ése será reo del infierno, o más propiamente de la *gehenna,* lugar al sur de Jerusalén en donde se habían presenciado escenas idolátricas, vergonzosas y crueles.

Como los judíos de ese tiempo, se contentaban con no matar corporalmente al prójimo, hoy todavía hay cristianos que cuando se les pide que enmienden su vida acercándose al sacramento de la penitencia, contestan: "Yo no tengo de qué confesarme; no he robado ni he matado a nadie"... Olvidan los demás mandamientos y no hacen caso de estas aclaraciones del precepto de caridad que nos hace Jesucristo, para la cual no basta no matar, sino que es necesario no hacer daño alguno a los demás, ni en su cuerpo, ni en su alma. Así debemos nosotros entender la caridad con el prójimo. ¿La observamos así?

2.—*Reparación de las ofensas.* Esta obligación de reparar las ofensas hechas al prójimo, es la consecuencia que Cristo saca de la enseñanza que acaba de dar a la multitud que le escucha. Dios no acepta gustoso las ofrendas, por ricas y santas que sean, si el que las presenta guarda rencor contra el prójimo o sabe que alguien está resentido justamente con él. Esta obligación de reparar todo daño es de derecho natural, porque al derecho de no ser ofendido corresponde el deber de reparar la ofensa cometida: la justicia y la caridad lo exigen. Es también de derecho positivo, porque Cristo reprueba la doctrina de esos judíos que enseñaban que se podía reparar

las ofensas con sacrificios y ofrendas en el altar. Es necesaria la reconciliación antes de hacer el sacrificio o la ofrenda, como lo manifiestan las palabras de Jesús en este Evangelio. Por eso Tertuliano formula esta pregunta: "¿Cómo podrá agradar al Padre el que guarda rencor con su hermano?" Por esta razón los critianos primitivos antes de acercarse a la comunión, se daban el "ósculo de paz", símbolo de la reconciliación y de la unión. Cuando el prójimo ofendido está ausente, basta la intención sincera y el propósito de realizar esta reconciliación en la primera oportunidad que se presente. Amemos de verdad a nuestro hermano, para que sea también verdadero ese amor que le profesamos a Dios: ¡entonces tendremos una justicia mayor que la de los escribas y fariseos!

Tema B:

LA LEY DE MOISES PERFECCIONADA POR CRISTO

Nuestro Señor Jesucristo comenzó su maravilloso "Sermón de la Montaña" señalando las ocho fuentes de la verdadera felicidad, la del espíritu. "Bienaventurados —dijo— los pobres, los mansos, los misericordiosos..." Era aquélla una doctrina jamás oída por aquellas gentes que cifraban la felicidad en los placeres, en las riquezas y en los honores. Y como El bien veía las objeciones de los fariseos que irían enderezadas a acusarle de transgresor de la Ley proclamada por Moisés, se adelantó a decirles: "No penséis que he venido a destruír la ley ni los profetas; no he venido a derogarla, sino a cumplirla y sublimarla".

Y continúa entonces su discurso refiriéndose al homicidio, al adulterio, al perjurio, a la venganza y al rencor de los enemigos: pecados que no sólo se pueden cometer de obra, sino también de pensamiento y de palabra. Este buen hortelano no se contenta con extirpar el fruto malo de la maleza, sino que arranca la maligna planta de cuajo, de raíz. El texto del Exangelio de hoy nos presenta a este hortelano arrancando así del alma no sólo la acción del homicidio, sino también hasta el deseo de cometerlo, hasta las palabras que ma-

tan la honra de nuestros semejantes. Fijaos bien en su enseñanza.

Dice a la multitud que le escuchaba: "Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No matarás; y que quien matare, será condenado en juicio". Ese es un pecado de obra, una acción delictuosa; pero nadie lo comete de súbito, sin que antes lo haya deseado, meditado y planeado. Siempre se va preparando con el rencor, con la envidia, con la codicia u otros sentimientos malvados. Por eso Jesús busca esas raíces para extirparlas en el corazón humano, perfeccionando así la ley antigua: "Yo os digo más: cualquiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare raca (es decir, estúpido, cretino), merecerá que le condene el concilio —el Sanedrín—. Mas quien le llamare fatuo (es decir impío) será reo del fuego del infierno, o gehenna".

Jesucristo, pues, a diferencia de la antigua ley que sólo condenaba la consumación del homicidio, condena ahora todo sentimiento y acto que vaya contra el prójimo, como el rencor, el odio y las injurias: prohibe el homicidio desde su comienzo. Si la ley antigua impedía que se mancharan las manos con la sangre de la víctima; la ley cristiana impide que se manchen no solamente las manos, sino el mismo corazón y la lengua con la ponzoña del rencor y de la injuria. Por eso con mucha razón escribe San Juan en su Evangelio: "El que odia a su hermano es un homicida". Ya lo había dicho Jesús con respecto al adulterio: "El que desea la mujer de otro ya es un adúltero en su corazón".

Nuestra ley de cristianos es, pues, más completa y perfecta que la ley de los hebreos. No nos ilusionemos con tener virtud alguna si nuestro corazón o nuestra lengua están contaminados con el rencor, con la envidia o con el despecho; porque, como dice el Evangelista, "si no amamos a nuestro hermano que tenemos a la vista, ¿cómo amaremos a Dios a quien no vemos?"

Esta ley cristiana de la caridad nos impone también el precepto positivo del amor y de la ayuda a nuestros semejantes, como en la bella parábola del buen samaritano. Aun más: nos insta a perdonar las injurias que contra nosotros

profieran nuestros semejantes, para que así podamos implorar al Padre que está en los cielos el perdón de nuestras culpas, con las mismas palabras que nos enseñó Jesucristo: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores": noble actitud que El mismo nos enseñó con su ejemplo ante los que le ofendieron y le crucificaron.

DOMINGO VI DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Marcos, cap. VIII, 1-9

"En aquel tiempo: Habiéndose reunido otra vez una gran muchedumbre en torno de Jesús, y no teniendo qué comer, llamando a sus dicipulos, les dijo: Tengo compasión de esta gente, porque hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los envío en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino: pues algunos de ellos han venido de lejos. Y sus discípulos le replicaron: ¿Quién será capaz, y cómo, de procurarles pan abundante, en esta soledad? Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete. Mandó entonces a la gente que se sentara en el suelo. Y tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y dió a sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron entre la gente. Y tenían también algunos pececillos: bendíjolos también, y mandó distribuírselos. Comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete cestos. Y eran, los que habían comido, como cuatro mil, y los despidió".

Tema A:

CARIDAD DE CRISTO PARA CON LOS QUE LE SIGUEN

1.—*La caridad nos urge a compadecernos de las miserias ajenas.* Este capítulo del Evangelio de San Marcos nos relata la segunda multiplicación milagrosa de los panes realizada por Jesús. La primera vez el Señor había alimentado a cinco mil hombres con cinco panes y quedaron doce canas-

tos con las sobras; ahora con igual milagro alimenta a cuatro mil hombres y se recogen siete espuertas, o canastos, de sobras.

En ambas ocasiones Jesucristo obra estos prodigios estupendos movido por la compasión que siente por esas gentes sencillas que han olvidado el alimento del cuerpo por alimentar su alma con las verdades que el Divino Maestro les va enseñando para asegurar su salvación eterna. Si nosotros somos cristianos de verdad, debemos imitar esa caridad compasiva del Corazón de Cristo para aliviar a nuestros semejantes menesterosos, con poco si tenemos poco, con mucho si tenemos mucho; mas no olvidemos que también hay menesterosos del espíritu: los niños, los ignorantes, los extraviados que necesitan un alimento espiritual, como una enseñanza cristiana, un buen consejo o una norma de moral para orientarlos en la vida o para contrarrestar los venenos de errores o de herejías que les hayan inoculado en el contacto con gentes descreídas o de mala fe. Este es esencialmente el trabajo de los que militan en la Acción Católica: es, pues, un verdadero apostolado que Dios bendice.

2.—*Otra mística distribución del pan.* Es digno de notarse que en las dos ocasiones en que lo seguía "una gran muchedumbre" nadie pensó en quejarse de fatiga, nadie pidió a Jesús que les diera alimento: fué El quien, previendo el hambre que sentirían esas gentes al regresar a sus casas, quiso darles alimento hasta saciarlas. Se cumple aquí lo que El promete: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura". Eso era lo que había hecho esa muchedumbre: buscar en la palabra de Cristo el reino de Dios y su justicia; por eso el Señor les da además lo que necesitaban. Esto mismo es lo que ha continuado haciendo en su Iglesia a través de los siglos: ha tomado el Pan Eucarístico, como en la Cena, y dando gracias al Padre Celestial, lo ha dado a sus discípulos Obispos y Sacerdotes para que lo distribuyan a los fieles que lo siguen y lo escuchan. Además de ese Pan, que es su Cuerpo y Sangre, les ha dado su doctrina de verdad y de salvación para que también la den a los pueblos en sus enseñanzas. Recordad su mandato solem-

ne: "Id y enseñadles a observar todo lo que yo os he mandado". He ahí el alimento espiritual que nos ha dejado Jesucristo en manos de nuestros Pastores, los que han sucedido a aquellos discípulos. Agradezcamos a Dios esta providencia suya para saciar nuestra alma con su Cuerpo y su verdad consoladora.

3.—*El prodigio que se perpetúa.* Cada día multiplica en el mundo la divina Providencia el alimento para los hombres y los animales, multiplicando sus maravillas: ¡y no nos fijamos ni nos admiramos! La razón es porque en esta otra multiplicación de sustancias hay más lentitud y está encargada a las leyes de la naturaleza que las rige; el aire, el agua, la tierra, las plantas: todo trabaja según la voluntad del Creador para prepararnos el alimento, para nutrir nuestro cuerpo y para darnos aún el vestido con que nos cubrimos. El hombre no hace más que recoger, purificar y acondicionar esos elementos naturales para su servicio y provecho; mas quien da vigor y crecimiento a las simientes no es el hombre, sino Dios. ¡Cuán digno y justo es entonces que en todo tiempo y lugar demos gracias al Señor por su bondad infinita y por la misma vida que conservamos!

Tema B:

JESUCRISTO NOS DA EJEMPLO DE COMPASION CON LOS MENESTEROSOS

Si en este evangelio de hoy nos llena de admiración el milagro de la multiplicación de los panes, que nos habla del poder divino de Jesús, hay también una frase que nos llena de emoción porque nos revela la inmensa ternura del amor del mismo Jesús para con las muchedumbres pobres e ignorantes: *"Misereor super turbam"* —dice—: ¡Tengo compasión de esta muchedumbre!

¿Por qué? Pues, porque desinteresadamente le siguen, hambrientas de su palabra divina, durante tres días y no tienen qué comer: para esos pobres aprendices, obra entonces el milagro. Su ignorancia, su pobreza son el motivo de aquel

portento . ¿No se encierra aquí una lección elocuente para nosotros? En aquel tiempo es Jesucristo quien se ve seguido por los pobres y afligidos porque su fe sencilla se los muestra como auténtico enviado de Dios. En estos tiempos modernos son los caudillos, son muchas veces los falsos profetas, los que van en busca de las muchedumbres para ganar su voluntad con promesas fementidas y sólo para escalar el poder, para ser aclamados por el pueblo y lograr así sus ambiciones... No lo hacen para servirlos, sino para servirse de esas multitudes.

¡Qué lección más oportuna y más elocuente es la que hoy nos da este Evangelio: el amor y la caridad hacia los pobres. ¿Qué es el pobre? Es nuestro prójimo necesitado, un ser muchas veces atropellado con injusticia, pero que, como nosotros, es un hombre criado por Dios a su imagen y semejanza; redimido con la misma sangre de Cristo; un hombre que en su caminar por la vida le ha asaltado la desgracia y a quien, como el buen Samaritano, nosotros debemos prestarle auxilio porque es nuestro hermano.

"Lo esencial de la vida del hombre —dice el Libro del Eclesiástico— es agua y pan, y vestido y casa". Y como el pobre muchas veces carece de ello, es un ser humanamente desgraciado. A su lado, nosotros, aunque no seamos ricos, por sólo tener estas tres cosas: alimento, hogar y vestido, debemos ser agradecidos con Dios y sobre todo si, además de eso, tenemos salud.

De aquí se sigue nuestra primera obligación para con el pobre: la de compadecerlo como el Divino Maestro: ¡Misereor! Jamás despreciarle, porque es nuestro hermano. Jesucristo quiso ser pobre y entre los pobres escogió a sus apóstoles. El mismo Libro del Eclesiástico nos dice: "En cumplimiento del mandamiento de Dios, socorre al pobre, y en su necesidad no lo despidas con las manos vacías".

Si somos verdaderamente cristianos, en cada pobre debemos descubrir al mismo Jesucristo; en su mano, llagada quizás por la miseria, hemos de ver la mano taladrada del Salvador. No olvidemos tampoco el ejemplo de los santos como San Juan de Dios, San Vicente de Paul, Santa Isabel de Hun-

gría que dedicaron su vida al servicio de los menesterosos, porque veían en ellos la imagen de Cristo. "Juan, yo recibo lo que tú haces a los pobres" —le dijo el Señor un día a San Juan de Dios cuando después de llegar a su casa con un pobre enfermo a cuestas, le lavaba los pies. Figuraos el gozo del Santo. ¿No queréis vosotros sentir ese mismo gozo?

Si no lo experimentamos aquí, de cierto que lo experimentaremos todos en aquella magna asamblea, cuando al fin del mundo nos diga a los que hemos amado y socorrido a los menesterosos: "Venid, benditos de mi Padre a poseer mi reino, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve enfermo y vinisteis a visitarme".

Aun más, si somos pecadores, no olvidemos lo que nos dice el Sagrado Texto: "La limosna borra la muchedumbre de nuestros pecados".

DOMINGO VII DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. VII, 15-21.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se recogen uvas de los espinos, o higos de las zarzas? Así, todo árbol bueno da buenos frutos: y todo árbol malo da frutos malos. No puede el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. Así, pues, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos".

Tema A:

LOBOS CON PIELES DE OVEJAS

1.—*Hay que precaverse ante los impostores.* El Señor nos dice en el Evangelio de hoy: "Guardaos de los falsos profetas." ¿Por qué? porque son impostores, porque falsean la verdad y

enseñan errores disimulados con sofismas. Cuando Cristo prevenía a sus discípulos contra los falsos profetas, era porque en aquella época el pueblo judío se interesaba por los profetas que anunciaban acontecimientos trascendentales. Hoy, que es época de realizaciones más que de anuncios, porque el Redentor hace veinte siglos que vino a cumplir su misión misericordiosa, hay otros "profetas" o maestros falsos que causan al pueblo tanto o mayor daño que aquellos a que se refería Jesucristo. Este daño proviene de los principios erróneos que propagan en la cátedra, en la prensa, en el cine y por todos los medios posibles, contra el dogma, la moral, el sacerdocio y los sacramentos de la Iglesia. Si el mal y los malvados se presentaran en toda su desnudez, con todas su perversas intenciones, ningún verdadero cristiano se dejaría engañar por esos errores y depravaciones; por eso se busca el disfraz que Cristo denuncia: "Vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces". Las pieles de ovejas son ciertas prácticas o apariencias de cristianismo con que cubren sus teorías y enseñanzas, precisamente para engañar a los que son cristianos e inocularles la licencia de las costumbres en el hogar, la rebelión y el odio entre las clases sociales prometiendo una felicidad imposible, o bien para inculcarles herejías modernas, como el racionalismo, el materialismo y otras aberraciones que apartan a los hombres del Decálogo y del Evangelio de Cristo. Sepamos, pues, defendernos de estos enemigos.

2.—*¿Cómo podremos conocerlos?* Nos lo enseña el Señor: "Por sus frutos los conoceréis". El hombre bueno produce ordinariamente obras buenas así como el malo está siempre inclinado a ejecutar maldades y crímenes. Quien es cristiano de verdad procura cumplir los preceptos del Decálogo y de la Iglesia; el irreligioso y perverso desprecia estos mandatos de Dios y de su conciencia para dar rienda suelta a sus vicios y malos manejos; aun más, para poder justificar sus inmoralidades, se refugia en principios aparentemente buenos o inofensivos invocando maliciosamente la libertad de pensar, libertad que usa para disolver el matrimonio legítimo y vivir en adulterio; para anular todos los preceptos morales de la religión y contentarse con "no robar y no matar", porque esto lo

desprestigiaría demasiado y lo llevaría a la cárcel. Claro está entonces que tales hombres que producen en los demás estos frutos malos, son falsos maestros o perversos propagandistas del error, de quienes debemos apartarnos para bien nuestro.

3.—*No basta la bondad aparente.* Todos los cristianos debemos reflexionar atentamente en estas palabras de Jesucristo: "Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego". Esto nos obliga no sólo a profesar de palabra la doctrina cristiana, a saber de memoria los preceptos de Dios y de la Iglesia de Cristo, sino especialmente nos obliga a practicar estas enseñanzas del Divino Maestro, a vivir nuestra fe en conformidad a sus principios inmortales y salvadores para producir así los buenos frutos que Dios nos ha de exigir en el día de la cuenta. No basta rezar únicamente, hay que obrar como Dios quiere, porque Jesucristo ha dicho a sus discípulos: "No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos". Hay que ser, pues, cristianos y católicos de palabra, de vida y de obra.

Tema B:

NO HAY QUE FIARSE DE LAS APARIENCIAS, SINO DE LAS OBRAS Y DE LA PRACTICA DE VIDA

En este fragmento del Evangelio de San Mateo, Nuestro Señor Jesucristo nos precave contra el engaño o hipocresía de los falsos sabios y malvados propagandistas que no enseñan la verdad, sino el error disimulado de verdad, porque tratan de buscar prosélitos para sus doctrinas o para lograr sus bastardos intereses.

"Guardaos de los falsos profetas", nos dice el Maestro de la Verdad. En esos tiempos esos falsos profetas eran los fariseos que ante el pueblo hacían oraciones y guardaban grandes ayunos y observaban el Sábado hasta la exageración; pero en su vida privada estaban llenos de vicios, por lo cual El mismo los increpaba llamándolos "sepulcros blanqueados", por fuera muy limpios, mas por dentro llenos de podredumbres.

Para librar a sus discípulos, de sus artimañas, el Señor les dice que tienen un medio para reconocerlos tales como son: "Por sus frutos los conoceréis", es decir que atiendan no a sus palabras, sino a sus obras; no lo que ellos dicen, sino a lo que hacen. Tal es la norma para no engañarnos, porque un árbol de mala casta no puede dar frutos buenos.

Pero esta norma que entonces daba Jesucristo a sus discípulos, es válida para todo los tiempos porque la naturaleza del hombre no ha variado; y hoy, como entonces, estamos los cristianos rodeados también de falsos maestros. No les prestemos, pues, oído a sus palabras falaces. Cierto es que dice un refrán, tomado de las Santas Escrituras, que dice: "De lo que abunda en el corazón habla la lengua"; pero esto es aplicable sólo cuando se habla en la intimidad, cuando se es sincero. Mas en público ¿cuántas veces no se dice lo que no se siente, sino lo que conviene para sus intereses inconfesables? Por eso, la norma que nos da Jesucristo es ésta: "Por sus obras los conoceréis", porque "los espinos no dan uvas, ni las zarzas dan higos". Por los frutos, por las obras, conoceremos quién es quien. En estos tiempos de confusionismo en las ideas, en que tantas sociedades se fundan con aparentes fines altruistas y filantrópicos para buscar prosélitos en nuestro campo católico, es necesario no olvidar esta advertencia de Jesucristo: no hay que fiarse de estas pieles de ovejas del llamado altruísmo, filantropía, progreso cívico etc. con que se presentan los disimulados propagandistas de sectas secretas; no hay que confiar mucho de esas túnicas de "cristianismo" con que se visten esas otras sectas heréticas que siguen a Lutero o a Calvino. No nos fijemos en sus apariencias exteriores, sino en sus obras para no dejarnos engañar por tantos falsos reformadores sociales o religiosos.

Pero el Evangelio de hoy nos advierte también algo muy importante para nosotros mismos: "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Nuestra fe debe, pues, traducirse en obras debe informar nuestra conducta y no hacerla consistir solamente en palabras devotas

en la oración. Examinad si tenéis celo de vuestra salvación y de la de vuestro prójimo; mirad cómo practicáis la justicia y la caridad, cómo recibís los sacramentos y cómo cumplís con los preceptos del Decálogo, y sólo entonces sabréis si cumplís con la voluntad del Padre que está en los cielos. No olvidéis que Caín ofrecía también sacrificios a Dios, pero por estar contaminados por la envidia, no eran agradables al Señor. No contaminemos, pues, nuestras buenas obras con malas disposiciones contra el prójimo o con la hipocresía de los fariseos, porque Dios ve lo íntimo de nuestras más secretas intenciones. Sean siempre estas intenciones santas y puras.

DOMINGO VIII DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. XVI, 1-9.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico, que tenía un mayordomo: el cual fué acusado ante él, como dilapidador de sus bienes. Llamóle, pues, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración: porque, en adelante, ya no podrás ser mi mayordomo. Entonces el mayordomo se dijo: ¿Qué haré, pues que mi señor me quita la administración? Cavar no puedo; de mendigar tengo vergüenza. Ya sé lo que he de hacer, para que cuando fuere removido de la mayordomía, halle yo personas que me reciban en su casa. Llamó, pues, a cada uno de los deudores de su amo; y le dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi señor? Y éste le respondió: Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu factura: y siéntate al punto, y escribe: cincuenta. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él respondió: Cien cargas de trigo. Díjole: toma tus facturas y escribe: ochenta. El señor alabó al mayordomo infiel, por haber obrado sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sabios, unos con otros, que los hijos de la luz. Así os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas de iniquidad, para que, cuando falleciereis, os reciban en las moradas eternas".

Tema A:

PRUDENCIA DEL MAYORDOMO INFIEL

1.—*El mayordomo infiel y su conducta.* Esta parábola propuesta por Jesús a sus discípulos tiene su humor bondadoso y su consejo bienhechor para todos nosotros, que somos también en cierto modo mayordomos de tantos bienes como nos ha concedido Dios en esta vida.

Acabáis de ver que el patrón, al saber que su mayordomo estaba desfrudándolo en sus bienes, le pide rendición de cuentas porque, desconfiando ya de él, va a despedirlo de su puesto. ¿Qué hace entonces este mayordomo? Reflexiona astutamente y se dice para sí: ya que mi patrón va a dejarme en cesantía, procuraré ganarme amigos valiéndome de sus propios bienes, para que éstos me reciban en su casa y me ayuden cuando ya esté sin el cargo. Por eso al que debía a su señor cien barriles de aceite, le diminuye la deuda a la mitad; y al otro que debía cien cargas de trigo, le rebaja esa deuda en un veinte por ciento. Con esto se aseguraba la amistad de los deudores para el futuro cercano. Claro está que este ardid es injusto, porque lo realiza a costa de los bienes de su patrón; ejecuta algo que es muy corriente entre los mundanos de poca conciencia, buscar un fin bueno usando de medios ilícitos, lo cual es a todas luces inmoral. Por eso el señor del mayordomo no le alaba el procedimiento, de suyo ilícito, sino la astucia de su ingenio para ganarse amigos que lo socorran en su próxima indigencia. En esto aprendamos nosotros de los mundanos, no a ser fraudulentos, pero sí a ser hábiles y sagaces, porque la tontería nunca ha sido una virtud, sino un defecto lamentable.

2.—*Nosotros hemos imitado a este mayordomo en su infidelidad.* Como él hemos abusado de sus beneficios y de sus gracias. Porque todo cristiano es un administrador de los bienes que Dios le ha dado tanto en el orden natural, como en el orden sobrenatural, ya que todo lo que tenemos, de El lo hemos recibido para nuestro bien y para usarlo con orden para conseguir nuestro fin supremo. ¿Qué hemos hecho, pues, de la salud, de la fuerza, de la belleza, de los caudales, del honor,

del talento, de nuestros conocimientos, de la fe, del espíritu cristiano en que nos educaron nuestros padres, de los sacramentos? Si no hemos empleado bien todos estos dones que Dios puso en nuestras manos, quiere decir entonces que lo hemos estado defraudando, que nuestra administración ha sido mala. ¿No nos acusa nuestra conciencia de haber estado disipando estos bienes y estas gracias? ¡Cuántas veces habremos oído en el fondo del alma esta misma pregunta: "¿Qué es esto que oigo decir de tí? Dame cuenta de tu administración." Pues, si estas palabras nos inquietan, trabajemos entonces con habilidad para enmendar nuestra conducta y para granjearnos amigos que nos protejan ante este Señor que ha de ser un día nuestro Juez.

3.—*¡Hijos de la luz, no seamos torpes!* Tenemos dos medios bien legítimos para ganar amigos delante de Dios: la limosna para el menesteroso y para el servicio de Dios, y el sufragio para las almas que sufren su purificación en la otra vida. Al prójimo todos podemos auxiliarlo con mucho o con poco, según sean nuestros medios de fortuna; con nuestros empleados y obreros, si los tenemos, seamos no sólo justos, sino también caritativos; no olvidemos tampoco las obras de misericordia espirituales, enseñando, aconsejando bien, consolando y mostrando interés por el bien de nuestro hermano. Ganémonos almas amigas en el Purgatorio ofreciéndoles sufragios para su pronta liberación y así se convertirán ante Dios en intercesoras nuestras. No olvidemos que cuanto hagamos por nuestro hermano, por Jesucristo lo hacemos.

Tema B:

LAS RIQUEZAS JUSTAS Y LAS INICUAS

En este Evangelio de San Lucas, debemos considerar el grave consejo de N. S. Jesucristo: "Ganaos amigos con las riquezas injustas para que, cuando éstas os falten, seáis recibidos en las moradas eternas". Aquí viene muy bien esta consideración: ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si al fin pierde su alma?

Hay riquezas justas y riquezas inicuas. Las primeras son

aquellos *bienes necesarios* para cada uno en su respectiva posición social: el alimento, el vestido, los medios de trabajo y el domicilio propio. Tales bienes constituyen un legítimo derecho humano, porque por ellos podemos vivir, progresar en nuestro oficio o profesión satisfaciendo nuestras necesidades individuales y sociales, observando la moralidad de nuestros actos. Por eso Santo Tomás afirma que "la práctica de la virtud exige un mínimo de bienestar material". Estas riquezas son, pues, legítimas.

Pero hay otras que ya no son necesarias, sino *superfluas:* son las ganancias o intereses pecuniarios, excluídas las economías de previsión. Estas riquezas no siempre son un bien. Si se han adquirido con usura, o si se emplean en satisfacer vicios o propagar malas costumbres, son *riquezas inicuas,* como las llama Jesucristo. Para los que así proceden, el Señor les ha dicho: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico entre en el reino de los cielos".

Mas, cuando las riquezas superfluas se ganan honradamente y se usan con espíritu cristiano, no son un perjuicio, sino un medio que nos ayuda a salvarnos haciendo con ellas buenas obras. San Francisco de Sales compara estas riquezas al veneno y dice: "Es muy diferente tener veneno y estar envenado". Hay que tenerlas en los bancos o cajas de caudales para hacer el bien; pero ¡ay del que las guarda en el corazón con avaricia o para hacer el mal!

Luego, además de la justa adquisición de las ganancias, hay que saber usarlas.

Nunca olvidemos que el hombre no es el dueño absoluto de los bienes de este mundo que gane con su trabajo, sino un administrador de ellos, como nos lo enseña la parábola de este Evangelio. De ellos tendrá que dar cuenta a Dios tarde o temprano.

Y ¿a qué estará obligado el cristiano, sino a servir a Cristo?

Con sus bienes superfluos deberá servir al Cristo personal, procurando que en sus templos tenga una decorosa morada en donde permanece para alimento nuestro; ayudando a que se facilite su enseñanza evangélica entre las muchedum-

bres, ya sea en las escuelas y colegios, ya sea en las misiones; pagando cada año "el dinero del culto" que necesita su Iglesia para servir dignamente a su Divino Maestro.

Hay que atender también al Cuerpo Místico de Cristo, que lo formamos todos los que profesamos su doctrina y estamos sometidos a su Iglesia, sobre todo a los miembros más débiles y menesterosos, a los enfermos y a los perseguidos por su fe. Por eso en los tiempos de los Apóstoles, los cristianos ponían sus bienes en común, en manos de ellos para no hacerse reos de la indigencia de sus hermanos enfermos o perseguidos. Fué la primera enseñanza social con la cual se cumplía con lo que enseñaba el Señor: "En verdad os digo que todo lo que hiciéreis con alguno de estos pequeñuelos, a mí me lo hacéis". Esto es una obligación de caridad cristiana ya que San Agustín llega a decirnos estas palabras: "Lo superfluo de los ricos es lo necesario para los pobres, poseer lo superfluo es poseer bienes ajenos".

Usando así de las riquezas, nos acompañarán hasta la vida eterna, porque "aquel que socorre al pobre da en préstamo a Dios", nos dice el Libro de los Proverbios (XIX, 17).

Obró, pues, hábilmente aquel mayordomo de la parábola, porque al pedirle cuenta su amo, él fué descontando a los deudores lo que les había cobrado injustamente. Así, pues, si vuestra conciencia os acusa de injusticias, de fraudes o de intereses usurarios, conducíos como él: "conquistad amigos con las riquezas inicuas para que cuando éstas os falten, se os reciba en las moradas eternas".

DOMINGO IX DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. XIX, 41-47.

"En aquel tiempo: Al llegar Jesús cerca de Jerusalén, y ver la ciudad, derramó lágrimas sobre ella, y dijo: ¡Ah! si tú conocieses, siquiera en este tu día, lo que puede atraerte la paz, pero que ahora está oculto a tus ojos! Porque vendrán días sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán, y te estrecharán por todas partes; y te arrasarán con

los hijos tuyos, que en ti habitan, y no dejarán en ti piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo de su visitación. Y habiendo entrado en el Templo, comenzó a hechar fuera a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. Y enseñaba todos los días en el Templo".

Tema A:

LAGRIMAS DE JESUS SOBRE JERUSALEN

1.—*Dolores y congojas de Cristo.* El Hijo de Dios encarnado, si manifestó con palabras y con obras maravillosas su divinidad, con sus angustias y dolores manifestó igualmente su humanidad. Los evangelistas anotan dos circunstancias en que lo vieron derramar lágrimas: ante Jerusalén y ante la tumba de Lázaro; y en la agonía del Getsemaní, advierten que su congoja fué tal, que le hizo verter sudor de sangre. Podemos suponer que lloraría también en su cuna como niño inerme y en el suplicio de la cruz en que culminaron sus dolores. Tenemos entonces que el patriotismo, la amistad y los pecados de los hombres fueron las causas de sus lágrimas acerbas: causas que nos están hablando del amor infinito de Jesús para con todos los hombres, amigos y enemigos. Lloró por un natural desahogo de su amor herido. ¡Qué bueno es el Señor! Llora y se compadece de las miserias humanas, y sólo castiga cuando le constriñe la mala voluntad del pecador.

2.—*¿Por qué llora ante Jerusalén?* Estas lágrimas de Cristo tuvieron dos motivos: la conducta de esa capital de su patria para con su verdadero Mesías o Salvador y la suerte futura que sobre ella va a venir por su dureza de corazón. Llora por la ceguera de esta ciudad santa, ceguera irreductible a pesar del cúmulo de gracias recibidas de Dios; por ese empecinamiento del que, teniendo ojos, no quiere ver y del que, teniendo oídos, no quiere oír: culpable conducta que va a arrasarla hasta el deicidio. Por eso Jesús exclama: "¡Ah si tú conocieses, siquiera en este tu día, lo que puede traerte la paz,

pero ahora está oculto a tus ojos!" ¿Por qué dice "siquiera en este tu día"? Porque en ese día entraba triunfante a esa ciudad entre palmas y vítores de júbilo de los peregrinos que iban a celebrar la Pascua: iba sobre un pollino como príncipe de la paz. Y Jerusalén dejó pasar esa última ocasión propicia para abrir sus ojos y convertirse a su Señor. Por eso traza llorando esa visión profética de su castigo y de su ruina: ve la capital de su patria cercada, arrasada con sus hijos, a tal punto, que no quedará piedra sobre piedra. Terrible vaticinio que se cumplirá pocos años más tarde bajo los ejércitos de Vespasiano y Tito.

Esto mismo acontece a todos los pueblos que se hacen sordos a la predicación del Evangelio, que burlan y desprecian los preceptos divinos, que persiguen a Cristo y a su Iglesia: ¿no lo hemos visto en nuestra propia historia contemporánea? ¿no lo estamos viendo hoy? El desprecio de la justicia y de la caridad, la apostasía de las masas, el ateísmo oficial, el neopaganismo, ¿no son acaso la causa profunda de estas guerras que han ensangrentado al mundo?

3.—*Debemos llorar por nosotros mismos.* Tenemos dos motivos análogos para derramar lágrimas de arrepentimiento y de temor. Porque también, como pueblo escogido entre muchos, somos cristianos y hemos recibido innumerables gracias de Dios y de su Santísima Madre en la paz y en la guerra; y a todas ellas hemos correspondido con el pecado, que es ofensa a Dios, que es ingratitud insensata y acaso por eso hemos sido privados de muchos bienes familiares y sociales. Si no obramos con justicia, con honradez, con caridad con nuestros semejantes; si estamos pisoteando la moral de Cristo en el hogar, en las escuelas y en las instituciones; si nos vamos contagiando de paganismo ¿no merecemos también castigos semejantes a los que han sufrido otros pueblos? No seamos como los hijos empecinados de Jerusalén que repudiaron al Salvador; seamos como los hijos prudentes de Nínive que, con lágrimas y penitencia, aplacaron la ira de Dios, porque oyeron y creyeron a su profeta.

Tema B:

JESUS TAMBIEN LLORA SOBRE NUESTRO CORAZON

Conmovedora es la escena que nos relata este Evangelio. Se realiza el Domingo de Ramos, cuando Jesús caminando con sus apóstoles desde Betania, llega a la vista de Jerusalén, maravilla y admiración del mundo.

Mientras sus acompañantes, que iban aumentando en aquellas vecindades de la gran ciudad, prorrumpen en exclamaciones de asombro y de admiración, Jesucristo que más que el oro y el mármol que relucían al sol, miraba la corrupción y la iniquidad que en ella se albergaban, prorrumpe en lamentos y en vaticinios que sobrecogen el ánimo de los que le escuchan.

El momento es solemne: "¡Oh Jerusalén! —exclama— si conocieses tú en este día lo que se te da para tu paz. Pero todo está oculto para tus ojos!" Y luego hace el vaticinio tremendo del cerco que le harán sus enemigos, del derrumbe de sus muros y de la horrible muerte de sus hijos... ¿Por qué? El mismo lo dice: "Porque no conociste el tiempo en que Dios te visitó".

¡Qué cuadro más vivo es el que trazan sus palabras proféticas mostrando la trágica desgracia que le espera a la Capital de Israel!

Aunque la escena es socialmente tan instructiva para los pueblos que reniegan de Dios, reduzcámosla nosotros a lo que se refiere a nuestra propia suerte individual, para sacar lecciones de santificación y de prudencia para nuestra vida.

Ese mismo Señor, Salvador nuestro, nos visita también muchas veces, porque en la Palestina de nuestro cuerpo está también la Jerusalén de nuestra alma, de nuestro corazón. ¿No lo véis cuando viene a nuestro pecho en la Comunión, cuando nos habla por la voz de la Iglesia, cuando nos llama al arrepentimiento de nuestras culpas con mil inspiraciones santas? ¡Ah, si conociéramos entonces lo que se nos da para nuestra paz con Dios y con la conciencia!

Cuántas veces recibimos estas inspiraciones de Jesús con esa misma indiferencia que le mostró Jerusalén ante sus mandatos, sus consejos y sus amenazas... No sigamos con los ojos cerrados ni con los oídos sordos ante las visitas de Dios. Cuántas veces el Señor con voces secretas, con llamados amorosos y delicados nos suplica que le abramos nuestro corazón.

"¡Y cuántas, hermosura soberana,
mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana!"

Como el joven y mundano Agustín, "mañana, mañana", le decimos a menudo. Hoy no; es demasiado pronto, tenemos negocios, tenemos otras amistades que nos amarran. Mañana te serviremos, en la calma de la vejez... a la hora de la muerte. Esto es lo que le decimos prácticamente al Señor cuando pecamos y la conciencia se nos endurece. Este es el mismo proceder de Jerusalén sobre la cual lloró Jesucristo.

Cierto es que Dios no cierra nunca las puertas de su clemencia; pero también es cierto que no sabemos qué obstáculos tendremos para cuando pensemos en abrirle nosotros nuestro corazón. ¿Quién está seguro de que *mañana* tendremos salud y lucidez para recibir con buena voluntad y con sincero arrepentimiento al Dios de las misericordias, sobre todo si tantas veces nos hemos hecho los sordos a su llamamiento? Recordemos el decir de la prudencia "la confesión de los enfermos es enferma".

Aprovechemos entonces la vida, la salud, para que nuestra conversión sea saludable y nos dé la paz del alma y nos habituemos a vivir conforme a nuestra fe, practicando los divinos mandamientos. No le demos a Dios las últimas energías del espíritu, después de habérselas dado toda la vida al mundo, al demonio o a la carne. De rodillas digámosle desde hoy: Haz, Señor que mis lágrimas de contrición me purifiquen desde ahora de todos mis pecados y sea tu siervo fiel.

DOMINGO X DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. XVIII, 9-14.

"En aquel tiempo: Dijo Jesús a unos que presumían de justos y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando de pie, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh Dios!, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana: pago los diezmos de cuanto poseo". El publicano, al contrario, puesto allá lejos, no se atrevía siquiera a levantar los ojos al cielo: sino que se golpeaba el pecho diciendo: "¡Oh Dios! ten misericordia de mí que soy un pecador". Os digo que éste, y no aquél, volvió justificado a su casa: porque todo el que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado".

Tema A:

DE LA SOBERBIA Y DE LA HUMILDAD EN LA PLEGARIA

1.—*Una antítesis que se perpetúa.* Esta clarísima parábola del fariseo y del publicano la propuso el Señor intencionadamente ante los que presumían de justos y despreciaban a los demás; en ella pone de manifiesto el espíritu orgulloso del primero y del espíritu humilde y contrito del segundo. Lo que dice en su oración el fariseo o es verdad o es mentira: si es verdad, no tiene razón para enorgullecerse puesto que no hace más que cumplir con su deber, no hace nada de extraordinario; si es mentira lo que dice, entonces es un hipócrita, un falsario, y su orgullo tiene una doble malicia. En cambio el publicano, que es despreciado de todos porque cobra los impuestos al pueblo, no dice nada de lo que es ni de lo que no es; sólo se reconoce pecador y humildemente postrado hace esta

súplica: "Oh Dios! ten misericordia de mí que soy un pecador". El fariseo hace una oración para que le oigan los hombres, el publicano hace una oración para que le oiga Dios. El puritanismo soberbio del fariseo se perpetúa a través de los tiempos en todas partes, y a la vista está que esa actitud no se justifica jamás, porque si los ángeles del cielo con ser espíritus purísimos, se humillan ante la majestad de Dios, ¿qué méritos puede invocar el hombre para gloriarse ante El? Si algo tiene superior a sus hermanos, debiera por eso mismo sobrecogerse de temor porque su cuenta será más estricta: el Eterno Juez exigirá más al que dió más, y exigirá menos al que le dió menos. La oración del publicano expresa la verdad desnuda de lo que somos todos: simples pecadores; si, según las Escrituras Santas, el justo cae siete veces al día, nuestra actitud precisa ha de ser la de este publicano que no osa levantar los ojos y pide perdón a Aquel que ve nuestros actos, nuestros pensamientos y nuestras intenciones.

2.—*¿Cómo sanciona Dios estas conductas contrarias?* Lo revela el mismo Jesús a sus oyentes: el publicano volvió justificado a su casa; el fariseo, no. Y da inmediatamente la razón: "Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado". Esta sanción está en pleno acuerdo con lo que aseguran los Libros Santos, pues, "Dios resiste a los soberbios, y a los humildes les da su gracia". (Prov., III, 34). A menudo el Señor escucha mejor las oraciones de los pecadores arrepentidos que las de los justos inocentes, porque aquéllos rezan con más humildad que éstos y esta humildad atrae las simpatías divinas. Recordemos el ejemplo de Simón Pedro, vehemente y receloso, que al ver la pesca milagrosa obtenida por el mandato de Cristo, a pesar del fracaso que había tenido hacía pocas horas, se postra humilde ante su maestro diciéndole: "Apartate de mí, Señor, que soy un gran pecador". Y Jesús lo hace desde entonces pescador de hombres y lo mantiene a su lado entre los predilectos y lo constituye en piedra fundamental de su Iglesia. ¿Por qué? Porque vió su humildad sincera. Cultivemos entonces esta virtud que cautiva al mismo Dios.

3.—*No imitemos la conducta del fariseo.* El que, despreciando a los demás, se cree más justo y más cerca de Dios, se asemeja a Luzbel y a Nabucodonosor, rey de Babilonia: ambos en su soberbia se creyeron divinos y ambos fueron sepultados en los abismos. En cambio, Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, se anonadó hasta tomar forma de siervo para enseñar así al hombre que no hay virtud si no se basa en la humildad. Si el que pide está satisfecho de sí mismo como el fariseo, ¿qué le va a dar Dios? Toda súplica presupone una necesidad, luego hay que reconocerse menesteroso, ser humilde; y más absurdo será criticar la pajita en el ojo ajeno, desestimando la viga que llevamos en el nuestro.

Tema B:

COMO HA DE SER NUESTRA ORACION PARA QUE DIOS LA ACEPTE

Antes de exponer esta parábola de la oración del fariseo y del publicano, Nuestro Señor Jesucristo había propuesto otra muy tierna y elocuente: la del hijo pródigo, que todos conocemos. Cuando este joven había dilapidado ya su herencia en placeres y vicios y se encontró en la miseria envidiando aún las algarrobas que comían los cerdos que cuidaba, hizo un examen de conciencia y se dijo: "Iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros".

Estas palabras del pródigo arrepentido eran también una oración, una súplica llena de humildad y de confianza. Y ya sabéis cómo fué escuchada por su bondadoso padre: le dió vestiduras preciosas, le puso un anillo en su dedo y celebró su regreso con un banquete. A la vista está que esa súplica confiada y humilde ganó el corazón de su padre, que en la parábola, representa a nuestro Padre Dios.

En la parábola que la liturgia nos presenta hoy, hay también dos hombres que hacen una súplica, una plegaria a Dios en el templo. Uno fariseo que no se digna doblar la rodilla

ni pedir nada, sino que solamente se acuerda de decir a Dios lo bueno que ha hecho y lo dice con no disimulado orgullo. El otro, un publicano pecador, postrado en tierra, se golpea el pecho y pide clemencia a Dios, con humildad sincera.

¿De qué manera oramos nosotros: como el fariseo lleno de orgullo o como el pecador humilde? Esto es lo que debemos aprender de esta parábola tan gráfica que propuso el Señor para enseñarnos a orar ya en el templo, ya en cualquier parte que sea.

Cuatro condiciones ha de tener nuestra oración para que sea oída por Dios: debe ser atenta, confiada, perseverante y humilde. Por la atención, debemos olvidar en ese instante todas las preocupaciones humanas y concentrarnos solamente en Dios y en nosotros mismos; por la confianza, debemos pensar en que nada es imposible de alcanzar de un padre tan misericordioso como es Dios; por la perseverancia, no debemos desfallecer jamás en nuestras súplicas, fundándonos en las mismas promesas de Jesucristo cuando decía: "A todo el que pide se le dará y a todo el que persevera en llamar a la puerta se le abrirá". Pero la condición que ha de ser base y sostén de las demás es la humildad; esa humildad que tuvo el hijo pródigo y la que tuvo el publicano de esta lección de hoy.

El hijo pródigo por eso fué perdonado; el publicano, por eso también "bajó a su casa justificado y no el otro", como lo afirma Nuestro Señor Jesucristo. Y así lo establece como regla cuando saca la moraleja de su parábola estableciendo esta máxima: "El que se ensalza será humillado, y, por el contrario, el que se humilla será ensalzado".

Si la humildad, mezclada con el pecado, como era la del publicano, tanto puede, que aventaja a la virtud contaminada con la soberbia, ¿cuánto no podrá la humildad unida con la virtud? ¿Quién podrá decir las maravillas que alcanzará de Dios el que se humilla y al mismo tiempo es virtuoso? Así debe ser nuestra oración, como un fiel trasunto de la oración que el mismo Jesucristo elevaba a su Padre Celestial. Entonces sería siempre eficaz nuestra plegaria y se cumplirían plenamente en nosotros estas promesas divinas: "Pedid y recibiréis, golpead y se os abrirá". Que hoy y siempre así sea.

DOMINGO XI DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Marcos, cap. VII., 31-37.

"En aquel tiempo: Saliendo Jesús de los confines de Tiro, fué por Sidón al mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápolis. Y le trajeron un sordomudo, suplicándole que pusiese la mano sobre él para curarle. Y apartándole del tropel de la gente, le metió los dedos en los oídos: y con saliva le tocó la lengua: y alzando los ojos al cielo, suspiró y díjole: "Epheta", que quiere decir: "abríos". Y al punto se le abrieron los oídos y se le soltó el impedimento de su lengua, y hablaba con claridad. Y les mandó que a nadie lo dijesen. Pero cuanto más se lo mandaba, tanto más lo divulgaban, y tanto más se maravillaban, y decían: Todo lo ha hecho bien: Ha hecho oír a los sordos, y hablar a los mudos."

Tema A:

UN SORDOMUDO SUPLICANTE Y LOS SORDOMUDOS REBELDES

1.—*Enseñanza para todos.* Estamos en presencia de la curación milagrosa de un sordomudo verificada por Jesucristo a petición de los amigos del enfermo. Y en esta ocasión, como en la mayor parte de sus milagros, el Señor se propone dos objetos: curar esta enfermedad para demostrar su piadosa benebolencia y, con esto, hacer ver que en las enfermedades corporales hay una imagen de las otras del espíritu. Esta curación que nos refiere el Evangelio y el procedimiento que usa el Señor para realizarla nos enseñan principalmente cómo, para recobrar el oído y el habla para las cosas espirituales, hay que aislarse de vez en cuando del bullicio y de los ajetreos del mundo, que nos disipan y nos aturden la conciencia, para dejar en libertad de acción a la gracia divina. Por eso el Evangelio nos hace ver que Jesús, para curar esa sordera y esa mudez, aparta ante todo al enfermo, del tropel de la gente. Ahí tenemos la razón ascética de los retiros y ejercicios espiritua-

les, que han de hacerse en soledad y en silencio para sacar verdadero provecho y verdadera salud para el alma que padece dolencias semejantes a las de este enfermo.

2.—*Enseñanza especial para los judíos de ese tiempo.* Con suma claridad se ve aquí la intención inmediata de Jesús que quiere sugerir en la dolencia de ese enfermo, la dolencia voluntaria del pueblo hebreo: sordo estaba ese pueblo a las enseñanzas de Aquel que hablaba a sus corazones "como nadie había hablado"; mudo también estaba sin querer en ningún momento reconocer en sus obras y milagros el sello de su divinidad. Acaso el Señor en ese instante recordaba el anuncio de Zacarías acerca de esa multitud irreductible de su pueblo: "Ellos —dice el profeta— no quisieron escuchar y, rebeldes, volvieron la espalda y se taparon los oídos para no oír. Y endurecieron su corazón como un diamante para no hacer caso de la Ley, ni de las palabras que les había dirigido el Señor por medio de su espíritu..." (Zach., VIII, 11-12). El que, como esos hombres rebeldes, no quiere escuchar las enseñanzas, ni los mandatos ni los consejos de Dios; ya ha dejado de ser de Dios; por eso Jesús con toda autoridad les dice a aquéllos en cierta ocasión: "Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios". Limpiemos, pues, nuestra alma de esa soberbia farisaica que endurece el corazón, nos tapa los oídos y nos impide hablar de Dios.

3.—*Todo cristiano ha recibido esta curación.* El pecado original nos dejó por herencia esa torpeza de los sentidos para las cosas divinas. Por eso esta misma acción de Cristo que toca con su mano los sentidos de ese enfermo, se repite en las ceremonias del Bautismo; allí el sacerdote, ministro de Dios, toca, mojando con su saliva, los oídos y la nariz del bautizado, como para dejar expeditos esos sentidos para escuchar la palabra de Dios y aspirar el perfume del buen ejemplo; con esa misma intención dice: "Efeta", que quiere decir "abríos".

Cuando Cristo realizó el milagro en el sordomudo, los amigos del enfermo se maravillaban y decían de Jesús: "Todo

lo ha hecho bien". Sí, tal debe ser nuestra convicción, porque lo malo que hay en el mundo no es obra de Dios, sino del pecado, es decir, nuestra y por tanto debemos soportarlo todo con resignación. Atribuír a Dios el mal es una blasfemia, y es incalificable insolencia maldecirle por lo que no proviene de El, sino de nosotros mismos y de los demás. Si hemos puesto nosotros o nuestros semejantes las causas del mal, sepamos sufrir sus consecuencias como expiación de nuestras propias culpas.

Tema B:

FUIMOS LLEVADOS AL BAUTISMO COMO EL SORDOMUDO PARA RECIBIR LA GRACIA

Hoy el Evangelio nos muestra a Jesucristo curando a un sordomudo con ciertas ceremonias que no usaba con los demás enfermos para darles la salud. Ante los demás, El sólo daba una orden: "toma tu camilla y vete", le dijo al paralítico de la piscina de Siloé; "Id y mostraos a los sacerdotes", les dijo a los diez leprosos; "¡Lázaro! sal fuera", le dijo al amigo difunto que resucitó en Betania.

¿Por qué ahora ante este sordomudo emplea otra manera para obrar el milagro de su salud? Primero lo aparta de la gente, luego le introduce los dedos en los oídos, humedece con su saliva la lengua y, por fin, pronuncia esa palabra "Epheta", abríos, que en el bautismo sigue pronunciando el sacerdote, como entonces Jesucristo. ¿Qué indica todo esto? Que en este caso Nuestro Señor se ponía al alcance de un discípulo peor dotado que los demás. Para que ese sordomudo comprendiera que, junto con la salud del cuerpo, le daba también la salud del alma, emplea esos ritos; es lo que hace un maestro para enseñarle algo a un niño.

Veamos ahora nosotros, cómo de una manera semejante, se nos dió en la niñez la salud de la gracia santificante que nos hizo cristianos con el bautismo.

Aquel enfermo fué llevado hasta Cristo; él no lo buscó ni pidió ir. Nosotros tampoco buscamos a Cristo; fuimos lle-

vados a la fuente bautismal, porque no nacemos cristianos, sino que somos hechos cristianos por este sacramento: *fimùs, non nascimur,* dice Tertuliano. Hay gente que, con Erasmo de Roterdam, dicen que a nadie debiera bautizársele sin que él mismo lo pida. Si aquel enfermo se hubiese resistido a los que querían llevarlo a Cristo para que le diera la salud, calificaríamos su conducta de absurda; pues bien de igual manera sería absurda la conducta o la norma que quieren esas gentes tan celosas de la libertad de pensamiento. Con igual lógica se podría impedir que se llamase al médico tratándose de un niño enfermo, porque es un niño cuya libertad hay que respetar; que es preciso que crezca y se dé bien cuenta de su enfermedad y él mismo pida un médico... ¿Pero y si el niño mientras tanto se muere? ¿Para qué le servirán esos falsos respetos a su libertad, si con eso se le viene la muerte? Y en nuestro caso se trata no de la salud del cuerpo, sino de la vida espiritual, de la salvación eterna. Por eso la Iglesia quiere que a los párvulos se les bautice antes de los ocho días de su nacimiento. Pues que se trata de un sacramento indispensable para salvarse; no de un sacramento voluntario como el orden o el matrimonio.

Ahora bien, siguiendo con los ritos del bautismo, veremos la semejanza que se establece con la curación del sordomudo. El sacerdote puso sal en nuestros labios; nos ungió con crisma nuestro pecho; tocó nuestros oídos con su saliva, como Cristo, y nos dijo también "épheta", abríos, antes de derramar sobre nuestra cabeza el agua bautismal diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

¿Por qué la Iglesia usa estos ritos? Dice San Juan Crisóstomo: "Si fueras incorpóreo, si sólo tuvieras alma, el Señor se te hubiera dado a conocer por signos puramente espirituales; pero como eres de espíritu y de carne a la vez, para dártete a conocer de un modo apto, ha tenido que emplear estos signos, en parte corpóreos y en parte inmateriales". Son signos que por sí solos no tienen ninguna virtud, mas, como acciones morales que son de Cristo, vienen a ser como con-

densadores de la virtud omnipotente de Cristo: hacen lo que significan.

Nuestra naturaleza era sorda y muda, no apreciaba los bienes del espíritu; nos tuvieron que llevar a Cristo, porque no sabíamos ir a El. "Un día fuimos tinieblas —decía San Pablo—; mas ahora, gracias al bautismo, somos ya luz en el Señor". Nos dió *la fe que viene por el oído.*

DOMINGO XII DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. X, 23-37.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo, que muchos reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. En esto, se levantó un doctor de la ley, y le dijo por tentarle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Y él le dijo: En la ley, ¿qué hay escrito? ¿cómo lees? Y él respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, y toda tu alma, y todas tus fuerzas, y todo tu entendimiento: y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido: haz eso, y vivirás. Mas él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: Y ¿quién es mi prójimo? Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, y después de haberlo herido, lo dejaron medio muerto, y se fueron. Y sucedió que, por casualidad, pasaba por el mismo camino un sacerdote, y aunque lo vió, pasó de largo. Asimismo un levita, y llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un viajero samaritano se llegó cerca de él; y cuando le vió movióse a compasión. Y acercándose, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino: y subiéndole en su cabalgadura, lo llevó a una venta, y tuvo cuidado de él. Y al día siguiente sacó dos denarios, y los dió al posadero, diciéndole: Cuídamelo, y cuanto gastes de más, yo te lo abonaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel, que cayó en manos de los ladrones? Aquél —res-

pondió el doctor—, que usó con él de misericordia. Pues bien, le dijo entonces Jesús, anda y haz tú lo mismo."

Tema A:

QUIEN ES EL PROJIMO Y COMO DEBE AMARSELE

1.—*¿Por qué Jesús llama felices a sus discípulos?* Siempre son felices los que aprenden la verdad y hacen el bien, y más, si con sus ojos pueden ver al que es la absoluta Verdad y el supremo Bien. Muchos profetas y reyes del pueblo israelita suspiraron por ver y oír al Mesías, al Redentor prometido que vendría a revelar toda la verdad y a hacer a todos el bien salvando al hombre con el precio de su sangre. Sus deseos no se cumplieron; mas ésos sus discípulos, tuvieron la dicha de ver al Redentor, al Dios humanado; de ver sus obras perfectas y de oír sus palabras fecundas de enseñanzas salvadoras: por eso Jesús los llama felices. De igual manera nosotros lo seremos, aun en esta vida si contemplamos con la fe a Jesucristo, que se quedó oculto entre nosotros bajo las especies eucarísticas; seremos dichosos si en el Evangelio escuchamos sus enseñanzas y mandatos, y los observamos en nuestra conducta diaria; y seremos invencibles si en sus sacramentos sabemos recibir su gracia, su fortaleza y sus santas inspiraciones.

2.—*Las preguntas del doctor de la ley.* Dos fueron las preguntas que, por tentarle, hizo ese doctor a Jesucristo. La primera fué ésta: "¿Qué haré para poseer la vida eterna?" El Maestro divino le hace responderse a sí mismo preguntándole qué es lo que manda la Ley; a lo que el doctor responde con el resumen de toda la Ley: el doble mandato del amor a Dios y del amor al prójimo; apruébale Jesús esta contestación, asegurándole que si hace eso, obtendrá la vida eterna. Mas luego el doctor, tratando de disculparse por no observar bien el precepto del amor al prójimo, hace esta segunda pregunta a Jesús: "¿Quién es mi prójimo?"; porque ese doctor, fariseo y soberbio, no ve quién pueda ser digno de llamarse su semejante, su prójimo. A esto responde el Señor

de una manera solemne y a la vez irónica para el tentador, haciéndole reconocer como prójimo a un samaritano, es decir a un enemigo suyo. Y es que el precepto de la caridad es universal, no excluye a nadie ni por su raza, ni por su categoría ni por su religión: todos somos criaturas de Dios y todos estamos redimidos con la misma sangre de Jesucristo; en una palabra, todos somos hermanos.

3.—*El buen samaritano nos enseña la caridad fraterna.* En la parábola que Jesús le presenta a su interlocutor, el samaritano viajero cumple cabalmente con las cualidades que debe tener la caridad fraterna. Esta ha de ser interior, queriendo el bien del prójimo, para que no sea puro formulismo; y ha de ser exterior, haciendo el bien a la medida de nuestras fuerzas. El samaritano prodiga sus cuidados al hombre herido y asaltado; lo lleva en su cabalgadura hasta la hostería cercana y entrega dinero para pagar los cuidados y medicinas que necesite. La verdadera caridad se basa en el amor de Dios, porque es El quien nos la exige: "La caridad proviene de Dios", dice San Juan; se basa en el amor de Jesucristo, puesto que El mismo quiso sustituírse por los más pobres y desgraciados: "Todo lo que hiciereis con alguno de estos pequeñuelos, a mí me lo hacéis." Y no olvidemos que Cristo ha prometido salvar en el día de las cuentas a los que dieron de comer al hambriento y de beber al sediento; a los que visitaron al enfermo y vistieron al desnudo.. porque al hacerlo con ellos, con El mismo lo hicimos. Por eso El llamaba "mandamiento nuevo" a este precepto de caridad, porque desde entonces El iba a estar presente en cada hombre que consoláramos y socorriéramos, fuere amigo o enemigo: ¡que el mundo conozca en eso que somos cristianos!

Tema B:

NORMAS PRACTICAS DE LA CARIDAD FRATERNA

En el Evangelio del Domingo V después de Pentecostés, el Divino Maestro nos enseñaba el precepto de la caridad en su aspecto negativo: nos decía que este precepto no sólo pro-

hibía el homicidio, sino también el rencor y el insulto, bajo pena de caer en el fuego del infierno.

En el Evangelio de hoy, vuelve a hablarnos otra vez del precepto de la caridad con el prójimo, pero en su aspecto positivo resumido en estas palabras: "Amarás al prójimo como a tí mismo", que le hace decir a un doctor de la Ley.

Pero ¿cómo ha de ejercitarse este amor? Para explicarlo, Jesucristo expone la bella parábola del Buen Samaritano. En ella nos enseña que nuestro prójimo son todos los hombres, amigos o enemigos, niños o ancianos, sanos o enfermos, sin distinción de pueblos ni de razas. Y así lo entendió San Pablo cuando decía a los romanos (c. XII, 20) "Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; dale de beber si está sediento". Hasta el sentimiento popular nos enseña que "obras son amores y no buenas razones".

Pues bien, ¿cuándo estaremos obligados a conducirnos así con el prójimo? Ante todo conviene saber que hay dos clases de bienes con que podemos auxiliar al prójimo: los materiales y los espirituales, que el Catecismo de la doctrina cristiana enumera en sus obras de misericordia. Los bienes espirituales son nuestra oración, la enseñanza, el buen consejo: en una palabra nuestro buen ejemplo de cristianos; estos bienes los podemos dar todos, ricos y pobres. Los bienes materiales son todos los otros, como el sustento, el vestido, el dinero, etc. Así podemos auxiliar a nuestros semejantes en el alma y en el cuerpo.

El don espiritual de la oración, por ejemplo, no se ha de limitar nunca a la sola persona que ora; la oración ha de ser católica, es decir universal. Cuando N. S. Jesucristo nos enseñó a orar, no nos mandó que dijéramos: "no *me* dejes caer en tentación", sino "no *nos* dejes caer en tentación", es decir ni a mí ni a los demás. Los labios del cristiano deben tener para todos un buen consejo y para todos debemos dar buen ejemplo.

En cuanto a los bienes materiales, hay normas claras para ejercer la caridad. Cuando el prójimo se halla en necesidad extrema, entonces debemos socorrerle aun con las cosas que nos sean necesarias hasta librarlo de su apremio urgente; si

su necesidad no es extrema, sino grave, entonces bastará que le demos algo de nuestros bienes superfluos; y si su necesidad es nada más que común, entonces la caridad nos obligará a darle alguna ayuda de vez en cuando.

El buen samaritano de esta parábola halló a su prójimo en necesidad extrema, despojado y herido; por eso le vendó las heridas después de curárselas con aceite y vino; lo acomodó en su propia cabalgadura y lo llevó a una hostería, pagando los cuidados que su estado exigiera.

El viajero que hoy, yendo en su automóvil, viese a un hombre en esas mismas condiciones peligrosas para su vida, curara sus heridas y colocándolo en su automóvil, a pesar de la urgencia de su viaje, lo llevase a una posta de Asistencia Pública, o a un hospital, proveyendo a sus cuidados y dando aviso a su familia, sería indudablemente no un buen samaritano, sino un buen cristiano que cumplía con el precepto del amor al prójimo. Y con su buena acción daría además el buen ejemplo. El cristiano debe ser para el hombre una imagen viva de Cristo.

DOMINGO XIII DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. XVII, 11-19.

"En aquel tiempo: Caminando Jesús hacia Jerusalén, pasaba por entre Samaria y Galilea. Y entrando en una aldea, saliéronle al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y gritaron, diciendo: Jesús, Maestro, apiádate de nosotros. El, cuando los vió, dijo: Id y mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que, mientras iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando vió que había quedado limpio, volvió glorificando a Dios a grandes voces, y se postró, rostro en tierra, a los pies de Jesús, dándole gracias: y éste era samaritano. Y dirigiéndose a él Jesús, le dijo: ¿Por ventura no fueron diez los curados? Y los otros nueve ¿dónde están? No ha habido quien volviese a dar gloria a Dios, sino este extranjero. Y le dijo: Levántate, véte, que tu fe te ha salvado".

Tema A:

LA FE DEBE SER AGRADECIDA Y OBEDIENTE

1.—*Jesucristo premia la fe y la obediencia.* El texto evangélico de hoy nos relata la curación de diez leprosos que en los suburbios de una aldea salieron al encuentro de Jesús y le suplicaron con clamores: "¡Maestro, apiádate de nosotros!" El Señor los mira y les dice solamente esto: "Id y mostraos a los sacerdotes". Esos pobres enfermos que le han suplicado con fe, ahora le obedecen sumisamente, confiados en su palabra. Pues, bien, por esta fe y esta obediencia, el Señor los premia sanándolos cuando aun iban en camino para cumplir lo ordenado. Jesús, que no venía a destruír la Ley, les ha ordenado cumplirla, porque según ella, los sacerdotes eran los que debían certificar la curación absoluta de todo leproso. Y en este caso, esos mismos sacerdotes, quizás mal que les pese, tienen que certificar aquí la realización de un milagro del Mesías. Así se vale Dios aun de sus propios enemigos para ejecutar los designios de su Providencia.

2.—*La gratitud complace a Dios.* Y aconteció que mientras los leprosos caminaban, quedaron sanos, y uno de ellos al darse cuenta del milagro, volvió glorificando a Dios a grandes voces y postrándose a los pies de Jesús le daba gracias. Es te era un buen samaritano, bueno como el de la parábola que socorrió al herido en su camino; su actitud de agradecimiento y de sencillez contrasta con la ingratitud y la soberbia de sus otros nueve compañeros judíos que, apenas recibido el beneficio, olvidaron al Bienhechor. Ante este hombre humilde y reconocido, Jesús pone de relieve la actitud indigna de los demás, diciendo: "¿Por ventura no fueron diez los curados? ¿Y los otros nueve dónde están?" Y le dice al samaritano: "Levántate, véte, que tu fe te ha salvado". Esta historia se repite a menudo, porque muchos son los que, en tiempos de prueba y de necesidades, claman al cielo hacen "mandas", triduos o novenas, y muy pocos los que, en prueba de agradecimiento, vuelven a la práctica fiel de sus deberes religiosos. Muchas veces son más cumplidores de estos deberes los

convertidos, que los que se dicen cristianos. No seamos ingratos como los leprosos judíos, seamos como el samaritano agradecido que glorifica a Dios y le rinde su corazón.

3.—*"Id a los sacerdotes."* Si esta lepra del cuerpo nos recuerda y simboliza la lepra del alma, que es el pecado mortal, la exigencia de Jesús, de que esos diez leprosos se presenten a los sacerdotes nos enseña la necesidad de presentarnos también nosotros a los sacerdotes de Cristo para limpiarnos de esa grave enfermedad del alma. Es cierto que, como aquellos enfermos, aun antes de recibir la absolución sacramental podemos quedar ya perdonados y limpios en virtud del sincero arrepentimiento, del dolor perfecto y verdadero propósito de enmienda; pero no es menos cierto que, como en la Ley antigua, Jesucristo dejó establecido el medio positivo por el cual deben ser perdonados los pecados: el sacramento de la Penitencia. Por eso dijo a sus apóstoles: "A aquéllos a quienes les perdonareis los pecados, les serán perdonados". La Confesión tiene las tres cosas más capaces de conquistar su misericordia y reconciliarnos con El: la humillación, que ataca al pecado en su raíz, el orgullo; el arrepentimiento, que está íntimamente unido a la declaración de las culpas, y la expiación o satisfacción penal que debemos por nuestras faltas. Por medio de la absolución sacramental, los que cumplen con los requisitos necesarios para el perdón, tienen un signo sensible y oficial de su reconciliación con Dios. Cuando estemos manchados por la lepra del pecado, obremos en todo como el samaritano de este Evangelio.

Tema B:

DE LA INEXPLICABLE INGRATITUD HUMANA PARA CON SU DIOS

Hoy la liturgia nos presenta un Evangelio que podríamos llamar el de la ingratitud humana para con su Dios. Diez leprosos, apenas conocieron a Jesús, alzaron su voz para pedirle la salud: "Jesús, le dijeron, ten lástima de nosotros". Estuvieron muy prontos para pedir y pedirlo con fe. Pero,

una vez sanos de su lepra, se olvidaron de agradecer el beneficio: sólo un extranjero, un samaritano, glorificando a Dios y postrándose en tierra, dió gracias a Jesucristo.

El Salvador tuvo entonces una frase de amargura condensada en estas palabras: "Pero ¿no eran diez los que fueron curados? ¿Y los otros nueve dónde están?" ¡Con qué dolor diría esto el Señor, pensando en la ingratitud de su pueblo! —ya que los otros nueve eran judíos—. ¡Nada hiere tanto a un corazón bondadoso, como la ingratitud!

Pues bien, este Evangelio debiera ser recordado siempre por nosotros los cristianos, los que hoy formamos su pueblo, para no caer jamás en esta ingratitud.

Nadie piense que está exento de mil favores de Dios.

Llegamos a la vida, porque Dios quiso pensar y pensó en nosotros; por nuestra parte no éramos nada y en nada habríamos quedado, si El no nos hubiera infundido la vida a través de nuestros padres. Desde ese instante, ¿qué hay en nosotros que no lo hayamos recibido de El?

Los millares de beneficios que a diario recibimos, son unos de orden material y otros de orden espiritual. Miremos la creación entera y comprendamos que el sol, el agua, la luz, la tierra y el cielo son elementos con que Dios nos está obsequiando. Acaso no damos importancia a esto porque no nos cuesta nada; pero pensad qué desgraciados seríamos si tuviéramos que pagar la luz con que nos alumbra el sol o el aire puro y saludable que respiramos a cada minuto. Son éstos, beneficios tan grandes, que a precio de oro los pagarían los ciegos que carecen de luz. ¿Cómo correspondemos nosotros a estos favores que día y noche nos está haciendo Dios, sin distingos de buenos y de malos? Porque El da el sol y da las lluvias sobre justos y pecadores.

Y sin embargo, el hecho cotidiano es que "el Amor no es amado" y que a fuerza de la costumbre de recibir estos dones constantemente, nos olvidamos como los nueve leprosos ingratos, de rendirle nuestro reconocimiento por tantas finezas. Esto pasa en el orden material.

Y si de este terreno pasamos al orden sobrenatural, al mundo de la fe, ¿en qué océano de favores no nos vemos

sumergidos? Meditémoslo. Dios no se contentó con crearnos y mantenernos en la vida; quiso además hacernos sus hijos, hacernos participantes de su misma naturaleza divina. Esto quiere decir que nos dejó su gracia en los sacramentos, por la cual nos hace hijos adoptivos suyos, nos comunica su naturaleza como primer principio de los actos que le son esencialmente propios. Así nos vemos sublimados sobre toda naturaleza creada y nos hacemos capaces de elevarnos hasta la visión beatífica, o para hacernos dignos de ella: ¿cabe mayor dignidad que ésta de poder contemplar un día a Dios tal como es en sí?

Como simples criaturas inteligentes, sólo podríamos conocer a Dios por reflejo de las perfecciones creadas, o como en enigma, según dice San Pablo. Dios ha querido concedernos el gran don de que lo veamos y nos gocemos eternamente contemplándole como es en sí. Al pensar en esto ¿no es verdad que debiéramos dar gracias sin cesar al Eterno Padre?

Avivemos nuestra fe y, como el samaritano agradecido, volvamos nuestros ojos al Dios de las alturas para decirle con el canto de gloria: "Gloria a Dios en los cielos... ¡Oh Señor, te alabamos, te bendecimos; te adoramos; te damos gracias por todos tus beneficios".

DOMINGO XIV DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. VI, 24-33.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Ninguno puede servir a dos señores: porque, o aborrecerá al uno y amará al otro; o al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Por tanto, os digo: No os inquietéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para vuestro cuerpo. ¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni tienen graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta.

Pues ¿no sois vosotros más que ellas? Y ¿quién de vosotros, a fuerza de discurrir, puede añadir un codo a su estatura? Considerad cómo crecen los lirios del campo: ellos no trabanjan, ni hilan. Y sin embargo yo os digo, que ni Salomón en el apogeo de su gloria, llegó a vestirse como uno de éstos. Pues si al heno del campo, que hoy es y mañana arde en el horno, Dios así lo viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? porque los gentiles se afanan por estas cosas. Ya sabe vuestro Padre, que tenéis necesidad de todas estas cosas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios, y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas".

Tema A:

LOS AFANES TERRENOS NO HAN DE PRIMAR SOBRE LOS DEL ESPIRITU

1.—*Los dos señores que nos solicitan.* La Iglesia quiere que hoy meditemos bien un principio fundamental para nuestra conducta de vida, y es éste: estamos en el mundo para conocer, amar y servir a Dios y de este modo merecer la vida eterna. Pero hé aquí que nos sale al encuentro la ambición de los bienes terrenales, que trata de ganar nuestro afecto oponiendo el amor de los placeres efímeros al amor de Dios, el servicio de sí mismo al servicio de Dios y al bien del prójimo. Por eso el Evangelio de hoy, que es un fragmento del sermón de la montaña, nos recuerda esta sentencia del Salvador: "Nadie puede servir a dos señores". Dios y el mundo, el espíritu y la carne, son dos señores que se disputan nuestro afecto y nuestra servidumbre. La elección razonable y tranquila no es difícil, porque ¿quién nos dió la vida actual y quién nos asegura la vida eterna? El designio providencial de Dios. El mundo, las riquezas, los placeres no nos trajeron a la vida ni nos aconpañarán después de la muerte al paraíso prometido a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los limpios de corazón: todos los honores, toda la fortuna y todos

los placeres de la tierra nos abandonarán en el umbral de la eternidad. Busquemos entonces, primeramente el reino de Dios y su justicia, que lo demás se nos dará por añadidura, como nos promete Jesucristo; aseguremos ante todo nuestra salvación eterna.

2.—*El consejo de San Pablo.* En la Epístola a los Gálatas, de la misa de hoy, la Iglesia nos presenta a este propósito el consejo del Apóstol: "Hermanos, dice, proceded según el espíritu, y no sigáis los apetitos de la carne. Porque la carne desea al revés del espíritu, y el espíritu al revés de la carne; como que son cosas entre sí opuestas, por lo cual no hacéis vosotros todo aquello que queréis"; y luego enùmera todos los pecados que son obra de la carne. San Pablo tenía, pues, presente la sentencia de Cristo de que ninguno puede servir a dos señores contrarios. El divino Maestro que comenzó su gran sermón de la montaña diciendo: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos", señala ahora como un amo opuesto a su doctrina, a las riquezas porque la fortuna conduce fácilmente al poder, a los honores y a los placeres que nos aturden los sentidos y el alma para no ver el camino de sacrificio, de abnegación y de caridad que nos lleva al cielo; nos entretienen en todo lo de aquí abajo, impidiéndonos ocuparnos en lo único necesario para salvarnos: el cumplimiento de los preceptos divinos que se refieren a Dios y al prójimo. No nos engañen estos cantos de sirena de las riquezas, que el Señor llama por eso "riquezas de iniquidad".

3.—*Confiemos en la Providencia.* Con elocuencia divina Jesús nos manifiesta el cuidado que Dios tiene de las aves y de las flores y que mayor cuidado tiene El de nosotros, porque conoce todas nuestras necesidades y es nuestro Padre. Pero es necesario comprender que lo que Jesús condena es la ambición, es decir el apego desordenado a los bienes de la tierra. Al aconsejarnos que busquemos *primeramente* los bienes del alma, que nos dan derecho al reino de Dios, nos indica que no debemos descuidar tampoco los bienes honestos, necesarios para vivir. La previsión y el ahorro prudentes y moderados no van contra la Providencia, antes bien son vir-

tudes que Dios premia con la tranquilidad respecto al porvenir, dejándonos libres para hacer las obras buenas que nos merecerán el cielo. Confiemos en la bondad del Padre que nos espera en su reino celestial.

Tema B:

REVISION DE VALORES EN LA VIDA CRISTIANA

Esta vida breve o larga que pasamos en la tierra es un continuo combate entre la carne y el espíritu. Ya lo decía el Santo Job: *Militia est vita hominis super terram;* nos lo dice claramente la experiencia que nos hace ver dos fuerzas, dos bandos que se disputan nuestra voluntad: la carne y el espíritu. Aunque existiera solamente un hombre bajo el sol, este hombre sentiría en sí mismo esta lucha. Darse bien cuenta de esto ya es una gran posición para precavernos de los peligros que acechan a nuestra alma.

Uno de los frentes de batalla es el de las riquezas, que nos ilusionan surgiriéndonos que con ellas alcanzaremos la felicidad. Pero he aquí que el Evangelio de hoy nos sale al paso y nos dice: "No se puede servir a Dios y a las riquezas". Entendamos bien lo que con esto quiere decirnos Jesucristo.

El no nos quiere decir que nos despreocupemos del dinero, que no se puede servir a Dios teniendo riquezas, no; El nos dice que "no se puede *servir* al mismo tiempo a Dios y a las riquezas", es decir que no podemos ser siervos de las riquezas si somos siervos de Dios. No nos prohibe tener riquezas o trabajar para tenerlas y subvenir a nuestras necesidades; lo que nos prohibe es la idolatría del dinero, el hacerse esclavo de él. Un anticuario muy bien puede tener un ídolo en sus celecciones sin ser por eso idólatra.

Para combatir con éxito en esta lucha entre la avaricia y la virtud, entre la carne y el espíritu, debemos hacer una revisión de valores; establecer una gradación objetiva y real para no alterarla jamás. En la cúspide de estos valores debe estar naturalmente Dios, de quien somos creaturas y a quien debemos servirle, obedecerle y amarle; después está nuestra

alma, porque es inmortal; después nuestro cuerpo, porque es el compañero del alma en la tierra y a ella debe servirle; después están todos los otros bienes de este mundo.

Esta gradación la está sugiriendo el mismo Jesucristo en el Evangelio de hoy: "El alma —nos dice— ¿no vale más que el alimento?" ¿no ocupa un sitial más alto? Indudablemente. "Y el cuerpo ¿no vale más que el vestido?" Así, pues, el alimento y el vestido han de ser para el cuerpo; y como más que el cuerpo vale el alma, ésta ha de ser la señora del cuerpo y cuando haya colisión de derechos, es justo que prevalezcan los derechos del espíritu sobre los del cuerpo.

No dejemos, pues, que la carne ni el dinero subyuguen a nuestra alma: restablezcamos siempre este orden poniendo nuestra confianza en Dios, en su bondad y providencia. Así nos lo enseña el Divino Maestro en el Evangelio de hoy con un toque de inefable poesía: "Dios que cuida de las aves y de los lirios, ¿dejará de cuidarse del hombre y de sus necesidades?"

Estamos navegando en un mar cambiante de bonanzas y de borrascas; para vivir bien y no perder el rumbo de la felicidad eterna, cada uno debe manejar dos remos que los monjes antiguos llamaron *ora et labora,* es decir, el orar y el trabajar: éstas han de ser las dos armas con que debemos llegar al puerto de la eternidad: amar a Dios sirviéndolo y trabajar con la confianza puesta en El. Seamos sus siervos fieles, y de los bienes de la tierra, no seamos esclavos, sino señores.

DOMINGO XV DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. VII, 11-16.

"En aquel tiempo: Iba Jesús a una ciudad, llamada Naím, e iban con El sus discípulos y una gran muchedumbre. Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; e iba con ella gran acompañamiento de gente de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de compasión por ella, le dijo: No llores. Y se acercó, y tocó el féretro. Y los

que lo llevaban se pararon. Y El dijo: ¡Muchacho, contigo hablo, levántate! Y se incorporó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y se lo entregó a su madre. Con esto se apoderó de todos el temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo."

Tema A:

JESUS COMPASIVO MUESTRA SU DIVINIDAD ANTE LA MUERTE

1.—*Amor compasivo de Jesucristo.* Con el episodio que nos refiere hoy el Evangelio, se nos manifiesta una vez más el amor compasivo del Corazón de Jesús que se conmueve ante los dolores y las desgracias humanas y vierte sus consuelos y sus remedios. Como en las dos ocasiones que multiplica los panes para las muchedumbres fatigadas, como en la piscina de Siloé en que encuentra a un paralítico que desde muchos años esperaba pacientemente su salud, aquí, en las afueras de Naím, al encontrarse con una madre viuda que sigue llorando desconsolada el cadáver de su hijo único, Jesús movido de compasión se acerca a consolarla: "No llores", le dice y de inmediato, detenido el féretro y su cortejo, dice imperativamente al joven difunto: "Muchacho, a tí te digo, levántate." Y se incorpora el que estaba muerto y comienza a hablar; Jesús entonces se lo entrega a su madre. He aquí los consuelos que sabe dar Jesucristo a las almas que sufren sus dolores resignadamente; con razón había dicho en el sermón de la montaña: "Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados". En nuestros duelos y desgracias no busquemos los consuelos de los hombres: no pueden darlos ni los grandes cortejos ni las numerosas flores con que se despide a los difuntos; solamente la oración hecha con fe y resignación nos dará el consuelo de Dios.

2.—*Esta resurrección atestigua la divinidad de Cristo.* Una resurrección tan real como ésta, realizada en tales circunstan-

cias, no puede ser obra de un hombre, sino de Dios. El difunto iba a ser ya sepultado; iba a la usanza de la época con el rostro descubierto, a la vista del numeroso cortejo de parientes y amigos; el milagro se realiza, pues, en público y a la sola orden de Aquel que lo detiene en su camino. Nadie podía negar el hecho sorprendente; al contrario, todos se atemorizaron y glorificaron a Dios por el milagro, nos dice el texto evangélico. Cierto es que Elías y Eliseo, San Pedro y San Pablo resucitaron también difuntos; pero aquellos profetas lo hicieron orando y en nombre de Dios, y estos apóstoles alcanzaron esos milagros en nombre de Jesucristo. Sólo Jesucristo pudo resucitar a la hija de Jairo, al hijo de esta viuda y a Lázaro con una simple orden, como verdadero Dios, dueño de la vida y de la muerte; y como tal, por su propia virtud resucitará glorioso al tercer día de su muerte. Tales hechos, reconocidos por los mismos enemigos de Jesús, son fundamentos inamovibles de nuestra fe y prenda de nuestra esperanza en la resurrección final anunciada por Cristo.

3.—*Aplicación moral.* Cuatrocientos y tantos años después de este episodio que hemos leído en el Evangelio, otra madre viuda seguía dolorosa la sombra de su hijo, muerto a la fe, a la vida sobrenatural. Santa Mónica orando y llorando esta muerte espiritual de su hijo Agustín, seguía sus pasos de Tagaste a Cartago, de Cartago a Roma, y de Roma a Milán en donde Dios lo resucitó a la fe y a la gracia y, como en el Evangelio de hoy, resucitado, se lo entregó a su madre. Pero la viuda de Naím y la viuda de Tagaste ¿no se asemejan también a la Santa Iglesia de Cristo? Esta Madre universal cuánto ha llorado esas muertes espirituales de sus hijos que, como el hijo pródigo, son cadáveres ambulantes que se van tras los placeres, o los errores o las apostasías. Pero ella, la Iglesia, con sus oraciones por esos infieles, herejes y pecadores, cuántas veces ha obtenido la resurrección de numerosos hijos que Dios le ha devuelto, a veces con vida superabundante y fecunda para su bien y su gloria. Pidamos, pues, con la Iglesia, por la conversión de los herejes y pecadores del mundo.

Tema B:

LA FE Y LA ESPERANZA DEL CRISTIANO ANTE LA MUERTE

El evangelista San Lucas —que según la tradición antigua, era pintor —nos ha dejado aquí un cuadro de dolor y desolación: el de una pobre viuda llorando ante el cadáver de su hijo único que, con su muerte la priva no sólo de su amor filial, sino también de su ayuda y de su sostén para el resto de sus días.

Alguna vez cada uno de nosotros habrá llorado también como esa mujer, la muerte de un hijo, o de su padre, o de su madre o de algún amigo querido. Es éste un dolor muy humano; nadie puede condenarlo. San Bernardo una vez tuvo que suspender una plática a sus monjes, al recordar la muerte de un querido hermano suyo. Si es cierto, pues, que este dolor es inevitable, también es cierto que podemos hacerlo provechoso para el que lo sufre y para el que muere.

Pensad un momento en esto: si esa viuda de Naím hubiera sabido que al ir a sepultar a su hijo, iba a encontrarse con Jesús y que este Señor compasivo iba a resucitárselo, ¿no es verdad que sus lágrimas no habrían sido tan amargas? ¿No es verdad que su congoja habría sido aliviada con esa esperanza cierta?

Pues el cristiano que pierde a alguno de sus padres, a algún hermano o amigo, sabe ya por su fe que no ha muerto del todo y para siempre. Sabe que ese mismo Jesús que resucitó al hijo de esta mujer de Naím, a Lázaro y que se resucitó a sí mismo, resucitará también un día al ser querido que hemos llevado a la tumba. Esto es lo que decía San Pablo a los Tesalonicenses: "Así como creemos que Cristo murió y resucitó; así debemos creer que Cristo resucitará un día a todos los que murieron en El" (I Thes., IV, 13). Tan cierto como el hecho de la resurrección de Cristo, es pues para nosotros el hecho de nuestra resurrección futura. Esto nos lo asegura la fe.

Pues bien, esta convicción de que nuestro ser habrá de

resucitar ha de ser para nosotros un consuelo inefable, un lenitivo mejor que el agua de azahar que se da a beber a los que gimen y lloran ante el cadáver de una persona amada.

Como cristianos, debemos hacer que el dolor de la muerte sea provechoso y fecundo para nuestros difuntos. ¿De qué manera? Recordando este dolor, no para verter nuevas lágrimas, sino para acrecentar nuestras oraciones y nuestras buenas obras en favor de ellos.

Los que hemos sido bautizados y creemos en Cristo formamos un solo cuerpo místico con El, que es nuestra Cabeza. En este cuerpo hay diversos miembros: unos ya gloriosos que son los santos; otros que todavía luchan por alcanzar esa gloria y somos nosotros; otros que están acrisolando ahora sus almas en las llamas de la purificación para poseer luego las palmas del triunfo que en la vida ganaron.

A estos últimos que están en el Purgatorio, nosotros, los militantes de la tierra, podemos auxiliarlos. Esto es posible hacerlo con nuestras oraciones y sufragios y sobre todo con el sacrificio de la Misa.

Hemos de tener presente que en la Misa el principal oferente no es el sacerdote que celebra, sino el mismo Jesucristo a quien él representa. Así pues es Cristo el que en ella ora, el que pide, el que da gracias y el que expía. Por eso ofrecer este sacrificio por los difuntos es hacer que la misma Víctima divina ore, pida, ofrezca sus sufrimientos redentores otra vez por ellos: eso es la Misa aplicada por los fieles difuntos.

No olvidemos estas consoladoras lecciones de nuestra fe y así encaucemos el dolor de la muerte para que sea provechoso y fecundo para nosotros y nuestros difuntos.

DOMINGO XVI DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Lucas, cap. XIV, 1–11.

"En aquel tiempo: Entrando Jesús un sábado, a comer, en casa de un fariseo principal, le estaban acechando. Y he

aquí que un hombre hidrópico estaba delante de él. Y Jesús, dirigiendo su palabra a los Doctores de la Ley y a los Fariseos, les dijo: ¿Es lícito curar en sábado? Mas ellos callaron. Entonces Jesús lo tomó de la mano, le sanó y le despidió. Dirigiéndose después a ellos, les dijo: ¿Quién de vosotros, viendo su asno o su buey caído en un pozo, no le saca luego, en día de sábado? Y no le podían replicar a estas cosas. Y observando también cómo los convidados escogían los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado a bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro convidado más digno que tú, y venga aquél que os convidó a ti y a él, y te diga: Deja el sitio a éste; y entonces tengas tú que ocupar el último lugar, con vergüenza tuya. Mas cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último puesto, para que cuando viniere el que te convidó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces serás honrado delante de los demás comensales: porque todo aquel que se ensalza, será humillado: y el que se humilla será ensalzado".

Tema A

JESUS Y EL DIA FESTIVO

1.—*Celo de Cristo para enseñar.* Siempre Jesucristo, entre amigos o enemigos, aprovechaba toda ocasión oportuna para enseñar, corregir y hacer el bien. En el Evangelio de hoy lo vemos desempeñar estos tres actos de caridad durante una comida a que lo ha invitado un señor fariseo. Entre los invitados había Doctores de la Ley y otros fariseos que espiaban cuanto decía y hacía Aquel a quien, mal que les pesara solían llamar "Maestro". Aquel "hijo del carpintero" que a los doce años confundía con su saber a los Doctores de la Ley en el Templo de Jerusalén, confunde ahora a los fariseos en su mala interpretación de la Ley y en su soberbia y arrogancia. Al sanar, de paso, a un pobre hidrópico, enseña, corrige y sana. Y lo hace todo con lógica y prudencia, con autoridad y misericordia. He aquí una lección para los socios de la Ac-

ción Católica: bien instruídos en la fe, hay que enseñar en toda ocasión oportuna al que ignore su religión y sus deberes; hay que corregir con prudencia los errores y defectos y hay que hacer el bien con humildad y caridad.

2.—*En el día del Señor no se prohiben las obras de caridad.* El Maestro divino pone ante los fariseos este caso de conciencia: "¿Es lícito curar en sábado?", que es como decir: ¿está permitido hacer caridad en el día del Señor? Y esos celosos de la Ley no saben contestar. Jesús ante el silencio de la ignorancia o de la astucia, toma la mano del enfermo y lo despide lleno de salud: ¡El sabe lo que hace! Y de inmediato les demuestra la licitud de su acción en ese día de reposo consagrado por la Ley, haciéndoles ver que si ellos no vacilarían en ayudar a un asno o a un buey en peligro, aunque fuese en sábado, con mayor razón debían ayudar a su prójimo enfermo o menesteroso. Ni los Doctores ni los fariseos podían replicarle.

Nosotros, como el pueblo escogido, tenemos un día dedicado al Señor; no es el Sábado, como en la Ley Antigua, sino el Domingo, porque en tal día fué la Resurrección de Jesús y la Pascua de Pentecostés. Los antiguos recordaban el Sábado al Creador; nosotros honramos el Domingo al Redentor y Santificador. El hombre, religioso y sociable, debe como tal a Dios un culto interior, exterior y público; por eso es necesario un día determinado para este culto; este día es el Domingo, el que debemos santificar asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa, ofrenda de valor infinito, y haciendo obras de caridad y de piedad, despreocupándonos de los afanes del trabajo y de los negocios: descanse el cuerpo y obre el espíritu, en este día de reposo y de oración.

3.—*Jesús reprende y corrige la soberbia farisaica.* Viendo el Señor cómo los fariseos se disputaban los primeros puestos en la mesa, los amonesta por medio de una parábola muy significativa: la de unos convidados a bodas. En ella les aconseja no ambicionar los honores, sino ocupar los puestos modestos, porque si en verdad hay méritos para ser honrados, serán ascendidos al puesto que corresponda. En el cielo, donde se recompensa a cada uno según sus méritos reales, los hu-

mildes son los ensalzados; al revés de lo que pasa en el mundo, donde se honra y se aplaude a los soberbios y audaces. No olvidemos que la humildad es una virtud y no un defecto; no nos importe que el mundo no la estime; la justiprecia Dios ¡y eso basta!

Tema B:

DESCANSO Y TRABAJO EN DIAS FESTIVOS

En la primera parte del texto leído, es digna de admirarse la entereza de carácter de Jesús. El sabía que los fariseos le andaban acusando de quebrantar el día festivo, y, aprovechando esa comida de día de sábado, les dice a esos señores: Pues, a propósito, hay ahí un hidrópico; ¿qué os parece? ¿Es lícito curar a éste en sábado?

Aun quedan en el mundo fariseos como aquéllos, que porque ¿cómo iban a probar que eso no era lícito? Jamás la ley de Dios había prohibido en sábado hacer obras de misericordia. Solamente ellos eran los inventores de leyes ridículas que lo prohibían. Por eso Jesús en su presencia, sin más ni más, curó al enfermo y en seguida les clavó como una daga esta pregunta: "¿Quién de vosotros, si su asno o su buey cae en un pozo, no le saca luego en día de sábado? ¿Por qué, pues, no socorrer a un hombre que vale inmensamente más, aunque sea en día festivo?...

Aun quedan en el mundo fariseos como aquellos, que bien pudieran sacar en día festivo a su perro por los parques; pero que no tienen el menor miramiento para socorrer a un pobre o a un enfermo que son sus prójimos. Menos se preocupan de santificar el día del Señor...

¿Por qué hemos de guardar ciertos días privándonos de trabajos serviles? ¿Por qué hemos de asistir a la misa de esos días? Porque la orden de Dios en el Decálogo es ésa: "Acuérdate de santificar el día del Señor": ésa es la razón.

Cierto es que Dios está en todas partes; sin embargo ha querido ser adorado y morar de manera especial en el templo, lugar sagrado; cierto es que es dueño también de todos

los días de la semana, pero de hecho se ha reservado para sí uno entre todos, el Domingo. Y quiere que lo empleemos en darle gloria y servirle.

Para esquivar este mandato, hay mundanos que arguyen: "el tiempo es oro y no podemos malgastarlo"... ¿Conque se malgasta el tiempo que se dedica a Dios? Por lo mismo que el tiempo vale tanto, no debemos emplearlo en bagatelas y sin provecho para la eternidad. Ese argumento de que "el tiempo es oro", es de doble filo, porque también el menesteroso podría decir: "yo tengo que trabajar para ganarme el sustento, no puedo pensar en otra cosa". A éstos hay que recordarles lo que el Santo Cura de Ars decía a sus feligreses y que la experiencia viene a confirmarlo: "Dos caminos hay para llegar a ser pobres, robar y trabajar en los días festivos".

Por fin hay quienes para eludir el precepto de santificar el día del Señor, arguyen que "no pueden estar todo un día de ociosos". Pero esta excusa no tiene motivo ni fundamento. Nadie ha dicho que el Domingo es para estar de ociosos. El descanso dominical es sólo para el cuerpo que bien lo necesita; pero no para el alma que debe ocuparlo en sus intereses propios: instruírse en su religión, buscar las fuerzas que necesita para vencer sus tentaciones y salir de sus peligros, en los sacramentos que son fuentes de gracias, manantiales de fuerzas espirituales; el Domingo además se pueden practicar las obras de misericordia, que tal vez no pudieran hacerse en los otros días. Si Dios ha querido que en su día descanse nuestro cuerpo, ha querido también que nuestra alma trabaje en instruirse, en santificarse, en fortalecerse y en practicar la caridad con el prójimo.

Nadie se ha arruinado por guardar el día festivo, y cuántos se han convertido o purificado asistiendo a la misa y escuchando las enseñanzas del Divino Maestro en el Evangelio.

DOMINGO XVII DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. XXII, 34–46.

"En aquel tiempo: Llegáronse a Jesús los fariseos, y le preguntó uno de ellos, que era Doctor de la Ley, tentándole:

Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios, de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas. Y en otra ocasión, estando reunidos los fariseos, preguntóles Jesús, diciendo: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: de David. Replicóles: Pues ¿cómo David inspirado, le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga tus enemigos por peana de tus pies? Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Y ninguno le podía responder palabra: ni se atrevió nadie, desde aquel día, a hacerle más preguntas."

Tema A:

JESUS PRUEBA SU MESIANIDAD

1.—*Momento histórico de este relato.* Los diálogos que nos refiere esta parte del capítulo XXII de San Mateo, se verifican en el atrio del templo de Jerusalén, en donde Jesús enseñaba al pueblo después de su entrada triunfal del Domingo de Ramos. Era la última semana de la vida pública del Señor que, con la resurrección de Lázaro y su apoteosis reciente, tenía exasperados a sus enemigos que iban a hacerle preguntas capciosas para poder perderlo ante las autoridades o ante el pueblo. Primero van unos discípulos de los fariseos y de los herodianos preguntándole si es lícito pagar tributo al César: Jesús los confunde con su sabia respuesta que ha pasado a ser un axioma de justicia. Después reduce al silencio a los saduceos que no aceptaban la resurrección de la carne, a quienes les dice: "Muy errados andáis, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios." Por fin, van los fariseos y le interrogan con las palabras que nos refiere este Evangelio; y ellos también fracasan en su maligno intento, por lo cual ya "no se atrevió nadie, desde aquel día, a hacerle más preguntas". El Mesías ha revelado su ciencia divina ante los Doc-

tores de la Ley; pero ellos, como tantos, "teniendo oídos, no oyeron".

2.—*La Ley del amor.* De las palabras con que Jesús responde al Doctor de la Ley, se desprende que toda la Ley y los Profetas, es decir toda la religión está contenida en la ley del amor: amar a Dios ante todo y al prójimo como a nosotros mismos; ésta es la *caridad*; lo que no es esto, es beneficencia, altruísmo o filantropía, que no es caridad cristiana, sino atención laica; aquélla ama al prójimo por ser hijo querido de Dios; ésta sólo asiste materialmente al hombre y muchas veces ¡de qué manera! valiéndose del socorro material para descristianizarlo inoculándole, cuando menos, el indiferentismo religioso, como si no tuviera alma. En la verdadera caridad, la enseñada por Cristo, está contenida toda la ley moral, por eso dice San Pablo: "La plenitud de la ley estriba en el amor"; y San Agustín nos dice: "Ama y haz lo que quieras", indicándonos que quien ama de verdad a Dios y al prójimo por El, no puede obrar mal. Aquello que el mundo llama "amor", no es sino pasión, porque extravía los corazones, ofusca el entendimiento y aparta la voluntad del querer de Dios. Entendamos la caridad como la enseñó Jesucristo, y con ella cumpliremos bien los preceptos divinos que nos llevarán al reino de Dios, a la vida eterna.

3.—*Jesús manifiesta ser el Mesías.* Al Cristo o Mesías prometido a los patriarcas y profetas lo llaman las Santas Escrituras *Emmanuel,* es decir *Dios con nosotros.* Como hombre, en cuanto a la carne, era descendiente de David, porque lo era la Virgen en que se encarnó el Verbo; pero como Dios era superior a David, era el Unigénito del Padre Eterno, por eso David, inspirado, lo llama "su Señor". Recordemos ahora que el pueblo acababa de aclamar a Jesús en Jerusalén con estas palabras: "¡Hosanná al Hijo de David!" Así comprenderemos la fuerza e intención de la pregunta que hace Jesucristo a esos fariseos: "¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?" Ellos, tomándolo nada más que como hombre y salvador de "su pueblo", responden: de David; pero Jesús les arguye con las palabras del salmo CIX: "Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos

por peana de tus pies". Pues si David llama al Cristo su Señor, ¿cómo cabe que sea hijo suyo? Y con éste argumento, que probaba su divinidad, Jesús les cerró la boca a esos fariseos para siempre.

Nosotros creemos que el Cristo está ahora sentado a la diestra del Padre y vendrá a juzgarnos al fin del mundo, cuando toda carne resucite. Para que el juicio nos sea favorable, cumplamos bien los preceptos divinos, amando de verdad a Dios y a nuestro prójimo con esa caridad en que se basa la "plenitud de la ley".

Tema B:

LA SOBERBIA Y LOS MISTERIOS

Para la recta comprensión de este Evangelio, conviene tener bien en cuenta la fecha en que tuvo lugar esta discusión entre Cristo y sus enemigos.

Era el martes de la gran semana, tres días antes de iniciarse la Pasión del Salvador. Por esos días los adversarios de Jesús buscaban un lazo para hacerle caer y llevarle a la muerte, y ese lazo lo vemos en las preguntas que hoy le hacen. Pero el Maestro no sólo no se dejó sorprender por estas preguntas, sino que El mismo les propone otras que los dejan mudos: "¿De quién es hijo Cristo?" —comienza diciéndoles— "De David" —le contestan—. "Pues si es hijo de David, insiste El, ¿cómo éste le llama su Señor?; y ninguno le supo responder palabra"... Esos fariseos no se daban cuenta de que, siendo Dios y hombre, como hombre, era hijo o sea descendiente de David; pero en cuanto Dios era su Señor. Por eso no sólo los hizo enmudecer con su pregunta, sino que, como lo indica el Evangelio, "desde ese día nadie osó volver a dirigirle más preguntas capciosas", porque bien veían que sabía infinitamente más que ellos.

Esto nos hace reflexionar sobre la soberbia del entendimiento.

Cuando la soberbia intelectual se apodera del hombre, creyéndose sabio, termina por rechazar como falso lo que no penetra su razón, como son los misterios y la fe religiosa. Pe-

ro este vicio de la soberbia del entendimiento no sólo es propio de los estudiosos, sino que también es propio de los ignorantes, porque la ignorancia es atrevida y la soberbia atea es más bien timbre de osadía que señal de inteligencia. Por eso Weber decía: "El pensamiento a medias conduce al demonio, pero el pensamiento completo conduce a Dios".

Pero lo absurdo de esta soberbia de la inteligencia cultivada o inculta, que se cree árbitro de la verdad, nos lo muestra desde antiguo el libro de Job con estas palabras: "¿Dónde estabas tú cuando yo, el Señor, echaba los cimientos de la tierra?... ¿Me sabrás decir dónde se apoyan sus bases o quién puso su primera piedra?... ¿Quién puso diques al mar cuando al principio salía de madre y se derramaba anegando y cubriendo todas las cosas? Cuando siendo aún informe lo cubrí con una nube como con un vestido y lo envolví en la niebla como se envuelve en pañales a un niño recién nacido?... Dime: ¿has mandado tú lucir al lucero de la mañana o has mostrado a la aurora el lugar por donde debe aparecer?... Por ventura ¿has entrado tú a reconocer el fondo del mar o te has paseado por lo profundo de sus abismos?... ¿has penetrado en las entrañas de la tierra? Explícame ¿cuál es el camino por el que se propaga la luz? (Job, cap. XXXIII). Así nos habla la Sagrada Escritura.

Este proceder del soberbio que califica como error lo que no puede comprender, lo condena la razón misma, el simple sentido común que sabe que no sería religión divina, sino sumamente humana, aquella en que la inteligencia del hombre no hallara misterios... La misma historia que ha estudiado el siglo más materialista, como fué el siglo XIX, ha hallado que en él el 96 por ciento de los sabios fueron creyentes y sólo el 4 por ciento fueron ateos. Nada más absurdo, pues, que la soberbia del entendimiento cuando declara la guerra a la fe porque en ella encuentra misterios. Sólo hay un ser que conoce totalmente a Dios y lo abarca con su inteligencia y para quien en Dios no hay misterios. Ese es el Verbo Eterno, el unigénito de Dios. Nosotros, los hijos adoptivos estamos destinados también a poseer un día esa misma dicha, cuando le veamos en sus eternas moradas.

DOMINGO XVIII DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. IX, 1–8.

"En aquel tiempo: Entrando Jesús en un barco, pasó a la otra ribera, y fué a su ciudad. Cuando hé aquí que le presentaron un paralítico, postrado en su camilla. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al Paralítico: Hijo, ten confianza, que perdonados te son tus pecados. Y luego, algunos de los escribas interiormente se dijeron: Este hombre blasfema. Y conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Perdonados te son tus pecados; o bien: ¿Levántate y anda? Pues, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: Levántate, toma tu camilla, y véte a tu casa. Y se levantó y se fue a su casa. Y cuando esto vieron las gentes, temieron, y alabaron a Dios, que dió tal poder a los hombres".

Tema A:

LA FE ALCANZA PREMIO Y PERDON

1.–*La ciudad preferida de Jesús.* San Mateo dice que Jesús, pasando de una ribera a otra, fué a "su ciudad". ¿Cuál era esta dichosa ciudad preferida del Maestro Divino? Nos lo dice San Marcos al narrar este mismo episodio: era Cafarnaúm, nombre compuesto de dos palabras hebreas (*Caphar y naum*) y que significa "ciudad hermosa". Situada a varias leguas al oriente de Caná, esta capital de Galilea de las naciones señoreaba el fértil valle de Genezar, y en ese tiempo se miraba en dos cielos: el que reflejaban las aguas de Genezaret y el que brillaba en los ojos del Rabí Jesús. Desde que en su tierra los nazarenos lo arrojaron de la sinagoga y quisieron despeñarlo desde un picacho de su monte, este "hijo del carpintero", como lo llamaban ellos, residía de ordinario en Cafarnaúm por ser sitio estratégico para sus predicaciones y porque sus habitantes lo rodeaban con singular confianza y

cariño. En este puerto cosmopolita El podía enseñar no sólo a sus paisanos, sino también a sirios y fenicios, a armenios y romanos: mercaderes, soldados, paganos y peregrinos que por ahí pasaban a Samaria, Judea y Jerusalén. Confirma el afecto y confianza que esa gente tenía por Jesús, el detalle que agrega San Marcos al referir esta curación del paralítico. Dice que la casa en que estaba el Señor se hallaba llena de gente que le escuchaba, de tal manera, que los hombres que llevaban al enfermo tuvieron que abrir un boquete en el techo para descolgarlo en su camilla hasta sus pies. Como esos habitantes de Cafarnaúm, trabajemos nosotros para hacer de nuestra patria una tierra grata para Cristo; establezcamos en ella su reinado de amor y de verdad; impidamos que sus enemigos, como los ingratos nazarenos, lo arrojen de nuestro pueblo despreciándolo y persiguiéndolo.

2.—*Jesús premia a los que confían en El.* El Divino Maestro premiaba la confianza y la fe que en El tenía Cafarnaúm, multiplicando allí sus milagros y bendiciones. Así se explica que la casa estuviera colmada de gente que le escuchaba con cariño, cuando los cargadores del paralítico lo bajaron por el techo hasta su presencia. El Evangelio señala que Cristo vió la fe de estos hombres y del enfermo, por lo cual accede a lo que piden. Al enfermo le da triple recompensa: lo llama dulcemente "hijo", palabra que es un regalo para su corazón; le dice en seguida: "Tus pecados te son perdonados", segunda recompensa para su alma; y finalmente: "Levántate, toma tu camilla y véte a tu casa", es la tercera recompensa de salud para su cuerpo. ¡Ah! cómo sabe premiar Jesucristo a quienes lo invocan con humildad, con amor y con fe en su bondad y misericordia! Si queremos tener la misma dicha de este enfermo, procuremos estar siempre junto a Cristo, cerca de su Corazón todo caridad y que nuestras súplicas no broten solamente de nuestros labios, sino de lo profundo de nuestra alma.

3.—*Clara intención de este milagro.* Jesucristo da la salud a este enfermo como una prueba fulgurante de su divinidad, contrapuesta a las murmuraciones de los escribas que lo tildaban de blasfemo por perdonar los pecados. Si El obraba así, era por el derecho y autoridad que tenía como Hijo

verdadero de Dios; por eso puede replicar a los murmuradores: "¿Qué será más fácil para mí, decir: Perdonados te son tus pecados; o bien: Levántate y anda?" Y al punto confirma lo que dice con un milagro que no pueden objetar sus adversarios y que llena de temor y de alabanzas a todos los circunstantes. Ahora bien, si Cristo con autoridad propia, como Dios, puede perdonar los pecados, con igual autoridad puede conferir este poder a sus apóstoles y sucesores para bien de los hombres. Y así lo hizo cuando apareció resucitado en el Cenáculo. Entonces, echando su aliento sobre ellos, les dijo: "Recibid el Espíritu Santo: a quienes les perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos". Agradezcámosle a nuestro Redentor este favor insigne y aprovechémonos de este sacramento para sanar nuestra alma y vivir en su amistad y gracia.

Tema B:

SI CRISTO PERDONA, PUEDE DELEGAR ESTE PODER

El tema de este texto evangélico es único y claro: trata del poder de perdonar los pecados, y su consecuencia lógica es cómo debemos aprovecharnos de esta potestad que dejó Jesús a sus ministros.

Este hecho ocasional de la justificación y curación del alma y del cuerpo del paralítico, nos lo refiere no sólo San Mateo, como lo acabáis de ver, sino también San Marcos en su capítulo II. Ante ese enfermo que le presentan a Jesús, El se cuida primero de su alma y le dice: "Ten confianza, hijo mío, tus pecados te son perdonados".

En seguida observa, cómo murmuran los escribas y fariseos que presenciaban la escena diciéndose entre sí: "Este blasfemia; ¿quién puede perdonar pecados, sino Dios?" Entonces Jesucristo les argumenta de esta manera: "¿En qué os parece más fácil desmentirme: en si digo que tengo poder para perdonar los pecados, o en si dijere que tengo poder para sanar a este paralítico?" Naturalmente que era más fácil comprobar la curación del enfermo, por eso de inmediato y ante

tales testigos, el Señor les dice: "Pues bien, para que veáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados, yo le digo a este paralítico: levántate, toma tu lecho y vete a tu casa. Y el paralítico levantóse y se fué sano". Así demostró ante los atónitos testigos del hecho, que tenía ese poder porque era verdadero Dios.

Si tales hechos demuestran la divinidad de Jesucristo, ¿no tendría también igual potestad para delegarla a sus apóstoles y ministros? Claro está que sí y de hecho lo hizo más tarde cuando dijo a aquellos apóstoles, y en ellos, a todos los sucesores en el sacerdocio: "Recibid el Espíritu Santo; a aquellos a quienes les perdonareis los pecados les serán perdonados; y aquellos a quienes se los retuviereis les serán retenidos". (S. Juan, XX, 23). Y esto lo dijo en el cenáculo, mostrándose resucitado, es decir como verdadero Dios, para que no quedara duda de su potestad divina transferida a los hombres. El fundamento, pues, de esta potestad es firme.

¿Habéis pensado bien lo que esto vale y supone? Entre todos los poderes de la tierra, ninguno más alto que éste, ningundo que mayores beneficios nos signifique.

Meditadlo bien: el pecado deja en nosotros un sedimento de amargura. Creíamos hallar en él la dicha y nos deja el pesar, el hastío, ¿no es así? Por salir de tal estado, ¿qué no daríamos? ¿Qué no hubiera hecho Caín por verse libre de aquel remordimiento de su fratricidio? Pues lo que no halló Caín, eso es lo que la confesión nos da al recibir en ella el perdón, al vernos con la gracia restablecida en nuestra alma.

Pero —dirá alguien— el acusarse es cosa dura, humillante. Conforme; mas ¿es que se quiere hallar el perdón sin humillarse? Mas al que sobre todas las cosas le importa más el hallarse libre de la culpa, esta misma humillación le parece natural y saludable. Por otra parte sabe bien que esa humillación es secreta, porque el sacerdote se dejará matar antes de revelar lo que sus oídos oyen en el sigilo del sacramento. ¿No sería mayor la humillación si tuviéramos que delatarnos ante un ángel de celestial pureza? La repugnancia, pues, de decir nuestros pecados se disminuye considerablemente al hacerlo ante un hombre que sabe de las mismas luchas, que tiene

que combatir con las mismas inclinaciones del penitente, que a su vez también tiene que confesarse con otro hombre... El sabe por propia experiencia los peligros y las caídas y los remordimientos que ellas acarrean. Todo esto nos da más confianza. El verdadero cristiano sabe que tiene en la confesión la garantía divina de que será perdonado, por las palabras mismas de Cristo. Con menos garantías acudimos al abogado para que nos defienda y con menos garantías acudimos al médico para recobrar la salud: cosas terrenas. En cambio, en la confesión buscamos la salud del alma y los bienes eternos; por ella recobramos el título de hijos de Dios.

DOMINGO XIX DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. XXII, 1—14.

"En aquel tiempo: Hablaba Jesús a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos en parábolas, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a cierto rey, que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, y éstos no quisieron acudir. Envió de nuevo otros criados, diciendo: Decid a los convidados: "Mirad que ya he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, y todo está a punto: venid a las bodas". Mas ellos no hicieron caso, y se fueron, el uno a su granja, y el otro a su tráfico: y los demás echaron mano de los siervos, y, después de haberles ultrajado, los mataron. Enterado de ello el rey, se irritó, y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego a su ciudad. Entonces dijo a sus criados: Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido invitados, no fueron dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontrareis convidadlos a las bodas. Y habiendo salido sus criados a los caminos, reunieron cuantos hallaron, malos y buenos: y se llenaron las salas de convidados. Entró el rey para ver a los que estaban a la mesa, y vió allí un hombre que no estaba con el traje nupcial. Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí, no teniendo vestido de bodas? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: Atad-

lo de pies y manos, y arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos."

Tema A:

MUCHOS SON LOS LLAMADOS, POCOS LOS ELEGIDOS

1.—*Ultimos llamados al pueblo escogido.* En esta parábola puede advertirse que el primer convite al festín de las bodas celestiales está ya en sus últimos llamados. Aquí Jesús se dirige a los jefes espirituales del pueblo judío. Les hace ver la secular invitación que el Rey celestial les ha hecho por medio de sus siervos los profetas, y ellos la desdeñaron. Ha seguido el generoso Rey llamándolos por medio de sus santos pregoneros, advirtiéndoles que todo estaba preparado para el festín de su conversión; pero ellos, como sordos, prefirieron atesorar dinero, mientras otros prendían a los profetas, los ultrajaban y les daban muerte. Y esos mismos que escuchaban estos últimos llamados no tardarían mucho en prender a su propio Cristo o Mesías para ultrajarlo y darle muerte ignominiosa en una cruz. Pues bien, lo que hará el Rey celestial en vista de este irreductible rechazo de su convite, lo predice el mismo Cristo en estas palabras tremendas: "Enterado de ello el Rey, se irritó, y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y puso fuego a su ciudad". Los veinte siglos que han pasado están confirmando el implacable castigo que sobre sí lleva este pueblo errante y disperso. Temamos la ira de Dios ante los pecados y apostasías oficiales de los pueblos, porque éstos como tales, recibirán su castigo en el tiempo para escarmiento de la humanidad.

2.—*El llamado universal.* El Rey celestial, ante el rechazo que el pueblo hebreo hace de su convite, ordena a sus siervos que vayan por los caminos invitando a las bodas de santidad y de gozo eterno a todos los que encontraren, buenos y malos. El mismo Jesús, pasando del símbolo a la realidad, repetirá esta orden momentos antes de elevarse a los cielos

para sentarse a la diestra de ese Rey, que es su Padre: "Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas..." El convite se hace, pues, universal: los apóstoles y sus sucesores, que son los siervos de Dios, llaman a las bodas de la santidad y de la salvación a cristianos y paganos, a gentiles y judíos de buena voluntad: mucho, mejor dicho, todos somos llamados; procuremos entonces ser también de los escogidos. Aceptemos llenos de gratitud esta invitación divina; no la rechacemos como pueblo, para evitar el castigo de Dios; y oigámosla y acojámosla como individuos para asegurar nuestra felicidad eterna en el reino de los cielos.

3.—*La vestidura necesaria.* En la parábola se nos advierte que para sentarnos al festín de las bodas celestiales, es indispensable llevar la vestidura nupcial, que no es otra que la gracia santificante. Esta ha de ser nuestra preocupación cotidiana: vivir en gracia de Dios cumpliendo sus mandamientos y los deberes de nuestro estado. Porque terrible desgracia sería presentarnos a la sala del festín, ante el Santo de los Santos, sin los atavíos de la gracia y de nuestras buenas obras; seríamos entonces arrojados a "las tinieblas exteriores, lugar del llanto y crujir de dientes", gráficas palabras que indican las obscuridades y los tormentos que padecen los réprobos del infierno. Conservemos pura nuestra túnica de perfecta caridad amando y sirviendo a Dios y a nuestro prójimo, como lo exige la Ley divina; y si la manchamos con nuestras culpas, purifiquémosla en el sacramento del perdón.

Tema B:

DOS MALES: INCREDULIDAD E INMORALIDAD

Esta parábola del Señor nos presenta dos grandes males morales: la incredulidad y el paganismo.

Símbolos son de la incredulidad aquellos judíos a quienes el rey invitó a ocupar los primeros puestos en su reino, los cuales no sólo rehusaron acudir al banquete, sino que aun llegaron a dar muerte a los emisarios que los invitaban. Y símbolo de la inmoralidad es aquel otro convidado que fué

al banquete, pero no supo comportarse como era debido porque fué sucio y andrajoso a él, sin el vestido de fiesta, es decir, fué sin dejar su mala conducta pecadora.

La incredulidad, la falta de fe es uno de los males más graves que padece el mundo. Para comprender bien la gravedad de este mal, es necesario saber el sublime valor de la fe.

¿Qué es la fe? El Concilio Vaticano nos contesta: "La fe es una virtud sobrenatural, por la cual, con la ayuda de la gracia divina, aceptamos aquellas cosas que Dios nos ha revelado y las tenemos por verdaderas, no porque nuestra razón natural así las juzgue, sino porque la autoridad de Dios —autoridad indiscutible— así nos enseña que son". Eso es la fe religiosa, la primera de las virtudes teologales, sin la cual es imposible agradar a Dios.

He aquí sus excelencias: La fe nos preserva de innumerables errores teóricos y prácticos, en que han caído los pueblos que no la han conocido. La fe nos descubre y manifiesta innumerables misterios y secretos del cielo, los que sin ella jamás hubiéramos vislumbrado; por ella tenemos una teología, una ciencia rigurosa de Dios, y no una mitología como los antiguos que inventaban sus mitos. En lo moral, la fe es el aglutinante maravilloso que nos une a Cristo y nos hace formar parte de su cuerpo místico dándonos derecho a conocer un día los grandes misterios de la vida de Dios, cara a cara, intuitivamente, sin sombras ni símbolos. Finalmente la fe es "la raíz de la justificación" como dice el Concilio de Trento; "la puerta divina por la cual entran en el templo del alma todas las virtudes", como dice Lacordaire.

El pecado de la incredulidad es el peor de todos. Todos los otros pueden arrasar en un momento los frutos del alma, quitarle los méritos y extinguir las virtudes; pero no le matan; si le queda la fe, puede recuperar todo lo perdido; mas si pierde la fe, ya pierde la raíz misma de la justificación. Ahora comprenderéis bien cuán grave mal es la pérdida de la fe. Por eso aquellos invitados que despreciaron el convite del rey en esta parábola, fueron entregados a las llamas...

El otro grave mal es la inmoralidad: es decir tener fe, pero sólo teóricamente, sin practicar sus enseñanzas. ¿De qué

serviría creer en las verdades del Evangelio si no se las practica? Solamente serviría de escándalo para los otros y ya sabéis qué condenaciones fulminaba Jesucristo contra el que da escándalo: más le valiera amarrarse una piedra al cuello y arrojarse al mar, dejó dicho El. Que jamás se pueda decir de nosotros lo que Gandhi decía al ver las inmoralidades de los que se decían cristianos y no observaban el Evangelio: "Cristo es muy bueno —decía— pero los cristianos no son así..." Esos malos cristianos están simbolizados en esta parábola por el invitado que entró al banquete, sucio y andrajoso, a quien el rey mandó que, atado de pies y manos, fuese arrojado a las tinieblas exteriores, en donde sólo hay llanto y crujir de dientes.

Hay que evitar estos dos males para poder ser admitidos en el festín de los cielos, en donde veremos y poseeremos a ese Rey que es Dios, uno en esencia y trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, sin temores ya de perderlos nunca, inundados para siempre en el gozo eterno.

DOMINGO XX DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según S. Juan, cap. IV, 46-53.

"En aquel tiempo: Había en Cafarnaúm un áulico del rey, cuyo hijo estaba enfermo. Este, habiendo oído que Jesús venía de Judea a Galilea, fué a él y le rogó que descendiese a su casa, y sanase a su hijo: porque se estaba muriendo. Mas Jesús le dijo: Si no veis milagros y prodigios, no creéis. El áulico repuso: Señor, baja antes que muera mi hijo. Jesús le dijo: Vé, que tu hijo vive. Creyó el hombre en la palabra de Jesús, y se fué. Y cuando regresaba, salieron a su encuentro sus criados, dándole la noticia de que su hijo vivía. Preguntóles la hora en que había comenzado a mejorar, y le respondieron: Ayer, a las siete, cesó la fiebre. Reconoció entonces el padre, que era la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive, y creyó él y toda su familia."

Tema A:

LA FE EXIGE BUENA VOLUNTAD

1.—*La fe es un dón de Dios para los de buena voluntad.* El milagro que nos relata este fragmento del Evangelio de S. Juan, es el segundo que realizó Jesús en este regreso de Jerusalén a Galilea. El primero fué el de la conversión de la Samaritana en el pozo de Siquem. En estos dos milagros se advierte la buena voluntad de la samaritana y del cafarnaíta: aquélla a pesar de ser enemiga de los judíos, le da el tratamiento de "Señor" y de "Maestro" al que le ha pedido de beber. Jesús le premia esta buena voluntad prolongando el diálogo en que la instruye, la conmueve, le señala los delitos de su vida y la convierte a El, dándosele a conocer como el mismo Mesías esperado. Ha premiado con la fe la buena voluntad de esta mujer dispuesta a servirlo a pesar de los prejuicios heredados. Y la mujer se fué feliz anunciándolo a su pueblo. Ahora es un cortesano del rey Herodes Agripa, quien, habiendo oído decir que Jesús venía llegando de Judea, fué a Caná donde estaba el Señor, para pedirle la salud de su hijo. He aquí a otro personaje de buena voluntad que, a pesar del ambiente disoluto de la corte herodiana, guarda respeto y confianza al Divino Maestro que pasa enseñando y haciendo el bien entre los humildes; estas buenas disposiciones van a ser también premiadas por Jesucristo.

2.—*Al que hace lo que puede, Dios le ayuda con su gracia.* Este oficial de corte va a Jesús, movido por el interés propio del padre que busca la salud de su hijo, es cierto; pero ha puesto su confianza en la bondad y el poder de este Maestro que llenaba con su nombre esas regiones, creía en sus milagros; pero esta fe era todavía imperfecta. El Señor quiere hacérsela más viva y más desinteresada por eso le responde a sus ruegos: "Si no veis milagros y prodigios, no creéis". Por otra parte este hombre mundano piensa que para sanar a su hijo enfermo, Jesús necesitará verlo y tocarlo, por eso le ruega que vaya a su casa: he ahí otro defecto de su fe, la ignorancia sobre el poder divino de Cristo. El Maestro quiere entonces sacarlo de este

error y le concede el milagro de la salud de su hijo, sin verlo y a distancia apreciable: "Véte, le dice, que tu hijo vive". Entonces el hombre creyó con verdadera fe en la palabra de Jesús y se fué gozoso. El Señor conoce nuestras debilidades secretas, como conoció las de la Samaritana; conoce nuestras imperfecciones, nuestros intereses y sufrimientos como los de este oficial de corte; acojámonos entonces a El con humildad, confianza y arrepentimiento de nuestras culpas y él nos dará su gracia, la salud y el consuelo.

3.—*Cómo premia el Señor a los que creen en su palabra.* Ese padre afligido creyó en la palabra de Jesús, dice el Evangelio, y confiando en ella, regresó a su casa. El premio de esta fe no iba a retardarse, iba a salirle al encuentro; dice el texto: "Y cuando regresaba, salieron a su encuentro sus criados, dándole la noticia de que su hijo vivía". Este consuelo para su corazón de padre es la primera recompensa: luego cerciorado de que su hijo había sanado a la misma hora en que Jesús le había dicho: "Tu hijo vive", creyó él y toda su familia: ésta es la recompensa espiritual, la luz de la verdad para su mente y, para su voluntad, el amor y servicio de Dios. Es como una norma de Jesucristo ésta de realizar milagros en el cuerpo para la salud del alma; cuando recibamos algún beneficio que hemos pedido a Dios, cuando oiga nuestras súplicas, redoblemos nuestra fe y seamos agradecidos con El; cuando retarde o no nos conceda lo que le pedimos, pensemos que aquello no lo alcanzamos tal vez porque no nos convenía para nuestra alma o nuestra salvación, porque Dios busca ante todo nuestro bien espiritual: ¿de qué nos valdría la salud u otro bien pasajero, si abusando de eso, perdemos la felicidad eterna?

Tema B:

APRENDAMOS A MORIR BIEN

Refiriéndose a la vida, decía Goethe, "que todos la viven, pero pocos la conocen". También de la muerte podríamos decir que "todos los hombres mueren, pero raros son los que saben morir". Esto podría parecer una paradoja, pero es

así: no todos saben morir, ignoran la ciencia de bien morir, siendo esto lo más importante porque ¿de qué le vale al hombre ganar el mundo entero si al fin pierde su alma?

Un predicador sagaz refiere a este respecto esta anécdota:

Un joven universitario, muy inflado de conocimientos, subió a una barca de un pescador y, mientras éste bogaba, el estudiante comenzó a examinarle.

—¿No sabe Ud., le dice, algo de Geografía?

—No, señor.

—¡Qué lástima! —le dice el estudiante—; porque entonces no conoce más que una partecita insignificante del mundo: ¡ha perdido una cuarta parte de su vida! ¿Y de historia ¿qué sabe Ud?

—Lo mismo; no sé nada tampoco —le responde el barquero.

—¡Vaya! quien no conoce la vida de la humanidad en el curso de los siglos, es un niño: ¡ha perdido Ud. casi la mitad de su vida! Y en esta forma el vanidoso estudiante siguió examinando al barquero sobre otros tópicos que no estaban a su alcance. Cansado el pescador de hacer de discípulo, determina hacerle al joven esta sencilla pregunta:

—¿Sabe Ud. nadar? ¿No?, pues yo le digo que ha perdido Ud. toda su vida. El barquero hundió su barca y el estudiante se fué al fondo por no haber aprendido a nadar sabiendo tanto. ¿De qué le valió toda su ciencia sin saber esto tan sencillo?

Lo que el barquero decía al estudiante podríamos también decirlo del saber morir: quien no sabe esto lo pierde todo.

Pues bien, ¿cómo aprender a bien morir? El buen cristiano, cuando enferma de gravedad, no espera que otros llamen al sacerdote: manda llamarlo él mismo, como el cortesano del Evangelio, y al tenerlo junto a su lecho, le dice con alegría: ¡Padre! por si ésta es mi última enfermedad, quiero dejarle a mi Señor bien limpia mi alma, quiero hacer una confesión de toda mi vida y desde luego, para que El me perdone, yo perdono de corazón a todos los que me hayan ofendido. Y lleno

de humildad y de arrepentimiento, reza: "Yo pecador me confieso a Dios todopoderoso..." Con este espíritu debe hacer su última confesión el buen cristiano.

Después de haber purificado su alma con el sacramento de la penitencia, pedirá al sacerdote que le lleve el Viático y, recordando el fervor con que hizo su primera Comunión, procurará prepararse con actos de fe, de esperanza y de caridad para recibir lo mejor posible al Médico divino; pedirá también la Extrema Unción para purificar todos sus sentidos y fortificar su alma con esa dulzura y fortaleza que da este sacramento para hacer frente a las últimas tentaciones del demonio. Por fin, si ve que su postrer suspiro está próximo, pedirá que el sacerdote o alguno de los suyos le rece pausadamente la recomendación del alma, aquella hermosa oración que encierra tantos consuelos y que enciende tantas esperanzas. En ella oirá el moribundo estas palabras: "Sal, alma cristiana de este mundo, en nombre de Dios Padre que te crió, en nombre del Hijo que te redimió, en nombre del Espíritu Santo que en ti se ha derramado. Que al encuentro de tu alma salgan los coros de los ángeles, los apóstoles, los mártires, todos los confesores de la fe. Que salga a recibirte alegre y con rostro de júbilo el mismo Jesucristo... Líbrete de los tormentos infernales El, que por ti se dignó morir". De esta suerte será preciosa delante de Dios la muerte del buen cristiano.

DOMINGO XXI DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. XVIII, 23–35.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es comparable a un rey, que quiso tomar cuentas a sus siervos. Y al comenzar a pedir las cuentas, le fué presentado uno, que debía diez mil talentos. Mas como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, su mujer, sus hijos y cuanto tenía, y que le pagase la deuda. Entonces el siervo, arrojándose a sus pies, rogóle diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré.

Compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda. Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios, y agarrándole del cuello, le ahogaba, diciendo: Paga lo que me debes. Y arrojándose a sus pies su compañero, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. Mas él no quiso esperar, sino que se fué, y le hizo meter en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Viendo los otros siervos, sus compañeros, lo que pasaba, se entristecieron mucho: y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces le llamó su señor, y le dijo: Siervo malo, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste, y tú ¿no debías tener compasión de tu compañero, así como yo la tuve de ti? Y enojado su señor, lo entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de corazón cada uno a vuestro hermano".

Tema A:

"PERDONAD Y SEREIS PERDONADOS"

1.—*El perdón de las injurias.* La parábola que nos ofrece este Evangelio la propuso Jesús a sus discípulos, a raíz de una pregunta que le hiciera Simón Pedro. "Señor, —le había dicho este apóstol— ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano, cuando pecare contra mí? ¿hasta siete veces?" Y respondióle Jesús: "No sólo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete"; es decir siempre, indefinidamente, con una misericordia semejante a la de Dios. A este propósito expuso a sus discípulos esta parábola del siervo deudor y cruel. En ella se nos enseña cuán fácilmente perdona Dios al pecador arrepentido, por muchos y graves que sean sus pecados, y qué difícilmente se perdonan entre sí los hombres, aun las ofensas más insignificantes. La moraleja o enseñanza de esta parábola es de suma gravedad: si no perdonamos a nuestro hermano, no seremos perdonados por nuestro Padre que está en los cielos.

2.—*Es un mandato expreso de Jesucristo.* Esta misericordia que debemos observar con los que nos ofenden es un com-

plemento necesario de la caridad cristiana. Como Maestro, ya lo había enseñado en el sermón de la montaña cuando dijo: "Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian". Y en este mismo sermón insiste en este mandato a sus discípulos: "Sed misericordiosos así como vuestro Padre es misericordioso" (S. Luc., VI, 36). Pero Jesucristo a esta enseñanza y mandato añade su ejemplo, porque siempre y en toda circunstancia El da su perdón a todo el que se le presenta arrepentido: recordemos al paralítico de Cafarnaúm, a la Samaritana, a Zaqueo, a la Magdalena, al Buen Ladrón... Pero el ejemplo más elocuente nos lo da en su hora más trágica, cuando agoniza crucificado y ruega por sus verdugos: "¡Padre, —exclama—, perdónalos, porque no saben lo que hacen!". Después de tales ejemplos, ¿qué excusa tendremos ante Dios, nuestro acreedor, si no perdonamos a los que nos deben reparaciones, a los que nos injurian? Si alguien se resiste y no tiene piedad con su prójimo, aplíquese estas severas palabras del rey que toma cuenta a su siervo: "Siervo malo, toda la deuda te perdoné porque me lo rogaste. Y tú, ¿no debías tener también compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti?" Ante esta recriminación, no cabe réplica alguna.

3.—*Si no perdonamos, no seremos perdonados.* El odio humano ha afirmado que "la venganza es el placer de los dioses"; lo será sin duda de aquellos dioses que creó el hombre a su imagen y semejanza. Pero el Dios verdadero, el Dios de los cristianos se complace en el amor y en la hermandad de sus criaturas humanas; y el Hijo de Dios hecho hombre nos ha dejado este mandamiento: "Os doy un mandamiento nuevo —dice—: amaos los unos a los otros, como yo os he amado. En eso conocerán todos que sois mis discípulos" (San Juan, XIII). Dios no perdona a los que se condenan a sí mismos; y tal hacen aquellos que, guardando rencores, dicen en el Padrenuestro: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Seamos, pues, indulgentes con nuestro hermano, perdonemos sus ofensas por amor a Dios y por

nuestro propio interés, ya que Cristo nos da esta norma de conducta: "No condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados". (S. Luc., VI, 37).

Tema B:

EL PERDON ES MANDATO PARA LOS CRISTIANOS

El Evangelio de hoy enseña algo extraño para el tiempo en que Jesucristo enseñaba su doctrina, algo inaudito entonces: el perdón de los enemigos.

Escuchemos lo que ha dicho al respecto un monje de hoy: "En el antiguo Testamento regía la ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente. La sutileza de los rabinos había llegado a descubrir que se podía perdonar tres veces; la filosofía china encargaba amar y odiar a los hombres como conviene; Buda enseñaba un amor gélido, interesado, egoísta; Homero juzgaba que reírse del enemigo era el más dulce de los placeres; Sócrates creía que el no vengar las injurias era una cobardía propia de un esclavo" (*). Así se pensaba antes de la venida de Jesucristo.

Los tiempos modernos se han contaminado con la opinión del mundo antiguo y tanto, que hay naciones y razas que consideran el perdón de las injurias como un acto de pusilánimes y de cobardes. ¿Por qué hemos retrocedido en este criterio veinte siglos, desde el Sermón de la Montaña? Por la pérdida de la fe cristiana. Se hace necesario entonces recordar lo que esa fe nos enseña acerca de la caridad.

Sentando como cierto que todos hemos sido ofendidos unas veces y otras veces hemos sido ofensores, hemos de recordar que el que nos ofende ya ha ofendido a Dios que nos impone a todos la caridad. Dios es el primer ofendido; y si El en todo momento está dispuesto a perdonar al ofensor, nosotros hemos de tomar venganza de la ofensa siendo los menos ofendidos?

El pagano que adoraba a *dioses vengativos* naturalmente creía justo buscar la venganza... Pero el cristiano que ha oído

(*) *Dom Justo Pérez de Urbel,* O.S.A. "Vida de Cristo, p. 303-304.

de labios de un Dios hecho hombre decir: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, orad por los que os persiguen para que seáis dignos hijos de vuestro Padre Celestial, que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía lluvias sobre justos y pecadores"; un cristiano que sabe que su Divino Maestro murió perdonando a los que le crucificaban y que dió este precepto: "Amaos los unos a los otros como yo os he amado"; un cristiano, que tiene esta fe, no puede ser vengativo; en su alma no puede unirse esta fe con la venganza.

¿No recordáis acaso la consulta que hizo un día San Pedro a su Maestro? Nos la refiere San Mateo así: "Arrimándosele Pedro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar a mi hermano cuando pecare contra mí? ¿hasta siete veces? Respondióle Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete", o sea siempre. Y precisamente a raíz de esta consulta, el Señor propuso esta parábola del rey que quiso tomar cuenta a sus siervos, como lo acabamos de oír en el texto de hoy.

Es una parábola de profundo sentido práctico. Si vosotros debiérais a un señor cien millones de pesos y otro os debiera sólo cien pesos, al prometeros ese señor perdonaros la deuda a condición de que vosotros se la perdonarais al que os debe solamente cien pesos, ¿no le aceptaríais de inmediato su propuesta? Pues bien, ese señor que en la parábola se llama rey y en su sentido real se llama Dios, nos ofrece a todos el perdón si perdonamos también a nuestros prójimos, cuya ofensa, por grave que sea, no lo será nunca tanto como la que nosotros le inferimos a Dios con desconocer o quebrantar sus preceptos. Seríamos verdaderamente necios ni negáramos el perdón al prójimo, teniendo en vista estas palabras de Cristo: "Perdonad y seréis perdonados; sed misericordiosos y alcanzaréis misericordia".

Y con esto comprenderéis bien que el perdón de las injurias no es una cobardía, sino un acto de sensatez y de razón, en el orden moral, teológico y humano.

Evangelio según San Mateo, cap. XXII, 15–21.

"En aquel tiempo: Los Fariseos se fueron, y se confabularon acerca del modo de sorprender a Jesús en lo que hablase. Le enviaron, pues, sus discípulos con algunos herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios según la verdad, y que no te importa de nadie, porque no miras a la calidad de las personas de los hombres. Dínos, pues, ¿qué te parece, es lícito pagar tributo al César, o no? Mas Jesús, conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen e inscripción? Y le responden: Del César. Entonces les replicó Jesús: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Tema A:

LA PREGUNTA INSIDIOSA Y LA RESPUESTA DIVINA

1.—*El dilema de la perfidia.* La consulta que hacen a Jesús sus enemigos se verifica pocos días antes de su pasión y muerte: es una de sus últimas insidias a que echan mano para perderlo. Los sectarios fariseos se oponían al pago del tributo al César, y en esto contaban con el pueblo; los políticos herodianos estimaban legítima la dominación romana y por lo tanto aceptaban la obligación del tributo. Sostenían, pues, doctrinas adversas; pero la perfidia los une por un momento en el común esfuerzo de perder a Jesús por medio de una pregunta capciosa formulada como un dilema: "¿Es lícito pagar el tributo al César, o no?". Si el Maestro respondía que *sí,* los fariseos y el pueblo lo acusarían de traidor, pues aceptaría la servidumbre de su nación; si respondía que *no,* los herodianos lo acusarían de rebelde y subversivo. Había, pues, una refinada perfidia en esta consulta; pero los malvados disimulan siempre sus intenciones inconfesables y por eso esta comi-

sión se presenta al Señor con adulo hipócrita, llamándolo "Maestro veraz que enseña los caminos de Dios sin acepción de personas". He ahí la perpetua táctica de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia, la política que hoy se llama de "la mano tendida". Pero ese Maestro divino ya nos ha advertido que estemos alerta ante los falsos profetas que se cubren con pieles de oveja, pero que por dentro son lobos voraces...

2.—*Debemos ser prudentes y sagaces.* Ante la pregunta emponzoñada de sus enemigos, ante los halagos fementidos, lo primero que hace Jesucristo es echarles en cara su mala fe diciéndoles con justa severidad: "¿Por qué me tentáis, hipócritas?" Así debemos recibir a los aduladores que tratan de perdernos exigiéndonos una conducta contraria a nuestra fe, so pretexto de unidad, de progreso, de cultura: esa unidad del error con la verdad es absurda, porque "nadie puede servir a dos señores", nos dice Cristo; el progreso que ellos propician no es más que un retroceso al paganismo o a las épocas cavernarias, y esa cultura no es más que una licencia de costumbres o aberración de ideologías racionalistas y materialistas... Jesucristo antes de responder a sus interlocutores, les pide la moneda del tributo; la efigie del César Tiberio que ella ostenta va a ser el argumento objetivo que los desconcierte y condene: "¿De quién es esta imagen e inscripción?" —les pregunta—. Y ellos le responden: "Del César". Con estas preguntas previas, el Señor nos enseña con qué prudencia y reflexión debemos responder a las preguntas difíciles con que los herejes e incrédulos tratan de confundirnos. Nunca aceptemos bases falsas, textos truncos de las Santas Escrituras: para cimentar nuestras respuestas, exijamos primero la moneda que tenga la inscripción de la verdad y su imagen auténtica.

3.—*La respuesta de Jesús.* Con una frase que ha llegado a ser axioma, Jesús desconcierta a sus enemigos; El responde: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios". Si la moneda llevaba la imagen y el nombre del emperador, quería decir que él era la autoridad civil, y que por lo tanto le debían el tributo y la obediencia; pero el tributo del alma —culto, amor y piedad—, se lo debían a Dios, por quien el César era lo que era. Así Jesucristo defendió los derechos justos

del poder civil conciliándolos con los eternos derechos de Dios. Désele a la Patria el tributo, la actividad y la obediencia que ella exige legítimamente; pero debe admitirse que por encima de todo está Dios, cuyos derechos hay que reconocer; a quien se le debe amor, obediencia y servicio, en el servicio y amor de la misma Patria.

Tema B:

ARMONIA DE LAS POTESTADES DIVINA Y HUMANA

En este fragmento del Evangelio que hemos leído, queda resuelta una cuestión que se ha suscitado en todos los tiempos: la convivencia de la sociedad bajo los dos poderes, el divino y el humano. La solución queda claramente establecida con la respuesta que da Jesús a la capciosa pregunta de los fariseos y herodianos: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Estas palabras del divino Maestro establecen el paralelismo de estos dos poderes que jamás debieran chocar entre sí; porque la potestad humana, por su naturaleza misma tiende al bienestar material de la sociedad, y la potestad divina se extiende al bienestar sobrenatural de la misma. Las palabras de Jesús imponen obediencia y respeto para la una, y respeto y obediencia para la otra.

El hombre debe respeto y obediencia a la potestad civil, porque su origen emana de Dios, ya que, al crearla, creó implícitamente todo lo que la sociedad necesita para existir y lo esencial en toda sociedad es la autoridad que la gobierne y la dirija.

Imaginaos una sociedad sin Dios. ¿Qué pasará en ella? Caerá en la anarquía, en la esclavitud; vendrá la disgregación o la servidumbre al amo audaz que se apodere de la fuerza. En tales circunstancias los fundamentos sociales bambolean, porque apenas otros hombres se sientan más poderosos, querrán ser ellos los que manden, y lo harán mientras cuenten con la seguridad del triunfo. Esto quiere decir que la autori-

dad no es sino un hombre frente a otro hombre. La sociedad queda así con un poder inestable, inseguro y peligroso.

Pero si la sociedad reconoce que el poder que la gobierna se deriva, al fin de cuentas, de la autoridad divina, comprenderá entonces que debe acatarla y obedecerla, porque quien la tenga en su mano es un ministro de Dios en la tierra para mantener el orden y procurar la felicidad de los súbditos. El Creador puso en el hombre, su criatura más perfecta en la tierra, un sentimiento de sociabilidad y nó de anarquía; un instinto de ordenada convivencia que la lleva a organizarse para el progreso y la felicidad, porque de otro modo el egoísmo disociador lo llevaría al caos.

Por eso es que San Pablo escribía a los Romanos que debían obedecer a la autoridad "no sólo por miedo, sino también por conciencia". Si los pueblos tuvieran bien formada esta conciencia, la sumisión a sus gobernantes sería noble y perfecta: *darían al César lo que es del César.*

Y si hay que prestar obediencia y rendir acatamiento al César por ser el instrumento de la Providencia divina para gobernar, con mayor razón hay que *dar a Dios lo que es de Dios.*

¿Por qué? Porque los individuos y la sociedad son de Dios, porque en El tienen su fuente y origen. Tanto el hombre individual y el hombre social le deben por eso respeto, obediencia y amor: actos y sentimientos que por deber tienen que manifestárselos ya por medio del culto privado, ya por el culto público.

Tenemos, pues, como consecuencia de la máxima establecida por Cristo en este Evangelio, el deber de reverenciar a Dios, de adorarle con el culto personal y con el culto público; obedecerle a sus leyes y a la Iglesia por El fundada y practicar las virtudes cristianas que labran la felicidad de los individuos y de la sociedad entera.

Así daremos al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Evangelio según San Mateo, cap. IX, 18–26.

"En aquel tiempo: Mientras hablaba Jesús a las turbas, llegóse uno de los príncipes de la sinagoga, y le adoró diciendo: Señor, ahora acaba de morir mi hija: pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá. Levantóse Jesús, y le fué siguiendo acompañado de sus discípulos. Cuando hé aquí, que una mujer, que padecía flujo de sangre doce años hacía, llegándose por detrás tocó la orla de su túnica. Porque se decía: Si logro tocar tan sólo su vestido, quedaré sana. Volviéndose Jesús, díjola al verla: Ten confianza, hija, tu fe te ha sanado. Y quedó sana la mujer, desde aquella hora. Cuando llegó Jesús a la casa de aquel príncipe, y vió los tañedores de flautas, y el alboroto de la gente, dijo: Retiraos; pues la niña no esta muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él. Cuando fué echada fuera la gente, entró y tomó a la joven por la mano. Y la niña se levantó. Y la fama de este milagro corrió por toda aquella tierra."

Tema A:

DOS SUPLICAS DE LA FE: UNA EXPLICITA Y OTRA TACITA

1.—*El divino dón de la fe.* Es una verdad establecida por Jesucristo que sin la fe es imposible agradar a Dios; otra verdad que El mismo enseña es que sin la gracia divina, nada podemos hacer en el orden sobrenatural. Luego el creer en Dios y sus atributos; el amarlo, o bendecirlo y servirlo como criaturas suyas que somos etc. es un dón de Dios. Luego ¿Dios elige a algunos para hacerles este dón y desdeña a otros? De ninguna manera: eso significaría tener acepción de personas, predestinar a unos y condenar de antemano a otros. El dón de la fe lo ofrece Dios a todos porque a todos quiere salvarlos; lo ofrece a la inteligencia y a la voluntad de los hombres de toda raza y condición; ha entregado su germen en el ansia

de felicidad eterna de todos; ha abierto el libro de la naturaleza y el de su revelación divina ante los ojos y la razón de todos los hombres, para que, discurriendo como seres racionales, cuiden y cultiven este germen de la fe, cuyo crecimiento dará El, que mira nuestras disposiciones: por eso es un dón divino. En este Evangelio vemos esas buenas disposiciones y esa fe en dos personajes: en un hombre culto y de los principales de la sinagoga, y en una mujer humilde e ignorante. Jesucristo los premia con sendos milagros que acrecientan y afirman esa fe, alentando así a los testigos y a todos los hombres.

2.—*Jesús ayuda al de fe imperfecta.* Mientras El hablaba a las turbas, un príncipe de la sinagoga, llamado Jairo, fué en busca suya y apenas lo vió, se arrojó a sus pies adorándole y con vivas instancias le suplicaba: "Señor, acaba de morir mi hija, pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá". Levantóse Jesús y le fué siguiendo acompañado de sus discípulos y de un tropel de gente. El Señor ve aquí una fe imperfecta en ese hombre que piensa que para obrar el milagro, el poder divino necesitará tocar a la difunta; pero su bondad ve también el dolor de ese padre y no quiere reconvenirlo por esa imperfección o ignorancia; sabe bien que en el camino se le ofrecerá otra oportunidad para corregirlo con hechos, indirectamente, sin herirlo en su buen nombre ante los demás que lo acompañan. ¡Qué fineza usa su Corazón divino con los que sufren y buscan sólo en El los consuelos y sólo en El cifran su esperanza! El dolor es también un camino para abrazar la fe. No debemos desesperarnos por la muerte de un ser querido, porque la muerte no es más que un sueño. "Retiraos; pues la niña duerme", dice Jesús, la gente se burlaba de estas palabras sin comprenderlas; pero de inmediato vió a la difunta levantarse viva. El Dios de vivos y muertos nos despertará a todos en la resurrección universal.

3.—*La curación de la enferma es una doble enseñanza.* Primeramente Jesús, sanando a esa mujer que se oculta para tocarle su túnica y recobrar la salud, da una lección de fe viva ante el hombre que le exigía ir, ver y tocar a su hija para que le diera la vida. Acaso nadie se había fijado en la acción de la

mujer que ni siquiera pide la salud, porque sabe el poder de Cristo. Pero en segundo lugar, quiere el Señor elogiar su fe sencilla y a la vez quiere arrancar a la misma enferma la confesión milagrosa ante todos. Por eso, según San Marcos, pregunta: "¿Quién me ha tocado?" y mira a la mujer que, medrosa y temblando, postrándose a sus pies le confiesa todo. Entonces le dice: "Hija, tu fe te ha salvado; véte en paz". Muchos son los que rezan, comulgan y se agrupan junto a Jesucristo en la Iglesia, como esa turba que lo rodeaba en el camino; pero pocos los que le tocan y "hacen salir de El una virtud" que los sane o les dé la vida. ¡Seamos humildes y sencillos como esa mujer, y toquemos a Cristo con la fe de nuestro corazón! Eso es lo primero; no es necesaria una abundancia de palabras para hacerle súplicas; la mujer no le dijo nada: sabía que El conocía todos los pensamientos y las intenciones ocultas de los hombres.

Tema B:

SOLO EL CUERPO MUERE; EL ALMA ES INMORTAL

Esta página de San Mateo nos hace ver el dolor de un padre ante el cadáver de su hija. Ese hombre atribulado, pero lleno de confianza en Jesús, le pide que se la devuelva a la vida: escena que nos invita a reflexionar en lo que significa morir, pero con vistas al más allá del sepulcro.

Todos convenimos en que la muerte consiste en la descomposición del cuerpo que vuelve al polvo; pero ¿y el alma, qué suerte corre? Los incrédulos materialistas dicen que termina con el cuerpo: sus ojos materiales no la han visto... Nosotros, con Jesucristo, pensamos que morir es dormir ante el mundo, hasta que la voz de Dios junte alma y cuerpo en la resurrección final: "la niña no está muerta, duerme", le dice Jesús a Jairo cuando le cuenta su dolor. Rieron los judíos ante estas palabras del Señor, como los impíos e incrédulos de siempre ríen de nuestra esperanza cierta de ese despertar de la resurrección de la carne. Ellos creen que tras de la muer-

te ya no hay nada y dicen con sorna: "Ningún difunto ha venido jamás a decirnos que hay otra vida...".

Vanas razones. Si nuestros ojos ven un cadáver y no ven su alma, sólo prueba la impotencia de nuestra vista, pero no la limitación de la realidad. Porque en el cielo no vemos sino algunos millares de estrellas, ¿vamos a asegurar seriamente que no existen más? Con igual lógica si un animal pudiera hablar, podría también decirnos: "No veo en ti más que un cuerpo como el nuestro y no lo que llamas alma; luego no tienes alma". Estaría de acuerdo con los incrédulos.

Se dice que nadie ha vuelto de la otra vida para hablarnos del más allá. Veamos algo sobre esta razón tan singular.

La hagiografía refiere casos de algunos hombres que, al ser enterrados, han hablado ante el estupor de sus testigos, para declarar que por justos juicios de Dios se han condenado. Pero como los incrédulos no reconocen estos hechos históricos y los tachan de alucinaciones, sigamos con otras pruebas para ver que no todo termina con la muerte para el hombre, puesto que algunos han vuelto del más allá.

Lucas, el cronista de los Hechos Apostólicos, nos refiere la resurrección del hijo de la viuda de Naím cuando ya el cortejo fúnebre iba a enterrarlo. Jesús, compadecido de esa madre, ordenó al cadáver: "Joven, contigo hablo, levántate"; y el muerto resucitó. Si tras la muerte no hay ya nada, ¿cómo obedece ese difunto? Y el hecho motivó en los testigos la glorificación de Dios. Hoy San Mateo nos refiere la resurrección de la hija de Jairo y "la fama de este milagro corrió por toda aquella tierra": ¿serán también alucionaciones estos hechos? Ya sé que, como subterfugio, los científicos de hoy dirán que aquellas muertes eran sólo aparentes. Pero esta objeción no tiene cabida ante la tumba de Lázaro, porque la ciencia misma dice que la prueba definitiva de la muerte es la descomposición del cadáver. Pues bien, cuando Jesús ante la tumba de su amigo de Betania ordena remover la piedra del sepulcro, le dijeron: "¡Pero si ya hiede!" Era un muerto de cuatro días y a él le ordena el Señor: "¡Lázaro, sal fuera!" Y se verifica la resurrección en tal forma, que nadie podía dudar

de ella y, aún más, fué el motivo para que los judíos apresuraran el apresamiento de Jesús, porque muchos se convirtieron y seguían al Maestro. Luego, si bien muerto estaba el cuerpo de Lázaro, su alma sobrevivía sin lugar a dudas puesto que obedece a la voz de Cristo, todos lo reconocen y el resucitado confirma la verdad de lo enseñado por su Maestro, cuando al volver de la muerte siguió observando la doctrina que El predicaba junto con sus hermanas, con quienes, después de la ascensión del Señor, se embarcó para predicar esa doctrina en Marsella en donde murió como obispo. Seguramente no habría hecho esto el resucitado si después de su primera muerte se hubiese desengañado de las enseñanzas de Jesucristo.

Nos dice la razón que por los efectos podemos conocer de algún modo la naturaleza de la causa; pues bien, si nuestros pensamientos son algo espiritual por su esencia, el alma que los produce tiene que ser también espiritual y sobrevivir a la materia: el alma entonces no muere.

Acabáis de escuchar a Jesús en este Evangelio que nos dice *morir es dormir*. Pues si El, que era Dios y hombre, nos enseña que hay otra vida más allá de la tumba, necios seríamos si nosotros lo negáramos, puesto que El mismo resucitó para demostrarlo y enseñarnos que debemos atesorar buenas obras para la vida eterna con los medios que nos dejó: el cumplimiento de los preceptos divinos y la gracia de los sacramentos que instituyó para salvarnos de la culpa.

La muerte no es más que un sueño del cual despertaremos un día por mandato del Eterno Juez para recibir públicamente nuestro castigo o nuestro premio para toda la eternidad. Definitiva suerte que depende del estado de nuestra conciencia en la hora de la muerte.

ULTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Evangelio según San Mateo, cap. XXIV, 15—35.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Cuando viereis que la abominación desoladora, anunciada por el profeta Daniel, está en el lugar santo (el que esto lee que entien-

da); en aquel trance, los que moren en la Judea huyan a los montes: y el que esté en la terraza, no baje a tomar cosa alguna de su casa: y el que en el campo, no vuelva a buscar su vestido. Mas ¡ay de las mujeres que estén encintas o criando, en aquellos días! Rogad, por lo tanto, que vuestra huída no suceda en invierno, o en sábado. Porque habrá entonces grande tribulación, cual no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y a no acortarse aquellos días, ningún hombre se salvará; mas serán abreviados en atención á los escogidos. Entonces si alguno os dijere: Mirad, el Cristo está aquí o allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos Profetas, y obrarán grandes maravillas y prodigios, de modo que (si pudiera ser), caigan en error aún los escogidos. Ya estáis prevenidos. De modo que, si os dijeren: Mirad que el Mesías está en el desierto, no salgáis; mirad que está en lo más escondido de la casa, no lo creáis. Porque, como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del hombre. Donde quiera que estuviese el cadáver, allí se juntarán también las águilas. Y luego, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su luz, las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos se bambolearán, y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre: y entonces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo, con gran poder y majestad. Y enviará sus Angeles, que, a la voz de trompeta sonora, reunirán a sus escogidos de los cuatro vientos, desde lo sumo de los cielos hasta su extremidad. Escuchad una comparación tomada de la higuera: cuando sus tallos están ya tiernos y las hojas han brotado, sabéis que está cerca el verano: pues del mismo modo, cuando vosotros viereis todo esto, sabed que el Hijo del hombre está cerca, a las puertas mismas. En verdad os digo, que no pasará esta generación, sin que sucedan todas estas cosas. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no fallarán".

Tema A:

EL VATICINIO DE CRISTO Y SU CUMPLIMIENTO

1.—*Claroscuro de este Evangelio.* Las luces y sombras que traza Jesús en este cuadro profético se deben a distintas causas. La primera es que sus palabras se refieren a una doble pregunta que le hacen sus discípulos en el Monte de los Olivos y a la vista de Jerusalén. Jesús les había dicho que de aquella grandiosidad del Templo que contemplaban no quedaría piedra sobre piedra; esto acaecía después de su llanto sobre Jerusalén y del anuncio de su segunda venida. Entonces los discípulos le preguntaron: "¿Cuándo sucederá eso? ¿y cuál será la señal de tu venida, y del fin del mundo?" Los que así le interrogaban, suponían tal vez que la ruina de Jerusalén y el fin del mundo con la venida gloriosa de su Maestro iban a suceder conjuntamente. El Señor al responderles, lo hace, pues, refiriéndose a las dos preguntas; de ahí la claridad de ciertas frases y señales, y también el enigma de ciertas frases. En segundo lugar, el Señor anuncia la ruina de la ciudad deicida como figura profética del fin del mundo; de ahí que algunas señales sean comunes a ambos acontecimientos. Por fin, Jesús nunca quiso indicar el tiempo preciso del fin del mundo, para dejar a los hombres en una saludable incertidumbre, como acontece con la de nuestra muerte, a fin de que todos estemos siempre preparados en gracia de Dios; a los discípulos no les era necesario ni útil conocer la fecha del fin del mundo; hé ahí las sombras. Hay en estas profecías referencias especiales sobre el fin del mundo y la segunda venida de Cristo, y referencias comunes a ambos sucesos. Este Domingo veremos lo referente al castigo de Jerusalén; en el próximo, (primero de Adviento), explicando el Evangelio de San Lucas sobre el mismo asunto, hablaremos del fin del mundo y de la segunda venida de Jesucristo como Juez.

2.—*Predicción de la ruina de Jerusalén.* No es ésta la única vez en que Jesús anuncia este hecho, como castigo del pueblo que no le reconocía como Mesías que iba a crucificarlo: lo hace directa o indirectamente en varias ocasiones, así por

ejemplo: en el diálogo con la Samaritana, en la parábola de los arrendatarios de la viña, al llorar sobre Jerusalén y al hablar a las piadosas mujeres en la calle de la Amargura. Entre las señales comunes que precederían a esa ruina y al fin del mundo, indica la de los falsos profetas, las guerras y flajelos, las persecuciones, los escándalos y deserciones. El comienzo del Evangelio de hoy nos da una señal especial para Jerusalén: "la abominable desolación que reinará en el lugar santo", es decir el Templo; y luego da consejos a los fieles que vivan en esos días para que se salven, porque ni antes ni después habrá tribulación mayor; días que se abreviarán por amor de los escogidos. Cuidémonos, pues, de los falsos profetas que se levantarán mañana, como ayer y como siempre; no temamos las persecuciones, ni nos desanimemos por los escándalos ni las apostasías que siempre rebrotan en el campo del Señor, y pensemos que el temor de Dios es el principio de la Sabiduría.

3.—*Cumplimiento de la profecía sobre Jerusalén.* A los 33 años de este anuncio, antes que pasara la generación que lo escuchara, como lo advirtió Jesús, se realizaba en Judea cuanto había predicho. Surgían falsos profetas como Barjesús, Simón el Mago, Menandro y Teudas seduciendo a muchos; había guerra en Galia, en el Danubio, en Germania, en Bretaña, etc. Pompeya y Herculano eran arrasadas por el Vesubio; San Pedro, San Juan, Santiago el Mayor, San Pablo, San Esteban habían sido perseguidos, arrestados y martirizados en crueles persecuciones; mientras el Evangelio se predicaba por todo el mundo conocido. Los judíos entre los años 66 y 67 se rebelaron contra la autoridad romana; Vespasiano, después de someter la Galilea y la Perea, al llegar a la Judea, fué proclamado emperador; pero al irse a Roma, le encargó a Tito, su hijo, la prosecución de la guerra y éste entró a Jerusalén después de un asedio de siete meses hasta que el Templo fué quemado y la ciudad arrasada; durante el sitio las madres hambrientas devoraban a sus propios hijos. Según el judío Josefo, allí perecieron 1.100.000 judíos bajo la espada, la peste y el hambre; y 97.000 prisioneros quedaron en esclavitud. "La abominación de la desolación" se estableció en el "lugar

santo" del Templo, cuando antes del cerco se atrincheraron ahí los defensores fanáticos que lo convirtieron en caverna de bandidos y cuando después los romanos alzaron ahí sus águilas legionarias y les ofrecieron sacrificios. Antes del sitio, según Eusebio y San Epifanio, los fieles advertidos de lo que iba a suceder, huyeron al otro lado del Jordán y a los montes, y el obispo con su grey hallaron su salvación en la ciudad de Pella, en la Perea. ¡Terrible precisión la de esta profecía de Jesucristo contra el pueblo que clamaba un día: ¡Crucifícale! ¡qué su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos!" ¿Querrán hoy los pueblos lanzar este desafío al Redentor? Recuerden todos, gobernantes y súbditos, la queja de Jesús al llorar sobre Jerusalén dura y corrompida: "¡Cuántas veces quise cobijar a tus hijos, como la gallina cobija a sus polluelos bajo sus alas, y tú no lo has querido!" La historia de estos hechos debiera sobrecogernos y llenarnos del santo temor de Dios. ¡Qué nunca jamás dominen en nuestra patria la irreligiosidad oficial ni la apostasía del pueblo que ha crecido bajo la cruz de Cristo y el manto de María!

Tema B:

LAS PALABRAS DE DIOS NO PASARAN

Se relatan en este Evangelio con que se cierra el ciclo de Pentecostés, dos profecías de Jesucristo: una sobre el castigo de Jerusalén por no haber reconocido al verdadero Mesías, y otra sobre juicio universal y fin del mundo. El cumplimiento de la primera lo atestigua la historia como un hecho notable que conmovió al mundo en el primer siglo de la era cristiana. Fueron tan terribles esos días, que las madres unas a otras se arrebataban los hijos para comérselos, por el hambre desesperante de la ciudad sitiada por Tito, el general romano que así quiso terminar con las revueltas de los judíos.

Pues bien, si se cumplió esta primera profecía hasta en sus menores detalles, así llegará también el cumplimiento de la segunda profecía, la del fin del mundo, porque "el cielo y la tierra pasarán —dijo el que hizo estos vaticinios—, pero mis palabras no pasarán".

Esta sentencia nos indica que estos anuncios del Señor son indefectibles; aunque hoy la profecía del fin del mundo nos parezca oscura y casi inverosímil, un día tendrá también su cumplimiento, tal como sucedió la de la ruina de la llamada Ciudad Santa de Judea.

Jesús, ante la magnificencia de Jerusalén y de su Templo, decía a sus discípulos: "¿Veis esa obra que tanto os admira? Pues de ella no quedará piedra sobre piedra antes de que esta generación desaparezca". ¿Quién iba a creer que tales palabras iban a ser una dura realidad? Y así fué sin embargo.

Ante los anuncios que hoy escuchamos en el Evangelio sobre el fin del mundo, puede también que nos parezcan a nosotros inverosímiles; para las palabras del Divino Profeta "no pasarán", es decir no fallarán.

Hoy no vemos el fuego del infierno, ni la vida futura, ni el juicio que Dios hace ante el que acaba de morir: pero aunque nada de esto veamos ahora, un día ocurrirá y todos lo veremos temblando, como vieron los apóstoles desaparecer el Templo que los maravillaba.

Todo lo que hemos leído o escuchado en el Evangelio son palabras del mismo Dios, pues que Jesús es el Verbo encarnado, Dios hecho hombre. Por tanto sus palabras debemos oírlas con docilidad y con fe; más aún, vivirlas diariamente. Que éste sea nuestro afán: oír su palabra cada Domingo para cumplirla en el hogar, en la oficina, en el taller y en la calle durante la semana.

Alguien podrá decir: ¿por qué la profecía de Cristo es oscura, como envuelta en misterio? ¿por qué no es radiante como el sol?

Para salvarnos nos basta esta débil luz. Dice al respecto un predicador estas sabias palabras: "la fe es como la luz que en su linternica secreta lleva el piloto junto al timón, con que mira la carta y la aguja, y aquella poca luz le basta para ir seguro a media noche como en medio día". (1) Y este es el mérito de la fe cristiana: creer en lo que Dios nos dice porque no puede engañarse ni engañarnos. No pidamos otras

---

(1) Fray Hernando de Santiago.

luces, usemos ésta que tenemos; pequeña, pero suficiente para no perderse. Con esta linterna de la fe y la brújula de la palabra divina, caminemos sin tropiezo hacia la bienaventuranza: la brújula siempre busca el Norte, la palabra de Dios siempre busca nuestra salvación eterna.

II

HOMILIAS Y PREDICACIONES
PARA LAS PRINCIPALES FIESTAS

FIESTA DE LA INMACULADA CONCEPCION

(8 de Diciembre)

Evangelio según San Lucas, cap. 1, 26-28.

"En aquel tiempo: El Angel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, y a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y habiendo entrado el Angel a su morada, le dijo: Dios te salve, oh llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú eres entre las mujeres."

NOCIONES SOBRE ESTE DOGMA

1.—Después del pecado de nuestros primeros padres, por el cual se cerraron las puertas del cielo para el hombre, y toda su descendencia quedó manchada con la participación de nuestra naturaleza en esa culpa, la primera maldición que pronunciaron los labios de Dios fué contra el demonio tentador: "Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya. Ella quebrantará tu cabeza, y pondrás asechanzas a su calcañar". (Génesis, III, 15). En estas palabras proféticas, vemos la predestinación que el Creador hacía de una mujer singular para que vengara la asechanza de la serpiente maligna del paraíso y cooperase en la futura redención de la humanidad.—Esa mujer así predestinada era la excepción única que permanecería llena de gracia en todo el género humano, por la alta función que le estaba reservaba

y porque su descendencia unigénita, Jesús, rescataría al hombre del poder del demonio y le abriría otra vez las puertas del cielo. El Angel Gabriel saluda en el Evangelio de hoy a esa mujer llamándola "*Gratia plena*", llena de gracia. La Virgen de Nazaret es, pues, la predestinada para Madre del Redentor, para corredentora del linaje humano, la bendita entre todas las mujeres, la criatura que desde su primer instante de vida tuvo al Señor consigo. Las SS. Escrituras no señalan a ninguna otra.

2.—Habiendo sido, pues, predestinada para cooperadora de la redención y Madre del Redentor, Dios debió concederle privilegios especialísimos: el primero de todos fué el de su inmaculada concepción. ¿En qué consiste tal privilegio? En que, por una gracia única, previstos los méritos de Jesucristo, la Virgen María fué excenta del pecado original que mancha a todo hijo de Adán. *Concepción* es la unión del alma y del cuerpo en el seno maternal. El alma, creada pura por Dios, al unirse a un cuerpo para formar una persona humana, se mancilla, se contagia, y esta persona queda así culpable de pecado original. Por eso María, excenta de este pecado por privilegio divino, quedó *inmaculada.* Esta verdad es un dogma de nuestra fe contenido en las SS. Escrituras, proclamado por la tradición entera, aceptado por la razón y definido por la Iglesia.

3.—En la promesa que consigna el Génesis, hemos visto ya que entre el demonio y la mujer que ha de venir, habrá enemistad constante y sin tregua: si Dios no distingue, nosotros tampoco debemos distinguir, por eso esa enemistad entre María y el demonio existe desde el primer instante de la concepción de María. Isaías la anunciaba como Virgen y Madre: "He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será llamado Emmanuel (Dios con nosotros). (Is., VII, 14). En las palabras que Gabriel dirige a María está claramente revelada su pureza perpetua: *ser llena de gracia* es no haber estado jamás sin la gracia; *tener consigo al Señor,* es haberle poseído siempre; *ser bendita entre todas las mujeres,* es tener algo que jamás tuvieron las otras; este algo no era su maternidad divina, porque cuando la saluda el Angel, María no

era aún madre de Jesús. Luego esas alabanzas se deben a su pureza inmaculada.

4.—La voz de los Apóstoles, de los Doctores y del pueblo cristiano debe considerarse como un eco de la voz de Dios. La Iglesia busca el objeto de su fe en la *Escritura* y en la *Tradición.* En lo tocante a la creencia en la Inmaculada Concepción, esa voz de la cristiandad se impone en absoluto. Los Padres de los cuatro primeros siglos nos presentan esta creencia como enseñada y universalmente aceptada (Orígenes, San Efrén, San Agustín, San Epifanio). Después seguimos hallando los textos más precisos, las afirmaciones categóricas y los símbolos con que se representaba a María (arca de Noé, la zarza ardiendo sin consumirse, el lirio entre espinas...) Sixto IV aprueba un oficio en que la Concepción de María es llamada *Inmaculada;* San Pío V prohibe atacar en la cátedra la doctrina de la *Inmaculada Concepción* y se establece su fiesta, y el gran Concilio de Trento declara que la Bienaventurada e Inmaculada Virgen María, madre de Dios, no está comprendida en el decreto sobre el pecado original...

5.—Es éste un dogma perfectamente ajustado a la razón, ya que si Dios la predestinaba para Madre de su Unigénito humanado que debía redimir a los hombres, debía ser el objeto de las más dulces complacencias divinas, la criatura más perfecta y sin mancha alguna.— El Unigénito, queriendo y pudiendo escoger para Sí una madre, debía escogerla exenta de toda mancha; si quería amarla como un hijo ama a su madre, debía embellecerla y enriquecerla de toda gracia. Si el Espíritu Santo iba a formar por Sí mismo de la sangre de María el cuerpo inmaculado de Jesús, por su propia divinidad no podía permitir que esta sangre hubiese sido viciada por el pecado ni un solo instante.

6.—Finalmente es éste un dogma definido por el Papa Pío IX en el Concilio Vaticano, el 8 de diciembre de 1854. Entonces *ex cátedra* pronunció esta solemne definición: "Por la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y por la Nuestra, declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina que enseña que la bienaventurada virgen María, en el primer instante de su concepción,

por gracia especial y por singular privilegio de Dios omnipotente y en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, fué preservada y exenta de toda mancha del pecado original, es *revalada por Dios* y, en consecuencia, debe ser creída firmemente y constantemente por todos los fieles".

Y no parece sino que Dios hubiera querido hacer brillar con la luz de sus milagros la verdad de esta revelación. Cuatro años después de la definición de este dogma, la misma Madre de Jesús se manifiesta a la santa niña de Lourdes, Bernardita Soubirous, no una sino muchas veces y le dice "Yo soy la Inmaculada Concepción"... Y desde entonces hasta hoy millares de enfermos han hallado ahí su salud por obra de milagro y millares de incrédulos, ante esos espectáculos sobrenaturales, han abierto su alma a la fe y han aprendido a decir con el Angel Gabriel: "Dios te salve, María, llena de gracias, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres..."

Ahora reflexionemos. María, confirmada en gracia, lleva sin embargo una vida de trabajo, de mortificación y de penitencia; nosotros, inclinados al mal, ¿qué hacemos para librarnos del pecado? Ella huyó del mundo; nosotros buscamos sus halagos y peligros... La llena de gracias quiso crecer en virtud y en méritos; nosotros pecadores ni siquiera evitamos las recaídas... Alcemos los ojos a esa Madre que nos mira y compadece; acojámonos a su amparo, pues que nunca se ha oído decir que cuantos han acudido a Ella hayan sido abandonados... Consagrémosle nuestro amor y nuestra vida a su corazón purísimo de Reina y Madre de los ángeles y de los hombres.

VIGILIA DE NAVIDAD

(Cuando ocurra en Domingo)

Evangelio según San Mateo, cap. 1, 18-21.

"Estando desposada María, Madre de Jesús, con José, ya antes de estar juntos, se halló que había concebido en su

seno por obra del Espíritu Santo. Y José, su esposo, como era justo y no quería delatarla, quiso dejarla secretamente. Y estando pensando en esto, he aquí que el Angel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María por tu mujer: porque lo que en ella ha nacido es fruto del Espíritu Santo. Y dará a luz un hijo: y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados."

1.—*Anuncio inmediato y misterioso del nacimiento de Jesús.* El evangelista San Mateo comienza su primer capítulo con la genealogía de Jesucristo "hijo de David, hijo de Abraham"; porque su fin principal era probar a los judíos cristianos, que Jesús, llamado el Cristo, era el Mesías prometido en el Antiguo Testamento. Y como los profetas anunciaban que este Enviado de Dios debía ser de la raza de David, prueba su descendencia en línea directa de David y de Abraham. Desde este Patriarca, que lo fué del pueblo israelita, hasta el nacimiento de Jesús, pasaron 42 generaciones, en distribución exacta y misteriosa: pasaron catorce desde Abraham hasta David; otras catorce, desde David hasta la transmigración a Babilonia, y otras catorce desde la transmigración de Babilonia hasta Jesús. En seguida el evangelista dice: "Pero el nacimiento de Cristo fué de esta manera"; y relata los hechos que leemos en el Evangelio de hoy, Vigilia de Navidad. Aquí San Mateo nos da a conocer el misterio de la Encarnación del Verbo en el seno de María, la Virgen de Nazaret, en las palabras del ángel que lo revela y explica a San José. San Lucas es el evangelista que nos da a conocer en detalles la Anunciación y la Encarnación del Hijo de Dios, en la visita del arcángel a María. Ambos evangelistas nos revelan, pues, que el Salvador, llamado Jesús y Emmanuel fué concebido por obra del Espíritu Santo y que es el Hijo de Dios.

2.—*Virtud de María y de José.* La joven virgen,huéfana de sus padres, estaba ligada a José, su pariente, por matrimonio según la ley de Moisés; pero ambos estaban también ligados a Dios por voto de castidad. Y este voto fué el principal motivo de sorpresa y de temor de la Virgen, cuando el arcángel le hizo el anuncio de que iba a ser Madre del Altí-

simo. Después de la explicación del mensajero celestial, consintió en el milagro declarándose esclava del Señor, y se obró en ella la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo. Sabía, pues, el divino origen de su maternidad divina; pero nada decía a su esposo, porque se lo impedía su humildad profunda: ¿cómo iba a revelarle que era "Madre de Dios"? Comprendía las cavilaciones y cuitas de su esposo, pero confiaba en que el mismo Dios que la había hecho madre, siendo virgen, le revelaría el secreto a su esposo. Por su parte José, varón prudente y lleno de caridad, guarda silencio en medio del asombro; no se acoge a la ley del repudio, porque conoce la purísima virtud de María. El Evangelio de hoy nos muestra el premio a su prudencia y caridad: Dios le envía en sueños un ángel que le revela el misterio glorioso de la maternidad de María y que hará de él el padre adoptivo del Salvador del mundo. Por aquí veamos cómo Dios estima la castidad, la humildad y la prudencia en las almas.

3.–*Regocijémonos con el nacimiento del Niño Dios.* Todo lo que supieron María y José por el ángel del Señor iba a cumplirse, según lo predicho por Isaías: "Sabed que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: "Dios con nosotros". "Mañana al amanecer veremos su gloria" nos dice hoy la liturgia de la Iglesia en todos los tonos. Alegrémonos, pues dentro de unas cuantas horas oiremos su canto jubiloso: "Cristo ha nacido para nosotros, ¡venid y adorémosle!" Que así sea; que nazca para nosotros en esta Nochebuena y que su nacimiento sea para todos una prenda de ventura perdurable. Digámosle al Padre Eterno en unión con la Iglesia: "Oh Dios, que cada año nos alegras con la espera de nuestra redención: haz que recibiendo ahora gozosos a tu Unigénito que viene a salvarnos, también le veamos tranquilos cuando venga a juzgarnos".

PASCUA DE NAVIDAD

(25 de Diciembre)

Advertencia.– Para esta Festividad puede tomarse como tema cualquiera de los Evangelios de las Misas de hoy. El de

la Medianoche está tomado del Evangelio de San Lucas, cap. II, vers. 1—14; el de la Misa del Alba, está tomado del mismo Evangelista y es continuación del mismo capítulo II, en sus versículos 15—20; el de la Misa del Día, corresponde al llamado "Prólogo del Evangelio de San Juan", cap. I, 1—14, o sea el Evangelio que generalmente se lee al final de las misas. La homilía que aquí presentamos abarca los relatos de estos tres textos evangélicos.

1.—*Nacimiento del Redentor.* Hoy la cristiandad entera celebra jubilosa el Nacimiento de Jesús, de aquel Redentor anunciado por los Profetas y esperado por el mundo durante cuarenta siglos, tiempo que la liturgia de la Iglesia nos ha estado recordando en las cuatro semanas de Adviento. Muy justa es entonces esta alegría que inunda el corazón de los hombres, al recordar el Nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre, Jesucristo. El último anunciador de esta buena nueva, no fué ya un hombre, sino un arcángel de Dios, Gabriel, en su Anunciación a la purísima doncella de Nazaret. A ella, en el silencio de su plegaria, el mensajero celeste la saluda y le anuncia que será Madre del Altísimo; María da su consentimiento a tan insigne privilegio cuando queda instruída por el arcángel de que su virginidad quedará intacta. Entonces, al *fíat* del Omnipotente, se une el *fíat* de la que se proclama "esclava del Señor". El Espíritu Santo forma en el seno de María, de su sangre purísima, el cuerpo del Salvador; crea un alma racional y la une a este cuerpo y al mismo tiempo la persona del Verbo divino se une a este cuerpo y a esta alma: *Verbum caro factum est.* Y en un día como hoy, la Virgen "llena de gracia" da a luz al Salvador permaneciendo siempre virgen, porque en la encarnación del Verbo no hubo intervención humana, sino divina. Felicitemos, pues, a esta Virgen-Madre por este privilegio sin igual que la hace Reina de los cielos por su dignidad sublime, y Reina de los hombres porque fué la única criatura humana exenta de la culpa original, desde su predestinación en el paraíso, que se cerraba para los hijos de Adán.

2.—*Circunstancias del Nacimiento de Jesús.* Adán y Eva perdieron para ellos y para todos sus descendientes los dones

excelentísimos con que fueron creados, por desobediencia y soberbia. Desobedecieron a Dios por creer que iban a ser como dioses, según la perversa sugestión del demonio. Por eso Jesucristo al nacer viene a cumplir la voluntad del Padre Eterno: "De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Hijo unigénito". Nace para obedecer a ese Padre que no fué obedecido por el hombre; pero más aún, viene a obedecer a los mismos hombres en su vida terrena: "Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Treinta años vivirá sometido a María y José y aun antes de nacer, en el seno mismo de su Madre ya viene obedeciendo al edicto de empadronamiento decretado por el César y ejecutado en Siria por Cirino; viene en su Madre, de Nazaret a Belén de Judá, cuna de David.— Y porque la soberbia perdió a los hombres en Adán, el Hijo de Dios hecho hombre comienza a darnos lecciones de humildad desde su nacimiento. Su madre y San José no encuentran hospedaje en la ciudad, acaso porque los vieron pobres; y así ese Niño que viene a salvar al mundo, nace a medianoche en un pesebre abandonado, sufriendo el frío del invierno y el desamparo del campo.— Y porque quiso ser pobre y humilde, los primeros en rodear su cuna de pajas y contemplar su belleza serán los humildes y los pobres; un ángel les anuncia el grande gozo a los pastores de la comarca, diciéndoles que ha nacido el Salvador y les da por señas que está puesto en un pesebre, envuelto en pañales. Y porque "Dios resiste a los soberbios y a los humildes les da su gracia", esos pobres pastorcillos son los predilectos, los primeros en conocer al Dios hecho hombre y los primeros en oír el "Evangelio" —la buena nueva— de boca de un coro angélico: "¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Con esos pastores dichosos, adoremos también nosotros al Niño Dios, glorifiquemos con El al Padre Eterno y al Espíritu Santo y hagamos reinar la paz en nuestras almas abandonando el pecado con una voluntad decidida, para que ese Niño Salvador venga también a nuestro pecho y permanezca en él amado y obedecido.

3.—*Generación del Verbo y su misión entre los hombres.* En la tercera Misa de esta Pascua, se lee el comienzo del Evan-

gelio de San Juan, en donde el Evangelista por excelencia se remonta hasta el seno de la Divinidad para hablarnos de la generación eterna del Verbo, de su actuación en la creación y luego de su doble naturaleza divina y humana en su encarnación y venida al mundo. El nos enseña que desde toda eternidad existía el Verbo, que estaba en Dios y era Dios, y que por El fueron hechas todas las cosas; que la vida que estaba en El vino a ser la luz de los hombres: ¿no decía Jesús que El y el Padre eran una misma cosa? ¿no decía que El era "el camino, la verdad y la vida? Pues esta vida, que era luz, no quisieron recibirla las tinieblas, a pesar de que el Precursor dió testimonio de esta luz para que todos creyesen. Había venido al mundo para rehabilitar a todos los hombres como herederos del cielo; pero los suyos, los del pueblo escogido, no lo recibieron ; mas a todos los que lo recibieron, judíos y gentiles, dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios, herederos de su reino. ¡Cuánta gratitud debemos entonces a este Hijo de Dios vivo que toma naturaleza humana para redimirnos y hacernos coherederos suyos en la gloria del Padre! ¡Con cuánta alegría debemos recibir hoy a este Verbo, Unigénito del Padre, que se hizo carne y habitó entre nosotros! Seamos, pues, "hijos de la Luz" recibiendo con fe y amor la verdad, toda la verdad con que El quiso iluminarnos el camino de la salvación; seamos como otros Cristos, recibiéndolo en la Santa Comunión para tener la verdadera vida en nosotros: "En verdad os digo que el que come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna". Profesando y viviendo esa verdad que nos trae Jesús, daremos gloria a Dios en las alturas y en la tierra tendremos esa paz que no nos puede dar el mundo.

CIRCUNCISION DEL SEÑOR

(Octava de Navidad 1º. de Enero)

Evangelio según San Lucas, cap. 11, 21.

"En aquel tiempo: Cumplidos que fueron los ocho días para cincuncidar al Niño, le fué puesto el nombre de Jesús

como lo había llamado el ángel antes de ser concebido en el seno materno."

1.—*Lección de humildad y de sacrificio.* Teñida en sangre empieza la vida del Niño Dios y con misterio de sangre comienza el año civil para los fieles cristianos. No bastaba al recién nacido sufrir la pobreza y la humildad de un establo en que abre sus ojos al mundo; quiere todavía humillarse sufriendo en su carne inocente el estigma de los pecadores y derramar su sangre, ofreciéndola al Eterno Padre como primicia de la que derramará en la cruz hasta su última gota por nuestra salvación. Esta ceremonia había sido prescrita por Dios primeramente a Abrahán y después a Moisés, para distinguir especialmente a su pueblo escogido. Era una ceremonia dolorosa, porque el cuchillo debía herir la carne de los infantes varones como sello de expiación por el pecado original, el que en este caso de Jesús no existía. Era por eso humillante, puesto que aparecía así confundido con los pecadores. ¡Que poco imitamos a este divino modelo! El busca la humillación, pudiendo exceptuarse de esta ley, de la cual como Dios era el autor; mientras nosotros buscamos la molicie y las distinciones que halaguen a nuestro amor propio: somos pecadores y queremos aparecer como justos, mientras Jesús apenas nacido ya quiere aparecer como pecador ante los hombres. Jesús apenas nacido ya quiere saborear el dolor y derramar lágrimas y sangre por salvarnos, y nosotros no queremos sufrir el menor sacrificio en expiación de nuestras culpas: ¡cuánta prisa se da el Salvador para darnos su sangre y cuánto demoramos nosotros para darle nuestro corazón!

2.—*Lección de obediencia.* En estos tiempos en que parece imperar entre los hombres el espíritu de independencia y rebeldía, qué ejemplarizadora se nos presenta esta actitud del Niño Jesús, sometiéndose a una ley que en manera alguna le obliga a El. Así nos da ejemplo de obediencia en el cumplimiento de las leyes divinas y condena con su actitud aquellas dispensas, aquellas reservas y aquellas relajaciones que con tanta facilidad nos permitimos con respecto a ciertas leyes religiosas, como las del ayuno y abstinencia, como la de la asistencia a Misa en los días festivos y como la que obliga a

los padres a hacer bautizar sus hijos dentro de los ocho días de su nacimiento. La circuncisión imponía la obligación de observar toda la ley de Moisés, y Jesús carga sobre Sí este yugo para librarnos de él. Con el sacramento del Bautismo vino a sustituir la ceremonia de la circuncisión; pero si nos exime así de la circuncisión legal, nos obliga a la espiritual, es decir a cortar en nosotros los pensamientos malos y deliberados; los afectos ilícitos y desordenados de nuestro corazón; las conversaciones obscenas y difamatorias de nuestra lengua: en una palabra, todo aquello que no se aviene con el espíritu cristiano que abrazamos en nuestro bautismo.

3.—*"Le fué puesto el nombre de Jesús"*. Este dulce nombre fué traído del cielo por el arcángel Gabriel y son los dos esposos vírgenes, María y José, los que lo imponen al Niño: con este purísimo nombre debemos, pues, ahuyentar las concupiscencias de la carne. Con este nombre, que significa Salvador, el cielo reconoce a su Rey, la tierra a su Libertador y el infierno a su Vencedor; pronunciémoslo entonces con sumo respeto y gratitud. Este santo nombre está lleno de fuerza y de poder: nada se niega de cuanto se pide en nombre de Jesús; el martirologio y la historia eclesiástica nos atestiguan cómo los enfermos han recobrado la salud al invocarlo con fe, cómo los muertos han resucitado y cómo él ha ahuyentado a los demonios. Invoquémoslo como lo hace la Iglesia en su liturgia, con frecuencia y confianza; sobre todo en la última hora de nuestra vida, invoquémoslo con vivo arrepentimiento de nuestras culpas y alcanzaremos seguramente la felicidad eterna: ¡que el Salvador del mundo lo sea también de nuestra alma en el trance supremo! Así sea.

EPIFANIA DEL SEÑOR

En esta fiesta la Iglesia celebra la primera manifestación de Jesús a los pueblos gentiles, como Salvador del mundo. En su nacimiento se había manifestado a los hijos de su pueblo, los pastores que fueron avisados por los ángeles; ahora, como en un acto oficial, el Niño Dios quiere dar audiencia a los poderosos extrajeros, los Magos o sabios que llegan has-

ta su trono guiados desde el Oriente por la estrella prodigiosa. "Hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarle", dicen en Jerusalén. Se cumplía así el vaticinio de Isaías: "Levántate, oh Jerusalén, ilumínate porque ha venido tu luz y ha aparecido sobre ti la gloria del Señor". Y de igual manera se cumple el anuncio más reciente del anciano Simeón cuando tomó en sus brazos al Niño: "Ya mis ojos han visto al Salvador que nos ha dado, al cual tienes destinado para que, a la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine a los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel", decía a Dios en el *Nunc dimittis.*

Esos sabios de Oriente conocían algunos anuncios de esta venida, y por su buena voluntad fueron inspirados por Dios y guiados por la estrella prodigiosa. Como ellos, aprendamos a recibir los llamados del Señor que nos hace en los gozos o en las pruebas, aunque nos cueste sacrificio: ellos hicieron un largo viaje sin temer la distancia ni las molestias consiguientes. Fueron dóciles y generosos.

Pero fijémosnos en el Niño. ¡Qué pronto va a cumplir el vaticinio de Simeón hecho a la Virgen su Madre! Oigámoslo: "Mira, este niño está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel y para ser blanco de contradicción. Hé aquí que una espada traspasará tu alma".

Mientras los Magos averiguan en Jerusalén dónde está Jesús para adorarle, Herodes, inquieto de envidia, quiere también saberlo para eliminarlo. Ya tenemos en el Niño el "signo de contradicción" entre los hombres. Desde entonces van caracterizándose tres clases de hombres: la de los que no buscan a Cristo, sino el engaño, las riquezas y la vanidad; los impíos que lo buscan con odio e hipocresía para combatirlo, y los fieles que lo buscan para adorarlo. Nosotros vayamos a El por la verdad y el bien. Ofrezcámosle el oro de nuestro amor, el incienso de la adoración y la mirra de nuestras penitencias.

Ser mago en Oriente es como ser sabio; esos Reyes buscaban la verdadera sabiduría en las cosas creadas por Dios, y de las criaturas llegaban al conocimiento del Creador. Cultivemos nosotros el temor de Dios que es el principio de la

sabiduría. Admiremos en esos Reyes la fe que obedece a las inspiraciones divinas y corresponde a la gracia. Seamos fieles y constantes en nuestros buenos propósitos, que Dios allanará todas las dificultades. El invita a todos los hombres a formar parte de su Iglesia o Reino espiritual: sigámosle con la estrella de la fe en su Evangelio y en sus mandamientos, para llegar un día como estos Magos hasta el trono mismo de su gloria. Así sea.

VIERNES SANTO

(Sermón de tres Horas)

> *"Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi"*: he aquí al Cordero de Dios, al que borra los pecados del mundo.
>
> (S. Juan I, 29).

En estos momentos en que hemos recordado la crucifixión, la agonía y la muerte de Jesucristo, pensemos en la culpa que nos cabe a nosotros en este drama sangriento. Porque esa Víctima ha muerto en tal suplicio, por tomar sobre sus hombros el fardo inmenso de todos los pecados humanos; y entre ellos están los nuestros, los que hemos cometido desde que tuvimos conciencia del bien y del mal.

Mientras los verdugos y la plebe bajan del Gólgota huyendo despavoridos, acerquémonos nosotros a sus pies traspasados para llorar nuestras culpas y prometerle nuestra enmienda; sólo así esa sangre no clamará venganza contra nosotros como la de Abel contra Caín; sólo así ese divino Ajusticiado nos recibirá como el padre que rescata a su hijo perdido, al precio de su sangre. He ahí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo...

De los labios del Bautista, hechos para predicar penitencia brotó este retrato de Cristo. Sí: he ahí el *Cordero,* por su mansedumbre ante la vida y ante la muerte; el *Cordero de Dios,* porque se iba a entregar al sacrificio verdadero que redimiría al mundo de sus culpas. Mansedumbre y misericordia

señaladas por el Bautista y que Jesús fué confirmando con sus hechos, con sus palabras, con sus parábolas y su conducta hasta el último instante de su vida terrena...

1.–*Lo confirmó con sus hechos.* ¿Qué culpable arrepentido acudió a El que no lo recibiera con la entrañable ternura de un padre? Una vez es una mujer sorprendida en adulterio, la que su misericordia defiende contra las piedras homicidas de sus acusadores: "Mujer, ¿nadie te ha condenado? Yo tampoco te condeno; véte y no peques más".

Otra vez es aquella mujer famosa por sus liviandades la que se acoge trémula a la sombra de su misericordia y bajo ella se ve rehabilitada, defendida y purificada: "¡Mucho se le ha perdonado, porque ha amado mucho!"

En otra ocasión es de un publicano como Zaqueo, de quien El se hace el encontradizo y convidado, y por este solo hecho el defraudador lo recibe gozoso y le promete restituír el cuádruplo de lo que ha robado.

Ahora ha sido Dimas, el ladrón, quien con unas palabras que le dice desde otra cruz junto a El, le roba el perdón y el reino de los cielos. Pero si así perdona a quien reconoce su culpa y pide clemencia, con igual misericordia implora El perdón aún para aquellos que son sus verdugos: "¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!" ¡Y lo habían crucificado y seguían escarneciéndolo!

2.–*Lo confirmó con sus palabras.* Su mismo nombre, "Jesús", es decir Salvador, es ya una garantía de su amor misericordioso. Cuando los fariseos enrostraban a sus discípulos el que Jesús comiera con publicanos y pecadores, El respondía: "Es a los pecadores y no a los justos, a quienes yo he venido a llamar a penitencia"; son los enfermos y no los sanos, los que necesitan de médico.

Cristo, inocente, quiso sufrir todas las consecuencias del pecado: en el Huerto de los Olivos sintió la vergüenza y la confusión; en la cruz se sintió desamparado de su Padre y a lo largo de su pasión fué sintiendo todas las penas de que es capaz el corazón humano. Y todo, por ofrecerse como víctima que atrajera sobre los hombres, la misericordia del Padre. ¡Qué claramente se ve aquí la lección que había dado

a Simón Pedro! "No te contentes con perdonar siete veces; perdona hasta setenta veces siete", esto es siempre. Y este Maestro del perdón ¿no querrá perdonarnos si, arrepentidos, volvemos a sus brazos?

3.—*Lo manifiesta en sus parábolas.* Recordemos sólo aquéllas del capítulo XV de San Lucas que nos hablan de un feliz hallazgo, que es el del pecador arrepentido. Según ellas, Jesucristo es el Buen Pastor que corre en pos de la oveja perdida hasta hallarla y, gozoso, la lleva en sus hombros al redil. Es el Padre del joven pródigo, por eso sabe lo que duele la pérdida de un hijo que tanto le costó criar y redimir; más aún, es la mujer encariñada con las diez dracmas, y por eso busca con tanto afán la que se le pierde y, una vez hallada, hace fiesta.

Estos hallazgos, diferenciados por tres matices, motivan esa alegría que Jesús declara con palabras inefables: "Yo os digo de igual modo que habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia". Pues, si tal es el gozo de Cristo cuando salva a un pecador, ¿cómo nos atreveremos a negárselo en un día como hoy? Alegremos su Corazón misericordioso convirtiéndonos de veras y para siempre.

4.—*Su conducta con los desleales.* Pero donde Jesucristo nos da las pruebas más elocuentes de su piedad infinita —nos dice un ilustre monje benedictino (*) —es en el trato que da a dos hombres que El ha constituído en sacerdotes de la Nueva Ley. Porque el ultraje de un extraño nunca es tan grave como el de un amigo en quien se ha puesto toda la confianza.

a) Pues bien, Pedro es uno. Hace solamente algunas horas, Jesús lo ha constituído en Sumo Pontífice en su plática de la Cena: "Simón, yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca: y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos". Y esa "piedra" colocada por Cristo como base de su Iglesia, se desmorona como frágil arena ante la sospecha de

----

(*) Dom Justo Pérez de Urbel, en sus "Meditaciones Sacerdotales". En esta parte nos hemos ceñido a las reflexiones que este autor hace sobre Pedro y Judas.

una mujercilla: ¡reniega de su Señor y con qué insistencia! —"Mujer, no conozco a ese hombre". ¡Señor Jesús, lo habéis perdido todo: vuestro primer discípulo os niega y os arranca hasta el nombre! Dice "ese hombre". Luego jura, tal vez por Jehová, que no conoce a semejante hombre. Y como ni con esto convence a la obstinada mujer, se maldice, se execra y sigue perjurando. El rudo pescador no ha olvidado su terrible lenguaje de hombre de mar: con él quería convencer a toda costa que "aquel hombre infame" le era desconocido en absoluto. Y todo eso lo hace el primer sacerdote de Cristo, a las pocas horas de haber celebrado con El su primera Misa: ¡tremenda gravedad la de su culpa!

Y ¿cómo lo trató Jesús? ¿cómo? Sobrepasando todas sus conocidas misericordias. Aun no se apagaban en los labios de Pedro las terribles negaciones, cuando Cristo, empujado por sus verdugos, abofeteado, escupido, tiene que pasar por delante del discípulo cobarde y desleal; y aquellos divinos ojos vuélvense hacia él con tal fuerza de amor y melancolía, que el atolondrado pescador se desata en torrentes de lágrimas.— Resucita Cristo, y el primer hombre a quien se aparece es a Pedro: *et aparuit Simoni*. Y ¿qué palabras le dice el divino Resucitado? ¿palabras de reproche o de perdón?... No, no quiere avergonzarlo: el Señor es indulgente y sabe que aquel pobre presumido que le había jurado no abandonarlo, está arrepentido de su triple culpa. Jesús es fino, delicado y por eso más tarde sólo le pide por toda penitencia un triple acto de amor: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú más que éstos?" Y Pedro lo comprende todo y se humilla a sus pies manifestando su amor y reconociendo que "ese hombre", como él lo había llamado, lo sabe todo. Y Jesús lo confirma como Sumo Pontífice de la Iglesia; no lo destituye: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas".

b) Pero hay algo todavía más impresionante: el trato que dió a Judas. Tremendo misterio es éste, la dureza de corazón que no logró ablandarse ni entre las manos amorosas del Maestro!

¡Qué señales de predilección le da! Desde que lo elige, empieza Jesús con palabras veladas, pero claras para él, a de-

clararle su perversidad: "Uno de vosotros habrá de entregarme"; y, con todo, al poco tiempo le da la más alta prueba de amistad constituyéndolo en administrador del colegio apostólico. ¿No se daría por aludido cuando el Maestro hablaba en parábola del mayordomo infiel al cual tan propicio se muestra siempre a perdonar? Sobre todo en aquella noche de la Cena, ¡qué de ternuras para convertir al discípulo alevoso! Qué de distinciones juntamente con llamados indirectos para disuadirlo del crimen que ya tenía proyectado: "¡Ay del hombre aquel que va a entregarme! Mas le valiera no haber nacido". Luego al escoger los asientos coloca a Judas frente a Sí, frente a Sí, de tal modo, que han de comer en el mismo plato y se han de encontrar sus manos y sus ojos, y tiene para él finezas que no tiene para los demás: "Y mojando un pedazo de pan en la salsa hizo con él una fineza a Judas", dice San Juan. Con tal cariño le trata, que ninguno de los demás discípulos, ni Juan ni Pedro, advierten la falsía de Judas, ni en el Divino Maestro la más leve señal de asco ni de antipatía por aquel esclavo de Satanás.

Pero sigamos. Antes de terminarse esa Cena, ya ha salido el traidor para realizar su crimen. Y ¿qué pasa cuando llega al olivar de la oración? Guiando al grupo de sayones, llega hasta su Maestro con la sonrisa de la hipocresía; pone sus manos en los hombros de su víctima y estampa en el rostro divino el beso de la entrega... ¿Qué hace Jesús? No lo fulmina, sino que lo llama amigo: "Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?" Llama "amigo" al que lo ha vendido, a aquel cuyo nombre será la más negra infamia de la raza de Adán por todos los siglos...

Las consecuencias de aquel beso sobrepasaron quizás las intenciones del mismo traidor. Contempló a Cristo, pendiente del patíbulo, y sintió un remordimiento horrendo; penetró con sus ojos el horrible abismo de su abyección y, lleno de odio a sí mismo, tratando de aniquilarse, se ahorcó...

Supongamos que este desdichado, al ir con la soga arrollada al brazo y con paso de beodo, al *Haceldama,* se hubiera encontrado con Simón Pedro:

—¿A dónde vas?

—A ahorcarme.

—Pobre Caín, ¿por qué?

—Mi crimen es tan grande, que no merece perdón.

—¡Oh! también yo fuí pecador —le diría Pedro—, y al que tú entregaste por dinero yo negué y renegué de balde, y en mi dolor y en mis lágrimas he acudido a El y me perdona. Ven conmigo: subamos a la Cruz y la sangre que se vierte para remisión de los pecados lavará también el tuyo.

Y supongamos que Judas admite el consejo y, por las huellas ensangrentadas del camino, llega al Calvario cuando la Víctima Santa acaba de ser levantada a la vista de todos los siglos, y que apartando a los verdugos, se aproxima a la Cruz y se postra junto a ella y clava su frente sobre los pies clavados de Cristo, y bramando de dolor, le dice: "¡Oh mi Dios, yo te clavé aquí; yo te estrujé la sangre; yo te he pisoteado como a sierpe venenosa. No merezco perdón; rajad las rocas para que me traguen; mandad rayos que me consuman; entregad mi nombre al ludibrio de las gentes, como una presa a los colmillos de las fieras. Pero, Señor misericordioso, no muráis, no cerréis esos labios sin decir que me perdonáis; llamadme otra vez, como en el Huerto: Amigo!"

Supongamos que esto hubiera sucedido —¡qué pena!, ¡no sucedió—, ¿qué respondiera Jesús? ¡Habría pronunciado su octava palabra, la más bella, la más divina del Evangelio! Sería semejante a la que dijo a Dimas: "¡Amigo, tú también estarás conmigo en el Paraíso!"

Hermanos míos: tú niño, si acaso has cometido algún sacrilegio; tú, joven, si te has vendido al vicio; tú, anciano, si has traicionado a tu Dios por respeto humano; tú, pecador, que desesperas de la salvación de tu alma: quién sabe si esa palabra que Cristo tuvo a flor de labio, esa octava palabra no pronunciada, quizás la guarda Cristo para decírtela a ti, para grabártela en el alma con su ardiente beso de Dios si, arrepentido y resuelto a mudar de vida, te arrojas a los pies del Crucificado. ¿Le negarás también tú el divino placer de pronunciar esa palabra de perdón a tus oídos, como Judas se lo negó?

Ah, no: digámosle con el corazón contrito y humillado:

No, Jesús mío; no sellaré yo vuestros labios con la mordaza de mi obstinación en la culpa. Habladme, perdonadme. Me arrepiento mejor que Judas, ya que, como él, os vendí y pisoteé. Desde ahora acaban mis pecados y rompo las cadenas. No me levantaré de vuestros pies, sino perdonado. *Mieserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam:* ten piedad de mí, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia; y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi iniquidad. Así sea.

FESTIVIDAD DE SAN JOSE

(19 de Marzo)

Jacob genuit Joseph virum Mariae, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.
(Math., I, 16).

El máximo elogio que los Libros Santos hayan hecho de un hombre está cifrado en estas palabras con que el Evangelio nos presenta al Patriarca San José: lo llama "esposo de María y padre de Jesús". A la manera que los rayos del sol se concentran y rutilan en la limpidez traslúcida del diamante, así la alta dignidad de este Santo se ha concentrado y resplandecido a través de veinte siglos en estas palabras tan breves y simples: *esposo de María y padre de Jesús.*

Si bien es cierto que el artesano de Nazaret no fué padre del Salvador según la carne, ocupó sin embargo este puesto y brillará por siempre con este título junto al Cristo que creció en edad, en sabiduría y en gracia bajo su mismo techo y ejerciendo su mismo oficio: ¡qué alta será entonces en el cielo su jerarquía y qué inmenso su poder delante de Jesucristo!

El que está sentado a la diestra del Eterno ¿podrá negarle algo a este varón prudente que cuidó de su infancia y que proveyó a todas las necesidades a que El se sometió en la tierra por amor a los hombres? ¿Podrá rehusarle algo a este ángel humano que lo condujo a Egipto para librarlo del furor de Herodes, al que lo amó con la ternura del mejor de

los padres; al que El mismo obedeció y honró durante los treinta años que precedieron a sus predicaciones evangélicas?

Bastan estas solas consideraciones para depositar toda nuestra confianza en este gran Patriarca. Pero, hermanos míos, no olvidemos que los santos desde su bienaventuranza son para nosotros guías seguros que con una mano nos muestran el camino de las virtudes que siguieron para que también nosotros las sigamos, y que con la otra nos señalan la gloria de que disfrutan para que también nos animemos a alcanzarla. Sigamos, pues, sus huellas para que, con algún mérito, podamos invocarlo como abogado y protector de nuestras almas.

Vírgenes consagradas al Señor en la oración y en la vida oculta, allí tenéis al asceta ejemplar en el claustro de Nazaret; padres y esposos, ved allí al jefe de hogar, prudente y solícito; obreros, vedlo allí con sus manos encallecidas en el taller, santificando su trabajo con probidad y paciencia para sostener a una esposa que era virgen y a un hijo que era Dios...

Señora de Nazaret, vierte en mis palabras el rocío de tus gracias para que puedan mostrar las virtudes y el gran poder de tu castísimo esposo. Ave María.

* * *

Hermanos míos: os invito a contemplar en la silenciosa vida de este Santo Patriarca algunas de aquellas virtudes más necesarias tanto para los simples cristianos del mundo, como para quienes llevan una vida religiosa. Y primeramente admiremos ese espíritu de fe que lo animaba, ya que sin esa fe es imposible agradar a Dios, como nos dice el Apóstol: *sine fide impossibile est placere Deo.* (Hebr., XI, 6).

Este espíritu de fe consiste en una convicción tan profunda y sentida de las verdades sobrenaturales, que hace ver y palpar, por decirlo así, los misterios de nuestra santa religión. Como el alma anima al cuerpo en todos sus movimientos, así el espíritu de fe anima al alma en todas sus acciones: *justus ex fide vivit,* el justo vive por la fe. (Hebr., X, 38).

Este espíritu era el que animaba al Santo de Nazaret, el que lo hacía dócil para creer los grandes misterios en los albores mismos de la nueva era de la Ley de gracia. Y en efec-

to, ¿qué nos refiere el Evangelio de hoy? El Espíritu Santo ha cubierto a María con su sombra y la virven desposada con José ha concebido en su seno. ¡Angustiosa inquietud agobia al Santo cuando advierte lo que no comprende! Pero apenas el ángel de la Anunciación le revela el misterio de esa Encarnación, el casto esposo cree en el milagro de la maternidad realizado por Dios en la virgen María, y honra a su esposa como madre del Mesías prometido y esperado.

Y estando próximo el nacimiento del Salvador, los santos esposos llegan a Belén para inscribirse en el censo ordenado por el Procónsul. Solicitan hospedaje de puerta en puerta, pero todas se cierran para ellos; y el Hijo de Dios nace en las afueras de la pequeña ciudad, en un establo abandonado y en medio de los rigores del invierno. Y estas circunstancias tan crueles no perturban al santo de fe viva que no ha dudado ni por un instante de las palabras del ángel. El ve nacer al hijo de María, y lo reconoce eterno como su divino Padre; lo ve en una cuna arreglada entre las pajas de un pesebre, y lo cree el Dios de la gloria que hace del cielo su trono y de la tierra su escabel; lo oye gemir, y sabe que es la alegría de los ángeles; lo siente llorar de frío y de hambre, y reconoce su providencia que viste los lirios y alimenta a las aves; lo ayuda a dar sus primeros pasos, y cree que su poder determina la ruta de las estrellas; le enseña un oficio para ganar el sustento, y lo adora como a Dueño del universo; lo tiene, en fin, bajo sus órdenes durante treinta años y ve en él al Dios de los ejércitos que de una sola mirada hace temblar la tierra...

¡Ah, una fe de mayores méritos no existe! Si más tarde algunas muchedumbres se agolpan al paso de Jesús para admirarlo y voces fervientes proclaman su divinidad, nada debe sorprendernos, porque tales manifestaciones de fe estaban garantizadas por una ejecutoria de múltiples y estupendos milagros que iban publicando su poder y su grandeza. Pero José nunca vió en Jesucristo otra cosa que su fragilidad, su obediencia y su modestia; durante su vida oculta nunca brotó un milagro de esas manos divinas que le ayudaban en su taller de artesano. ¡He ahí el modelo más perfecto y estupendo del espíritu de fe!

Fieles cristianos que, como José, cumplís con los deberes de vuestro hogar; almas piadosas que, como el Patriarca, habéis buscado una vida de silencio y de recogimiento: acaso más de alguna vez habréis envidiado al Santo esas relaciones tan íntimas y tiernas que tuvo con el Salvador del mundo: haberlo tomado en sus brazos, haberlo cubierto de caricias, haber habitado bajo un mismo techo y haber participado de un mismo pan. Pero mirad: ¿qué nos dicen este templo, este altar, este tabernáculo y esta mesa eucarística? Esa morada de Jesucristo ¿no es también la nuestra?, ¿no nos invita a la misma mesa? Por la santa Comunión ¿no disfrutamos en nuestro pecho de esa misma presencia? Nada nos falta, pues, para tener la misma dicha de San José y para santificarnos como él. Lo que sí nos falta es una fe más viva, más constante y más práctica. Pidámosle entonces que aumente nuestra fe, porque si ella no animase nuestros pensamientos y acciones, sería vana y estéril; peor aún, sería una fe muerta, porque la fe sin obras es muerta, nos dice San Pablo: *fide sine operibus mortua est.* (I Cor., XV, 17).

* * *

Carísimos oyentes: otra virtud necesaria para todo creyente es la sólida piedad del corazón. La verdadera piedad, esa pasión de agradar a Dios, no consiste precisamente en hacer muchas cosas, sino en hacer bien las que Dios exige de nosotros en las condiciones especiales en que nos ha colocado su Providencia. Si San José ganó méritos tan altos en su vida, no fué porque realizara cosas extraordinarias, ya que no hay noticia alguna de que hiciera milagros, ayunos rigurosos, ni maceraciones espantables, sino porque cumplió sus deberes y ejecutó siempre sus actos por Jesús y con Jesús.

Si huye al destierro es por salvar a Jesús de los designios de Herodes; si trabaja es por mantener a Jesús; si se impone privaciones lo hace por Jesús, y si hasta se siente dichoso de morir, es porque la gloria de Jesús así lo exige. Se santifica en el seno de una familia pobre y en un oficio humilde, entre las herramientas de trabajo y apremios de la vida. Nada de-

jaba entrever lo que era ni los privilegios con que Dios lo honraba. Su aire, su porte, su lenguaje: toda su persona estaba revestida de sencillez y modestia a tal punto, que cuando Cristo comenzó a admirar a las gentes, la envidia y el despecho llamábanle "el hijo del carpintero", recordando a su padre nutricio.

He ahí el gran ejemplo de una verdadera piedad desinteresada de todo juicio humano; la piedad sencilla que sólo se muestra cuando es necesario y lo hace sin ruido ni ostentaciones. Por eso la piedad de los fariseos era falsa, porque no tenía otro objeto que la propia estima de sí mismos; en cambio la piedad cristiana permanece serena ante el aplauso o la burla, ante quien la estima o la detesta, porque su único fin es agradar a Dios, cumpliendo sus mandatos y enseñanzas.

La verdadera piedad es ordenada: quiere lo que Dios quiere, pero en el orden en que Dios lo quiere. Por eso antepone lo necesario a lo accesorio, el precepto al consejo; y aun, entre los mismos consejos, aquellos que son aprobados por el confesor y que tienen el mérito de la obediencia son los que coloca en primer término para su cumplimiento.

La verdadera piedad es discreta. Entre los múltiples y variados ejercicios que pueden mantenerla, elige aquellos que son compatibles con el estado o codición del que la practica; sabe acomodarse a los lugares, personas y circunstancias en donde Dios coloca al alma. San José se santifica entre los idólatras de Egipto; entre los pastores y los Magos que acuden a Belén y entre los trabajos de Nazaret, porque esta piedad discreta se aviene al carácter de todos y aprovecha hasta los defectos de los demás para ejercitarse en la dulzura, en la humildad y en la paciencia. Por eso decía San Pablo: todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, *omnia cooperantur in bonum diligentibus Deum.* (Rom., VIII, 28).

¡Qué amable es la piedad cuando es bien comprendida! ¡Cuánto más amada sería nuestra religión si los que la profesan no la mezclaran con sus defectos y no la acomodaran a sus caprichos! Si queremos hacer obras meritorias para la eternidad, hagámoslas por Jesús y con Jesús, como el Santo Patriarca.

* * *

Hermanos míos, San José no sólo es nuestro mejor modelo de virtudes cristianas, sino también nuestro más poderoso protector ante Dios. Ya lo decía Santa Teresa con estas palabras: "Yo nunca he pedido algo a Dios, por intercesión de San José, sin haberlo conseguido inmediatamente".

Los demás santos interceden suplicando; San José tiene el privilegio de que sus deseos tengan el valor de mandato. ¿Quién podrá dudar de este privilegio si el Rey de los cielos es *su hijo* y la Reina de los ángeles es *su esposa?*

Acojámonos, pues, a él con toda confianza. Pidámosle que nos ampare contra todo mal. Sobre todo pidámosle su protección para la hora de la muerte que es la que ha de fijar nuestra suerte eterna; para esa hora en que pueden repararse todos los extravíos y en que también pueden perderse todos nuestros méritos. En ese instante en que el pasado se oculta, el presente se escapa y el juicio inapelable se acerca, tengamos en nuestros labios el nombre de este Patrono de la buena muerte.

¡Oh, bienaventurado Patriarca San José, rogad por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén!

LA ASCENSION DEL SEÑOR

Evangelio según San Marcos, cap. XVI, 14–20.

"En aquel tiempo: Estando sentados a la mesa los once discípulos, se les apareció Jesús, les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, por no haber creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo: mas el que no creyere, se condenará. Y estas señales seguirán a los que creyeren: Lanzarán demonios en mi nombre: hablarán nuevas lenguas; quitarán serpientes, y si bebieren algún veneno, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y los sanarán. Y así, el Señor Jesús, después que les habló, fué arrebatado al Cielo, y está sentado a la diestra de Dios. Mas ellos salieron, y predicaron en todas

partes, colaborando el Señor con ellos, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban".

I.—*El poder de enseñar y de obrar milagros conferido a los apóstoles.* La Iglesia nos propone este relato de San Marcos en la fiesta de hoy para recordarnos aún la resurrección del Señor y cómo El, sentado a la mesa con sus once apóstoles, les echa en cara su incredulidad ante el testimonio de los que lo habían visto resucitado. Por eso nosotros que ahora contamos con el testimonio de los amigos y enemigos de Jesús, respecto a su resurrección gloriosa, debemos tener profunda fe en este hecho real que durante cuarenta días estuvo el Señor confirmando con sus múltiples apariciones hasta el momento de su ascensión a los cielos. El evangelista nos refiere este último hecho con brevedad sublime: "El Señor Jesús —dice— después que les habló, fué arrebatado al cielo y está sentado a la diestra de Dios". San Marcos no se detiene en relatarnos este hecho que fué presenciado por tantos, porque mira como cosa natural que el Hijo de Dios que había bajado del Cielo, cumplida su misión, retornara a él. Lo que San Marcos nos refiere con el mayor interés es el mandato y el poder que da a sus apóstoles para ir por todo el mundo predicando el Evangelio a toda criatura. Como Rey universal, confiere a sus apóstoles una potestad también universal, la de enseñar lo que ellos habían aprendido de sus labios: ministerio que ellos comenzaron a ejercer desde el día de Pentecostés, enriquecidos con los dones del Espíritu Santo. Otro poder que les confirió el Señor fué el de obrar milagros para atestiguar la verdad revelada, milagros que enumera sucintamente el Evangelista: así Jesús colaboraba con ellos en la evangelización del mundo. Recibamos también nosotros esas enseñanzas que se perpetúan por los sucesores de los apóstoles a quienes Jesucristo decía: "El que a vosotros os escucha, a mí me escucha".

2.—*La Ascensión de Jesús.* Así como la Encarnación del Verbo inicia la vida de Cristo en la tierra, la Ascensión le pone término como un coronamiento a su vida, pasión, muerte y triunfo. Al decir que Jesucristo subió a los cielos, debemos entender que sube en cuanto hombre con su cuerpo y

su alma, porque en cuanto Dios estaba siempre en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Cuando se dice que "está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso", debe entenderse que tiene la misma gloria, poder y majestad que el Padre y el Espíritu Santo y que, como hombre, está sobre toda criatura humana y angélica. Durante los cuarenta días que siguieron a la resurrección, Jesucristo se aparecía a sus discípulos para robustecer su fe en esta verdad con una convicción invencible y para dejar organizada su Iglesia que debía nacer oficialmente con la venida del Espíritu Santo. Fué en este período cuando El estableció a San Pedro como jefe visible y a los apóstoles como propagadores de su Evangelio; fué entonces cuando enseñó algunas verdades que sus discípulos no habían entendido antes de su pasión y muerte, y cuando dió la potestad de perdonar los pecados instituyendo el sacramento de la penitencia. Durante este período consolaba y alentaba a los justos de la antigua Ley, llevados desde el limbo de Abrahán al paraíso terrestre, como piensan San Justino, San Irineo, San Buenaventura, Santo Tomás y numerosos teólogos de la Iglesia. Todos estos justos formaron el séquito brillante con que Cristo Vencedor del demonio entró a la gloria del Cielo, como el "primogénito de entre los muertos", según la frase de San Pablo.

¿Cómo subió a los cielos? San Lucas en su Evangelio y en el primer capítulo de los Hechos Apostólicos, nos dice que desde una ladera del Monte de los Olivos fué elevándose poco a poco: "mientras les daba la bendición, se elevaba al cielo". ¡Qué majestad! ¡qué serenidad y encanto! No es maravilla entonces que los ojos de los discípulos quedaran como en éxtasis ante aquel espectáculo nunca visto ni oído! Se elevó no con auxilio ajeno, sino por su propia virtud. "Y una nube, dice San Lucas, le ocultó a sus ojos". Es la carroza real que le conviene al Vencedor, porque la nube fué siempre emblema de la divinidad.

Y cuando los discípulos permanecían aún arrobados ante la elevación de su Maestro, dos ángeles vestidos de blanco les dijeron: "Varones de Galilea, ¿por qué os quedáis mirando al cielo? Este Jesús que, dejándoos a vosotros se ha remon-

tado al cielo volverá en la misma forma que ahora le habéis visto subir al cielo." Esos ángeles llaman a los apóstoles "varones de Galilea," porque lo eran todos ellos, menos el desgraciado ausente, Judas, que era oriundo de Keriot (Iscariote). Esos ángeles anuncian el retorno de Jesús al mundo con la misma gloria y majestad con que ahora sube a los cielos; vendrá en las nubes, como leemos en San Mateo (XXIV, 30): "Verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y majestad" para juzgar a los hombres; lo mismo anunció el Señor cuando, confesó su divinidad ante Kaifás.

En esta fiesta de la inauguración del Cielo para los hombres redimidos, glorifiquemos como los ángeles al Libertador y Mediador que va a prepararnos nuestras moradas eternas, prometidas por El a los que cumplen los divinos preceptos; vigoricemos nuestra fe y confianza en el Hijo de Dios que tomó nuestra naturaleza y, con ella glorificada, está sentado a la diestra del Padre cumpliéndose así el anuncio de David: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra". *Susum corda!* Pongamos en lo alto nuestros corazones para vivir tan limpiamente, que merezcamos ver y amar siempre a Dios en la bienaventuranza eterna!

CORPUS CHRISTI

Evangelio según San Juan, cap. VI, 56-59.

"En aquel tiempo, dijo Jesús a las turbas de los judíos: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. Así como el Padre que me envió vive, y yo vivo por el Padre; así también el que me come vivirá por mí. Este es el pan que bajó del cielo. No es como el maná que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente."

1.—*Dos fiestas dedica la Iglesia a la Sagrada Eucaristía:* la de la Institución del Sacramento, el Jueves Santo y la del *Corpus Christi,* que es la que hoy celebramos. La primera es un recuerdo histórico que, por las circunstancias mismas en

que Jesús instituye el Sacramento, reviste algo de tristeza por ser el testamento de amor del Maestro que va a entregar su vida por los hombres. Esta fiesta de hoy tiene, en cambio, un carácter de triunfo y de gloria. Y en efecto, en este día la Iglesia canta el triunfo del espíritu sobre la materia y de la fe sobre los sentidos, porque a pesar de las humildes apariencias de las especies eucarísticas, reconocemos la presencia real de Cristo en el Sacramento más excelente de todos y que es el centro de nuestro culto y de nuestras adoraciones a Dios. Por eso durante ocho días se repite en la Santa Misa el admirable poema en que Santo Tomás sintetiza toda la teología y toda la mística de la Eucaristía. En él se resume y se comenta todo el sermón que pronunció Jesús al día siguiente de la milagrosa multiplicación de los panes y en que nos enseña clara y precisamente que El se nos daría en alimento y bebida para alcanzar la vida eterna; el fragmento que se ha leído en el evangelio de hoy es parte de ese discurso de la promesa eucarística que iba a realizar en la noche de la Cena.

2.—*La fiesta de Corpus Christi es singularísima:* en todas las demás conmemoramos aniversarios, mientras que ésta tiene una realidad viva y subsistente, como es la presencia de Cristo en los altares; en las otras se celebra un misterio particular, en ésta se honra a todo Cristo y en todos sus misterios: "Siempre que hiciereis esto, hacedlo en memoria mía" —dijo el Señor a los apóstoles al convertir el pan y el vino en su cuerpo y sangre. En la consagración, recordamos su Encarnación; luego su Pasión y Muerte, o sea la renovación incruenta de su Sacrificio cruento del Calvario; en la Comunión de los fieles se verifican las palabras que nos señala el evangelio de hoy, cuando Cristo decía: "Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él". En las demás fiestas se propone la Iglesia hacernos participar de la gracia del misterio que celebramos en ésta: con cuánta devoción y júbilo debemos entonces participar de las procesiones del Santísimo Sacramento para honrarlo proclamando nuestra fe en El y desagraviándolo de todas las injurias e indiferencias que recibe en ese Sacramento de su amor y en

el que cumple su promesa de permanecer con nosotros hasta la consumación de los siglos!

3.—*Pero no le basta a ese Dios Eucarístico permanecer en los altares en medio de nosotros.* El quiere que todos tomemos parte en este festín en que su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su divinidad son los manjares divinos. En la parábola de la Gran Cena. El se nos presenta como el padre de familia que dispone un festín e invita a mucha gente. Y al llegar la hora, envía a un criado para llamar a los invitados, los que como de acuerdo van excusándose. Conviene recordar cómo nos invita el Señor a la Cena eucarística: "Tomad y comed —nos dice—. Venid a las nupcias... Con grande anhelo he deseado comer con vosotros esta pascua...". Y no sólo nos convida, sino que nos impone un mandato y hasta nos amenaza con privarnos de la vida eterna, si no tomamos parte en este banquete sagrado: "En verdad, en verdad, os digo: si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros...". El envía a los ministros del altar a todos y a cada uno para persuadirlos; pero muchos se excusan como en la parábola, poniendo de manifiesto su mala voluntad o indiferencia, no quieren hacer el menor esfuerzo para disponerse a recibir al Señor.

Jesucristo se humilla, se anonada en nuestros altares y hace grandes milagros para dársenos en alimento y sin embargo, muchos se niegan a abrirle el corazón con las vanas excusas de esa parábola: "No puedo, dice uno, porque he comprado una parcela y necesito salir a verla"; así habla el hombre de negocios, olvidándose de que el único negocio necesario es el de la propia salvación. "No puedo, dice otro, porque he comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas": así habla el que tiene su corazón encadenado a sus riquezas y cree que se va a arruinar si dedica una hora siquiera de los días festivos a la Misa y a la Comunión. "Yo no puedo ir allá porque acabo de casarme", dice un tercero, prefiriendo disfrutar de los placeres de los sentidos antes de gozar de la paz del espíritu y de asegurar su felicidad eterna. Todas las excusas que con éstas o con otras palabras se dicen para rehusar la invitación y hasta el mandato de Cristo de recibirlo en su corazón, ¿no son

acaso injurias contra nuestro Señor? Se dirá que es necesario dominar las pasiones para recibir a Cristo en la Sagrada Comunión; pero San Pablo nos dice que con la gracia de Dios todo lo podemos; podemos entonces dominarlas y vencerlas más fácilmente alimentándonos con el Pan de los fuertes. Pensemos bien que si Jesús establece su reino en nuestra alma, nos enriquecerá de bienes y de gracias; sembrará en nosotros el germen de la resurrección futura y nos dará una prenda de la vida y de la felicidad eternas que han de ser el anhelo primordial de toda nuestra efímera existencia. Meditad en las palabras finales de este Evangelio, en donde Cristo dice a los judíos: "Este es el pan que bajó del cielo. No es como el maná que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente".

FIESTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Viernes siguiente a la Octava de Corpus)

(Sermón para clausurar su Mes)

Sitio! ¡Tengo sed!

(S. Juan, XIX, 28).

En la vida terrena de Jesús maravilla ese poder con que, a través de su humanidad, transparenta el dominio absoluto de Dios sobre los seres creados. A su mirada, el agua de las seis hidrias de Caná se transmuta en vino; a su voz, el mar y el viento serenan sus furores; a su mandato, la enfermedad da libre paso a la salud, y la muerte entrega sus víctimas a la vida; al simple deseo de su bondad, los panes se multiplican para hartar a las muchedumbres y las redes vacías se cuajan de peces para sus amigos pescadores; y al eco de su maldición, la higuera estéril languidece y muere.

Pero es mucho más admirable que esa palabra omnipotente de Cristo se convierta en gemido de súplica sólo ante el corazón del Hombre. ¿Por qué este cambio de actitud en Jesucristo? Porque ante el hombre se encuentra con ese inmenso atributo que dió a su alma cuando lo creó a su imagen y semejanza: el libre albedrío.

Sólo ante el hombre el Hijo de Dios se humilla hasta hacerse mendigo y espera a las puertas de su corazón el mendrugo de amor o de consuelo que quiera darle: ¡inefable misterio! Como mendigo lo vemos ante aquel joven rico cuando le dice: "Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, da su producto a los pobres, y ven y sígueme". Pero el joven, que se había contentado con la sola observancia de la Ley, se aleja negándole el dón de su caridad perfecta. Y como mendigo solloza ante la capital de su patria, porque ésta le niega su fe, a pesar del clamor de sus profetas y de la exactitud con que El va cumpliendo los vaticinios. "¡Jerusalén, Jerusalén!...".

Mas, aun en esta actitud humilde de Cristo frente al hombre, hay en sus promesas un sello de divinidad: si El pide una dádiva, es para ofrecernos un cielo. Hoy, que por voluntad expresa suya manifestada a Santa Margarita María, honramos su Corazón divino, fuente de su amor y de su sangre redentora, la Iglesia os pide ser generosos en satisfacerle sus deseos de amor y de reparación. El os ofrece recompensas en la tierra y en el cielo.

* * *

Jesucristo tiene sed. La tuvo junto al Pozo de Jacob; la tuvo al consumar su sacrificio; la tuvo al contemplar su vida eucarística en el curso de los siglos.

1.—Jesucristo, como hombre, estaba sujeto a las leyes del orden humano; y así la fatiga, el hambre, la sed y el cansancio más de una vez debilitaron sus fuerzas. Pero, aparte de esa sed del cuerpo, sufría otra sed más devoradora en su alma. Ciertamente que nosotros ya no podemos refrescar sus labios con el agua; pero sí podemos aliviar sus ansias del espíritu con nuestro amor agradecido y con nuestros desagravios reparadores.

En el Evangelio lo vemos una vez pidiendo de beber; pero tras el sonido de esa súplica, se advierte bien que pide almas; y el ardor de su celo divino sobrepasa y anula ese ardor de sus labios.

Está allá sentado en el brocal del pozo de Jacob. Ha venido cruzando la Samaria para ir a Galilea. Venía con sus discípulos, pero cansado por la marcha, se ha quedado allí y los ha mandado a ellos a buscar alimentos a la ciudad vecina. Está, pues, solo en ese pozo de los samaritanos, que odian a los judíos: ¡qué importa si El va en busca de los pecadores y de los que no lo conocen! Es la hora en que el sol rescalda y en esa agua profunda duerme la imagen de esa otra agua de gracia que El puede dar a los que la busquen. Va a pedir, pero también a dar.

Llega una mujer con su cántaro, y el mendigo de almas le suplica:

—Dame de beber.

—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana?

La mujer no ha dado una negativa rotunda; sólo se resiste en forma indirecta. Pero Cristo, que tiene sed de su alma, comienza a hablar de Dios: *"Si scires donum Dei!,* ¡ah!, si tú conocieras el dón de Dios y quién te pide de beber, acaso tú le hubieras pedido a él y él te hubiera dado agua viva". Así comienza a descorrerle el velo de ignorancia sobre la gracia de Dios.

—Señor, ¿dónde tienes esa agua viva? ¿Eres acaso mayor que nuestro padre Jacob? Y el que pide para dar responde:

—El que bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed. ¡Ah! cuántos que, como la samaritana, buscan la dicha sin saciarse jamás, debieran aprender a pedirle a Cristo de esa agua viva que sacia para siempre!

—¡Señor, dame de esa agua!, dice ella. Nosotros sabemos que para obtener la gracia divina, se requiere la fe y el arrepentimiento de los pecados. Y por eso Jesús, que ve la buena voluntad de esa mujer, la ayuda en la confesión de su vida y ¡con qué delicadeza!

—Llama a tu marido, le dice.

—Señor, yo no tengo marido... Ya lo ha dicho: es pecadora y calla avergonzada ante el cuadro de su vida que le

recuerda Jesucristo. Y la que comenzó por llamarlo *judío* y después *Señor,* lo confiesa ahora *Profeta.*

—Señor, yo veo que tú eres profeta. Y el Maestro de la verdad le habla de la única adoración aceptable ante Dios, la que nace del alma y se refleja en la conducta de la vida. Ella, que espera al Mesías, confía en que él les enseñará todo. Y pues que ya tiene fe y arrepentimiento, Cristo se le descubre en toda su verdad:

—*Ego sum qui loquor tecum.* Ese soy yo que hablo contigo...

La mujer abre los ojos de su alma y, olvidando su cántaro, corre a la ciudad gritando la buena nueva. Al entregar su voluntad al que le pedía de beber, El le ha dado su *agua viva* de perdón y de gracia. Su sed profunda se ha mitigado; por eso cuando llegan los discípulos con alimentos, ya le ven sin fatiga. El ha pedido y ha dado en abundancia.

2.—La escena que hemos contemplado se desarrolla al comienzo de la predicación de Jesús, cerca del monte Garizim de Samaria. Ahora, como en extraña antítesis, mirémoslo en el Gólgota de Judea. *Los suyos, los judíos,* lo han crucificado y en medio de oprobios, de blasfemias y martirios, espera su muerte.

Es ese mismo pueblo que lo acogía con *hosannas* el que ha pedido su crucifixión: *¡Crucifige eum!* Y aun así, a despecho de esa ingratitud y de ese crimen, El implora para ellos el perdón de Dios. Y cuando la agonía ya le ha estrujado su corazón, de sus labios cae este grito: *¡Sitio!* ¡tengo sed! Sed de su cuerpo desangrado que ya no puede apoyarse, sino en sus propias heridas; sed indecible. Sin embargo, su alma recorriendo las profecías mesiánicas ve que todo se ha cumplido. No, es el dolor el que lo domina; El es quien domina al dolor... y si exclama ¡tengo sed!, es que lo devoran otras ansias distintas de las de su cuerpo; y si paladea la hiel y vinagre de la esponja, es para poder decir: "Todo se ha cumplido". Lo que más le atormenta es su sed de almas. ¿No ha venido para conquistarlas? ¿No les ha traído la vida en abundancia? Y ahora que está clavado en el leño del suplicio no puede ir a ellas y ellas no vienen a El, y las que lo seguían de cerca lo

han abandonado! ¡Oh sed de este generoso mendigo! Fuera de su Madre y del pequeño grupo de almas piadosas que lo acompañan ¿nadie le dará de beber? Hay a su lado un ladrón que se compadece de su inocencia ajusticiada y ese Corazón ya exangüe se apresura a recompensarlo: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". ¡Le paga con el cielo!

Ahora bien, ¿por qué allá en Samaria, tierra adversa, una pecadora recibe la gracia y ella a su vez con los samaritanos van en su busca y lo retienen con ellos dos días? Es que ellos le dieron lo único que les pedía: su buena voluntad. Acá en el Calvario, los suyos, soberbios que esperan un Cristo que les dé los goces de la tierra y el dominio de las naciones, le niegan esa voluntad y gritan con odio: "¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!"

Los ángeles de Belén habían prometido la paz a los hombres de buena voluntad. Este pueblo no la tuvo para su Cristo, y hé aquí por que hasta hoy no puede gozar de paz!

3.—Desde esta trágica escena del Gólgota, la semilla del Evangelio, regada con sangre de mártires, fué multiplicando la mies simbólica de que hablaba Jesús a sus apóstoles. Pero esta mies humana del Reino de Dios fué más tarde contaminándose con el egoísmo y la indiferencia del mundo fué olvidando y hasta despreciando al dulce Mendigo de amor que se había quedado en los sagrarios y que, con la voz de su profeta estaba clamando: *Praebe, fili mi, cor tuum mihi!,* dame, hijo mío, tu corazón! El pueblo cristiano se olvidaba de su Rey y no le rendía vasallaje; tenía a su Dios prisionero en el Sagrario y le negaba sus consuelos; veía las profanaciones y sacrilegios de que era víctima y no iba a ofrecerle sus desagravios. "Esperé que alguno de los míos se entristeciese conmigo y no lo hallé", decía su Corazón por boca de David.

Hasta que un día del siglo XVII, tomando la actitud de quien muestra la prueba suprema de su amor, surge en el altar de la Visitación de Paray-le-monial y a la santa religiosa que lo adoraba, le muestra su pecho abrasado en llamas: —"He aquí, le dice, el corazón que tanto ha amado a los hombres, y en recompensa yo no recibo, sino ingratitudes, desprecios, irreverencias y sacrilegios en mi Sacramento de amor!".

Amarga queja, ésta que dirige Jesús, no ya a los samaritanos que lo desconocían ni a los judíos que lo ultrajaron, sino a sus amigos, a los que El mismo alimenta con su cuerpo y sangre. Y, como en el pozo de Jacob, y como en la cruz del Calvario, aquí en el tabernáculo también tiene sed. "Tengo sed —dice a la Santa— me abraso en sed ardentísima de ser amado de los hombres en este Sacramento y no encuentro a nadie que me la quiera apagar volviéndome amor por amor!"

¡Ah!, si por acaso visitáramos a un condenado a prisión perpetua y él nos pidiera de beber, ¿no nos movería a compasión, a pesar de sus crímenes? Y si ese condenado es un inocente, si ese prisionero voluntario es un Dios que nos da el pan de vida eterna ¿no acudiríamos a su prisión a consolarlo, a rendirle el culto de la adoración y del desagravio? Pues ahí tenemos a ese Corazón sediento de nuestro amor. Y no olvidemos que si nos pide como mendigo, es para recompensaros como Dios.

El ha prometido en cambio de este culto de amor y desagravio, inmensos tesoros de amor, de gracia, de misericordia y de santificación.

Ha prometido la paz en las familias, el alivio en los trabajos; las bendiciones del cielo en todas nuestras empresas. Ha prometido la gracia de recibir los santos sacramentos en la hora de la muerte a los que lo reciban durante los nueve primeros viernes, dedicados en su honor. Ha prometido, en fin, a sus devotos que su Corazón será un refugio para la hora de la agonía. ¡Ah! ¿no querremos refugiarnos en ese Corazón que va a juzgarnos?

Ya sé que vosotros le amáis de veras, porque cada día de este mes le habéis consagrado vuestro corazón, porque sólo en él encontráis "la fuerza, la luz, el valor, y el verdadero consuelo". Sé que le adoráis en el Sacramento de su amor y que hoy en triunfo lo aclamaréis con hosannas.

Pidámosle a El la gracia de perseverar en su amor, en las penas y en las alegrías, en los trabajos y en los sacrificios. Saciemos la sed de este divino Prisionero, para que un día,

con sus brazos abiertos, nos reciba en los cielos repitiendo sus palabras de la tierra: "Venid, benditos de mi Padre, porque tuve sed y me dísteis de beber!". Así sea.

FESTIVIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO
(29 de Junio)

Evangelio según San Mateo, cap. XVI, 13–19.

"En aquel tiempo: Llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo, y preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Respondieron ellos: Unos dicen que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o alguno de los profetas. Díceles: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondió Simón Pedro y dijo: ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! Y Jesús, respondiendo, le dijo: Dichoso eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. También yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será también atado en los cielos: y todo lo que dasatares en la tierra será también desatado en los cielos."

Tema A:

SIGNIFICADO DE ESTA FIESTA

1.–*Dedicación de la fiesta.* La Iglesia Católica, Apostólica y Romana, dedica el día de hoy, 29 de Junio, a conmemorar y honrar a los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Al pescador de Bertsaida constituído por Jesús en "pescador de hombres" y en "piedra" fundamental de la Iglesia; y al perseguidor de esta misma Iglesia, convertido en apóstol en el camino de Damasco por ese mismo Jesús que le hiere con un rayo para salvarlo y hacer de él un "vaso de elección" que lleve su nombre por todas las regiones del mundo conocido; el primero recibe el poder y la primacía como mayoral del Pastor

invisible de la Iglesia y el segundo recibe la ciencia teológica para ser el "Apóstol de los Gentiles". Jesucristo quiso darles un sello de distinción al cambiarles su nombre para ejercer su apostolado: a Simón hijo de Jonás, lo llamó "Pedro" y a Saulo lo hizo llamarse "Pablo". Bajo estos nombres, los honramos como a Príncipes de los Apóstoles.

2.–*Promesa de Jesús a Pedro.* Aunque hoy conmemoramos a estos dos Apóstosles, la liturgia dedica la misa de hoy a S. Pedro y la de mañana al Apóstol de los Gentiles. En el Evangelio que hemos leído, San Mateo relata la escena familiar de Jesús con sus discípulos en Cesarea de Filipo, en la que El interroga sobre qué piensan de El los hombres, para luego preguntarles directamente a ellos qué idea tienen de su persona. La respuesta que le da Simón Pedro adelantándose a los demás, recibe la alabanza del Maestro y le nuestra que lo que dice es una verdadera revelación del Padre Eterno: El es "el Cristo, el Hijo de Dios vivo". En seguida Jesús le da a Simón el nombre de "Pedro" para indicarle que ha de ser la "piedra" fundamental de la Iglesia que va contituír y que permanecerá incólume a pesar de todos los embates del infierno. Y, continuando con los símbolos, le promete darle "las llaves del reino de los cielos", es decir el poder de este reino que establecerá en la tierra para conquistar los hombres para el cielo; y en este reino le promete asímismo el poder legislativo, en esas "ligaduras" con que Simón podrá atar o desatar en el régimen de la Iglesia, con la seguridad de que todo será confirmado en los cielos.

Desde ese instante, Simón Pedro será ya mirado como el lugarteniente del Hijo de Dios vivo en esta sociedad de los discípulos.

3.–*Cumplimiento de la promesa: Primacía de Pedro.* La promesa hecha a Pedro en Cesarea de Filipo, fué cumplida por Jesús resucitado en la tercera aparición a sus apóstoles, después de darles de comer un pez y un pan una mañana en la ribera del mar de Genezaret.

Entonces con visible intención y delicadas palabras le pregunta al que le negó tres veces si lo amaba más que a los demás, y ante las emocionantes respuestas de Simón Pedro, el

Señor le ordena: "Apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas", a los corderos y a sus madres, es decir, a los fieles y a los pastores. Pedro, pues, debe regir la Iglesia universal en la fe, en las costumbres y en la disciplina: he ahí la potestad de gobierno. Pero antes, en el discurso de la última cena, Jesús le ha conferido también la potestad de enseñar, antes de dar esa potestad a todos sus apóstoles cuando iba a subir a los cielos. En esa víspera de su muerte, Jesús le dice a Pedro: "Simón, yo he rogado por ti a fin de que tu fe no desfallezca: y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos": he ahí el poder doctrinal.

4.—*Consecuencias de esta primacía.* Obedeciendo Pedro al mandato que le confiriera el divino Fundador de la Iglesia, ejerció sus poderes como Obispo de Roma durante veinticinco años, hasta morir mártir bajo las persecuciones de Nerón. Desde entonces todos los obispos que han ido sucediéndose en la sede de Roma han ejercido sobre la Iglesia el Primado de Pedro con la sumisión y obediencia de todos los demás obispos y fieles de la Iglesia de Cristo, porque la Iglesia y su Jefe visible, que es el Papa, no fueron instituídos para un tiempo limitado, sino hasta el fin del mundo. De aquí se desprende el acatamiento y obediencia que debemos al Sumo Pontífice en todo lo que se refiere a la fe, costumbres, disciplina y gobierno. De igual manera, como dicho Primado es de derecho divino, ningún poder humano tiene derecho a impedir que el Vicario de Cristo se comunique libremente con su rebaño y sus pastores; síguese también que el Papa es el supremo juez de la Iglesia y que en su enseñanza o poder doctrinal es infalible; es decir que él, y los obispos unidos a él, están exentos de error en materia de fe y de costumbres, no así en materias profanas. Este privilegio de la infalibilidad no consiste en una inspiración de Dios, sino en una asistencia divina que le impide errar en materias doctrinales, cuando habla *"ex cathedra"*, es decir como Maestro Supremo de la Iglesia universal.

En este día que es el "Día del Papa", roguemos a Dios por él, como lo hacía la primitiva Iglesia; rindámosle nuestros ho-

menajes filiales como a legítimo sucesor de San Pedro y acompañémoslo en sus plegarias por la libertad y prosperidad de la Iglesia en todos los pueblos de la tierra.

Tema B:

CONFESION Y PRIMACIA DE SIMON PEDRO

De dos hechos trata el texto de este Evangelio de San Mateo: del reconocimeinto que hace San Pedro confesando a Jesús como Mesías, Hijo de Dios vivo; y de la elección que hace de su apóstol, Jesús para fundamento de la Iglesia y plenipotenciario de ella.

a) A la vista de los milagros y de la vida extraordinaria de Cristo, muchos, antes que Simón Pedro, le habían llamado hijo de Dios; pero ninguno en el sentido con que el apóstol lo hace en Cesarea de Filipo. En efecto, los discípulos y las gentes que lo admiraban por su santidad y por su poder, le daban ese título pero en el sentido en que todos lo somos en mayor o menor grado, es decir, hijo de Dios por la gracia, por adopción; mas nó por naturaleza.

San Pedro adivinó algo más con la clarividencia que le dió la fe, y así paladinamente y como inspirado por Dios, le llama "Mesías, Hijo de Dios vivo", Hijo no ya por adopción sino por naturaleza, como nadie lo había llamado así antes.

El mismo Jesús hace notar la diferencia de esta confesión espontánea y fervorosa de su apóstol y la que antes habían hecho otros en un sentido general; puesto que por esta confesión le llega a llamar "bienaventurado" ¿Por qué? Pues, "porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado eso —le dice—, sino mi Padre que está en los cielos". Así, pues, sólo la revelación divina ha puesto en el rudo entendimiento de Pedro este conocimiento del gran misterio de Cristo.

b) Cuando este pescador se presentó por primera vez a Jesús, dice el Evangelio que el Señor le miró fijamente y desde luego le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás, pero en adelante te llamarás *Kefas*". Y ahora, como para explicarle ese

nombre simbólico y como recompensa de su confesión de fe, le dice: "Y yo te digo a ti que tú eres Kefas: Pedro, Piedra, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". Y luego le asegura las prerrogativas para esa Iglesia y para él: los poderes del infierno no prevalecerán contra ella; él será el llavero del reino de los cielos y el ligador y desligador de todo lo que se refiere a las almas que pertenezcan a esa Iglesia.

Con esto quería significar el Señor que Pedro, el primero de los creyentes, sería el fundamento humano en que se habían de apoyar todos ellos. Decimos el fundamento humano; porque el divino no es otro que el mismo Cristo. Cuando se trata de construír un edificio que desafíe a los siglos, se buscan los cimientos que sirvan de base; se cava el suelo hasta dar con la roca viva y entonces sobre esa roca se hacen descansar esos cimientos con la seguridad de que ya esas piedras no se cuartearán jamás. Pues bien, esa primera piedra angular es Pedro, en el edificio de la Iglesia; pero esa piedra descansa en la inconmovible firmeza de la roca viva que es Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Pedro, pues, fué la piedra angular, después siguió su sucesor San Lino y así siguieron los otros Pontífices hasta el actual. Mas, como todos tienen la garantía inconmovible de Cristo que es la roca viva que sostiene a su Iglesia, esta sociedad no es ya humana, sino divina. De ahí la indefectibilidad de esta Iglesia en lo intelectual, lo moral, lo social y lo sobrenatural. No será la torre de Babel que quiso construír el orgullo de los hombres, sino la Iglesia cuya solidez la obtiene de la humilde omnipotencia de esa roca viva, que es Cristo, el Hijo de Dios vivo, como lo llama San Pedro divinamente inspirado.

Por eso, ni los huracanes de las persecuciones, ni los sismos de las herejías, ni los inviernos ni los soles de veinte siglos han podido destruír ni derribar esta Ciudad de Dios que permanecerá enhiesta hasta el fin de los tiempos. Esta es la verdad que nos enseña la liturgia de esta fiesta de San Pedro.

LA ASUNCION DE LA SSMA. VIRGEN

(15 de Agosto)

Tema A:

NOCIONES SOBRE ESTE DOGMA

El 31 de Octubre de 1950, con la solemne definición del dogma de la Asunción de María en cuerpo y alma a los cielos, declarado por S. S. Pío XII, se cumplieron los anhelos de la cristiandad católica expresados desde muchos años: se esperaba su definición en el Concilio Vaticano, pero los acontecimientos políticos suspendieron dicho Concilio.

Queremos exclarecer aquí los conceptos de la definición dogmática ,a fin de que los fieles tengan ideas claras sobre su importancia, pues cuando se define o proclama un dogma no quiere decir que "se impone" una verdad nueva; de ninguna manera. Sólo se define como "verdad de fe católica" lo que antes era sólo una "verdad de fe divina".

En lenguaje cristiano, la palabra *dogma* designa una verdad que exige un asentimiento de la fe. ¿Por qué exige que se crea una verdad? Porque la razón de ser de un dogma se basa en la revelación divina; en otros términos, el dogma exige la creencia en la verdad que define, porque está garantida por la autoridad de Dios que la ha revelado explícita o implícitamente.

Hay tres categorías de dogmas: *a*) las verdades de orden natural, es decir, que directamente no sobrepasan los límites de la razón humana: por ejemplo, la existencia de Dios; *b*) los misterios propiamente dichos, inaccesibles al alcance de la razón, que no puede descubrirlos por sí sola, ni probarlos directamente, aun después de su revelación: por ejemplo la Trinidad, el pecado original; *c*) los hechos históricos enseñados por la Biblia o por la Tradición: por ejemplo la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

El dogma de la Asunción de María pertenece, pues, a esta tercera categoría.

Por Asunción de la Virgen María, los teólogos entienden una *resurrección* anticipada, que por lo mismo supone la muerte. Incluye además esta otra prerrogativa: que el cuerpo de la Virgen se conservó incorrupto durante el tiempo que medió entre su muerte y su resurrección, y esta incorruptibilidad era debida a los privilegios marianos, especialmente a su inmunidad de pecado original y actual. En esto se distingue la incorruptibilidad del cuerpo de María de la que tuvieron los cuerpos de algunos santos, porque este dón fué para ellos una gracia de Dios no debida por ningún título; mientras que a la Virgen le era debida por su absoluta inmunidad de culpa. Por consiguiente tenemos tres verdades en este dogma mariano: 1ª María pagó tributo a la muerte, como su Hijo Dios y Hombre; 2ª pero la carne que no había pagado tributo al pecado tampoco había de pagarlo a la corrupción; 3ª el alma de María se unió al cuerpo incorrupto, por voluntad de Dios, anticipándose a su resurrección.

Este es el sentir de la Iglesia sobre el modo de entender la Asunción de María; léase atentamente la liturgia de la Misa del día de la Asunción y recuérdese que en los testimonios más antiguos se le da el nombre *"Dormitio Beatae Mariae Virginis"*, sueño o muerte de la Sma. Virgen María.

La Asunción no está revelada explícitamente en la S. Escritura; pero la Tradición nos la presenta relacionada con su virginidad perpetua; esto es que, si bien este privilegio de la virginidad no parece exigir de suyo la resurrección anticipada, sino la inmunidad de corrupción, sin embargo, de hecho, Dios en virtud de esa virginidad, le concedió la incorrupción anticipada. Tal es el dogma nuevo definido por el Papa Pío XII.

Tema B:

ASPECTO APOLOGETICO DE LA ASUNCION

Después de la Ascensión de Jesús a los cielos, su bendita Madre sobrevivió en la tierra unos 20 años. Después del martirio de San Esteban, salió con San Juan para Efeso hasta que

más tarde regresó a Jerusalén para visitar de continuo aquellos lugares santificados por la Pasión de su Hijo. Según la tradición, al acercarse su muerte, reuniéronse a ella los apóstoles, menos Santiago el Mayor que ya había sido martirizado; junto a los apóstoles fueron también muchos discípulos cristianos. La muerte de la Madre de Dios fué serenísima. Su cuerpo fué sepultado con profundo respeto en el huerto de Getsemaní, donde al cabo de tres días, presentóse Tomás y, queriendo venerarla, sus compañeros abrieron su sepulcro, pero sólo hallaron en él su velo, convenciéndose todos de que su Hijo la había resucitado para llevarla en cuerpo y alma entre los ángeles al cielo.

Es digno de notarse que este hecho de la Asunción de María ha contado con el consenso unánime y antiquísimo de las iglesias de Oriente y de Occidente, de tal modo que ambas iglesias celebraban tanto la Inmaculada Concepción como la Asunción de María como fiestas de precepto. En el Concilio Vaticano de 1870, 204 obispos y numerosos teólogos postularon la definición de este dogma; pero los acontecimientos políticos de Italia interrumpieron las sesiones del Concilio.

1.—*Resurrección de María.* Si Jesús quiso que su Madre muriera como El, quiso también que como El su cuerpo permaneciera incorrupto. San Agustín ha dicho: "Jesucristo, después de haber honrado el cuerpo de su madre al recibir de ella el suyo, no ha podido abandonar este cuerpo virginal al último oprobio de la humanidad, la corrupción y los gusanos. ¡Pero cómo! —exclama— el Salvador ha podido conservar la integridad de su madre al nacer de ella y ¿no habría podido preservarla de la disolución después de su muerte? No; no, yo no puedo creer que el cuerpo donde el Verbo tomó carne haya sido entregado como pasto a los gusanos y a la podredumbre. No puedo pensar tal indignidad; y sostenerla, me horroriza!" No puede suponerse razonablemente que el Padre Eterno haya entregado a la corrupción el cuerpo de su augusta Hija; ni que Dios Hijo haya entregado a los gusanos las entrañas que lo llevaron y los pechos que lo alimentaron; ni que el Espíritu Santo haya dejado disolverse aquel cuerpo que El había hecho tan hermoso y puro como que iba a ser el de su

esposa. No es posible que ese cuerpo, que no había sido contaminado con el pecado de Adán, sufriera la maldición arrojada contra el culpable: *Pulvis es et in pulverem reverteris.* El Real Profeta había dicho: *Surge tu et arca sanctificationis tuae:* ¡levantaos, Señor, de la tumba, pero no dejéis en ella a esa arca santa por la cual habéis hecho alianza con los hombres!

2.—*Su Asunción.* ¡Y el oráculo de David se realiza! María sale de la tumba y los ángeles la transportan al cielo. El Rey de los ángeles la espera; El ha reanimado ese cuerpo que le dió su carne y su sangre, y le dice: *Surge, amica mea;* levántate de la tumba; ven a recibir la recompensa de tus méritos; siéntate a mi diestra con vestiduras de oro y de gloria; ven a ceñirte la corona virginal, *veni coronaberis.* Y en las estancias celestes se preguntan: "¿Quién es ésta que viene del desierto terrenal? *quae est ista quae ascendit de deserto?* ¡Bella es como la luna y brillante como el sol: qué rica en méritos! ¡qué felicidad inunda su alma! *Innixa super dilectum suum,* viene apoyada en su Amado, ese Amado que es nuestro Dios! ¡Es la Madre de Jesús, la Virgen Inmaculada!

Y, en ese momento el cielo ve realizarse la escena profética en que Salomón dió a su madre un trono al lado suyo. He ahí la justa apoteosis de la que un día se hizo "esclava del Señor": ahora se ve enaltecida como Soberana de los ángeles.

3.—*Su coronación.* He ahí a la Madre de Dios elevada sobre toda criatura por su gloria y su poder. Su gloria está fundada en la gracia, los méritos y el amor a Dios. Su gracia fué tal, que el Espíritu Santo, que la adornó con tantos privilegios, podía decirle: *Tota pulchra es, amica mea, et mácula non est in te,* ya que el arcángel Gabriel en la tierra la había llamado *Gratia Plena.* Y si María tuvo una cooperación continua y perfecta a esa gracia, es evidente que sus méritos sobrepasan a los de todos los santos. Por otra parte ¿qué otro corazón pudo estar más encendido de amor divino que el corazón de María?

Regocijémosnos, pues, por esta merecida exaltación. María es nuestra Madre y desde su trono sus esplendores se reflejan sobre nosotros y nos honran; consideremos la felicidad que

significa el ser hijos de la Reina del cielo. Todo poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra, poder que no permanecerá inútil en sus manos si la reconocemos como Mediadora y Abogada nuestra. Acudamos a su omnipotencia suplicante.

FIESTA DE CRISTO REY
(Ultimo Domingo de Octubre)

Evangelio según San Juan, cap. XVIII, 33–37.

"En aquel tiempo: Dijo Pilato a Jesús: ¿Eres Tú el Rey de los Judíos? Respondió Jesús: ¿Dices eso por cuenta propia, o te lo han dicho otros de Mí? Replicó Pilatos: ¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los Pontífices te han entregado a mí; ¿qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuese mi reino, mis vasallos me defenderían para que no cayese en manos de los judíos; mi reino, pues, no es de aquí. Díjole, pues, Pilato: Luego ¿Tú eres Rey? Respondió Jesús: Así es; Yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad; todo aquel que es amigo de la verdad, escucha mi voz".

1.—*Doctrina de este Evangelio.* En un momento supremo, esperando sentencia ante el tribunal de Pilato, Jesús declara que es Rey: para eso nació y para eso vino al mundo, para serlo en orden a la verdad. Por eso es Rey espiritual y no temporal y político como son los reyes del mundo. Porque en lo temporal y político, Jesucristo y su Iglesia reconocen y respetan a los reyes y mandatarios de este mundo; lo había expresado ya a sus enemigos fariseos y herodianos: "Dad al César lo que es del César". Pero en lo espiritual y divino, Cristo y su Iglesia exigen ese mismo respeto y acatamiento; exigen el respeto a la verdad, la justicia y la santidad, lo cual está cifrado en la segunda parte de la máxima de Jesús: "Dad a Dios lo que es de Dios". He ahí la síntesis admirable de la moral y del derecho, expuesta por Jesucristo; clave de la armonía entre el poder temporal y espiritual de los pueblos. Jesucristo tiene plenísimo derecho a este título de Rey de las

almas desde que nos rescató con su sangre, nos sacó del poder de las tinieblas, nos reconcilió con su Padre Celestial y fundó la Iglesia Católica (universal) de cuyo cuerpo El es la Cabeza.

2.—*Rey espiritual.* El reino de Cristo es un reino espiritual: bien lo sabemos por su misma actitud observada en su vida pública. Cuántas veces advirtió esto a los judíos y a sus mismos apóstoles quitándoles de la cabeza el prejuicio que tenían de que el Mesías anunciado y esperado debía ser un soberano con ejércitos que los libertara del yugo romano a que estaban sujetos; ellos lo imaginaban como un libertador y conquistador que sometería el mundo a su imperio. Jesús los desengaña repetidas veces de esta idea, anunciándoles otro reino de los cielos que para conseguirlo es necesario luchar consigo mismo, sacrificarse y hasta morir en manos de los perseguidores sin renegar de su nombre ni de su doctrina: "A todo aquel que me confesare delante de los hombres, lo reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos; más a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mat., X, 32—33).

En Jesucristo este "reino de los cielos" tiene tres sentidos: el *místico,* o sea la gracia de Dios en las almas; el *espiritual,* o sea la Iglesia de Dios en la tierra, y el *real y eterno,* o sea la gloria de Dios en el cielo. Ninguno de estos sentidos puede confundirse con reino temporal alguno. Y por eso, porque el reino de Cristo es espiritual, cuando la muchedumbre quiso aclamarlo por rey, entusiasmada por la maravillosa multiplicación de los panes, el Señor desapareció apartándose de ella; mas, cuando sus discípulos y el pueblo de Jerusalén quieren aclamarlo como a Mesías, como el Enviado de Dios e Hijo de David, entonces sí que Jesús da órdenes; admite cabalgaduras y vítores y entra en triunfo, pacífico, manso, en la Ciudad Santa, como Rey de las almas y Príncipe de la Paz. Por eso no entró al són de músicas marciales ni con escoltas de soldados, sino al grito de "hosannas" y entre ramos simbólicos de olivas y de palmas.

3.—*Objeto de esta festividad.* El Papa Pío XI instituyó

en 1925 esta fiesta, que ha de celebrarse el último Domingo de Octubre, para que en ella los pueblos y los fieles de la Iglesia Universal honren al Rey de reyes y Señor de los que dominan. Y para que proclamemos estos derechos del Redentor, el Papa ha ordenado que en este día se haga la Consagración del género humano al Corazón de Jesús, a fin de reparar los ultrajes que recibe del mundo materialista que le desconoce su supremacía.

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

(1º de Noviembre)

Evangelio según San Mateo, cap. V, 1–12.

"En aquel tiempo: Viendo Jesús la muchedumbre, subióse a un monte, y, sentándose, se llegaron a El sus discípulos. Y abriendo su boca, los enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando por mi causa os maldijeren y os persiguieren, y, mintiendo, dijeren de vosotros toda clase de maldades; gozaos y alegraos, porque sabed que grande es vuestra recompensa en los cielos".

1.—*Objeto de esta festividad.* La Iglesia estableció desde muy antiguo, en el siglo V, esta fiesta dedicada a congratularse con los millones de almas redimidas por la sangre de Cristo, con esa "gran muchedumbre que nadie puede contar", y que no pueden tener su fiesta especial en el curso del año. Su objeto es dar ocasión a los fieles para admirar e imitar a aquellas inmumerables almas que alcanzaron la felicidad eterna

en esas fuentes de bienaventuranza que señaló el divino Maestro en su sermón de la montaña y que no admiten los egoístas y soberbios del mundo. Su objeto es también interesar a esos intercesores en nuestra protección ya que ellos constituyen en el cielo la Iglesia Triunfante y nosotros la Militante en esta tierra, que es nuestro lugar de prueba. Tiene, pues, esta fiesta un carácter íntimo por esta comunicación espiritual que abre nuestro corazón a la esperanza de que un día será también nuestra fiesta, como lo es ahora de nuestros antepasados y parientes que ya gozan de la bienaventuranza eterna. Acojamos, pues, las palabras del Introito de esta Misa: "Gocémonos todos en el Señor, al celebrar hoy la fiesta en honor de Todos los Santos, de cuya solemnidad se alegran los Angeles, y juntos alaban al Hijo de Dios."

2.—*Motivos de admiración.* Admirables son los santos porque fueron personas de gran carácter, cualidad tan escasa en nuestros días de molicie y de frivolidades. Para obtener este carácter se requiere tener convicciones arraigadas y voluntad inquebrantable para vivir conforme a nuestra fe. Para los santos, la fe era su luz, el Evangelio su código y la Iglesia su guía infalible. No se busquen fuera de la fe convicciones sólidas, porque la inteligencia entonces "flota a todo viento de doctrina", como dice Bossuet: "Los santos han tenido una voluntad inquebrantable porque vivían cooperando a la gracia de Dios; por eso supieron vencerse, dominar sus pasiones y rectificar sus inclinaciones torcidas; muchos formaron así su fortaleza hasta sufrir el martirio antes de renegar de su fe, dando con ello un testimonio elocuente de aquella afirmación de San Pablo: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta".

3.—*Vivamos imitándolos.* No basta admirar a los santos; es necesario imitarlos si queremos un día disfrutar del gozo eterno de que ellos están disfrutando en la presencia de Dios. No en vano decía el Apóstol a los fieles de Corinto: *imitatores mei estote* (I Cor., XI, 1) sed mis imitadores; porque él trabaja por santificarse considerando este empeño como un deber de todo cristiano: *Haec est voluntas Dei sanctificatio vestra* (I Thes., IV, 3), ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación, les decía a los de Tesalónica. San Agustín, al

leer los ejemplos de los santos, se hacía esta pregunta: "¿No podré yo hacer lo que hicieron éstos?"; al recordar hoy nosotros la virtud de tantos niños, de tantas vírgenes y de tantos siervos de Dios, digámonos en nuestra conciencia: ¿Por qué no podré hacer yo lo que ellos hicieron? Ellos fueron amasados con la misma arcilla y tuvieron las mismas concupiscencias que nosotros tenemos; contamos con los mismos auxilios de gracias y de sacramentos para fortificarnos y purificarnos. Porque ser santo no significa hacer milagros, sino simplemente cumplir, con la gracia de Dios, la ley cristiana: *Serva mandata,* observa los mandamientos y tendrás la vida eterna.

Dios quiere salvar a todos los hombres; pero he aquí que el hombre en la vida se halla entre dos caminos: el del sacrificio que lleva a la santidad y el de la cobardía que conduce a la perdición. Para llegar a la santidad hay que desearlo con ardor, trabajar sin desmayo en adquirir la virtud y emplear los medios que Cristo nos aconseja. Pidámosles a los Santos de Dios que nos ayuden y nos protejan.

INDICE

II HOMILLAS Y PREDICACIONES PARA LAS PRINCIPALES FIESTAS

LAS HOMILIAS

por *Francisco Donoso*

se terminó de imprimir bajo el sello de Editorial Del Pacífico S. A., el 29 de Septiembre de 1955, en las prensas de la misma Editorial, San Francisco 116, Santiago de Chile

Entre la libertad y el miedo por *Germán Arciniegas.*
Humo de pipa por *Jenaro Prieto.*
La verdad tiene su hora, por *Eduardo Frei Montalva.*
La política y el espíritu, por *Eduardo Frei Montalva.*
Sentido y forma de una política, por *Eduardo Frei Montalva.*
La Perricholi, por *Luis Alberto Sánchez.*
Rosarito se despide y otros cuentos, por *Fernando Romero.*
Guerra del Pacífico, por *Gonzalo Bulnes.*
Pakistán, por *Tibor Mende.*
Indonesia, por *Tibor Mende.*
La rebelión del Asia, por *Tibor Mende.*
América Latina entra en escena, por *Tibor Mende* (En prensa).
Las 48 Américas, por *Raymond Cartier.*
Lo que supo un Auditor de Guerra, por *Leonidas Bravo.*
El problema comunista, por *Jaime Castillo.*
Corresponsal en Washington, por *Jean Davidson.*
El Dogma en la Liturgia, por *Fernando Cifuentes.*
Antología Poética de Oscar Castro, por *Hernán Poblete.*
La organización política de Chile, por *Alberto Edwards.*
Los días ocultos, por *Luis Oyarzún.*

COLECCION JUVENIL

SERIE SANDOKAN DE EMILIO SALGARI

1. Sandokán, tomo I
2. Sandokán, tomo II
3. La mujer del pirata
4. Los misterios de la Jungla Negra
5. El misterio del Raimangal
6. La venganza de Tremal-Naik
7. Los piratas de la Malasia
8. El Rajah de Sarawak
9. La Derrota de James Brooke
10. Surama, la bayadera.

